





BIBLIOTECA NACIONAL  
CARACAS

Obra Nº.....1675-  
Volumen.....1  
Estante Nº.....4  
Anaquel.....8-





1603





BLI

ra N

ume

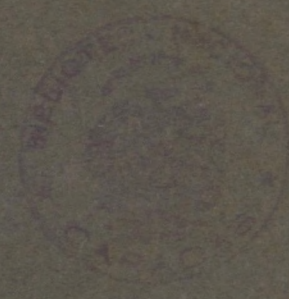
ante

aque



B D

985.041  
C393  
1925  
C3



# El Centenario de Ayacucho en Venezuela



CARACAS  
LITOGRAFIA DEL COMERCIO  
1925







Venezuela

# El Centenario de Ayacucho en Venezuela



CARACAS  
LITOGRAFIA DEL COMERCIO  
1925









ANTONIO JOSE DE SUCRE  
GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

(CUADRO DE TITO SALA)









\*  
\* \*

*Este libro complementa el que con el título de "Venezuela en las Fiestas del Centenario de Ayacucho en el Perú" se publicó el 19 de abril del corriente año.*

*El mismo fervor patriótico, el mismo sentimiento de veneración por los Héroes de la Independencia que animó aquellas páginas, ennoblece y esmalta las de esta publicación.*

*El Gobierno de Venezuela presidido por el Benemérito General Juan Vicente Gómez se esforzó, realizándolo cumplidamente, en dar a los festejos centenarios de Ayacucho el esplendor y la alteza moral que demandaba el suceso, cumbre de heroísmo y señal luminosa y eterna del derrotero que deben seguir los pueblos libertados en aquel campo memorable.*

*Fué fortuna para nuestro país el que rigiera la República el hombre fuerte, de corazón templado en el amor de las cosas grandes de la Patria, a quien debe Venezuela el haberse presentado en paz ante el imperativo categórico de los Libertadores, colmas las manos con los frutos de su suelo y atenta la mirada hacia los horizontes de renovación que se dilatan y clavan, como una garra poderosa, en las entrañas del futuro.*

*Sin menoscabo el territorio que nos legaran nuestros padres; en paz dentro y fuera de las fronteras que nos trazara la previsión de los patricios de 1811; resueltos los principales problemas que afrontara la República*



*desde su fundación en 1830; curados del mal de aventuras que nos llevara a solucionar en los campos de batalla nuestras desavenencias familiares; en el goce de una prosperidad insólita, fundada en los aciertos de una Administración leal, culta y progresista; y amparados en nuestros derechos por la confianza ilimitada del pueblo en las cualidades eminentes que han moldeado la personalidad del General Gómez, hasta destacarla con lineamientos precisos, en el vasto escenario de la América, Venezuela y su Gobierno cumplieron con su deber ante la evocación de aquellos fastos que el verbo y la espada de Bolívar y el corazón de acero y oro de Antonio José de Sucre caldearon con un soplo de inmortalidad.*

*Circula esta publicación en un día fausto para Venezuela: el 24 de julio, fecha que señala en el tiempo, con un súbito resplandor diamantino el natalicio del Libertador, y que por una feliz coincidencia lo es también del General Juan Vicente Gómez. Patria hermosa, cargada de marciales arreos como una Amazona nos dió el primero; patria feliz, en donde los venezolanos de buena voluntad se sientan al festín de la concordia, nos da hoy el segundo. ¡Que cobijada por el arco triunfal que simboliza esta fecha, se levante incommovible y rútila como una estatua de bronce la gran Patria del Porvenir!*

*Luis Correa.*

*Caracas: 24 de julio de 1925.*





GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ  
PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

(CUADRO DE VILA Y PRADES)









I

**Decreto del Ejecutivo Federal.—Programa oficial de los festejos.—Importantes obras de utilidad pública.—Homenajes a esclarecidos servidores de la Patria.**

GENERAL J. V. GOMEZ,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

*Decreta:*

Se declaran de fiesta nacional los días 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 13 de diciembre del presente año en conmemoración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, jornada decisiva de la emancipación americana y gloria efectiva del Gran Mariscal de Ayacucho, el General Antonio José de Sucre.

El Ejecutivo Federal dictará oportunamente el Programa Oficial para la celebración de esta fecha clásica de la República y de los demás países bolivianos.

Dado, firmado y sellado con el Sello del Ejecutivo Federal y refrendado por los Ministros del Despacho Ejecutivo, en el Palacio Federal, en Caracas, a doce de abril de mil novecientos veinte y cuatro.—Año 114º de la Independencia y 66º de la Federación.

J. V. GOMEZ.

Refrendado.  
El Ministro de Relaciones Interiores,

F. BAPTISTA GALINDO.

Refrendado.  
El Ministro de Relaciones Exteriores,

P. ITRIAGO CHACÍN.

Refrendado.  
El Ministro de Hacienda,

M. CENTENO GRAÜ.

Refrendado.  
El Ministro de Guerra y Marina,

C. JIMÉNEZ REBOLLEDO.

Refrendado.  
El Ministro de Fomento,

ANTONIO ALAMO.

Refrendado.  
El Ministro de Obras Públicas,

TOMÁS BUENO.

Refrendado.  
El Ministro de Instrucción Pública,

RUBÉN GONZÁLEZ.



GENERAL J. V. GOMEZ,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

*Considerando:*

Que el día 9 de diciembre venidero se cumple el primer Centenario de la Batalla que en el glorioso campo de Ayacucho selló la emancipación del Continente;

*Considerando:*

Que la obra redentora del Libertador fué terminada de modo tan feliz en aquella jornada por el Mariscal Antonio José de Sucre, ilustre venezolano que por sus virtudes ciudadanas y militares es la figura de más relieve histórico como subalterno de Bolívar;

*Considerando:*

Que habiéndose declarado el 12 de abril del presente año, días de fiesta nacional para conmemorar este Centenario, los comprendidos entre el 6 y el 13 de diciembre próximo,

DECRETA:

Artículo 1º Se declaran actos de celebración los que se realicen dentro del lapso aludido, conforme al orden siguiente:

DIA 6:

1º Solemnes festividades en toda la República conforme a los Programas especiales que formularán los Gobiernos de los Estados, el Gobernador del Distrito Federal y los Gobernadores de los Territorios Federales.

2º Instalación en la ciudad de Caracas del 4º Congreso Venezolano de Medicina.

3º Colocación en el Salón Elíptico del Palacio Federal de los retratos de los Ilustres Próceres de la Independencia Generales Pedro León Torres y José Trinidad Morán.

4º Exposición de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres.

5º Sesión solemne de la Academia Nacional de la Historia, en la cual se publicará el veredicto del Jurado nombrado para el Certamen promovido por aquella Corporación a excitación del Ejecutivo Federal.

DIA 7:

1º Colocación de la primera piedra del Monumento conmemorativo decretado por el Congreso Nacional en homenaje a la gloriosa Batalla, al Mariscal de Ayacucho y a los Ejércitos bajo el Comando Supremo del Libertador. En este acto llevará la palabra de orden el ciudadano doctor Félix Quintero.



2º Inauguración de la nueva calle entre el Capitolio Federal y la Universidad Central.

3º Inauguración de los nuevos pavimentos del Capitolio Federal.

4º Inauguración del Museo Comercial en su edificio propio, anexo a la Casa Amarilla.

5º Colocación de la primera piedra del edificio para la Dirección General de Correos.

6º Inauguración de la carretera Miranda-Anzoátegui en su primera sección.

7º Distribución del Album contentivo de los Himnos de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y de los veinte Estados que forman la Federación Venezolana.

#### DIA 8:

1º Distribución de la obra mandada a editar de orden del Ejecutivo Federal acerca de la actuación de Bolívar y de Sucre en la creación de Bolivia y sobre las relaciones diplomáticas del Libertador con Chile y Buenos Aires.

2º Inauguración de la Exposición de café y cacao del país, organizada por el Comité Ejecutivo de los Concursos de *La Hacienda*.

3º Distribución del folleto contentivo de trabajos históricos sobre el Estandarte de Pizarro y la Espada del Libertador que serán exhibidos en la ciudad de Lima con motivo del Centenario.

4º Distribución, como una ofrenda patriótica del Ministerio de Hacienda de los Estados Unidos de Venezuela en el Centenario de la Batalla de Ayacucho, del volumen contentivo de la historia de ese Despacho desde su creación en 1830 hasta el presente año de 1924.

5º Inauguración en la Galería de Diplomáticos venezolanos del Ministerio de Relaciones Exteriores, de los retratos de Sucre, negociador y firmante del memorable *Tratado de Regularización de la Guerra* y de López Méndez y Revenga, que tan eminentes servicios prestaron a la Causa de la Independencia Nacional.

6º Colocación en la Plaza del Ensanche del Este de la primera piedra del Monumento al Padre Mohedano, quien introdujo el cultivo del café en Venezuela.

7º Inauguración del Parque Sucre en el Ensanche del Este, en el sitio conocido con el nombre "Avenida de los Caobos", terrenos adquiridos por el Gobierno Nacional para embellecimiento de la ciudad de Caracas.

8º Distribución del volumen intitulado "Resumen Estadístico del Distrito Federal y de los Estados, publicado de orden del Ministerio de Fomento".

#### DIA 9:

1º Solemne *Te-Deum* en la Santa Iglesia Metropolitana.

2º Ofrenda de sendas coronas de inmortales por el Ejecutivo Federal ante el Monumento que guarda las cenizas del Libertador y el Cenotafio del Gran Mariscal de Ayacucho, en el Panteón Nacional.



3º Colocación de la primera piedra del Monumento del General José de San Martín. En este acto llevará la palabra de orden el ciudadano L. Vallenilla Lanz.

4º La Escuela Militar y la Brigada Nº 1 acantonada en esta plaza, tributarán honores ante la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho.

5º Distribución del Album conmemorativo intitulado "Venezuela en 1924".

6º Distribución del Album histórico, ofrenda del Ejército de Venezuela al Ejército del Perú.

7º Inauguración del "Puente Ayacucho" en la Avenida del Ejército.

8º Una unidad de la Marina de Guerra, en Cumaná, tributará honores en el acto de la inauguración del Monumento conmemorativo del Centenario de la Batalla de Ayacucho en dicha ciudad.

9º Inauguración, en el Salón de Recepciones en el Ministerio de Hacienda, de los retratos del Libertador Simón Bolívar, del Gran Mariscal de Ayacucho, General Antonio José de Sucre y de Don Santos Michelena, eminente compatriota, que a raíz de la disolución de la Gran Colombia, echó las bases de la Hacienda Pública en Venezuela.

10. Ejercicios de gimnasia militar en el Hipódromo Nacional practicados por los alumnos de las Escuelas y Colegios públicos de Caracas, quienes harán los honores a la Bandera Nacional.

#### DIA 10:

1º Revista en la Escuela Militar.

2º Inauguración en la Academia Militar, del Busto de Artigas, Fundador de la Nacionalidad Uruguaya.

3º Inauguración del Busto de Cervantes en uno de los ángulos de la Plaza España. En este acto llevará la palabra de orden el ciudadano doctor Eloy G. González.

4º Concierto en la Escuela de Música y Declamación.

5º Publicación de la Colección de Tratados Públicos de Venezuela.

#### DIA 11:

1º Colocación de la primera piedra del Monumento al Fundador de Caracas, Don Diego de Lozada, en homenaje al Fundador de la ciudad donde nació el Libertador y como un tributo a la Madre Patria, en la misma oportunidad que se conmemora la emancipación política del Continente. En este acto llevará la palabra de orden el ciudadano doctor M. Díaz Rodríguez.

2º Inauguración de la variante hecha en la carretera de Caracas a La Guaira, en la parte conocida con el nombre de "Pica de Acevedo".

3º Inauguración de la carretera Cumaná a Cumanacoa.



DIA 12:

1º Visita a la casa histórica de San Mateo, adquirida por la Nación y convenientemente reparada. En este acto llevará la palabra de orden el ciudadano doctor Emilio Conde Flores.

2º Inauguración del Instituto de Beneficencia para varones en la ciudad de Maracay. En este acto llevará la palabra de orden el ciudadano Presbítero doctor Carlos Borges.

DIA 13:

Ofrenda por el Ejecutivo Federal de una corona de inmortales en el propio campo de Carabobo y ante el Monumento conmemorativo de la Batalla decisiva de nuestra Independencia.

Artículo 2º El Panteón Nacional, el Salón Eliptico del Palacio Federal, la Casa Natal del Libertador y los Museos Nacionales, permanecerán abiertos durante todos los días de esta celebración, desde las 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde y en el primero de los edificios nombrados montará guardia durante dichos días una Compañía de la Guarnición del Distrito Federal.

Artículo 3º Por las noches, iluminación eléctrica en la Plaza Bolívar y conciertos en dicha plaza y en las de Bermúdez y Ribas.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Federal, y refrendado por los Ministros del Despacho, en el Palacio Federal, a los veintiocho días del mes de octubre de mil novecientos veinticuatro.—Año 115º de la Independencia y 66º de la Federación.

J. V. GOMEZ.

Refrendado.  
El Ministro de Relaciones Interiores,

F. BAPTISTA GALINDO.

Refrendado.  
El Ministro de Relaciones Exteriores,

P. ITRIAGO CHACÍN.

Refrendado.  
El Ministro de Hacienda,

M. CENTENO GRAÜ.

Refrendado.  
El Ministro de Guerra y Marina,

C. JIMÉNEZ REBOLLEDO.

Refrendado.  
El Ministro de Fomento,

ANTONIO ALAMO.

Refrendado.  
El Ministro de Obras Públicas,

TOMÁS BUENO.

Refrendado.  
El Ministro de Instrucción Pública,

RUBÉN GONZÁLEZ.



## II

### **Inauguración en el Salón Elíptico del Palacio Federal, de los retratos de los Ilustres Próceres Pedro León Torres y José Trinidad Morán.—Ofrenda al General Córdova.—Inauguración de la Exposición de Labores en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres.**

En la mañana del seis comenzó a darse cumplimiento a los actos oficiales dispuestos para la celebración del Centenario de la gloriosa jornada de Ayacucho, que selló el proceso de la emancipación hispano-americana. La ciudad, embanderada y alegre, ofrecía hermoso aspecto desde las primeras horas de la mañana, y notábase en todos sus habitantes el natural entusiasmo propicio a la conmemoración de los grandes fastos de la América, a cuyo insólito esplendor contribuyó Venezuela con el esfuerzo y la sangre de sus hijos.

Con motivo de las fiestas centenarias, afluyó a Caracas gran cantidad de personas venidas del interior de la República. Hoteles y pensiones eran incapaces para contener la desbordante concurrencia.

A las 10 a. m. el señor Presidente de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez, acompañado del general José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército, de los Ministros del Despacho Ejecutivo, Gobernador del Distrito Federal y altos funcionarios públicos, se dirigió al Salón Elíptico del Palacio Federal donde habrían de colocarse los retratos de los Ilustres Próceres José Trinidad Morán y Pedro León Torres, ejecutados por el pintor Montoya.

A la hora fijada, el señor Presidente de la República descorrió el velo que cubría ambos retratos en medio a los acordes del Himno Nacional.

Todo el tren oficial hizo acto de presencia durante la ceremonia, que tuvo la sencillez de un solemne homenaje de veneración a los nobles varones a cuya memoria rindióse el respetuoso tributo: Torres, caroreño ilustre, que hizo aciago con su muerte gloriosa el triunfo de Bomboná, y José Trinidad Morán, hijo del Tucuyo, que grabó su nombre, con caracteres indelebles en el desfiladero de Corpahuaico y en las faldas del Condorcunca.

El General Pedro León Torres tomó las armas en plena adolescencia para defender el movimiento del 19 de abril de 1810. Hizo en este año la campaña de Occidente a las órdenes del Marqués del Toro, y en 1811 y 12 sirvió bajo las





General José Trinidad Morán



General Pedro León Torres

(Retratos por Montoya)

órdenes de Miranda. Militó con Bolívar desde 1813 y se distinguió por su bravura en los combates de entonces y en los del año aciago de 1814. Enérgico, disciplinado y activo se conquistó desde entonces un puesto de significación en las filas de la Independencia. Emigrado a las Antillas, formó parte de la célebre expedición de los Cayos y se halló en la célebre Invasión de los 600. Combatió bajo las órdenes de Piar en la batalla de San Félix, donde se distinguió entre los primeros. Tramontó los Andes, se batió en Boyacá y siguió luego al Sur, abriendo aquella campaña gloriosa cuyos resultados finales serían el choque tremendo de Junín y la admirable jornada de Ayacucho. Murió en Yaguanquer de resultas de las heridas que recibiera en Bomboná, donde su arrojo y pundonor militar alcanzaron las cumbres de lo épico.

Morán fué un bravo soldado del Ejército Libertador. En 1813, partido de su ciudad nativa, se incorporó a Bolívar en Trujillo y entró triunfalmente a Caracas redimida por el más ilustre de sus hijos. Fué timbre de su vida el hallarse en todos los combates de aquella época incierta, particularmente en la brega de San Mateo, donde recibió una herida. Como jefe de batallón fué incomparable. Sirvió en la Guardia y mandó el batallón Vargas en la campaña de Ayacucho; su valor sereno salvó al Ejército en la sorpresa de la quebrada de Corpohuaico, y se batió gallardamente en Ayacucho, siendo citado con elogio por el jefe vencedor.

Frente al magnífico lienzo de la Batalla de Ayacucho, ofrendó luego el Supremo Magistrado de la Nación una corona a la memoria del general Córdova, y otra el Excelentísimo Señor Ministro de Colombia, doctor Raimundo Rivas.



Inspirándose en nobles sentimientos de admiración hacia el héroe colombiano, cuya épica frase de “armas a discreción, paso de vencedores”, es como la síntesis heroica del gran suceso de armas cuyo Centenario se conmemoraba, el Gobierno de Venezuela dirigió por medio del Jefe de nuestra Cancillería el siguiente expresivo telegrama al Encargado de Negocios en Bogotá:

“Caracas: 5 de diciembre de 1924.—Señor Andrés Eloy de la Rosa.—Legación de Venezuela.—Bogotá:

“Sirvase ofrendar una corona en nombre del Gobierno de Venezuela en el acto que, al conmemorarse el Centenario de la Batalla de Ayacucho, allí se disponga en honor del General Córdova, quien tan bizarramente actuó en la gloriosa jornada.—Servidor, ITRIAGO CHACÍN”.

El Maestro de Ceremonias declaró terminado el acto, y anunció que el señor Presidente de la República pasaría inmediatamente a inaugurar la Exposición de labores de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres.

A la salida del Primer Magistrado de la Nación, la Banda Marcial ejecutó el “Bravo Pueblo”.

El mismo brillante séquito acompañó al Primer Magistrado a la inauguración de la Exposición de Labores de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres,



El Presidente de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez, el Ministro de Colombia, Excelentísimo Señor Doctor Raimundo Rivas y la comitiva oficial ante el cuadro de la batalla de Ayacucho, durante el homenaje a la memoria del General Córdova.



instituto que debe su creación y florecimiento a los cuidados del General Gómez por la emancipación de la mujer venezolana. La Escuela de Artes y Oficios para Mujeres ha sido dotada de un apropiado edificio y de todos aquellos progresos conducentes, bajo un plan metódico, a los fines de su creación. El General Gómez y sus acompañantes fueron recibidos por la Dirección del plantel. El Primer Magistrado recorrió los salones, interesándose por todas y cada una de las muestras de progreso que significaban los diversos trabajos que se imponían a su atención.

La Exposición resultó un verdadero triunfo. Los salones estaban decorados con sobriedad y elegancia, y la distribución de los trabajos hecha bajo las inspiraciones de un buen gusto irreprochable. Numerosa concurrencia se dió cita en el espacioso local y una banda amenizó el acto con escogidas piezas.

En medio de la profusión de trabajos que resultaron claro exponente del adelanto de las alumnas, se impuso como siempre la belleza y distinción de nuestras mujeres, quienes no podían dejar de concurrir a un acto que les pertenecía exclusivamente.

En cada salón se exhibían trabajos de cada una de las artes femeninas que cursan en la Escuela: Corte y Costura, Sombreros, Flores artificiales, Cocina, Dibujo, Fotografía, Pirograbado, Labores de mano, Sastrería, Encuadernación, Trabajos de paja, Encajes de bolillos, Lavado y Aplanchado.

La perfección de las labores presentadas constituyó un justo motivo de orgullo para el Cuerpo de Profesoras del Instituto y en especial para su Directora, señorita Formosina Cárdenas, y la Subdirectora señora Concepción de Taylhardat, por el acierto con que han laborado por el auge y relieve de la Escuela de Artes y Oficios, que cada día adquiere mayor importancia como fuente de cultura y adelanto para la mujer venezolana.

El General Gómez, antes de retirarse, manifestó su complacencia y felicitó a las Directoras del Plantel y a su Personal docente. El paso del Primer Magistrado, por la ciudad en fiesta, fue ocasión de respetuosas manifestaciones populares.





Inauguración, por el Presidente de la República, de la Exposición de Labores en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres.



### III

**Cuarto Congreso Venezolano de Medicina.—Su solemne instalación en el Teatro Municipal.—Los discursos.—Programa de labores.—Acuerdos. Sesión de despedida.—Sede de la próxima asamblea científica.**

Conforme al Programa Oficial, en la tarde del día seis, bajo la Presidencia del doctor Rubén González, Ministro de Instrucción Pública, se llevó a efecto la instalación del Cuarto Congreso Venezolano de Medicina, suceso de alta importancia para los progresos de la medicina nacional.

Después de abierto el acto tomó la palabra el doctor Francisco A. Rísquez, quien se expresó con su habitual elocuencia. Sucesivamente el doctor Luis Pérez Carreño dió la salutación a los Delegados de los Estados; el doctor H. Rivero Saldivia, en su carácter de Secretario General del Congreso, presentó el informe de los trabajos de la Comisión Organizadora, y terminó el acto con el brillante discurso de orden pronunciado por el doctor L. G. Chacín Itriago, quien hizo el esbozo de la evolución de la República desde los días de Ayacucho hasta el presente henchido de promesas al amparo de la paz y de la más estricta disciplina en todos los órdenes de la Administración Nacional.

El Congreso elaboró para sus importantes labores el siguiente programa:

Día 7, domingo, 9 a. m.—En el Salón de Exámenes de la Universidad. 1ª reunión ordinaria de la Sección de Medicina y Cirugía.

Día 8, lunes, 2 p. m.—En el Salón de Exámenes de la Universidad. 2ª reunión de la Sección de Medicina y Cirugía. 1ª reunión de la Sección de Farmacología e Historia Natural, en el Salón Rectoral de la Universidad.

Día 9, martes, 2 p. m.—En el Salón de Exámenes de la Universidad. Sesión intermedia para las Ponencias de los Relatores, con asistencia de todos los Congresistas.

Día 10, miércoles, 2 p. m.—En el Salón de Exámenes de la Universidad. 3ª reunión de la Sección de Medicina y Cirugía. En el Salón Rectoral de la Universidad. 2ª reunión de la Sección de Farmacología e Historia Natural. En el Salón del Consejo de Instrucción. 1ª reunión de la Sección de Odontología.

Día 11, jueves, 2 p. m.—En el Salón de Exámenes de la Universidad. 4ª reunión de la Sección de Medicina y Cirugía. En el Salón del Consejo de Instrucción. 2ª reunión de la Sección de Odontología.



5 p. m.—En el Paraninfo de la Universidad. Sesión de clausura, presidida por el ciudadano Ministro de Instrucción Pública.

Las sesiones del Congreso fueron claro exponente de los adelantos científicos de Venezuela. Entre los trabajos presentados a la consideración de la asamblea, merecieron algunos atención preferente por su originalidad o por el deseo de adaptar a nuestro medio adelantos y mejoras que han impulsado el desarrollo científico en países de civilización más avanzada. En Patología tropical, algunos estudios contribuyeron a afirmar la justa fama de que gozan sus autores en Venezuela y fuera de ella.

Después de fijar para sede del próximo Congreso la ciudad de Maracay, Capital del Estado Aragua, fue aprobado el siguiente Acuerdo:

#### EL IV CONGRESO VENEZOLANO DE MEDICINA

##### ACUERDA:

1º Dar un voto de gracias al Gobierno Nacional por el apoyo oficial, moral y material prestado a este IV Congreso de Medicina.

2º Que cada Delegado, especialmente, los de las regiones que aún no han enviado su contribución a la obra de la Geografía Médica de Venezuela, gestione cerca del Gobierno de su Distrito, Estado o Territorio Delegatarios, el nombramiento de un médico que acumule datos para la formación de la Geografía Médica de la respectiva región, los cuales han de enviarse a más tardar 6 meses antes de la reunión del próximo Congreso a la Comisión Organizadora que se nombre.

3º Recomendar a la Academia Nacional de Medicina el acuerdo presentado sobre revisión del Reglamento del Congreso.

4º Llamar la atención del Gobierno Nacional sobre el peligro que representa la propagación de la filariosis y el tricoma.

5º Recomendar la necesidad de crear médicos verificadores de las personas fallecidas con el fin de verificar la muerte real y sus causas, de acuerdo, en cuanto sea posible, respecto a esto último, con el médico asistente.

6º Recomendar al Ministro de Relaciones Interiores la petición introducida al Congreso por varios Miembros de la Facultad de Farmacia.

El Tesorero dió cuenta especificada de la inversión de los fondos del Congreso.

El doctor Luis Felipe Blanco subió a la tribuna y pronunció el discurso de despedida, el cual fué muy aplaudido.

El Presidente declaró clausuradas las sesiones del IV Congreso Venezolano de Medicina.

Caracas: 12 de diciembre de 1924.

El Secretario General,

*Dr. H. Rivero Saldivia.*





DISCURSO DEL DOCTOR F. A. RÍSQUEZ.

*Ciudadano Presidente de la República:*

*Ciudadano Ministro de Instrucción Pública:*

*Señores Congresistas:*

*Señoras y Señores:*

Inscribo hoy, como el hecho más culminante de mi ya larga vida científica, única órbita donde mi pequeñez ha podido girar en más de medio siglo, este instante solemne en que me alzo de un sitio que todas las naciones y en todos los tiempos han reservado a los más conspicuos representantes del saber; este momento augusto, en que me siento a presidir el más alto de los Areópagos intelectuales de Venezuela, a la cabeza de las más selectas personalidades de la Medicina Nacional, que acuden a nuestro llamado, modernos Magos de una epopeya científica, a deponer su tributo de ciencia, que es oro de alquimia; su homenaje de aplausos, que es incienso de entusiasmo, y su ofrenda de mirra, que es amor de culto, ante la imagen sacrosanta de la Patria.

Bienvenidos seáis, dilectos compañeros, que llegais desde todos los confines de la República, a corear con vuestros hermanos de Caracas el Hosanna que estamos entonando, en concierto unísono, a la Majestad de la Ciencia y a la Gloria de la Libertad.

Yo os saludo, en vosotros y con vosotros, la esplendidez de este zenit fulgente, que desde el Cielo patrio enciende y difunde, sobre la haz de nuestro territorio, un Sol magnífico de Paz, la Paz más duradera que registra la historia secular de nuestra vida independiente; el día más largo de actividad fecunda, creado y mantenido por las manos providentes que vienen desgranando, desde el solio de la Suprema Magistratura, como semillas de prosperidad nacional, que germinan al influjo de esa paz y al impulso de ese esfuerzo, munificencia para el trabajo, engrandecimiento para la industria, florecimiento para las Artes y vida para el desarrollo de las Ciencias.

Venís a demostrar, a un mismo tiempo, señores Congresistas, que vuestro espíritu vibra al eco de las dianas que resucitan la época de nuestra gestación independiente y que en vuestra alma se asocia, en conjunción prometedora, la gratitud a nuestros gloriosos genitores, con el homenaje debido al propulsor de nuestros crecientes progresos y el tributo que nos exige el adelanto de la Medicina Nacional.

Sabeis muy bien, y venís a confirmarlo, que en la alta capa del estrato ciudadano, donde la ciencia incuba sus tesoros y las letras cincelan sus primores, el Cuerpo Médico de Venezuela labora con tesón y con éxito, cosechando lauros para las sienes triunfadoras y tejiendo coronas para la frente de la Patria. Estais probando con vuestras contribuciones científicas al Congreso, que hoy serán recibidos por nosotros en la pureza de sus mismas fuentes y mañana correrán por todos los ámbitos del orbe civilizado, pregonando desde las hojas de nuestra Memoria del Congreso, que no por vano lujo se lleva sobre los hom-



bros la toga doctoral impuesta por la Escuela de Medicina Venezolana, y que os dáis perfecta cuenta de que no tan solo de pan ha de vivir el hombre, sino también del Verbo del espíritu.

Dentro de breves instantes sabréis, señores, por el Informe de nuestro Secretario General, lo que hemos hecho en los últimos tres años de preparación, hasta llegar a la celebración de esta Asamblea, y vuestra propia conciencia os dirá luego, señores Congresistas, lo que debemos seguir haciendo para hacernos dignos siempre de la protección con que el Gobierno Nacional nos favorece y para merecer el galardón que con su presencia otorga esta Sociedad benévola a quienes, no sé yo si con igual fortuna, mas de seguro con igual empeño que nuestros predecesores, hemos llegado a preparar este torneo científico.

Grande es, por todo eso, nuestra gratitud y es un deber elemental y primordial, exteriorizarla ante el público que me oye, siquiera sea con la breve palabra de mis toscos labios.

Llegue, en primer término, al Ciudadano Presidente de la República el agradecimiento del Cuerpo Médico de Venezuela, que trabaja, a imitación de los antiguos paladines, por la Patria, que es la Venezuela que él está engrandeciendo, y por su Dama, que es la Medicina, la de sus castos amores. A su voluntad superior debemos las cuatro reuniones del Congreso Médico, en 1911, 1917, 1921 y 1924, cada vez con intervalos más cortos, como prueba de que va abriéndose camino en la hermandad médica de Venezuela, la necesidad de estas reuniones periódicas, que concentran, fijan y hacen universal la lenta labor de varios años. A su munificencia somos deudores de la liberalidad con que ha auxiliado nuestros Congresos y a la generosa atención que presta a los obreros de la intelectualidad, debemos la honra que nos discierne, iniciando con la inauguración de este Congreso y presidiéndola, las solemnidades con que ha decretado festejar nuestro glorioso Centenario de Ayacucho.

En segundo lugar, por el orden jerárquico, pero también primero en nuestro reconocimiento, está el Ciudadano Ministro de Instrucción Pública. El carácter de que estoy investido me permite dar testimonio de que a su influencia, como el primer colaborador del Presidente, en materia de ciencias y de letras, debemos la fortuna de este abrazo en que se funden hoy los cerebros y los corazones de los profesionales del interior, con los de sus hermanos de Caracas, y a su empeño seguiremos debiendo la satisfacción de poder mañana difundir por los centros científicos del mundo, la labor meritísima de los cultores de la Medicina Venezolana.

Tanto favor emanado de los Altos Poderes Nacionales, se guardará con religiosa gratitud en la historia de la Academia Venezolana de Medicina, que bien podemos llamar la Madre de estos Congresos, porque seríamos injustos si no reconociéramos esa paternidad en la Corporación de cuyo seno hemos salido al mundo de la Ciencia Universal.

Y puestos ya en el camino de reconocer deudas de gratitud y de honor, pudiéramos hacer menciones especiales, si no fuese que la brevedad del tiempo nos lo impide, de cuantos nos han dado o protegido nuestra vida, los ya muertos para nuestro duelo, o los todavía vivos para nuestro consuelo, desde Vargas, cuya



efigie llevamos aquí grabada sobre nuestro pecho, como emblema del deber, hasta los que han vertido su gota de aceite en la lámpara votiva de nuestro culto profesional.

Ahora, con la venia del Ciudadano Presidente de Honor, declaro abiertos los trabajos del IV Congreso Venezolano de Medicina.

---

DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL DOCTOR L. G. CHACÍN ITRIAGO.

*Ciudadano Presidente Constitucional de la República:*

*Ciudadano Vice-Presidente Constitucional de la República:*

*Ciudadano Ministro de Instrucción Pública:*

*Honorables Colegas, Señoras, Señores:*

El eco victorioso de los clarines de Ayacucho, resonando a través de un siglo, nos congrega hoy en este sitio, soldados de la Ciencia! Y aquí estamos, de facción, fieles al llamamiento de la Patria y a la consigna del ilustre Jefe del País, dispuestos a cumplir, íntegra y fervorosamente, la labor de positiva utilidad que se nos ha encomendado como contribución de nuestro gremio a la apoteosis nacional con que, bajo la egida de la Paz, corona Venezuela el glorioso ciclo de las grandes fiestas centenarias de la independencia suramericana.

Ayacucho! Esta palabra homérica está hoy en todas las bocas, en todas las mentes y en todos los corazones. Decir hoy Ayacucho es como gritar Aleluya! El Aleluya de la Libertad y de la Gloria! Como de un nuevo Sinaí, de la cumbre resplandeciente del Condorcunca, coronada de rayos olímpicos entre iris de banderas triunfales, parte el grito sagrado que estremece las entrañas de América. Ayacucho! gritan los volcanes andinos con la formidable elocuencia de sus bocas de fuego. Ayacucho! canta el Amazonas, coreado por cien soberbios ríos. Ayacucho! Ayacucho! alternan el Pacífico y el Atlántico con el grandioso salmo de sus aguas eternas. Y desde el uno al otro extremo del continente de Colón millares de trompetas, campanas y cañones, en estupendo, atronador concierto, repiten la palabra portentosa! Y la América toda, íntegra, unánime, en su territorio y en su espíritu, en el Norte, en el Centro, en el Sur, la América de Washington, de Hidalgo, de Martí, de Bolívar, de O'Higgins y de San Martín, trémula de entusiasmo, ebria de santo orgullo, clama con la voz de todos sus pueblos: Ayacucho! Y el eco grandioso, formidable, del epinicio gigantesco, se prolonga infinitamente, retumbando como un trueno de gloria, en las profundidades de los siglos!

Singular, glorioso destino el del Perú! Jerusalem del Inca, Atenas y Cartago de la Colonia y Roma de la Libertad animada por el genio del gran Bolívar! Célebre por el Templo del Sol, por la Corte de los Virreyes y por la Batalla de Ayacucho, tócle en suerte la envidiable gloria de sellar en sus términos la independencia americana. Célebre por sus oros, célebre por su Rosa, el Perú era digno de esta gloria y era digno de Sucre. Sucre, el paladín inmaculado de



la espada de oro, pura como un rayo del sol incaico. Sucre, cuyo nombre, cuyas virtudes y ejemplos, siempre vivos en la memoria de los pueblos, son como un bálsamo para todas las llagas de América. Sucre, señores, en quien se concentran las más altas virtudes de las dos razas rivales que se disputaron el dominio de América: el valor indómito de la raza aborígen y la hidalguía de la noble raza de Castilla.

Ciertamente, señores, Ayacucho fué una enorme herida sangrienta: una herida en el pecho de España, en el pecho de América, en el pecho del mundo. Pero una herida salvadora, de esas que reparan la entraña enferma y dan la vida. La espada de Sucre fué la cuchilla maestra de aquella formidable Cirugía de la Libertad y del Derecho en la entraña de un continente, en el corazón de una raza noble, madre fecunda de una larga y gloriosa familia de Repúblicas. Y sobre la entraña sangrienta, sobre el enrojecido campo de la batalla decisiva, sobre la alegría del vencedor y el dolor del vencido, siembra el insigne cumanés la semilla de la reconciliación vertiendo el oloroso bálsamo y generoso vino de la dulzura nazarena y de la hidalguía castellana. Y la Rosa de Lima halló que por la sangre y el espíritu, por la gloria y el sacrificio, por Pichincha y Ayacucho como por Chuquisaca y Berruecos, el Mariscal sin mácula, el Abel de Colombia, era su hermano.

Señores, después de cien años de Ayacucho es motivo de fruición patriótica que al hacer un análisis de nuestra vida nacional nos encontremos dignos de los que en aquella jornada inmortal inscribieron sus nombres y con ellos el de la América en las páginas de oro de la historia de los pueblos libres. Es cierto que erramos durante largos años por los senderos tortuosos de las guerras civiles, que agostaron estérilmente nuestras fuerzas y falsearon el ideal político de los fundadores de la República. Pero también es cierto que aún en nuestros momentos de mayor angustia conservamos siempre, puro e integérrimo, el espíritu de la nacionalidad, la fe en nuestros destinos y el valor altivo y heroico que burbujea en nuestra sangre y nos viene de abolengo; el mismo que con el aborígen burló el dolor e idealizó el sacrificio; que con el castellano resistió y venció a los invasores de su suelo y descubrió y abrió a la civilización un continente; que con la lanza de Páez rayó en el milagro y con el genio de Bolívar nos hizo atravesar peleando medio mundo hasta escalar en los Andes del Perú las más altas cimas de la gloria y proclamar ante la faz del Universo, pasmado ante esta maravilla que sólo iguala la Conquista, la redención de América y el triunfo de la Democracia en la civilización occidental. Y es también verdad que después de largo vagar hemos llegado al fin a la tierra prometida de la Patria libre, vigorosa y feliz vislumbrada por el Libertador desde la cima del Monte Sacro y que a él, como a Moisés, no le fué dado poseer. Gracias a la evolución política que nos ha tocado en suerte presenciar durante los últimos tres lustros hemos consolidado el imperio de la Paz; establecido el orden y la honradez como normas de gobierno; reorganizado la Hacienda Pública hasta llevarla al estado que indican con el lenguaje elocuente de los números nuestro crédito interior y exterior, el valor de nuestra moneda y el balance de nuestro tesoro; cruzado con una buena red de carreteras, arterias del progreso, todo el territorio de la República; protegido ampliamente el trabajo, palanca de Arquímedes del engran-





Grupo de los Delegados al IV Congreso Venezolano de Medicina.



decimiento de los pueblos; consagrado como canon constitucional e institución de primera clase en nuestra Administración, a la Higiene Pública, factor fundamental en la génesis y evolución de las naciones; levantado el valor moral y material del Ejército a la altura de las tradiciones militares de nuestra guerra magna; fomentado y modernizado la Instrucción Pública, pan espiritual del hombre; solucionado con honra para el País problemas internacionales que pesaban sobre nuestra cancillería desde los orígenes mismos de la República y levantado a un grado de cordialidad sin precedentes en nuestra historia, nuestra amistad con todos los países del mundo; estrechado los vínculos fraternales que nos unen con todos los pueblos de la América; mantenido vivo el amor a la Patria y el culto a nuestros libertadores haciendo justicia a sus proezas y virtudes y celebrando dignamente las fechas conmemorativas de sus hechos beneméritos; amparado al propietario y protegido al obrero, conjurando así el desequilibrio social que por la naturaleza misma de las cosas tienden a producir los intereses, a menudo antagónicos, de las clases que giran en los extremos opuestos de la Sociedad. Esta labor, señores, que nos rescata ante el mundo nuestro puésto de nación civilizada y nos permite levantar en alto con legítimo orgullo la herencia de patria y de gloria que nos legaron nuestros libertadores, es realmente el complemento de nuestra independencia y es la obra—justo es proclamarlo en esta asamblea—del varón ilustre que preside la Patria y sobre cuyos hombros marcha la República por derroteros seguros hacia el porvenir.

Señores, he nombrado a Bolívar, a Sucre y a Páez, los factores máximos de nuestra epopeya, y al General Gómez, autor de nuestro bienestar presente. Pero flota un espíritu en este recinto, que está como en su propia casa porque se encuentra entre médicos, y nos reclama un recuerdo en nombre de la Patria y de la Ciencia. Es, señores, el espíritu de Vargas, el sabio, el patricio, uno de los modeladores de nuestra vida cívica y a cuyo impulso nació, creció y aún vive la Medicina Nacional.

Honorables colegas, hago sinceros votos porque las labores del Cuarto Congreso Venezolano de Medicina correspondan a las esperanzas que en ellas fundan legítimamente el País y el Gobierno.

Señores!



DISCURSO DE DESPEDIDA A LOS DELEGADOS DE LOS ESTADOS, POR EL DOCTOR LUIS FELIPE BLANCO, DELEGADO POR EL ESTADO SUCRE.

*Ciudadano Rector de la Ilustre Universidad Central, Representante del ciudadano Ministro de Instrucción Pública:*

*Ciudadano Presidente del Congreso:*

*Distinguidos colegas:*

*Señores:*

Traigo a esta Tribuna un encargo ordenado últimamente por el Presidente del Congreso: dar la despedida a los Delegados de los Estados.

Antes se me había confiado otro, presentarles la bienvenida. El que vengo a desempeñar no es tan grato como éste último: la emoción del primer saludo despierta más íntimas simpatías, anima con alegrías el afecto; prepara esperanzas halagadoras; siempre se cree que han de venir con los que llegan sorpresas inesperadas, satisfacciones que citan otras mejores. Decir adiós no iguala a la enhorabuena, al parabién, y ya lo dijo el viejo poeta, nunca olvidado, “despedirse es muy triste y el corazón se viste de luto al decir adiós”.

Pero hay que obedecer el mandato; pues en estas reuniones la digna y experta dirección exige acatamiento y respeto. Véome, pues, de todos modos sometido y dispuesto con agrado, aunque me intimide la desconfianza, a llenar la misión impuesta a mi cuidado.

Nunca se ha ofrecido una oportunidad más propicia para rendir culto y levantar aras a las dulces fruiciones del espíritu, a las elevaciones del sentimiento, y respetuosos, sumisos, acudir todos a saldar la deuda de gratitud con los que nos enseñaron que la libertad es precioso dón; que el acto más vehemente de la abnegación, que es el sacrificio, se ofrece antes que renunciar a ella.

Nunca se han acercado mejores momentos de expansión para refrescar memorias, para demorarse en apacibles reseñas, en narraciones que dieron brillo a nuestro pasado histórico y motivan esta dignidad, estimación, arrogancia, legítimo orgullo, de que nos ufanamos, justificados por hechos que ensalzan la nacionalidad y por cosas nobles y virtuosas.

Bien inspirados los Poderes Nacionales han efectuado un desfile de todas las fuerzas de voluntad, de tesón y de actividad para que fuera ruidoso el homenaje al rememorar aquel esfuerzo eminente de hazañas y virtudes, la gloria incomparable de sus héroes, y la fama de sus arranques, que más simulan leyendas tradicionales que verídicos hechos históricos.

Parcos aún estos homenajes de justicia póstuma, seguirá la labor artística, digno complemento del elogio, inspirándose en concepciones atrevidas que aproximen a la obligación votiva, al prometimiento y reclamos de la apoteosis.

Debemos agradecer profundamente la incorporación de este Congreso al conjunto de las actividades del país, con fin tan patriótico como civilizador; y



consecuentes en la parte que les concierne, no han deslucido el honor los profesionales de la Medicina.

Apuntamos que se aproveche la ocasión actual para despertar los entusiasmos; acercar las voluntades que sirvan al progreso y cultura de la ciencia, propósitos dignos de manifestarse como ofrendas al esfuerzo supremo acometido por el heroísmo y el empuje incontrastable, al favor del más grande de los beneficios que reclaman el orden social y político: la independencia y altivez de los fueros humanos.

En el desempeño de la misión los Congresistas han hecho lujo de aptitudes descollantes, perseverantes en esclarecer los detenidos estudios y las relaciones e historias de los casos observados, interesando y concretando particularmente su labor en Parasitología, Higiene, Epizootias, Profilaxia, con detalles numerosos de procesos mórbidos en el radio de la Medicina Nacional.

Ha sido halagador presenciar las discusiones interesantes, animadas y luminosas; destacándose la colaboración de jóvenes médicos en quienes se descubren ilustración, acierto y conclusiones reflexivas, probando competencia y notoriedad que les permite apartarse de las opiniones tradicionales, y en cada cuestión emitir la suya personal. Yo me atrevo, pues, a asegurar que los miembros de este Congreso han alcanzado un éxito completo, trabajando por el bien general y levantando el nombre de nuestro gremio.

Sacerdotes del saber, no quedan aislados vuestros esfuerzos, la Patria os observa, fijándose interesada en los importantes motivos que hoy os reúnen.

Ministros del Bien!, no dudéis de la recompensa del mañana por los beneficios que la colectividad aproveche de vuestras deliberaciones.

Yo no soy de los que opinan que estos parlamentos científicos son improductivos para la comunidad, que no se recogen de ellos los frutos que prometen, y que por tales razones vienen perdiendo terreno en las escuelas y en el concepto de los públicos ilustrados.

Se ha dicho y se propaga la tesis, sobre todo por estos últimos Congresos, (Español de Sevilla, Conferencia de Laussana, octubre de 1924) que estas reuniones gastan sus créditos, que carecen de la actividad de los centros científicos y de la extensión creciente de la prensa médica; que son estas últimas solas las que dan a los clínicos e investigadores posibilidades para hacer conocer sus descubrimientos y trabajos; y que al sumar las adquisiciones nuevas que enriquecen un ramo de la Ciencia, es ínfima o nula la parte que toca a los Congresos.

Yo no convengo en que sea tan escaso el papel de estas asociaciones colegiadas. A ellas concurren las eminencias de los distintos países y siempre se señalan soluciones y se adquieren adelantos favorables. El progreso en general resulta de los empujes no interrumpidos de todos. Hay solidaridad en las distintas etapas de la Ciencia; y el progreso especial es un eslabón del progreso general. Los que fueron nuestros maestros no estaban atrasados, trabajaban para su época; y sobre los hombros de ellos descansa todo lo que habíamos aprendido, enlazándose a las adquisiciones nuevas. Las épocas son distintas, unas más, otras menos luminosas. Desde que ha habido sembradores el fruto no pertenece al que lo recoge hoy, sino que corresponde también al que abrió el surco, depositó el germen y abonó el terreno.



Mal proceder es excluir refuerzos que se propongan adelantar la marcha de las adquisiciones. No es tiempo ni lugar de averiguar dónde hubo mayor número de credenciales. Lo que importa es que la mies sea abundante, que la cosecha no se aminore, que no haga estadía, ni mucho menos naufrague.

Por estas ideas yo sí conceptúo eficaz la acción y la repetida y constante ayuda que se derivan de estos congresos científicos. Por ellos se arraigan o no los principios y se aceptan las tesis analizadas por la controversia; se adquieren incentivos para revelaciones sensacionales; se constituyen vínculos que acercan, extienden y refuerzan las relaciones científicas entre países y estados, o agrupaciones que multitud de intereses tienden a aproximar. Para no fatigaros podría citar un solo voto de valer en pro de esta opinión. La cooperación científica internacional que ofrece la Sociedad de las Naciones al instituir una comisión internacional de cooperación intelectual, la que tiene en estudio una serie de cuestiones importantes, mal que pese a las objeciones del Delegado británico, profesor Gilbert Murray, expresando temores por la influencia francesa que habrá, según él, de ser absorbente al situarse el referido instituto en París.

Sentimientos análogos prosperan en las reuniones del segundo congreso español de ciencias médicas en Sevilla. Allí, el decano de la Facultad de Madrid, profesor Recasens, dice que su objeto ha sido establecer un lazo de solidaridad confraternal entre el cuerpo médico español y el de la América del Sur. Apunta entre las conveniencias del Congreso la próxima exposición ibero-americana para 1927, en Sevilla; la creación de un centro superior de cultura que se denominará: "Colegio Superior Hispanoamericano", para el estudio de problemas de orden profesional y utilitario, concurrido por españoles y suramericanos, de modo que los organizadores de la Asamblea de Sevilla aparecen triunfadores, y ven que las críticas que venimos considerando están desprovistas de fundamento, como lo prueba la expansión fraternal de 2.640 miembros, entre médicos, farmacéuticos, dentistas, veterinarios, asistentes a aquel centro, con el goce además de las simpatías atrayentes de aquella región privilegiada, que todo es música en la tierra de Sevilla, y brisas, frescura y alegría en la espiritual Andalucía.

Yo admito como irrefutable los conceptos que allí se expusieron, como sucedió también en la Conferencia Sanitaria de Laussana sobre la verdadera significación y trascendencia de los congresos científicos. Estos no dejan de ser interesantes y productivos porque no surja de sus discusiones un descubrimiento trascendental, capaz de mudar la faz de un problema, de precisar el plan curativo de un proceso morboso; no, esas no son sus características; no van en solitud de hallazgos; empero si los encuentran los fortalecen y exhiben; valen sobre todo por el ambiente de conspicuos profesionales, por la variedad de temas que tratan de desarrollar, de aclarar, de modificar y reformar, por la amena e interesante discusión promovida; y ante todo, por la emulación científica despertada en individuos capaces de discernimiento, entre amigos y compañeros; emulación que se propaga a las naciones estimulando energías individuales y colectivas.



Las ceremonias del Congreso de Sevilla fueron enaltecidas por un discurso del Rey Alfonso XIII, quien dijo, aludiendo a las palabras del Rector de la Universidad de Buenos Aires, que era inhumano desperdiciar las energías fabricando instrumentos destinados a destruir hombres y pueblos; y después de haber discurrido en términos elocuentes sobre la paz universal, y las tendencias a suprimir la guerra por los esfuerzos de la Sociedad de las Naciones, declaró que era preciso despertar, explotar, consagrar un estímulo saludable por el contacto de los dirigentes de los pueblos con el cuerpo médico que trabaja sin cesar por el progreso de la Ciencia.

Propicia dije, era la ocasión para obtener buena suerte este Congreso y hacerse perdurable en los anales patrios. Cumpliendo felizmente su programa ha dado su contribución el gremio médico de Venezuela con el carácter trascendental de su faena para el homenaje a los autores de la proeza que emancipó definitivamente e hizo soberanas todas las colonias de España.

Los mejores de nuestros prosistas y los más eminentes entre nuestros sociólogos, han recordado los méritos de aquellos hombres de convicciones y austeridades, que no claudicaban ni ante los halagos ni ante los riesgos; temperamento y carácter fundidos en una voluntad consciente; firmes, resueltos para encaminar las multitudes hacia una vida de plenitud de derechos y de permanentes libertades públicas; organizadores de patrias republicanas con ideales y energías propicios a muy altos y fecundos destinos.

En ningún otro de los libertadores republicanos ardió la llama de la fe y del entusiasmo con la vivacidad, lustre, resplandor e intensidad que en ellos. En ninguno de los creadores de pueblos vibraron las ideas como en aquellos cerebros prodigios; ni se sometieron como ellos a la Ley; ni concibieron como ellos el perfecto sentido y la estricta aplicación de la justicia. Y era que Bolívar y Sucre estaban concebidos para fines asombrosos.

Después de Ayacucho los impulsos y encadenamiento de los sucesos los hicieron pensar en la libertad de Cuba, en pasear sus huestes invencibles por todo el Continente; hacer fulgurar el Iris de la Redención sobre el Mar Caribe que bautizó Colón (Carta de Sucre a su hermano Jerónimo) y reunir una Conferencia que tuviera por objeto establecer el resumen de un evangelio internacional de América, expresión de sus generosos anhelos, credo de sus ideales políticos. La poderosa intervención que las más adelantadas naciones del mundo toman en el festival del Centenario respondiendo a la convocatoria del Perú, indica como ha de ser grandiosa y extensa la veneración de los que se aprovechan de aquel triunfo y la suma de tributos en el culto exterior, pues debe existir conformidad y reconocimiento entre el bien recibido y quien lo devuelve.

En el juicio de una obra política no se cuentan los detalles para llevarlos solos, a la balanza, se recogen también los antecedentes, los provechos inmediatos y se añaden los resultados posteriores o lejanos. Tal hizo el LIBERTADOR, el de las lentes escrutadoras y penetrantes para las que el tiempo y la distancia son minutos y líneas.

Ayacucho fué, es y será lo que él predijo: La Cumbre de la Gloria Americana; por él la América esclava, sometida al rigor, a la opresión, al vicio, se proclamó dueña y entidad libre.



Ella no nace hoy, como alguno propone; si así fuera el vaticinio del Libertador carecería de su prestigio.

Hoy se cumple el plazo de su predicción: las enseñanzas de la contienda se han extendido para fijar la magnitud de aquélla.

Dijo que era cumbre, porque allí triunfó América y triunfó España; aquélla por el denuedo, por la santa causa que defiende, por la magnanimidad proverbial que la caracteriza; y España, por su tradicional valentía, por su pundonor caballeresco, por los gritos de la raza; y quedó España en el corazón de América y se fué América en la gratitud de los españoles.

Dijo que era la gloria de Sucre, y que la posteridad le concedería derechos inmortales, y tal lo estamos viendo. Son las dianas de todas las civilizaciones que vienen a participar del himno a la Majestad de la virtud preclara de Sucre y a la celebración de las recompensas para su vida intachable.

Las arengas de Sucre en Ayacucho fueron las primeras descargas que alumbraron el campo de la lucha, exaltaron a los patriotas y desconcertaron a los realistas.

A Caracas lo estimula así: “Responded de la victoria porque sois de la cuna de la Libertad y de la patria del Libertador, elevad esos nombres a la inmortalidad”.

A los llaneros, a quienes el furor del combate puede exacerbar, les advierte “pecho generoso para el vencido, brazos abiertos para el necesitado”.

Y a todos grita: “de los esfuerzos de hoy depende la suerte de la América del Sur; que un nuevo día de gloria corone vuestra admirable constancia”.

Ya ha sonado la hora del ardimiento justiciero; hoy sí se ve claro la trascendencia de aquel proceso. No fué tanto obra del valor, de que dió señales Sucre desde joven: náufrago en el golfo de Paria a los 17 años, cuando la tempestad bramaba sobre su cabeza, y era la ligera embarcación juguete de las ondas que amenazaban tragarla, su serenidad sorprendió al intrépido Francisco Javier Gómez, arrojado marino, más tarde protegido y siempre recordado de Sucre, que corrió a salvarlo.

Y en el pugilato con los soberbios leones, titanes orientales: Bermúdez, Mariño, Montes, Rojas, Valdez, Armario; en todos los peligros a que expuso su vida, siempre apareció el militar valiente de sin igual denuedo. No, la fuerza que siempre manejó para el triunfo fué en capacidad múltiple, la estructura moral de su organismo, la benignidad, el desprendimiento, la previsión generosa, y todos esos dones mantenidos por un talento sereno, una pericia prudente y un acierto de organizador preciso. Deslumbra más en Quito, en Quinúa, en Jirón, cuando venda la herida, levanta al vencido y con lazo de amor siembra la amistad entre el caído y el triunfante. En Guayaquil al conjurar las guerras civiles, impresiona cuando desdeña los honores; cuando celebra la fama de los otros, cuando aleja de su decorosa presencia las ruindades, la astuta adulación, atestiguando cómo levantó su alma al fuego del patriotismo y educó sus facultades por los caminos de la rectitud y del bien. No fué, pues, Ayacucho simple victoria campal. La libertad de América se sancionó allí por la conciencia de los pueblos que habían jurado ser independientes. Era el orden moral de un continente que se elevaba victorioso imponiendo la renuncia a nuevas lides, des-



tacándose con sus rasgos más descollantes de heroísmo, apoyado en la inspiración de un genio y en las habilidades estratégicas de un espíritu superior que, a la vez que imprimía vigor a sus legiones, reservaba en el pecho inagotable bondad para dignificar al vencido, lazos de generosidad y copa de clemencia para brindar treguas y reposos.

Iris de paz fué Sucre proclamado salvador por sus altas concepciones y sus arranques virtuosos. Tales fueron los fundamentos de Ayacucho, ni dispersión ni cautivos; el vencedor ofrece goces y repatriaciones honrosas, y por eso aparece aquel día más radiante la gloria de Colombia, pues hace a América soberana; y Sucre, por designios del Libertador y de mano de Dios fulgura en el mundo con luz propia, gracias a una vida ejemplar sin precedentes.

Recapacitemos sobre estas credenciales y tales venturas que pertenecen en primer lugar a Venezuela; y aprendamos en tantas enseñanzas la extensión y firmeza del poder de la virtud moral de aquel inmaculado, para quien después de un siglo de apreciaciones y de juicios, de análisis profundos, no ha tenido reticencias la historia, como no debe tener reservas nuestro patriotismo para quien distribuía liberalmente sus bienes inmortales, con que le agració la Providencia, con desprendimiento excepcional, sin esperar ni exigir jamás los incentivos de la recompensa.

Démosla hoy con más sanción, demostrando que cada paso de su breve existencia, de llamaradas fulgurantes y por los martirios de su Calvario deja profunda huella en sus compatriotas, despertando estímulos para practicar sus principios y erigiendo un santuario a su memoria.

Me he distraído en asuntos que no son extraños a lo principal de la Asamblea, y no se me tendrá a mal, creo yo, porque todos estamos obligados a llevar al braserillo nuestro grano de resina sagrada para que engendre el humo del incienso y despida el perfume, remedo del pecho agradecido; pero sí es verdad que me he distanciado de la empresa que se me da, y hasta lo he hecho premeditadamente; es duro dar la despedida. No me hallo en capacidad suficiente para rendir buen examen en este cometido, a menos que lo prepare y aceptéis así: que perdure nuestra unión, sin confusión, ya que es imprescindible la marcha, o sea, alejarnos solamente atentos a una llamada.

Dividirnos sin separación, repartirnos para volver al conjunto en otra hora feliz; de modo que en el abrazo confraternal de hoy dejemos formalizada una esperanza: la promesa realizable de que este adiós significa hasta muy pronto.





#### IV

**Sesión solemne de la Academia Nacional de la Historia.—Recepción del Académico, doctor Manuel Díaz Rodríguez.—Su trabajo de incorporación: “Ayacucho en la Revolución de Hispanoamérica”.—Palabras del Presidente del Cuerpo, señor Vallenilla Lanz.—Discurso del doctor Gil Fortoul.**

La Academia Nacional de la Historia, por excitación del Ejecutivo Federal y en obediencia a los fines patrióticos y culturales que informan sus labores, celebró sesión solemne en la noche del día seis. El interés general que despertó este acto se puso en evidencia por medio del público que llenaba las salas del Municipal. Concurrencia numerosa y de selección, integrada por elementos representativos de las más salientes actividades intelectuales y sociales de Caracas, presididos por el Ministro de Instrucción Pública, doctor Rubén González. El concurso prestado por tres de los más notables escritores de Venezuela y la circunstancia misma del homenaje rendido de aquel modo a la gloria excelsa del Libertador y del más puro y afortunado de sus tenientes, contribuyeron a dar realce extraordinario al acto, cuyo recuerdo queda indeleblemente asociado a la rememoración de los fastos centenarios de Ayacucho.

El Secretario de la Academia doctor Félix Quintero dió lectura al siguiente Acuerdo:

“La Academia Nacional de la Historia, atendiendo al dictamen de los Jurados nombrados para juzgar las producciones concurrentes al Certamen abierto para contribuir a la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, ha acordado diferirlo para una fecha que se fijará oportunamente”.

El Director de la Academia señor Laureano Vallenilla Lanz pronunció un breve discurso de apertura, lleno de honda emoción ante el desfile de los héroes anónimos que dieron su sangre por la independencia y se fueron tras de la estrella deslumbrante del Libertador, del Orinoco al Plata y de las calcinadas playas del Caribe a los fríos ventisqueros de los Andes australes.

El doctor Díaz Rodríguez trazó de mano maestra, con la claridad y concisión de su estilo, el cuadro de la América española en aquellos días de gloria y de combates por el triunfo del ideal emancipador. Al estudiar la influencia



de Ayacucho en la consolidación de los pueblos de origen hispano el orador habló a la América y a España, con la autoridad de su palabra y la excelsitud de los principios que triunfaron definitivamente en la mañana de Ayacucho. La figura del Libertador aparece en el estudio del doctor Díaz Rodríguez nimbada con los atributos del genio, señalando a la América el camino de su porvenir, ahondando en el carácter peculiar de cada pueblo para extraer, como de la entraña de la mina, el oro y el diamante de su palabra, henchida de prodigios.

La contestación del doctor Gil Fortoul complementó con acertadas observaciones y los más sutiles rasgos de ingenio aquel cuadro evocador, cuya grandeza nos impone deberes solemnes e inaplazables. En la evolución política de la América se cumplen las previsiones del Libertador y la obra del presente se arraiga a la obra del pasado, en una lección continua de energía, de inteligencia y de belleza.

Terminado el discurso del doctor Gil Fortoul, el Ministro doctor Rubén González impuso al nuevo académico la Medalla de la Corporación. Una magnífica orquesta amenizó los intermedios con escogidas partituras.

---

PALABRAS DE APERTURA DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA, SEÑOR LAUREANO VALLENILLA LANZ.

*Señoras: Señores:*

La Academia Nacional de la Historia ha querido asociar a la conmemoración centenaria de la Batalla final de la Independencia de América, los nombres de dos de nuestros ilustres hombres de letras, de los que han alcanzado más justo renombre entre los pueblos de habla castellana; y ha escogido este día para recibir en su seno al doctor don Manuel Díaz Rodríguez, que viene a ocupar el puesto vacante por la nunca bien sentida desaparición de don Felipe Tejera, y designado para darle la bienvenida al nuevo académico, a nuestro eminente colega señor doctor don José Gil Fortoul. Uniendo estos dos nombres no sólo hemos querido honrar el uno con el otro, sino rendir este homenaje de la intelectualidad venezolana a los héroes de aquella jornada que fue la obra del Genio en su más alta y noble expresión.

Ellos van a hablaros de Bolívar y de Sucre. Pero aquel sentimiento de la posteridad que tanto inquietaba en las horas del desengaño al soñador de Casacoima, convertido en pura admiración fervorosa sube también en incienso de apoteosis hacia los héroes oscuros, hacia los humildes hijos del pueblo que dignificados en la lucha y en el triunfo llegaron a ostentar en el uniforme, entre dos ramas de oro los nombres de Boyacá y Carabobo, de Bomboná y Pichincha, de Junín y de Ayacucho.



Eran los veteranos de cien batallas que marcharon desde las costas, las llanuras y las montañas de Venezuela hasta las Altiplanicies de los Andes, encarnando la bravura, la osadía, el denuedo, virtudes esenciales del pueblo venezolano.

Tan formidable fue la guerra de nuestra Independencia, que su explosión aventó a los hijos de Costa Firme hasta los más remotos confines de América: La espada de los capitanes venezolanos y las bayonetas de nuestros soldados calentadas en los soles bravíos de las tierras bajas y humedecidas en la nieve de los más altos páramos, retintinan aún en distancias inmensas con sonidos de victoria. Todavía más allá del itinerario seguido por el ejército Libertador nos sorprenden sus huellas en las cuales nace a menudo la flor azul de la leyenda.

Los granaderos del Capitán Guariqueño López Matute, desertados de Cochabamba en 1826 van a escribir una página de sangre y de heroísmo en la Historia de la anarquía argentina; y nos asombramos con orgullo cuando descubrimos en los comienzos de la emancipación peruana la intrepidez con que el batallón "Numancia" constituido por venezolanos franquea bajo las banderas del Rey el camino de mil quinientas leguas castellanas que recorrerán más tarde las huestes libertadoras de la Gran Colombia; y Los llaneros venezolanos que seguían en las cargas de Junín la esclavina roja de José Laurencio Silva habían sido el pasmo y la admiración de don Pablo Morillo.

En aquellas marchas fabulosas por las regiones interandinas una naturaleza hosca, y triste, desapacible como el rostro del aymará rodea a nuestros soldados. Bajo los cielos de una palidez trasparente, brillando a la luz de un sol frío se alzan las cimas canosas sumidas en un eterno silencio. Allí los crepúsculos se confunden con la noche, sin esa suavidad de los trópicos pronta a convertirse en "piélagos de lumbre". Allí apenas resuenan los graznidos de las aves salvajes o de tarde en tarde algún canto en que palpita la amargura y la desesperanza de la raza vencida. El cansancio, la tristeza de morir lejos de la Patria, la melancolía de esas soledades monótonas se apodera a veces de aquellos guerreros endurecidos en la fatiga y en los espectáculos de la muerte, y desata en ellos el recuerdo, la nostalgia de nuestros paisajes sonrientes. La misma añoranza alienta en todo el ejército y sube a flor de labio y hace olvidar el cierzo helado de aquellas alturas cuando en un rincón del campamento resuena algún viejo cantar de nuestras llanuras o de nuestras playas que se eleva como un himno del cálido ambiente tropical a las noches serenas y estrelladas.

Y cuenta la tradición que en vísperas de Ayacucho, cuando el silencio reinaba en el campamento, se oyó a lo lejos, a los acordes melancólicos de una guitarra una voz que cantaba:

Ay!! Cumaná, quien te viera  
y por tus calles paseara  
y a San Francisco fuera  
a misa de madrugada.



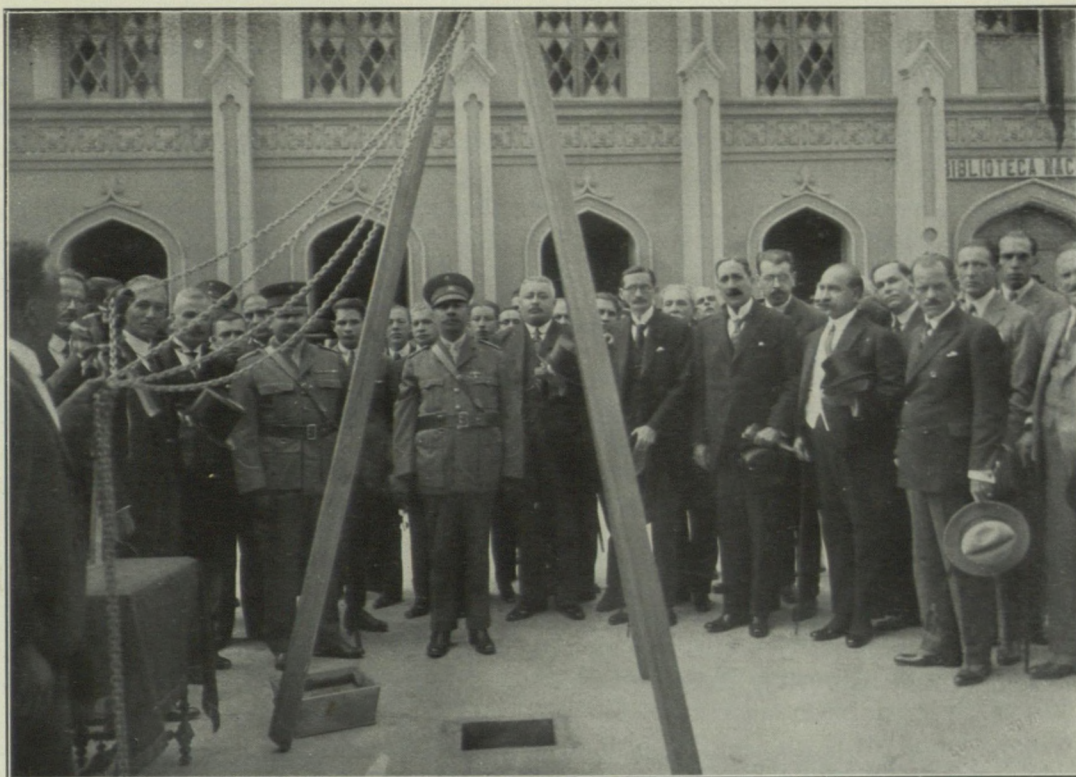
mo aparece más enhiesto y como empinándose en el futuro, consciente ya de ser el término que irrevocablemente separa, con la inmaculada pureza de su casco de nieve, dos épocas de la historia. Y Ayacucho dejó de ser el “rincón de los muertos”, para trocarse en inagotable raudal de enseñanza y de vida.

“La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro heroísmo—dirá el Libertador en su proclama al Ejército—pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, eleva su cabeza erguida sobre todo”. “Es—repetirá más tarde, al trazar los rasgos biográficos del vencedor—la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre”. Y sin duda es la obra de Sucre, por cuanto hace a la ideal estructura de la batalla, a los limpios y clásicos movimientos con que la habilidad y la visión del simpar estrategia acaban arrancando, con las palmas del triunfo, toda esperanza a las armas realistas. Pero en cuanto a su inmensa y honda significación, la victoria de Ayacucho no fué la obra exclusiva de Sucre. No fué la obra exclusiva de Colombia o del Perú, de Buenos Aires o Chile, de ninguno de los pueblos que tuvieron la fortuna de verse representados, siquiera por alguno de sus hijos, en la última gran batalla de la Independencia. No fué la obra exclusiva de un hombre o pueblo determinado, sino la obra de todos. Era la obra de los presentes a la jornada, y lo era también de infinitos ausentes que, en un impetu de simpatía o de voluntad generosa, acompañaban desde lejos en espíritu las armas de la libertad. Era la obra de cuantos vivieron aquella triunfal mañana de primavera, transfigurados de heroísmo y orgullo, y era también la obra de muchos que ya de tiempo atrás yacían bajo la tierra convertidos en polvo. Era la obra de los libertadores y lo era también de todos los precursores—hombres de Chuquisaca o la Paz, de Quito o el Sócorro, de Caracas o México, de cuantos precursores brillantes u oscuros, Pumacahua o Carrera, Murillo o Miranda, de México a Chile y del Plata al Orinoco habían, por la misma causa de bien, terminado en el patíbulo, o desaparecido sin dejar ni el rastro de sus huesos en la noche de las prisiones, o sucumbido en las penalidades del destierro, o muerto, los más felices, aunque sin recibir sobre sus frentes el beso de la gloria, en anónimos campos de batalla.

En todas y cada una de nuestras repúblicas floreció la planta del precursor en rosas de martirio. Y cuando en 1810 la obra de los precursores se evidencia y afirma, todos nuestros pueblos adoptan casi simultáneamente iguales procedimientos y lenguaje. En todos ellos se establecen juntas que son como un eco de las juntas españolas, y todos ellos, o la mayor parte de ellos se constituyen, de Centroamérica al Plata, bajo el nombre de Provincias Unidas. Una misma doctrina, y aun las mismas palabras fundamentan las distintas declaraciones de independencia. Por encima de las fronteras de la colonia, provisionales e indecisas, fraternalmente se tienden unos a otros las manos. Reconócense los hombres, de uno a otro país, como hermanos de armas, como ciudadanos de una misma nación, de una misma patria: la América. Porque desde su primero y más pálido albor la revolución de independencia fue siempre, hasta la mañana de Ayacucho, franca y esencialmente americana.

Ya los granadinos acudían a la independencia de Venezuela, y en el corazón de Girardot encontraba símbolo supremo la cooperación heroica de la Nueva Gra-





El Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República; el General José Vicente Gómez, Vicepresidente; y los Ministros del Despacho Ejecutivo y otros altos funcionarios en la colocación de la primera piedra del Monumento a la Batalla de Ayacucho.

nada; ya los venezolanos en Boyacá refrendaban con la sangre de sus venas la independencia granadina. Tramontaban los rioplatenses la cordillera para ir a batirse por la independencia de Chile, y argentinos y chilenos movían luego su cruzada libertadora a los campos del Perú. Concurrían argentinos y peruanos, como a una cita de honor, al coronamiento de la independencia colombiana, cuando, obedientes a la espada de Sucre, las falanges y banderas de la libertad, anulando el empuje de las armas del Rey, dominaban las alturas del Pichincha en un vuelo incontrastable de cóndores. Y en seguida, ecuatorianos, venezolanos, granadinos, los hijos de Colombia, irían de Junín al Desaguadero, sembrando por las altas mesetas de los Andes del Perú un pensil de fábula y de sangre.

Unas veces los esfuerzos, dispersos y limitados, como los mismos hombres, aparecían aislados y egoístas; otras veces, concertados y armoniosos, trasponían las fronteras con decidido movimiento de expansión deliberada y coherente.

Pero todos, esfuerzos, hombres y pueblos, reconocían enemigos e ideales comunes. Y así las energías de unos y otros habían de converger necesariamen-



te a un mismo fin, a encontrarse concordes en la gloria de Ayacucho, a cristalizar en la "cumbre de la gloria americana". Para elevar esa cumbre, allegó cada quien su material: el uno su grano de arena o su guija de arroyo; el otro, su noble piedra sillar, española o incaica; y hubo quien allegase también su bloque de mármol preclaro, albo y sin mancilla como la nieve del Condorcunca; pero, como era uno mismo el fervor, él bastó a transmutar tan diversos materiales en una sola substancia divina.

Virtualmente quedaba terminada en Ayacucho la obra militar de la revolución, porque epílogo forzoso de esa batalla habían de ser, de una parte la rendición del Callao, y de otra parte la independencia del último territorio ocupado todavía por las huestes del Rey, o sea el territorio de las provincias bajas del Río de la Plata que, al verse emancipadas por las armas de Colombia, y propicios el pensamiento del Libertador y los Congresos de Buenos Aires y el Perú, se organizaron, conforme a su voluntad categórica y manifiesta, en el nuevo estado soberano de Bolivia.

Terminada la acción, el hombre, el político y el estadista que alientan en el héroe de Ayacucho revalidan moralmente la revolución americana. Las capitulaciones que en el mismo campo de batalla ofrece el vencedor al vencido justifican la revolución a los ojos del universo. A ningún otro podía el genio de la revolución y de América fiar el encargo de hacer justicia en Ayacucho. Jamás como al pie del Condorcunca se puede decir de Sucre lo que Pereira, el noble historiador mexicano ha dicho de él: que fué el copo de nieve sobre la charca de sangre.

La vida y la obra de Sucre podrían tener síntesis cabal en las líneas netas y precisas de una figura geométrica, tal como un diamante de aguas clarísimas, y de espléndidas facetas pulidamente labrado por un artifice glorioso. Limpio de corazón, era extremoso de pulcritud así en sus concepciones de estrategia como en los más triviales hechos de la vida. Su vida y su obra tuvieron desde su principio luminoso bajo el cielo de Cumaná la limpidez y el ímpetu de una sola línea recta. Línea recta fué su vida de teniente obscuro en el oriente venezolano hasta dar con la facción. Ya sabéis que la facción fue planta que se crió y aun fructificó en todas y cada una de nuestras nacientes repúblicas, y también sabéis cómo tales facciones fueron después cohonestadas—así en el Perú bajo la pluma de un Riva Agüero—con el nombre de nacionalismo, aunque el nombre y la cosa en cierto modo sean todavía hoy prematuros en América. Pero aquella línea recta, al tropezar con la facción, siguió imperturbable en su rectitud, poniéndose de parte de Bolívar, que era ponerse de parte de la patria. Y desde entonces la línea recta ya no se detuvo en su maravillosa ascensión, culminando primero en el tratado de regularización de la guerra que, de orden y según instrucciones del Libertador, ajustara con Morillo, el jefe de las fuerzas españolas expedicionarias en Venezuela y Nueva Granada, más tarde en Pichincha, después en Ayacucho, luego en la presidencia de la flamante república altoperuana, y, por último, en las negociaciones de Cúcuta para impedir la disolución de Colombia, hasta que la envidia y sobre todo el miedo a una autoridad y una gloria indisputables, contenidas en el recio búcaro de una juventud vigorosa, la quebraran por siempre jamás, traidora y brutalmente, en la ruin asechanza de Berruecos.



A la justeza de líneas y movimientos en el genio del estratega, correspondía el más exigente sentimiento de justicia arraigado en el espíritu del hombre. La justeza de líneas y movimientos del estratega traza, inmovilizando y anulando al enemigo, el férreo cerco de Yaguachi, el vuelo de águilas del Pichincha y la táctica ondulante y paralela con que sigue, copia, previene o envuelve la estrategia del contrario a través de los riscos y abismos de la cordillera, hasta arrebatarse de las manos la victoria en la meta definitiva de Ayacucho. Entretanto, de su exquisito sentimiento de justicia procedían las delicadezas, los escrúpulos y dudas que en el terreno de la política lo asaltaban, como en los turbios días del Callao o al pasar el Desaguadero, imponiéndole aquella involuntaria y ambigua actitud que observadores contemporáneos demasiado suspicaces o nada psicólogos imputaron a una doblez del todo extraña a su corazón.

Su espada era quizás, de México al Plata, la única espada libertadora cuyo filo certero y leal podía muy bien hacer de fiel irreprochable en la balanza de la justicia. Y su justicia en Ayacucho había de coincidir necesariamente con la magnanimidad y la clemencia. Después de la batalla, no hay ya vencedores ni vencidos. El vencedor tiende su mano y sienta a su mesa al vencido, y es el vencido, no el vencedor, quien se refiere con maravilla a los hábiles movimientos del ejército patriota en el campo de batalla. Al vencido americano se le abren los brazos y se le da el beso de la paz y el olvido. Y al vencido español se le repatria con el oro del Perú, o se le acoge en las filas del ejército patriota con igual rango y tratamiento. Tal es la justicia de Ayacucho. Ni antes, ni mucho menos después, hemos recibido nosotros, los americanos—podemos proclamarlo con orgullo—una lección igual de la materna, grande y civilizada Europa.

El enemigo no era el español. Desde su mismo iniciarse, la revolución en toda América asumió los caracteres de una guerra civil. Ya fuese por un loable y diverso concepto de patriotismo, que los inclinara a considerar con más lustre a la patria haciendo parte integrante de la vieja monarquía española, ya fuese por otras causas, lo cierto es que, desde el principio de la revolución, eran americanos en su mayoría los que sirvieron las armas del Rey; y asimismo, y también desde el principio de la revolución, muchos españoles, llámense Arenales o Campo Elías, Mina o Pardo Zela, habían venido batiéndose con igual fe, con igual bravura y constancia que el criollo por las banderas de la patria. Y si el enemigo no era el español, tampoco era España el enemigo. Muchos hombres, y aun todo un partido, acompañaban desde España con sincera simpatía, si bien no llegaran hasta desearles el triunfo, a los ejércitos de la independencia. El verdadero enemigo era un régimen de usos y abusos universales, no españoles exclusivamente, que, ya agonizante, forcejeaba por mantener su imperio sobre América y Europa. Y el régimen se volvía entonces contra la misma España, traicionada, humillada y rendida sin lucha a los invasores. El ejército que, si bien cimentando los designios egoístas de un César, había, a través de Europa, llevado en la punta de sus bayonetas el prestigio y la luz de las ideas liberales, ahora, en España, sofocaba, al servicio de la Santa Alianza, las libertades españolas y restauraba en el trono el absolutismo.

La revolución, realizada primero en los grandes espíritus de entonces, desencadenada después de un extremo a otro del continente en inúmeros cam-



pos de batalla, acabó, justificándose a sí misma, por condenar irrevocablemente aquel régimen en el noble torneo de Ayacucho. Las mismas potencias de la Santa Alianza, mantenedoras de ese régimen, se decidieron a abandonar a su destino la política o impolítica del gobierno español, o si queréis, de Fernando séptimo, deslumbradas por el nuevo horizonte que de repente se abría a la iniciativa, la industria y labor de sus nacionales. Del “rincón de los muertos” brotaba un inagotable manantial de vida, no sólo para la América sino también para la misma Europa. En Ayacucho se alcanzaba la independencia del Perú, se aseguraba la constitución y la independencia de Bolivia, se afianzaba la independencia de Buenos Aires, de Chile, de Colombia, de todas nuestras repúblicas, y se franqueaban por primera vez de par en par las puertas de la América a las corrientes del comercio y la cultura occidentales. Ya el Libertador, en la proclama en que ensayaron su preludio los clarines de Junín, lo había anunciado cuando dijo que “la libertad del Nuevo Mundo era la esperanza del universo”.

Para imprimir carácter de revolución a nuestra guerra de independencia bastaría ese resultado. Hay, sin embargo, quien afirme—y es un español—que nuestra América española no ha contribuido hasta hoy a la historia de la humanidad con una sola revolución verdadera. Niégase a la guerra de independencia, con su carácter de revolución, su mismo carácter de americana. Tras de ironías más o menos fáciles y amables a propósito del gran número de revueltas intestinas en que por más de media centuria se han desangrado lamentablemente nuestros pueblos, con acierto se ha dicho que el nombre de revolución en el sentido trascendente y filosófico no lo merecen las que no pasan de ser meras protestas contra abusos del poder, sino aquellas otras que van contra los mismos usos y traen inscrito en sus programas o pendones algún nuevo principio. Desde luego sería necesario entenderse respecto al significado de términos tan generales como los de “usos” y “abusos” que, por ser tan generales, pierden al fin toda significación. Así, era un abuso, y al mismo tiempo era un uso consagrado por la ley y erigido en verdadera institución de todas las naciones civilizadas de entonces, la infamia de la esclavitud, contra la que se pronunció desde sus primeros pasos la revolución de Hispanoamérica. La revolución fué, en parte, sin duda, una protesta contra los abusos del poder, pero también se rebeló contra los usos de una civilización ya carcomida y minada por la decrepitud, y de su propia sangre generosa exprimió principios nuevos e inmortales.

Tampoco fué, como se ha asegurado y muchos americanos han repetido, privándola de virtud indígena, una mera imitación o caricatura cisatlántica de la Revolución francesa. Ambas tuvieron, es verdad, principios comunes, o más bien la nuestra adoptó principios de la extraña. Pero, esos principios comunes, al cambiar de escenario, cambiaron de importancia y trascendencia, de tal suerte que las variaciones impuestas por el cambio, concluyeron por hacerse características, dando a nuestra revolución fisonomía y originalidad propias. No era lo mismo proclamar los derechos del hombre en el seno de una sociedad como la francesa, de unidad casi perfecta de raza, que proclamarlos como Nariño y otros próceres en el seno del inmenso imperio español, en el seno, sobre todo, de la sociedad de nuestra América del Sur, donde íntimamente convivían y





El Presidente y el Vicepresidente de la República y los Ministros del Despacho Ejecutivo en la ceremonia de la colocación de la primera piedra del Monumento a la Batalla de Ayacucho.



unánimemente aspiraban a derechos iguales tres razas diversas. La presencia de un hombre de otra raza, de un hombre de color, en el seno de la Convención francesa, no pasaba de lo pintoresco y teatral, de ser una nota propicia al desbordamiento lírico de políticos y oradores. Lo que allí era un vano juego sin consecuencias, la ostentación superficial y espiritual del dilettantismo filosófico, surgía entre nosotros como problema innumerable, cotidiano y viviente. Gran distancia va de escribir las palabras de libertad, igualdad y fraternidad al frente de los edificios públicos de Europa, a practicarlas y vivirlas, con todo su contenido profundo en el seno borrascoso y heterogéneo de nuestras masas. Y ya antes de terminar la guerra de independencia, ese problema innumerable y al parecer insoluble, tuvo en la leal y total aceptación del canon democrático su única solución posible. Fué una conquista incruenta de la democracia, o alcanzada con la misma sangre vertida en los campos de la independencia, que encontró su natural coronación y símbolo al día siguiente de Ayacucho. En las filas del ejército libertador había hombres que fueron hasta la víspera siervos y esclavos. Eran los unos, indios peruanos abrumados por el odioso tributo de la mita, condenado por la ley pero mantenido en la costumbre. Eran los otros, negros o mulatos de quienes hablara con ininteligente menosprecio un general de esos días. Y fueron las manos de esos indios peruanos, siervos de la mita, y de esos negros y mulatos, esclavos o hijos de esclavos de las ardientes regiones apureñas y de las orillas del Orinoco, las que plantaron las banderas de la independencia, las banderas del Perú y de Colombia, de Buenos Aires y Chile, sobre las altas torres del Cuzco.

Mientras las armas de la revolución, de uno a otro extremo de América llevaban, en su propia virtud, la simiente de la democracia integral, gracias a ellas habían germinado y se disponían a florecer por la primera vez en la historia principios eternos. Aunque no formulado expresamente, el derecho de los pueblos a decidir de sí propios, que un siglo después había de tener inmensa resonancia, tuvo entonces tácito y riguroso cumplimiento en la fundación de Bolivia. Por las homéricas lanzas de Junín y la espada de Ayacucho, cuajó como fruto de gloria y brilló como nuncio de paz y fraternidad para los pueblos de la América hispana, aquel principio del arbitraje que, enunciado en el Congreso de Panamá e incorporado desde luego al derecho público universal, fué la base diamantina y es el abolengo sin tacha del derecho público de América.

Y así como los esfuerzos de todos, locales o generales, concentrados o dispersos, vinieron a converger y a culminar en Ayacucho, así los héroes, los libertadores, los hombres de estado, todos los hombres de la revolución, vienen de igual modo, con su acción heroica o sus ideas, con su verbo o su espada, con sus defectos o virtudes, a converger y culminar en el hombre que detrás de Ayacucho se presiente como detrás del coro de la tragedia griega el protagonista.

Cada uno de nuestros pueblos tuvo su héroe local, su héroe propio, su héroe vernáculo que, apegado al terruño, no traspasó jamás los linderos de la patria. Y cada uno de nuestros pueblos tuvo también su héroe, de aquellos de raigambre andina y conciencia americana que salvaron las fronteras con impe-





tu generoso. Reclama uno la estatua egregia; otro el busto hecho de bronce, o de mármol, o de ingenuo barro nativo; otro, por último, simplemente un nombre inscrito con caracteres diuturnos en la austera sencillez de una lápida. Y todos, unos y otros, caben en un solo panteón, que es patrimonio de gloria común a los pueblos de América. La gloria de cada uno de ellos, aun la del más obscuro, se refleja con orgullo de familia sobre la frente de las otras patrias. Y cada una de nuestras patrias debe rendir a los héroes de las otras el homenaje de su veneración y su respeto. Uno mismo fué el ideal que ellos, por nosotros, persiguieron, y unos mismos deben ser el homenaje y el tributo. Y a cada uno, según sea o se crea de justicia. Pues muy bien podemos reservar las coronas de nuestra admiración, sin cometer ningún desacato, para aquellos que, no contentándose con legarnos patrias endebles o minúsculas, intentaron esculpir, con brazo y pensamiento ciclópeos, en granito de los Andes, o más difícilmente aún, en el espeso bloque de los prejuicios y de la sorda emulación de sus contemporáneos, los preclaros y nobles lineamientos de una patria grande y fuerte.

Decir Páez es decir Venezuela; decir Artigas es decir la Banda Oriental del Uruguay; decir Nariño es decir Nueva Granada; decir Güemes es decir la República Argentina; pero, decir San Martín, o Sucre, o Bolívar, ya es decir América, sobre todo decir Bolívar, porque él, Bolívar, con su genialidad avasalladora y múltiple, a todos los compendia—estatua egregia, busto o lápida—y todos, pequeños y grandes, a él vienen a resumirse en definitiva, como los arroyos y los ríos, con su linfa turbia o diáfana, en la azul inmensidad del océano. Héroes o divinidades de la tierra del Sol, ya sea adorado el uno por los pueblos de la costa, ya sea adorado el otro por los hombres de la sierra, ya lo sea el tercero por las gentes mediterráneas, Con, Viracocha y Pachacámac, aun conservando su mítica o divina entidad, se resuelven en la gloria de Inti, como las estrellas que, sin menoscabo de su sér y siguiendo cada una con ritmo inmutable en su órbita propia, se desvanecen y apagan ante el Padre de la luz.

Decir Bolívar no es decir Venezuela, ni la Gran Colombia, ni el Perú, sino América. Es decir América sin ningún género de limitaciones, o con sólo aquellas que son insitas del genio humano. Pueden San Martín, el Gran Capitán, vencedor insigne en Chacabuco y Maipú, y Sucre, el insuperable estratega, vencedor en Pichincha y Ayacucho, ganar grandes batallas como él, pero ninguno como él es a un tiempo mismo el verbo y la espada, el guerrero y el estadista, el poeta y el filósofo de la revolución. Fuera muy difícil representarnos, con todo su carácter continental y americano, la guerra de independencia, haciendo abstracción de Bolívar, a menos de no representárnosla como un gigantesco monstruo invertebrado, o como enorme y desarbolado bajel en alta mar, sin gobernalle ni rumbo. Porque él es en la historia de la revolución lo que son los Andes en la geografía: la columna vertebral de América. El no separa, sino agrega, úne, o si queréis, trata de unir, de articular, como los Andes, con formidables articulaciones de granito. Por eso el mejor monumento suyo, co-



mo quería la musa varonil de González Prada, está en el murallón de los Andes. No se puede imaginar su gran sombra sino errando a través de la América, del Avila al Potosí, de cumbre en cumbre. Cuando no lo vemos cabalgando el istmo panameño, entre el Atlántico y el Pacífico, viendo a la vez como un dios bifronte al norte y al sur, lo adivinamos tramontando los Andes, en el páramo de Pisba, donde el arte lo sorprendiera abrumado bajo el tremendo presagio de su gloria, o en lo alto del Chimborazo donde se encuentra a solas con su delirio, o en la pampa de Junín donde hace rayar la aurora de la independencia peruana, o, por último, en la cima del Potosí, como aquel día de orgullo y de apoteosis en que hizo desplegar al viento de la puna, sobre las entrañas de plata de Bolivia, las banderas de la independencia.

A servirle de monumento, bastaría el sereno comentario de su última campaña, preparada en los trabajos titánicos de Pativilca y de Trujillo y resuelta en dos victorias: la victoria inicial de Junín y la victoria decisiva de Ayacucho. Sobre las alas de ellas no cesarán ya de volar, siempre hacia arriba, su pensamiento y su gloria. Ya él es—confesará más tarde Mitre—"el hombre más poderoso de la América del Sur y el árbitro de sus destinos". "Yo sabía—exclamará el venerable y sabio Unanue — de unas ciudades de la Grecia antigua que se disputaban la gloria de haber sido la cuna de un poeta, pero nunca había leído de naciones grandes y distantes que se disputasen a un mismo gran capitán, a fin de poner su nombre por lo menos al frente de sus armas victoriosas". Es el Libertador y el Presidente de la Gran Colombia. Es el Libertador y el supremo Director del Perú. Es el fundador de Bolivia. "Y ahora—volverá a decir Unanue en noviembre del año 25—le ofrecen el glorioso título de Protector de la Argentina, y esta noticia llega a la metrópoli peruana al mismo tiempo que una porción de hombres ilustres, fugitivos de Chile, desembarcan en nuestras playas a implorar su auxilio y protección, sin los cuales creen no tener patria ni gobierno. Verificado está el pronóstico, y el ilustre Bolívar, bajo nombres gloriosos, amigos de la libertad de los pueblos, es el genio que domina del Istmo al Cabo de Hornos".

Pero no es al Caudillo omnipotente, no es al Dictador, no es al Imperator que se lleva tras de sí voluntades y ejércitos, a quien los pueblos acuden e imploran. Es, como dirá otro peruano de la época, al padre común. Todo, porque ningún otro hombre de la revolución, particularmente a su paso por tierras del Perú, ha pensado, como él, en América y para América. Y porque, ningún otro hombre de la revolución, así fuese de modo incompleto y fragmentario, posee como él tan vasto y armonioso ideario político. La visión de sociólogo con que abarca y penetra el problema de las castas en su prodigioso mensaje al Congreso de Angostura; sus ideas constitucionales, enderezadas de una parte a resolver aquel problema y a tener de otra parte solución apercibida para el que se planteará de urgencia, al día siguiente de Ayacucho, en la desapoderada y en cierto modo legítima ambición de los numerosos caudillos engendrados por la guerra de la independencia; sus grandes proyectos de confederación que, así como sus ideas constitucionales han venido día por día justificándose plenamente a lo largo de un siglo de historia; su ensayo, el primero en la práctica, de una



sociedad de naciones, realizado en el Congreso de Panamá; su creación del arbitraje internacional y sus mismos conatos de romper el istmo panameño, constituyen un todo homogéneo y orgánico semejante a un sér vivo, que significaba entonces y continúa significando todavía hoy, además de previsión política certera en desgarrar los velos del futuro, solidaridad americana organizada.

Quería para su América la unidad política, o algo semejante a esa unidad, con solidez y fuerza en las instituciones que impusiese a los extraños el acatamiento y el respeto. Y por eso él representa como ninguno la revolución ante propios y extraños. En nombre o en efigie, en el Monte Sacro de Roma, sobre el yermo paisaje del Agro, a orillas del Aniene, o en el centro de la gran metrópoli de los Estados Unidos a las orillas del Hudson, él representa a todos nuestros libertadores, desde Hidalgo y Morelos hasta O'Higgins y San Martín, porque él, mejor que nadie, representa el derecho de América, el derecho de todas y cada una de nuestras Repúblicas a la independencia y a la vida.

---

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR GIL FORTOUL, CONTESTANDO AL NUEVO ACADÉMICO.

*Señor Ministro de Instrucción Pública:*

*Señor Director de la Academia Nacional de la Historia:*

*Señores Académicos:*

*Señoras y Señores:*

De todos los dioses—que prefieren vivir en la penumbra del misterio, porque al sol de mediodía apenas serían dioses—el que más ha siempre atraído mi curiosidad e inquietudes es el viejo Fatum, a quien nosotros los del vulgo llamamos azar y buena o mala suerte, dios sutil que divierte su penumbrosa soledad sembrando de pasos inesperados el paso de las miopes humanas criaturas. Pero dios amable y risueño en ocasiones. Para ésta de hoy me reservaba la hora feliz en que vengo, después de larga ausencia, a dirigir aquí, palabras de bienvenida a un gran escritor de mi patria y de mi tiempo.

Por otro azar, no sólo fui testigo de sus comienzos en la vida literaria y uno de los primeros en señalar su privilegiado talento (alguna vez había yo de ser profeta): le ví también iniciarse en la vida política, y compartimos luego tareas de Gobierno con un jefe nacional a quien acerté yo entonces en calificar de “hombre fuerte y bueno”; tareas en las cuales se distinguió igualmente nuestro nuevo colega con su alta personalidad intelectual. Porque a pesar de críticos malévolos, lo político y lo intelectual pueden ser sinónimos.

Venía usted, ilustre compañero, venía usted de las letras, con un haz de libros refulgentes y sonoros: yo venía de la diplomacia, región menos florida, y

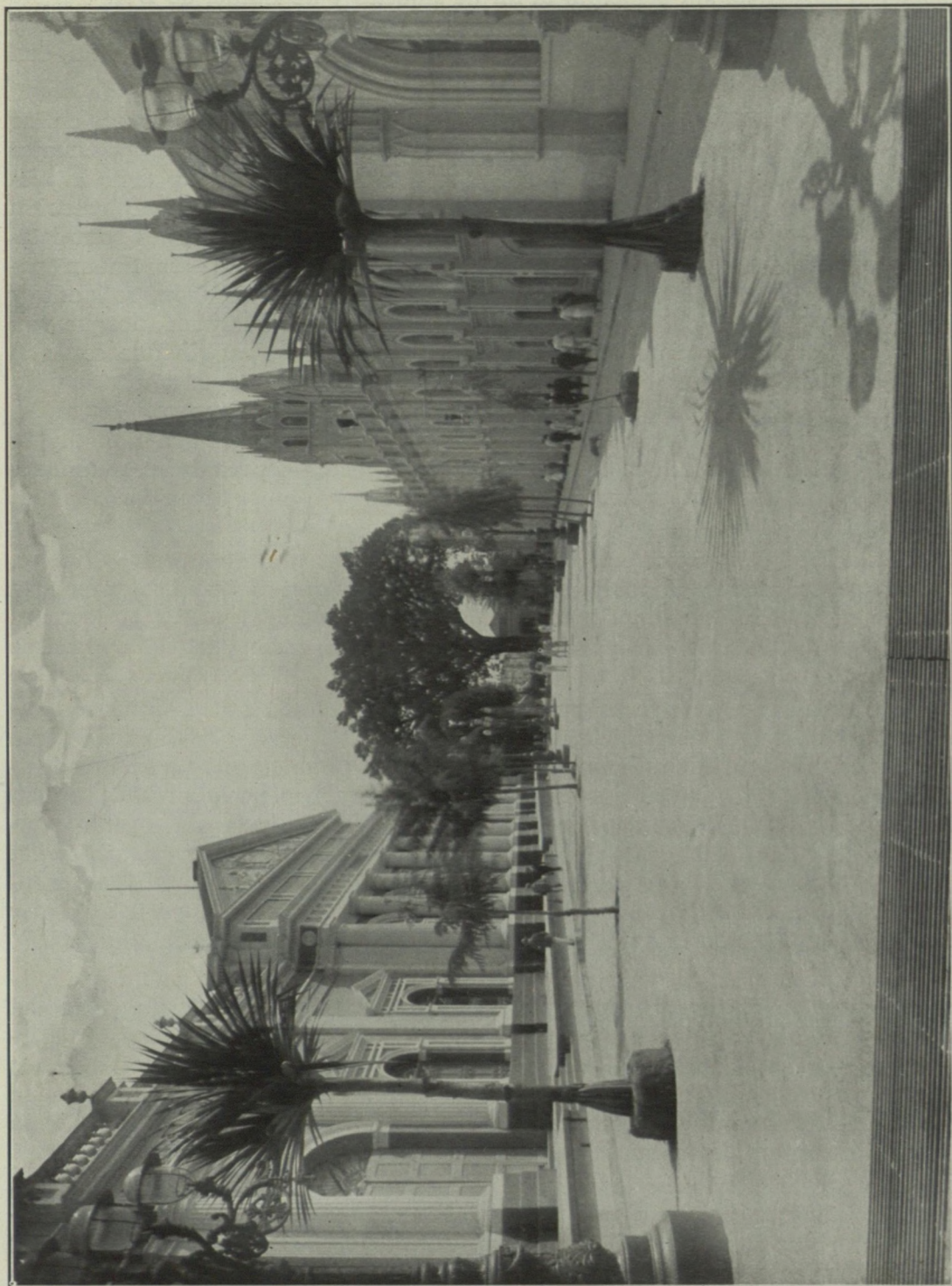


—ya, en el espacio y en el espíritu, dilettante cosmopolita — con algunos volúmenes de ciencia conjetural y de problemática historia. En nuestro nuevo campo de acción cometimos ambos uno que otro error de neófitos, y si mi memoria es fidedigna, acertamos muchas veces: balance favorable.

No creáis, Señoras y Señores, que aquí está hablando un diplomático de la vieja escuela, acostumbrado a tortuosos enredos de cancillería o a ingeniosas cortesanas de antiguo régimen. No. La diplomacia también se ha transformado y adquirido mayor habilidad practicándose a cara descubierta, a cartas descubiertas, sin sombrero pumpá ni levita solemne, y hasta, como nuestros amigos de América septentrional, en mangas de camisa, cuando hace calor. Creedme: sinceridad, buena fe, habla rotunda sin equívocos, eran ya entonces y siguen siendo armas e instrumentos más eficaces que los antiguos, en la vida diplomática y política. En una y otra suelen cometerse errores, porque desgraciadamente todos los hombres públicos caminamos en la incertidumbre, entre el día y la noche, subiendo cuestas con vista a la cumbre o rodando a monótonas llanuras, entre el éxito posible y la equivocación posible. Y es peor cosa, que a cada paso se tropieza uno con adversarios que por sistema o interés ven siempre en todo desacierto un pecado. Afortunadamente, si la culpa no es mortal, bórrase a menudo ante la misericordia de las almas buenas, ante el olvido de las memorias indulgentes, o bajo el perdón de los demás colegas en pecado. Hasta las austeras religiones saben tender manto piadoso y aun a veces transfigurar con beatificación inmarcesible a los que sin malicia cayeron en pecado: ¡cuántos grandes pecadores—oh gran Pablo, oh genial Agustín—se tornaron para siempre en santos de altar, y —oh poesía de la historia—la cabellera perfumada de la Magdalena perfuma todavía al través de los siglos los pies de Jesucristo!

Viene usted a los trabajos de la Academia de la Historia bien preparado por su labor literaria. En trabajos históricos y en labor de letras requiérense condiciones semejantes: entre otras, observación, documentación, estilo. Especializado usted en la novela, sobre todo en sus mocedades, aguzó el sentido de observación, como precisamente lo necesita el historiador, por donde éste y el novelista resultan empleando el mismo método científico. Al propio tiempo, la observación se completa y confirma con la documentación, sea de papeles escritos o de palabras orales, sea de paisajes, fisonomías o máscaras, miradas, ambientes; es decir, la vida y su medio en su infinita variedad de aspectos y matices. Todo ello, sin embargo, fuera insuficiente sin la suprema condición: el estilo. El simple observador se quedaría siendo mero fotógrafo, o para exceptuar la fotografía artística, una máquina sin alma: la sola documentación no formaría sino recopiladores y cronistas, obreros indispensables y beneméritos, pero a semejanza de los anónimos obreros encargados de acarrear materiales para el Partenón y para la estatua de Minerva. El estilo, en su acepción más comprensiva, es la única condición creadora, así en la novela, así en el drama, así en el poema, como en la historia; y cuando aparece al fin la obra perdurable, sus personajes—de novela o de historia—viven con vida aun más intensa que las personas de la aparente realidad; y por milagro del arte, su vida no es efímero instante entre la cuna y el sepulcro; es existencia inmortal fuera del tiempo y del





Nueva calle entre el Palacio Federal Legislativo y la Universidad, inaugurada en la mañana del 7 de diciembre de 1924.



espacio, la existencia sin principio ni fin de Aquiles y de Edipo, de Don Quijote y de Don Juan, de Hamlet y de Fausto, que andan para siempre codeándose y conversando con el “Penseroso” de Miguel Angel y el “Penseur” de Rodín, con el Pericles de Tucídides, el Sócrates de Platón, el Jesús de Renán.

Bienvenido el artista, el maestro de estilo que así como supo crear en las letras tipos dignos de su proteico talento, continuará creando aquí personajes de historia. Este campo de estudio es inagotablemente fecundo, porque la historia no se acaba nunca de escribir. Es ella, como la vida universal, creación perpetua, y al propio tiempo, perpetua actualidad. Ni el pasado es completamente pretérito, porque los muertos (fea y engañosa palabra) continúan peleando en nuestro combate, amando u odiando en nuestro corazón, soñando y creando en nuestro espíritu; ni el presente es sólo el día que pasa, porque van en él consustancialmente unidos lo que fué, lo que parece ser, lo que será: el recuerdo con su crepúsculo de tarde melancólica, el instante de ahora con su anhelante impaciencia, lo que viene con su sonrisa de otra aurora. No fuera existencia digna de vivirse la existencia nuestra, si no fuese más que el momento presente—entre los términos del tiempo y del espacio,—en vez de ser nota inextinguible en la sinfonía universal y ritmo permanente en sus transformaciones infinitas.

Esta hora de hoy nos está diciendo que no han muerto nuestros héroes, nuestros padres, los fundadores de la patria, menos aún el resumen y cumbre de todos ellos, el Libertador. Basta pronunciar sus nombres para reverles aquí viviendo entre nosotros, arropándonos con su gloria y compartiendo nuestras esperanzas.

Le aplaudo a nuestro colega el no haberse limitado en su discurso a reseñar campañas ni a describir batallas. Ciertamente fueron obras de arte, las unas, fulgurantes relámpagos las otras; pero cierto también que no está exclusivamente en ellas, ni por su parte esencial, el alma, ni el pasado ni el presente ni el porvenir de la nueva América. Prevista fué y preparada por el genio comprensivo del Libertador, genio que se reflejó en Ayacucho en la estrategia del más joven y más grande de sus tenientes, alma pura de guerrero sin par, a tal punto amado del destino, que desaparece en verde primavera para no tener tiempo de manchar su espada en mísera contienda de ambiciones efímeras.

Releed en estos días el manifiesto de Cartagena, la carta de Jamaica, el discurso y constitución de Angostura, la constitución de Bolivia, el programa del congreso de Panamá (dejando para alguna hora crepuscular de contrición cristiana los decretos del año 28), releed también el comentario inmortal que nos legó con sus cartas, y veréis cómo fué engendrada y nació nuestra América, la de hoy y de mañana, la que se apresta a cumplir su alto destino restableciendo el equilibrio moral, económico y político del mundo moderno.

La América del Libertador y del Mariscal de Ayacucho acaba de nacer, porque contar por siglos no vale más que contar por segundos, porque en historia de pueblos no se mide el tiempo por revoluciones del planeta, mídese por las revoluciones del espíritu. El Libertador fué una revolución creadora que se está realizando todavía. Seamos todos buenos ciudadanos de su patria y buenos hijos de su América.





Otro aspecto de la nueva calle entre el Palacio Federal Legislativo y la Universidad.



## V

**La Gran Feria de Caracas.—Su inauguración.—Un exponente del progreso industrial y comercial de Venezuela.—El público admira entusiasmado las diversas exposiciones.—Homenaje a la obra del General Gómez. Un centro de diversiones cultas.—Magnífica iluminación.**

La enorme concurrencia que se aglomeraba en la tarde del seis a las puertas del Nuevo Circo, traducía elocuentemente el entusiasmo que el anuncio de la inauguración de la Gran Feria de Caracas había despertado en el público de la capital. Cerca de diez mil almas amontonáronse tanto en las puertas del edificio como en las calles circunvecinas, las cuales presentaban aspecto verdaderamente interesante.

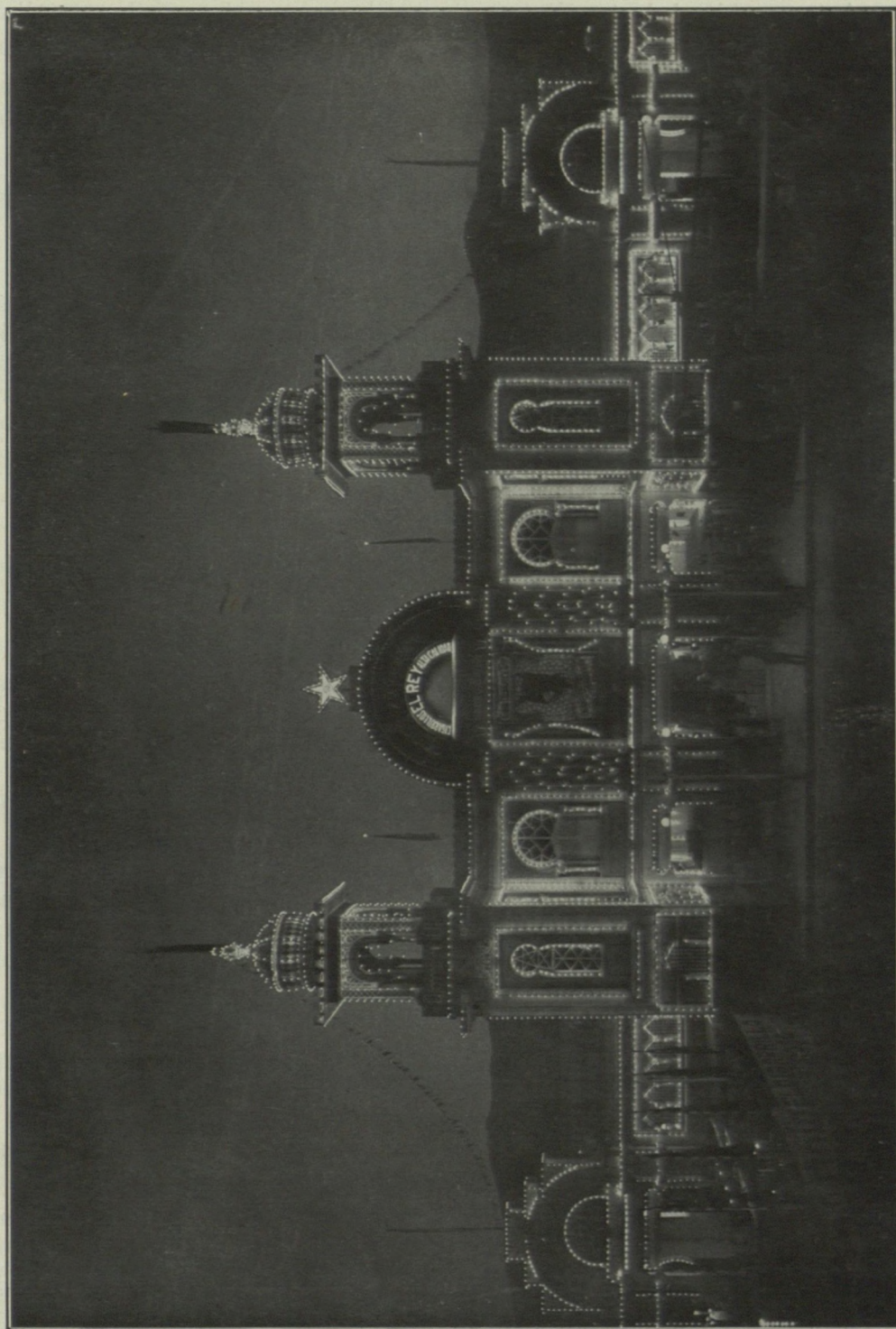
Las avenidas que rodean al Nuevo Circo, adornadas con artística profusión de bombillas eléctricas, producían magnífica impresión.

Durante toda la semana estuvo acudiendo al Nuevo Circo gran cantidad de público, movido por la curiosidad, circunstancia que hacía preveer el éxito sorprendente de la Feria de Caracas, uno de los espectáculos más suntuosos que ha presenciado la capital, y cuyos promotores esforzaronse en corresponder a los adelantos alcanzados por Caracas bajo la protección constante del General Gómez.

A las cuatro de la tarde pudo al fin penetrar la concurrencia en el local de la Feria, asistiendo elementos de todas las clases sociales. Casi hacía imposible la venta de localidades, debido a la afluencia de público que se aglomeraba en las taquillas. La cantidad de vehículos era enorme, y no sería aventurado afirmar que más de las tres cuartas partes de los coches y automóviles existentes en Caracas, desfilaron hacia el local de la Feria.

Llevó a efecto la inauguración el señor general Julio Hidalgo, Gobernador del Distrito Federal, acompañado del Concejo Municipal, del Secretario de Gobierno, doctor Ramón E. Vargas, y de su Secretario Privado, doctor J. E. Muñoz Rueda, quien pronunció a nombre del señor Gobernador del Distrito, un breve y expresivo discurso inaugurativo.





Gran FERIA de Caracas.—Un aspecto de la iluminación.



Acto seguido el doctor Eloy G. González pronunció un vibrante discurso que fué acogido por el auditorio con muestras de aprobación y entusiasmo.

Entre los Departamentos de Exposición se destacaba el destinado a la Primera Exposición Nacional de Farmacia, que constituye un claro exponente del adelanto que toma el ramo en nuestro país.

Lucía en el centro de este salón un retrato ecuestre de Sucre. Es autor de este trabajo el artista Montoya, y el público consciente le dedicó elogiosos conceptos.

La Exposición de Agricultura y Ganadería, que era uno de los aspectos más admirables de la Feria, por cuanto aquellas implican para el progreso nacional, daba una idea cabal de lo que en la Agricultura y la Cría viene a ser la Venezuela de hoy. El público pudo admirar el interesante conjunto ofrecido allí, entre comentarios del más vivo interés. Un cuadro simbólico de Tito Salas sugería una viva nota de arte en aquel departamento.

Otra notación importante de cuanto se vió en la Feria de Caracas, es la Exposición de Automóviles, la primera que se realizara en nuestro país.

En sendas casillas lucían más de cuarenta marcas de automóviles de los que actualmente se venden en nuestro mercado. Hace pensar mucho esta diversidad de marcas, pues hasta hace pocos años no había en Caracas tal profusión de vehículos de esa clase, asociándose a esto una idea de la extensión de la red de carreteras de Venezuela. En efecto, a las muchas vías de comunicación que hoy cruzan el país, débese ante todo el que la Exposición de automóviles resultara tan nutrida e interesante. Uno los departamentos de la Feria estaba adornado, en homenaje a esa obra vital del General Gómez, con fotografías de la mayor parte de las carreteras nacionales y de las obras públicas más importantes.

Los distintos Departamentos de venta y exhibiciones comerciales ofrecían curioso aspecto. Adornados todos con excelente gusto artístico, hablaban del gran centro comercial que es hoy Venezuela. Puede decirse que la Gran Feria de Caracas, con su diversidad de exhibiciones, fue una lección gráfica, cuya importancia supo aprovechar el pueblo de Caracas.

A la derecha del edificio estaba la Exposición de maderas del país, y en cada muestra lucía una tarjeta explicativa del lugar de origen. Asimismo mereció un elogio la exposición de cerámica. En una especie de pequeño kiosko exhibíanse allí modernos trabajos del ramo, ejecutados admirablemente.

El Departamento de exhibición de los primeros productos de los Telares de San Martín, los de la Fábrica de Peines, del Bazar Americano, Almacén Americano, casa de Juan M. Benzo y muchos otros que sería imposible enumerar, ocuparon la atención de los concurrentes por la originalidad con que fueron presentados.

Las numerosas diversiones traídas especialmente para esta Feria, fueron una nota simpática, y los distintos elementos artísticos contratados al efecto, hicieron las delicias de la muchedumbre.



En la noche inauguróse el Dancing-Hall de la Feria, uno de los números sobresalientes entre los festejos.

El Tea-Room Ayacucho, instalado en la parte principal del edificio, estaba situado admirablemente, y su instalación se hizo bajo un plan artístico digno de los mayores encomios, por el arquitecto doctor Seijas Cook.

Durante quince días la Feria de Caracas, protegida ampliamente por el Gobierno Nacional, fue el centro de atracción de las diversiones organizadas para conmemorar el Centenario de Ayacucho.

---

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL SEÑOR DOCTOR J. E. MUÑOZ RUEDA, A NOMBRE DEL SEÑOR GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL.

Vengo aquí, señores, a traduciros en breves frases, los patrióticos sentimientos que animan al ciudadano Gobernador del Distrito Federal, con motivo de la apertura que le toca hacer de esta Exposición. Bien sé que todos los aquí reunidos conocen perfectamente el interés que reviste una manifestación de cultura como ésta; sinembargo, quiero extenderme en algunas consideraciones sobre la virtualidad innegable de ellas, encomiando, con todo el entusiasmo que se merece, el esfuerzo realizado por sus organizadores. Y vaya, ante todo, mi palabra muy sincera de felicitación, a los hermanos Mancera, iniciadores de la Feria, porque ha sido principalmente, gracias a su celo y actividad, que ella se ha cristalizado, no obstante los naturales inconvenientes que empresas de esta índole presentan. La acción es la encarnación de la voluntad....

Una Exposición, señores, es una verdadera lección de cosas, y de todas las lecciones de cosas es ella la más provechosa porque habla a los ojos de todos. Es allí que el observador puede darse cuenta, no solamente de los progresos cumplidos, sino de la manera como estos progresos han sido alcanzados, y de los medios por los cuales el ingeniero, el artista, el agricultor, el artesano, han llegado a resultados que a menudo fuerzan nuestra admiración, y que siempre, en fin de fines, concurren al bienestar material y moral de la humanidad. Una Exposición sostiene, entre los que en ella participan, una suerte de emulación, gracias a la cual se esforzarán siempre en mejorar más y más sus métodos de trabajo; dilata y expansiona las ideas e incita a cada categoría de productores a darse cuenta perfecta de su propio valer, revelando al propio tiempo la inteligencia, el buen gusto y la habilidad de los obreros.

Una Exposición, en fin, por limitada que ella sea, es siempre un triunfo para el orgullo patriótico de una nación, que como Venezuela, marcha a banderas desplegadas por los trillados caminos del trabajo y del orden, en los que se encuentra la riqueza que hace la independencia de los pueblos y en donde murió ya por consunción, el monstruo de la guerra civil, el de las fauces insaciables que, cual otro Saturno, venía devorando, día por día, sus propios hijos.... Ya que llegamos aquí, rindamos el más justiciero homenaje a nuestro Benemérito Jefe General Juan Vicente Gómez como el artífice indiscutible e indiscutido de la nueva Venezuela, Estadista consagrado ya largamente por la opinión unánime de los propios y de los extraños. En el balance que arroja la cuenta de este Magistra-



do Ilustre, habría más que suficiente para satisfacer las más nobles aspiraciones de gloria y el más noble orgullo de un patriota; menos imbuido que él en la noble ambición, propia de los grandes hombres, de renovarse siempre en progresión ascendente. La tarea realizada hasta hoy por él sería más que suficiente para sobrevivirlo en el tiempo, pero su espíritu inquieto no está satisfecho. Grandes proyectos bullen en su mente. Su gran talento práctico, la firmeza y constancia de su voluntad, orientada en todos los instantes hacia el bien de la patria, su profundo conocimiento de los hombres y las cosas, son gajes suficientes de que todos sus proyectos serán realizados. Hay que tener fe inquebrantable en el porvenir.

Señores: A nombre del general Julio Hidalgo, Gobernador del Distrito Federal, declaro inaugurada la Feria-Exposición, invitando a todos franquear las puertas de este recinto en donde se han desplegado para regalo de vuestro espíritu, todos los recursos del buen gusto y del ingenio. Espero que sabréis apreciar como lo merecen los esfuerzos de sus expositores, no regateándoles ni la admiración ni el aplauso a los cuales son acreedores.

---

PALABRAS DEL SEÑOR DOCTOR ELOY G. GONZÁLEZ, A NOMBRE DE LA EMPRESA DE LA GRAN  
FERIA DE CARACAS.

*Señor Gobernador del Distrito Federal:*

Mis distinguidos amigos, los promotores y ejecutores de la obra que acabáis de inaugurar, y quienes son, al propio tiempo, cofautores, en el campo del trabajo, de esta actualidad, me honran con el encargo de agradeceros vuestra presencia aquí y vuestra actuación oficial, a la vez que de subrayaros la significación elocuentísima de este consolador espectáculo.

Es, como lo véis, el resultado concreto del esfuerzo simultáneo de todas las energías productoras y provechosas de la República, que se exhibe alborozado, brillante de promesas y vigoroso de esperanzas, en un día risueño y orgulloso de la Patria, que en otra ocasión secular, de pujanza homérica, tomó en sus manos poderosas ese mismo haz de energías y alzó en las llanuras de la Historia la montaña épica del Condorcunca, para plantarla como un jalón eterno del derecho de América a la vida, a la grandeza y a la gloria.

Pero este resultado concreto es primogénito de la paz, que, como toda semilla largamente fecunda, necesita de plantación honda, de vigilancia esmerada, de fe probática y de una lenta y laboriosa germinación, para que pueda levantar, como un gran árbol corpulento y frondoso, bajo cielos serenos, en ancha capa alegre de flores egregias, rumorosas de cantos jubilosos y agobiada de frutos providentes, sobre profundas raigambres y tronco robusto, que pueda resistir a las tentativas del huracán y a los atentados del hacha. Y esa paz, bien lo siente la conciencia pública, es la obra preferente y victoriosa del propósito patriótico, del celo vigilante, de la energía inexorable del Benemérito Señor General Gó-



mez, quien al aceptar la enorme carga del tremendo deber para con la Patria, comprendió de una vez que el hombre y el amigo debían ceder—aunque a veces fuera con el íntimo dolor—al Magistrado y al Estadista; y que para alcanzar éste y los demás frutos bienhechores del sosiego público, si era y si es preciso sacrificar en un silencio heroico los sentimientos del amigo y del hombre, ha preferido que corra la sangre de su propio espíritu sobre el ara de los dioses penates, antes que la mancille la sangre de la Patria.

En esta labor necesariamente lenta y larga de terapéutica social, es natural que el paciente sienta en la entraña en donde se asienta el mal, la acción lacinante del remedio heroico; pero es sólo cuando la salud se afirma y el organismo se vigoriza y vuelven los grandes y alborozados días de la vida, cuando se comprende bien que al dolor físico del paciente ha debido corresponder el agrio dolor moral de la mano convencida que aplicó el cauterio y mató el germen devastador.

En nombre de mis poderdantes de este momento, llevad, Señor, estos sentimientos al ánimo del ciudadano ilustre y del Magistrado bienhechor, cuya acción sanitaria ha permitido esta vendimia en los días centenarios de Ayacucho.





Nuevos pavimentos del Capitolio Federal, inaugurados en la mañana del 7 de diciembre de 1924.



## VI

### **Colocación de la primera piedra del Monumento a la Batalla de Ayacucho. Inauguración de la nueva calle entre el Palacio Legislativo y la Universidad y de los pavimentos del Capitolio Federal.**

El domingo siete, la ciudad de Caracas, propicia a toda noble exultación del patriotismo, amaneció engalanada como en sus mejores días. A las nueve y media de la mañana, como estaba dispuesto en el Programa Oficial de los Festejos, el Presidente de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez, asistió a la solemne ceremonia de la colocación de la primera piedra del Monumento a la Batalla de Ayacucho, en la Plaza de la Ley. Le acompañaban el señor General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército; los Ministros del Despacho Ejecutivo, el Gobernador del Distrito Federal; miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en Caracas; el Secretario Particular de la Presidencia; el Secretario General de Gobierno del Distrito Federal; el Secretario Particular del Gobernador del Distrito Federal; el Concejo Municipal y otros altos funcionarios públicos.

A la llegada del Primer Magistrado de la Nación la Banda ejecutó el Himno Nacional, y se dió principio a la ceremonia.

El Presidente de la República colocó la primera piedra del monumento conmemorativo de la gloriosa jornada, acto que revistió imponente solemnidad.

Dentro de poco, el monumento dedicado a perpetuar el recuerdo de aquel gran día de la América, que selló la libertad del Continente, se levantará majestuoso frente al Palacio de la Ley, y allí quedará sintetizado, por las manos del artista, la trascendental significación del magno acontecimiento.

En el acto de la colocación de la primera piedra, el doctor Félix Quintero, Senador de la República y Secretario de la Academia Nacional de la Historia, pronunció el brillante y acertado discurso que le encomendara el Ejecutivo. El doctor Quintero dió una interpretación de actualidad a aquel acto, en el que henchía a los corazones un mismo sentimiento de patria y un mismo ideal de amor y de justicia hacia la figura inmaculada del vencedor en Ayacucho.



Terminada la ceremonia, el Presidente de la República y sus acompañantes recorrieron la nueva calle que une a las esquinas de la Bolsa y San Francisco, contribuyendo en gran manera a la descongestión del tráfico, y pasaron luego a inaugurar la verja y los nuevos pavimentos del Capitolio, merced a los cuales el suntuoso edificio ha cobrado mayor realce artístico. Luego y por breves minutos, el Primer Magistrado de la Nación estuvo en el Salón Eliptico del Palacio Federal, donde las manos de nuestros más grandes pintores fijaron en rasgos culminantes la epopeya de la libertad continental.

---

DISCURSO DEL DOCTOR FÉLIX QUINTERO.

*Ciudadano General Presidente Constitucional de la República:*

*Señores:*

Bolívar, Sucre y Ayacucho, soberbia trilogía que sintetiza el epílogo de la Emancipación Suramericana.

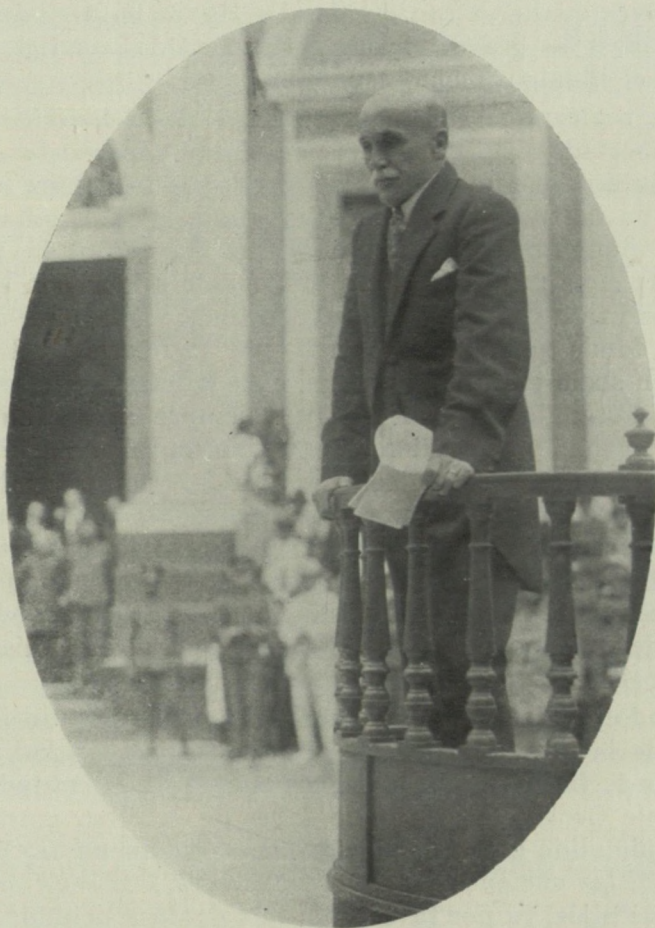
Bolívar, cerebro creador, psicólogo consumado que profundiza y escudriña en el alma de sus tenientes, con sagacidad genial, hasta llegar a sorprender las cualidades y condiciones que necesita descubrir para estimularlas y luego ponerlas al servicio consciente de sus vastos planes, concebidos en la soledad del gabinete o en medio del fragor de la lucha y de las contrariedades, pero siempre tendientes a una finalidad grandiosa, donde sobresalen en alto relieve los ideales de abnegación, desprendimiento y constancia que siempre y en toda época ofrendó a la luminosa visión de su mente: la libertad de un Mundo.

Y por eso cuando estudia a Sucre encuentra en el espíritu dilecto de aquel paladín, un subalterno ilustrado que poseía los más notables dones, y un hombre capaz de todos los esfuerzos en pro de la Causa de sus afecciones y del Supremo Jefe a quien iba a obedecer, con la perfecta convicción de marchar a la certidumbre y al éxito. Y por eso, repito, en la campaña del Sur, pone el Libertador en sus manos la redentora espada, bajo sus inmediatas órdenes el más brillante ejército que había contemplado la América hasta entonces, le habla al oído la palabra del genio, le señala en la intensidad de una mirada el secreto de la victoria y después de escuchar de los labios de Sucre el juramento de cumplir sus órdenes, lanza al espacio un hurra a la libertad del Perú y a la independencia del Continente Meridional.

Y como del buril de genial escultor nace la estatua nítida y bella, así de aquellos dos artífices de la gloria surge la batalla de Ayacucho, radiante de majestad y clemencia, con todos los arreos militares de la táctica y de la estrategia, rápida, homérica y decisiva, proclamando una vez más a todos los vientos la eficiencia del Libertador, la competencia del leal Lugarteniente, la incontrastable pujanza del heroico ejército, y haciendo repercutir al través de montes, llanuras y océanos, el nombre prestigioso de Venezuela, afortunada Patria de Bolívar y Sucre.



La Batalla de Ayacucho no podía fracasar, todo lo habían previsto y madurado los ductores de aquella egregia función de armas, y además allí estaban para hacer imposible la derrota, el indómito Córdova con su orden atrevida e innovadora, el sereno La Mar con el *bizarro porte de un mariscal de Austerlitz*, el bravo Lara con temerario valor, y los intrépidos Silva y Carvajal y Luque y Leal y Elizalde y Carreño y Otero y Plaza, y mil y mil más patriotas heroicos, que inspirados por el numen de la libertad concurren con su sangre y con su arrojo a inmortalizar aquel campo donde la fama había de embocar la trompa épica, para ungirlos con sus excelsos atributos.



El Doctor Felix Quintero  
pronunciando su discurso en la ceremonia de la colocación  
de la primera piedra del Monumento a la Batalla de Ayacucho.

Y de aquí, que la crítica filosófica al entrar a considerar todos los pormenores constitutivos de la preparación y organización de la magna epopeya los haya encontrado perfectos, satisfaciendo las exigencias de la ciencia de la guerra, y al enseñarle un puésto de honor entre los hechos bélicos de todos los tiempos, le dé colocación entre los más famosos tomados por modelo, y después



de pesar la trascendencia de su precisa ejecución, celebra ruidosamente su triunfo, le canta un himno de alabanzas y la presenta a la admiración de la posteridad como el dechado intachable de una obra que selló para siempre el largo y cruento proceso de la Independencia del Continente Austral.

Y Venezuela, que fué la primera de Tierra Firme en recibir la planta del colonizador ibero, portador de hermosa lengua, costumbres, religión y progreso; así como también de la épica bravura de una raza que ha ilustrado a las multitudes enseñándoles en las lides de la guerra, cómo se debe morir en los campos de batalla por la defensa de las prerrogativas del suelo patrio, y cómo se impone la vida para enaltecer con dignidad y altivez las virtudes públicas y privadas, que por sobre las graves vicisitudes de terribles conflictos ha sabido conservar incólume el hidalgo pueblo español.

Venezuela, repito, que fué la primogénita de la América hispana en lanzar el grito de libertad, gesto sublime de intrépida arrogancia; Venezuela, cuya dilatada extensión no tiene un palmo de tierra que la sangre de sus hijos no haya empapado en defensa de sus derechos para ostentar su soberanía; Venezuela, que como ningún otro pueblo americano, fué teatro de batallas, combates y escaramuzas cuyo número no es posible determinar con exactitud; Venezuela, cuyos hijos van a combatir en la Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Cuba, y donde quiera que se luche por la libertad y la independencia, para refrendar en suelo extraño su coraje y su heroísmo y el amor a los grandes ideales de la humanidad, por los cuales siempre se sacrificará el hombre, consciente de su misión, y por último, Venezuela, cuya población después de la magna guerra, sufrió una disminución tan grande, que no igualaron las tenidas por las otras naciones en la lucha por el mismo ideal; Venezuela, digo, hace suya esta efemérides centenaria y al enviarle un abrazo de confraternidad a su hermana la República del Perú, con la importante Embajada que le diputó, se enorgullece altamente de hacer un sucinto recuento de su inmenso pasado, que puebla su cielo de relámpagos de gloria y embriaga el patriotismo con intensas y gratísimas emociones.

Y lo narrado explica, por qué Venezuela jamás ni nunca ha experimentado el vértigo de la nostalgia por las grandezas, prosperidad y civilización de ningún pueblo de la tierra y mucho menos cuando se ha tratado de sus hermanas del Continente Occidental, sino que lejos de sentirse entristecida por ese ajeno bien, ha aplaudido entusiasmada y plena de buena fe, esos rápidos encumbramientos de las naciones y de las sociedades, ora sean debidos al esfuerzo y talento de sus hijos, ya por favores de la veleidosa deidad, siempre pródiga en colmar de comodidades y beneficios a los acariciados por su misteriosa predilección.

Y en verdad, señores, los venezolanos nada tenemos que envidiar. Bolívar, es tan grande, tan extraordinario en todos los momentos de su existencia, que cualquier parangón hace resaltar más la talla de su egregia personalidad, porque cuando se examinan sus hechos, su carácter, sus condiciones, en síntesis, su actuación pormenorizada en el trajín de la vida, se llega a la fatal conclusión que todo es tan personal, tan peculiar, tan suyo propio, que en balde resultaría la tarea de hallar similares en la historia; para encontrarlo, señores, sería



necesario haber nacido otro Bolívar, que lo superara en genio y lo igualara en la concepción de aquellos sus supremos ideales.

Y su magna empresa tampoco se circunscribió solamente a las naciones que libertara y fundara, sino que trascendió a todos los pueblos de la América Latina, consolidando en algunos la emancipación ya alcanzada y haciendo prácticos los fueros de la libertad, que el declinante poderío castellano hacía degenerar en demagogía y anarquía, para desprestigiar los principios republicanos y democráticos, cuya implantación había sido irrevocablemente decretada por la virtualidad incontrastable de la victoria.

Y hoy, señores, después de los cien años de vida independiente que han exultado los pueblos latino-americanos, hoy, digo, es la fecha clásica en que debían darse cita todos ellos y evocando con verdadero republicanismo los manes gloriosos de Ayacucho, estrecharse cordialmente y deponiendo y olvidando para siempre rencillas y rivalidades y con la altivez que dan las propias fuerzas, abrir una sincera campaña de positivo acercamiento, hasta poder conquistar el mañana, tan lleno de halagadoras promesas para esta opulenta América.

El Congreso Nacional de 1924 ha querido adherirse a estas patrióticas manifestaciones, y por eso decretó el monumento a la gloriosa batalla, al Mariscal de Ayacucho y a los ejércitos bajo el comando supremo del Libertador, y cuya primera piedra acaba de inaugurarse tan solemnemente, porque es llevando al mármol y al bronce a los grandes hombres y a sus inmortales hazañas como se perpetúan en la conciencia de los pueblos, que leerán mañana en el libro de bronce y mármol la historia de una epopeya esclarecida, que culmina en todas sus legendarias etapas despidiendo luz purísima de sacrificios, de abnegación y de heroísmo. Y este recuerdo patriótico y altivo dirá imponente en los grandes días de la República, de manera digna y culta, cómo clausuró un Gobierno progresista y civilizado los centenarios de los acontecimientos trascendentales de la egregia lucha, porque las dos centurias que pronto recordaremos tan sólo lágrimas y contricción debían arrancar a los pueblos predilectos de Bolívar y Sucre, ya que la muerte de estos dos grandes hombres hace pensar tristemente en los abismos de la ingratitud, especie de vorágine desenfrenada donde naufragan todos los sentimientos ennoblecedores de humanidad.

Y vos, Ciudadano General, habéis asociado brillantemente vuestro nombre a las espléndidas demostraciones de alborozo con que la Patria reconocida ha festejado los cien años de sus fechas inmortales, porque el homenaje que le habéis rendido está profundamente cimentado en la bienhechora paz que con inquebrantable fe habéis hecho práctica, y en las fecundas modalidades con que habéis impulsado las fuerzas vivas de la Nación, hasta poner la República a marchar con arrogancia consciente hacia superiores destinos, donde habrá de encontrar todos los recursos que necesitan su suelo privilegiado, sus aún ocultas riquezas, su vasto territorio y su admirable posición geográfica, para alcanzar el grado de prosperidad y engrandecimiento que con tanta perseverancia y en la cual ponéis todas las energías de vuestra granítica voluntad y de vuestra arraigada devoción a las faenas rehabilitadoras del trabajo.



## VII

### **Inauguración del Museo Comercial.—Palabras del doctor Lisandro Alvarado. Colocación de la primera piedra del nuevo edificio de Correos.**

Seguidamente el General Gómez y su comitiva se dirigieron al Museo Comercial, anexo al Ministerio de Relaciones Exteriores, cuya inauguración se efectuó a las diez a. m. El Museo Comercial fué construido por el Ministerio de Obras Públicas bajo la dirección del ingeniero doctor Guillermo Salas, y ha sido dotado por el Gobierno del General Gómez de todo lo necesario a los fines de su creación. El Presidente fue recibido por el Personal de la Cancillería a los acordes del Himno Nacional. El General Gómez y su comitiva recorrieron los distintos Departamentos del Museo, a cuya organización contribuyeron el doctor H. Pittier, contratado por el Gobierno Nacional como experto en botánica, agricultura y otros ramos de las ciencias naturales, y el doctor Lisandro Alvarado, Director de Política Comercial en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Este último, en breves y jugosas palabras, explicó a la concurrencia la significación que tendrá el Museo Comercial como Departamento anexo al Ministerio de Relaciones Exteriores. Fueron las siguientes las palabras del doctor Alvarado:

*Señores:*

“Trataré, en cortas palabras, de resumir las circunstancias que determinaron la fundación del Museo Comercial.

“Lo que nuestro pródigo Presidente se propuso al decretar la creación de este plantel, fué establecer, por medio de una exposición permanente de productos, una especie de enseñanza objetiva, de experticias prácticas, para auxiliar los trabajos de las escuelas mercantiles y las cámaras de comercio, poniendo por obra la vulgarización de nociones científicas e informaciones metódicamente adquiridas. Para los que somos profanos no siempre son accesibles las lecciones de los especialistas y hombres de negocios; y un establecimiento de la clase de éste podría muy bien ofrecérselas en todo tiempo, así se trate de un misero buhonero como de un acaudalado negociante. Las principales muestras del Museo habrán de ser, según esto, tipos naturales, y en lo posible industriales del país, de acuerdo con lo sugerido por la Alta Comisión Interamericana.





Museo Comercial, inaugurado en la mañana del 7 de diciembre de 1924.



“Algo más hay en este programa de estudios. Si prestamos alguna atención a los objetos aquí expuestos, acaso nos aproximáramos a la infancia del arte y de la industria del aborigen, es decir, al vasto terreno de la etnografía nacional; y si entonces echamos a volar el pensamiento al través de simas abismales y éras milenarias, abocaríamos por el apuesto extremo a las inauditas obras contemporáneas de la inteligencia humana representadas en otros productos refinados del arte y de la industria. Naciones amigas y altamente civilizadas han insinuado, en efecto, la idea de exhibir aquí muestras selectas, que contribuyan a fomentar el tráfico internacional y nuevas corrientes de ideas con nuestra patria.

“Para la cultura nacional no será todo ello tan prosaico e insustancial como mis propias palabras. Ya que es amplio y fecundo el campo de acción del simbolismo literario de nuestros días, no será difícil hallar motivos determinados de belleza en objetos de la más tosca apariencia. Aquí de los gloriosos aspectos de la región tropical que nos sustenta! Porque son múltiples y característicos los fenómenos biológicos intertropicales, y extraordinaria la concurrencia vital en la zona tórrida, el estudio de la naturaleza, que los museos facilitan, sería fuente inagotable de poesía. Las buenas letras, llevadas como de la mano con el bienestar de la paz y la agitación del trabajo, hablarían entonces a lo vivo, con maternal solicitud, lo mismo a las almas ingenuas que al filósofo suspicaz.

“Semejan establecimientos de esta arte la existencia de un coleccionista inteligente y codicioso: lentamente se enriquecen; y sin a nadie cederlas, exponen sus continuas adquisiciones y caudales, exentos de las estrechas miras del filisteo, del inexorable interés del usurero. La avaricia del museo es sed de saber, y de saber para enseñar; y en este el nuestro, que ahora empieza a acopiar su hacienda y a ponerla en circulación, será la paz una garantía positiva de su riqueza. Pero desde ahora podemos dar nuestra enhorabuena al Supremo Magistrado de la Nación y al Ministro de Relaciones Exteriores, que nunca desmayaron en su intento de ofrecer al público una institución de este género, y asimismo al actual Director de ella, el sabio doctor Pittier, quien ha tenido a su cargo la organización del establecimiento.

“Una especial mención congratulatoria tiene el Gobierno Nacional para los ciudadanos Presidentes de los Estados y otras corporaciones y personas que, aunando sus esfuerzos para esta obra, enviaron, con destino a ella, muestras más o menos numerosas e interesantes”.

Bajo un plan estrictamente científico han sido clasificados la mayor parte de nuestros productos naturales y algunas muestras de las principales industrias nacionales. También, procediendo a la organización de un herbario nacional, han sido clasificadas ya más de cuatro mil especies. Es obvio encarecer la importancia del Museo. Nuestro comercio con el Exterior y las oficinas consulares y de propaganda han comenzado ya a beneficiarse del nuevo organismo, que servirá a la vez para despertar y avivar en el público el interés por las industrias y la adaptación, para su ensanche, de métodos modernos que armonicen con los adelantos alcanzados en los últimos años por el país.





El Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República,  
y el General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República, en el acto de la  
colocación de la primera piedra del nuevo edificio de Correos.



Terminada la ceremonia de inauguración del Museo fue profusamente distribuido el Album Musical bellamente editado por disposición del Ministerio de Relaciones Interiores en la Litografía del Comercio de Caracas. Contiene esta interesante publicación, que hace honor a las artes gráficas en Venezuela, los Himnos instrumentados de las cinco Repúblicas bolivarianas y los de los veinte Estados que constituyen la Federación venezolana.

En medio de una gran concurrencia, el General Gómez pasó luego a colocar la primera piedra del edificio de Correos, que habrá de levantarse en el área del antiguo, más uno de los edificios adyacentes. Los planos aprobados por el Ministerio de Obras Públicas permiten afirmar que el nuevo edificio será uno de los más bellos de Caracas, con cuyos progresos materiales y rápido aumento de población se encontrará en armonía. Terminado este número del programa oficial, circuló allí el libro "Opiniones de Extranjeros eminentes sobre la personalidad del General Juan Vicente Gómez y su labor de patria", compilado por el doctor Isaac Capriles, Director General de Correos y publicado en cinco idiomas. Las opiniones allí recogidas constituyen un imparcial homenaje a la personalidad del General Gómez, emanadas como son todas ellas de extranjeros, ajenos por completo a los debates de la política venezolana.



## VIII

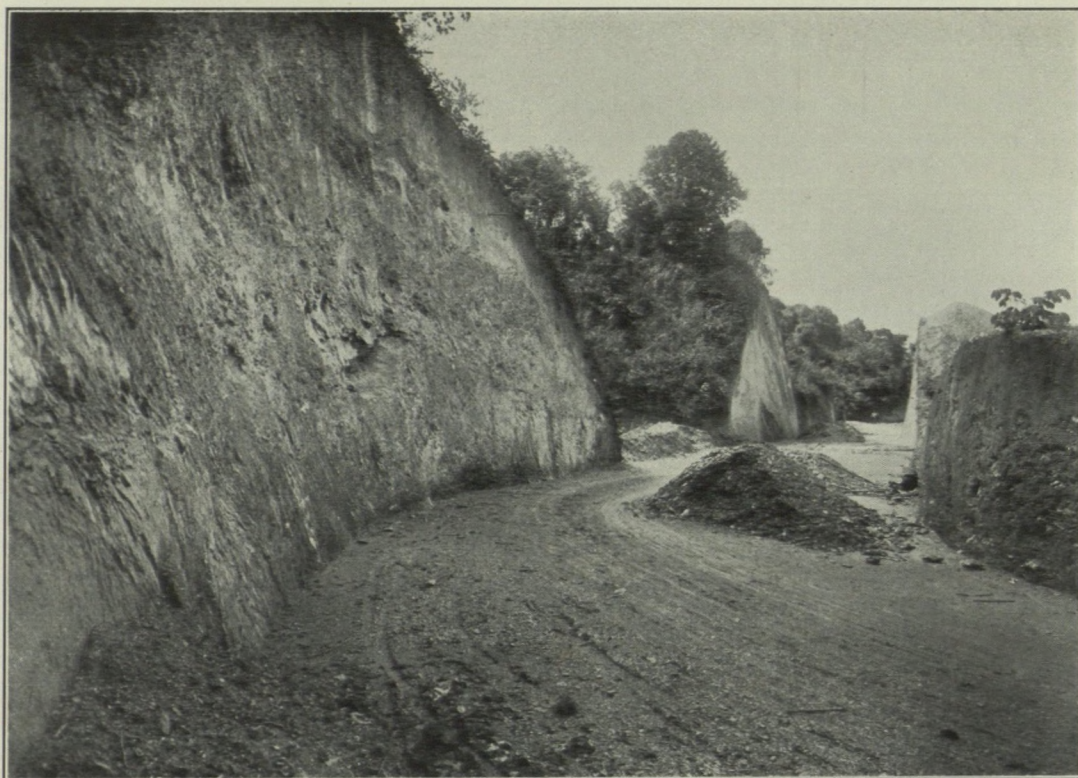
**Inauguración de la primera sección de la carretera Miranda - Anzoátegui.**

**Los pueblos del tránsito saludan con entusiasmo el paso del Ilustre Jefe del País. — Una vía de alta importancia para el desarrollo de feraces regiones de la República.**

El último número del Programa Oficial del día siete fue la inauguración por el Presidente de la República de la primera sección de la carretera Miranda-Anzoátegui, importante vía que contribuirá grandemente al progreso de las feraces regiones de la República que enlaza en su trazado. El General Gómez y su comitiva, a la que se sumaron distinguidos elementos de las poblaciones del tránsito, recorrieron en automóvil un largo trayecto hasta el sitio denominado el Hoyo de las Tapias, en la fila de Mariches. La población de Petare, a la que beneficia de manera notable la nueva carretera, saludó al Benemérito Jefe del país con vivas demostraciones de agradecimiento. Aparte del valor intrínseco de la carretera, contribuyen a darle realce especial los magníficos paisajes que se dominan desde ella. La multitud de fundos agrícolas que se hallan a sus orillas y cuyos productos encuentran fácil acceso a la capital, han aumentado de valor por este beneficio que la mano progresista del General Gómez ha sabido alargarles en cumplimiento del amplio programa de vías de comunicación que se impuso desde su ascenso a la Primera Magistratura de la República. También los pueblos del Guárico, particularmente Altagracia de Orituco, gozarán de los beneficios de la carretera. En la construcción de la "Variante-Limoncito" los ingenieros encargados de los trabajos, bajo la dirección del Ministerio de Obras Públicas, tuvieron que vencer serias dificultades naturales, haciendo por la conformación del terreno treinta y tres cortadas; veinte y nueve terraplenes y once rellenos.

El General Gómez se mostró muy satisfecho del avance de los trabajos y con su palabra, henchida por nobles y generosos propósitos, estimuló a la continuación de la obra, con la misma fe y el mismo entusiasmo que caracteriza el presente y asegura y enrumba el porvenir.





Carretera Miranda-Anzoátegui.—Cortadas en la construcción de la vía.

Cerca de la una de la tarde regresó el Jefe del País. Las poblaciones del trayecto de Petare a Caracas agrupáronse, en medio del mayor entusiasmo, para saludar como a la ida al General Gómez, manifestación que cobraba significación especial no sólo por la conmemoración de la magna efemérides de Ayacucho, hecha con obras de la importancia de la carretera Miranda-Anzoátegui, sino por ser ella dictada por la gratitud y ennoblecida por un sentimiento popular espontáneo y justiciero.

Caracas, en pleno regocijo, recibió con iguales muestras de cariño el regreso del General Gómez, pues la vía que dejaba inaugurada, por su belleza natural, puede convertirse en una de las atracciones del turismo capitalino.



## IX

### **La agricultura en el Centenario.—Exposición de cafés y cacao venezolanos.—Discurso del Secretario General del Comité Ejecutivo de los Concursos de “La Hacienda.”**

A las 10 de la mañana del día ocho, como estaba anunciado, el General Gómez, Presidente de la República, acompañado del General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército, de los Ministros del Despacho Ejecutivo, del Gobernador del Distrito Federal, y otras altas personalidades de nuestro mundo político, visitó el edificio de la Exposición de Café y Cacao, donde fué recibido por el Comité Ejecutivo de “La Hacienda” y a los acordes del Himno Patrio.

El señor Víctor V. Maldonado, Secretario del Comité Ejecutivo de los Concursos de “La Hacienda”, pronunció el discurso de apertura, declarando inaugurada la Exposición a nombre del referido Comité.

El señor Presidente y su séquito recorrieron los diferentes salones de la Exposición, decorados todos con el iris de la patria y con cuadros e inscripciones murales con leyendas alentadoras para el trabajo y la industria.

Entre los cuadros resaltaban el gráfico demostrativo de la disminución de las guerras civiles en Venezuela, el de las amortizaciones y cancelaciones de la Deuda venezolana desde el 1º de enero de 1909 hasta el 31 de diciembre de 1923, y los que señalaban el movimiento de exportación de nuestros productos por los diferentes puertos de la República.

En uno de los salones se destacaba el busto del Libertador, original de Tenerani, hecho en 1836, al que se puso por pedestal un tronco de árbol cortado hace más de 80 años en San Pedro Alejandrino; se destacaba asimismo un busto del Gran Mariscal de Ayacucho. También decoraban este salón, inscripciones recordatorias del Padre Mohedano, introductor del cultivo del café en Venezuela.

Igualmente estaban artísticamente expuestas, las copas obsequiadas por los Gobiernos de los Estados, los Bancos y el Comercio, para premiar el esfuerzo de nuestros agricultores en pro de la mejora de sus productos.



A la entrada del edificio se levantaba una estatua representativa del soldado convertido en trabajador, y en el pórtico se leía el siguiente cuarteto del poeta maracaibero Guillermo Trujillo Durán:

“Leed en ese símbolo: ¡El que antes fué soldado  
de encono en la vorágine de la guerra civil,  
cuando hoy en el Caudillo saluda al Magistrado  
la pica del trabajo presenta por fusil”.

Esta Exposición de los dos productos básicos de nuestra agricultura, y la cual se debió al espíritu emprendedor e inteligentes iniciativas del Director de la revista “La Hacienda”, señor Maldonado, protegido eficaz y ampliamente por el General Gómez y el Gobierno Nacional, constituyó indiscutiblemente uno de los números más interesantes de las fiestas centenarias, y tuvo la resonancia justa a que la hizo acreedora su importancia.

Circuló profusamente el catálogo general de la Exposición, y, terminado el acto, el General Gómez fué despedido a los acordes del Himno Nacional.

---

DISCURSO DEL SECRETARIO DEL COMITÉ EJECUTIVO DE LOS CONCURSOS DE “LA HACIENDA”, SEÑOR VÍCTOR V. MALDONADO.

*Ciudadano Presidente Constitucional de la República:*

*Señores:*

Por indeclinable deber mío, contraído al tenor de los deseos del Comité Ejecutivo de los Concursos de “La Hacienda”, os dirijo la palabra en calidad de mensajero y bajo la estricta imposición de mis hábitos de disciplina.

Venidas las especies de cuanto es el área del solar nativo, helas allí, el café y el cacao, en envanecidas muestras de una calidad que se pule y de una abundancia que se afana.

Helos allí, los preciados frutos, cual si apuntaran al horizonte para inscribir sobre el campo de la perspectiva económica, la doble importancia que da fisonomía a la presente Exposición con que el Comité Ejecutivo que tengo el honor de representar en este momento, está instando nuevamente a las puertas y ventanas de la consideración universal.

Por índole propia y peculiar señorío, esta propaganda, cuyo lema viviente es: “Siempre adelante”, cuya expresión es la eficacia, y cuya finalidad trasciende en un pujante ímpetu de valoración humana, no se detiene en su carrera sino para excederse a sí misma y conquistar, para sus aprestos de viajera del ideal que le es propio, las galas de una muy más alta cooperación en las justas de la gratitud nacional.

Largo tiempo han permanecido veladas estas muestras lozanas de la más constante y sufrida de las industrias madres en cuyo seno ubérrimo se amamanta la vida nacional.

Mas, ¿qué otra cosa es el sueño de una noche, descontada su función peculiar, sino el margen de la actividad atenta que atisba cada amanecer, pronta a retemplar el músculo en las divinas fraguas del Padre Celestial, actividad consciente que fija y amalgama y humaniza, por el sortilegio del trabajo, las corrientes de la vida universal?



Y, ¿quién nos dirá que esta empresa, aparentemente constreñida dentro de un círculo estricto, no está hundiendo todavía su raigambre espiritual en las corrientes de la vida que alienta en el seno de las evoluciones creadoras?....

Vinculados por un ideal de verdad y de belleza, los miembros del Comité Ejecutivo se han apresurado a recoger para guardarlo en su corazón, el honor que el Ejecutivo Federal ha tenido a bien concederles al disponer que esta fiesta inaugural de los Concursos de "La Hacienda" forme en las compactas filas de los actos solemnes destinados a producir grandiosa glorificación del héroe de Ayacucho, en la primera conmemoración centenaria de aquella gran batalla decisiva de la libertad americana.

*Señores:*

Cuando considero nada más que esta obra a cuyo promedio ya tocamos, y cuando miro a la imposibilidad que maniató a los mejor dotados en nuestro pasado inmediato, para aventurarse en la vía que ahora recorreremos tan libre y desembarazadamente, no puedo dejar de exclamar con los extranjeros que han vuelto a ver el país en las actuales circunstancias: "Cuánto ha cambiado Venezuela!.... Pues, si no parece que ésta sea Venezuela!...."

No es posible, señores, desconocer, en orden a las posibilidades nacionales que han surgido del 19 de diciembre de 1908 a esta parte, la influencia benefactora de esta bendita paz, dentro de la cual prospera el respeto a la ley, fundamento de las sociedades humanas y la fuente de la subsistencia material que la propiedad y la confianza vuelven pingüe. De aquí que la prosperidad general esté abriéndose paso en forma de sorprendente crédito en los mercados del mundo, y que el nombre del Jefe de la Causa se pronuncie con respetuosa admiración en todas las naciones civilizadas que conocen del desenvolvimiento económico de nuestro país.

Allí tenéis, señores, con la evidencia de aquel gráfico en donde una subida mancha roja destaca el período calamitoso de nuestras guerras civiles, cómo va a desmayar el alma de la Patria en el fondo azul, suerte de girón de cielo anunciador de días mejores para la familia venezolana.

Como lo veis, no os hablo en parábola: allí están las magnitudes relativas en contraposición flagrante, allí el número toma la palabra, allí el color es acusador! Cien años de vida independiente, perturbada por largos años de luchas intestinas!

Vivas manchas rojas señalando los días luctuosos del derramamiento de sangre venezolana; y pedazos de cielo que nos dicen de las dulzuras de la paz; cuyo color se acentúa en mancha progresiva, en el transcurso de los años, en que Venezuela, madre de todos nosotros, transita por el mundo apoyada del brazo fuerte de su verdadero Rehabilitador!

De este lado tenéis las cifras acusadoras de un pasado tormentoso; y frente a frente la revelación indiscutible de los beneficios de la paz, de esta bendita paz que debemos al Benemérito General Juan Vicente Gómez.

Como lo veis, no os hablo en parábola: allí están los números cuyo genio implacable hace pesar sobre Venezuela para el primero de enero de 1909 la



deuda de *doscientos diez millones, trescientos siete mil doscientos ochenta y un bolívares, con sesenta y ocho céntimos*, aumentada por funestos legados de Administraciones anteriores en *veintidós millones setecientos catorce mil doscientos once bolívares, con cincuenta y nueve céntimos*, lo que hace un enorme total de *doscientos treinta y tres millones, veintiún mil cuatrocientos noventa y tres bolívares con veintisiete céntimos*.

¿Cuáles han sido los efectos de la paz? Allí los tenéis: el pago de la cantidad de *ciento veintiseis millones ochocientos cuarenta y tres mil novecientos tres bolívares con once céntimos*; la rehabilitación del crédito nacional y la reducción de la deuda, para el 30 de junio del presente año, a la cantidad de *ciento dos millones quinientos ochenta y seis mil ciento cincuenta y cinco bolívares con diez y seis céntimos*.

Más todavía: el Gobierno Nacional ha pagado en el transcurso del segundo semestre del presente año apreciables cantidades de bolívares y puedo afirmar que a la hora actual la deuda de Venezuela apenas alcanza a la cantidad de *noventa y nueve millones*, aproximadamente.

Esa es labor de patriotismo; esa es la obra magna del Benemérito General Juan Vicente Gómez. Y, cabe preguntar: ¿por qué no se había hecho antes?...

Muy lejos estoy de creer que al Ilustre Caudillo de Diciembre hagan gracia las estudiadas maneras de lisonja, y me consta, al contrario, que la firmeza y austeridad de su espíritu sólo es ablandada por las obras y no por las palabras.

Quiera él creer que, al rendirle el tributo de mi admiración, acaso no hago más que honrarme a mí mismo, pues la obra que actualmente inauguramos es un producto de cooperación alrededor de su propia persona como núcleo determinante y propulsor de vida, en cuya honrosa sociedad nos ha incorporado a modo de participantes en la gran evolución que él preside y que sólo espera las consagraciones de la Historia para confundirse con los hechos gloriosos de la edad heroica.

En un punto, con todo, he de insistir si he de ser en todo momento consecuente con la verdad, aun a riesgo de parecer venal. Me refiero a la acogida entusiasta y leal que el Benemérito General Gómez acostumbra acordar a la iniciativa particular.

No está él acobardándose ante el triunfo legítimo de la idea, ni menos teme el éxito próspero de los motivos sujetos al empuje de la virtud humilde en gesto altivo; ni aun cuando concurren con él en la vía de los arranques oficiales de su exclusiva competencia, siempre que la iniciativa comporte claridad, juicio y sinceridad. Bien sabe él que su gloria no es para disputada y que, por plena, no necesita de menudas integraciones; hallándose, como todo hombre consciente de su invulnerable valor moral, pronto a compartir su dicha con el amigo, que lo es el colaborador honrado.

Loor al Magistrado que ha sabido congregar a sus conciudadanos en la cumbre de la más noble aspiración humana: Paz fecunda y Trabajo redentor!

*Señores:*

En nombre del Comité Ejecutivo de los Concursos de "La Hacienda", declaro inaugurada la Exposición y abiertos los Concursos de café y cacao venezolanos.



## X

**Inauguración, en la Galería de Diplomáticos Venezolanos del Ministerio de Relaciones Exteriores, de los retratos de Sucre, de López Méndez y de Revenga. — Distribución del Esbozo de la vida del Gran Mariscal de Ayacucho, por el Libertador.**

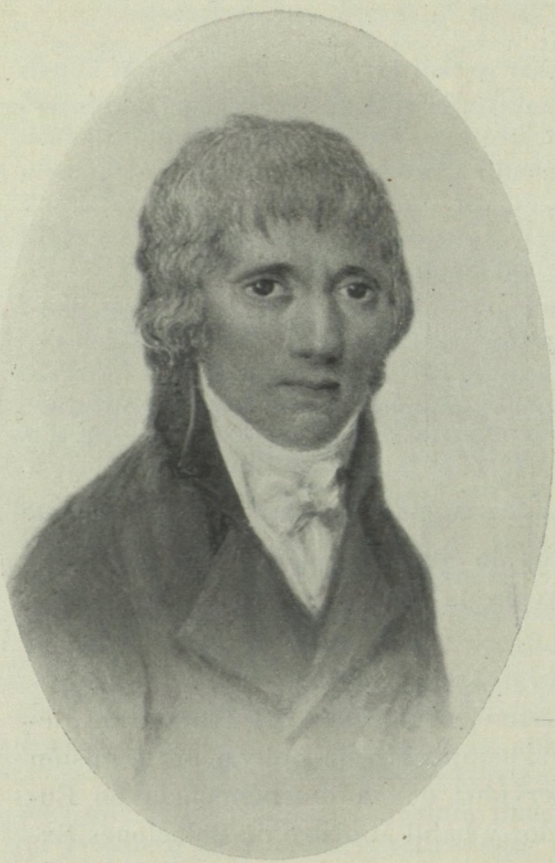
La Patria debía esta reparación a Sucre, negociador del Tratado de Regularización de la Guerra; a López Méndez, compañero de Bolívar en la Misión de 1810 a Londres, constante y abnegado servidor de la independencia en Europa, y a Revenga, Secretario del Libertador y hábil Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Colombia. El General Gómez, inspirado en los dictados de su patriotismo y con un gran sentido de la justicia histórica, tuvo el acierto de escoger para la cancelación de esa deuda de honor de la República, la celebración del centenario de Ayacucho.

A las diez de la mañana, como lo pautaba el Programa Oficial, el Supremo Magistrado de la República y su comitiva se trasladaron al Ministerio de Relaciones Exteriores para descubrir los velos que cubrían esas venerables efigies, obra del pintor Pablo W. Hernández.

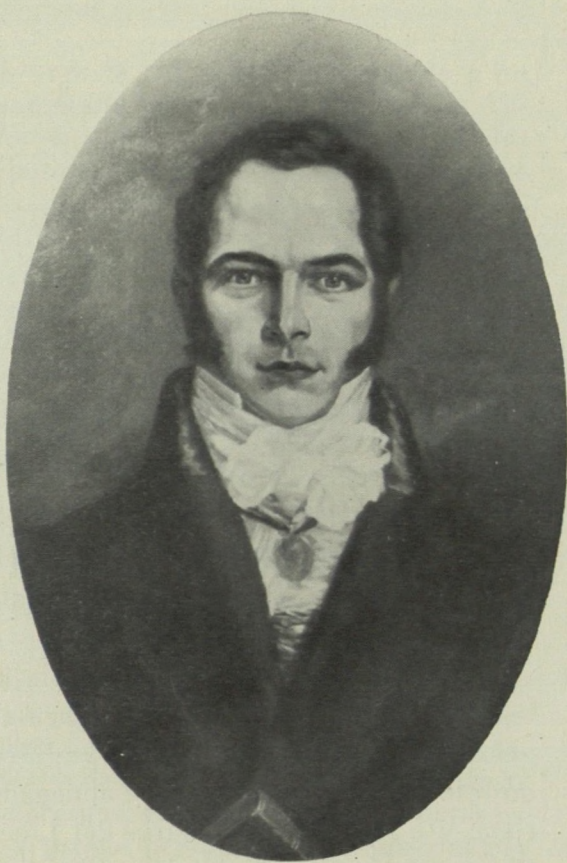
La llegada del Jefe del País fué saludada con las vibrantes notas del “Bravo Pueblo”, y, acto seguido, el General Gómez declaró inaugurados los tres retratos. El Doctor P. Itriago Chacín, Ministro de Relaciones Exteriores, hizo entrega en el acto al señor Presidente de la República de la publicación del esbozo de la vida de Sucre, escrito en Lima por el Padre de la Patria, lujosa y artísticamente encuadernada, y los empleados superiores del Departamento al General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República, y a los otros altos dignatarios allí presentes.

Procedióse después a repartir profusamente la mencionada publicación, y entre los acordes vibrantes y entusiastas del Himno efectuaron su salida el General Gómez y sus acompañantes.





Luis López Méndez



José Rafael Revenga

(Retratos por P. W. Hernández)

Fué este acto uno de los más bellos y solemnes de los festejos centenarios. Luis López Méndez nació en Caracas, de familia emparentada con las más notables de la Colonia. Se afilió desde 1810 al movimiento insurreccional y en Londres, donde se radicó, prestó a la Patria eminentes servicios, sufrió con ánimo entero muchas persecuciones, negoció el enganche de legionarios británicos y mereció del Libertador los más expresivos elogios. Murió en una pequeña ciudad de Chile, a donde fué llamado por Bello, su compañero de trabajo y vicisitudes en la capital británica. Revenga nació en el pueblo de El Consejo, en la jurisdicción del hoy Estado Aragua. Tuvo desde sus primeros años inquebrantable fe en la justicia de la Revolución; sirvió a la independencia desde 1810; sufrió destierros y persecuciones, acompañó al Libertador en las campañas de Boyacá y Carabobo; fué su Secretario General y luego Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, en cuyo desempeño desplegó sus dotes de inteligencia, ilustración y tino, destacándose como experimentado y sagaz negociador.



## XI

### **Colocación de la primera piedra del Monumento al Padre Mohedano, introductor del cultivo del café en el valle de Caracas.—Discurso del Cónsul de España, Señor García Manfredi.—Inauguración del Parque Sucre.**

En el ensanche de Caracas hacia el Este, bellos y amenos sitios destinados a convertirse por obra del arte en uno de los más atractivos paseos de la capital, el Presidente de la República asistió a las once de la mañana a la ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento al Padre Mohedano, introductor del cultivo del café en el valle de Caracas, de donde se extendió a toda la República. Cumplía el General Gómez con este homenaje, otro acto de justicia. La introducción del cultivo del café por el humilde cura de la parroquia de Chacao, elevado luego a la dignidad prelatia de Guayana, fué un suceso de la mayor trascendencia para los rumbos económicos de la antigua Capitanía General de Venezuela, y contribuyó, pasados los años, al esplendor y la riqueza que prepararon la revolución emancipadora. En los días presentes, en que el café constituye con el cacao la principal de nuestras industrias agrícolas, era justo y acertado que se rindiera un tributo de recordación al varón eximio que tuvo la visión de un gran porvenir al empeñarse en enseñar a sus compatriotas el cultivo de aquella planta útil, que habría de dar al país tanto bienestar y riqueza.

Desde las primeras horas de la mañana inmensa concurrencia llenaba el pintoresco lugar, y la llegada del Primer Magistrado fué saludada con los acordes del Himno patrio.

Enorme cantidad de automóviles desfiló hacia el sitio donde había de verificarse la ceremonia.

Colocada la primera piedra del monumento que perpetuará la memoria del Padre Mohedano, el señor Antonio García Manfredi, Cónsul de España en Caracas, pronunció un brillante discurso, síntesis expresiva de la vida y la obra de aquel varón nobilísimo, que no solamente propagó con su ejemplo el amor a la tierra fecunda por el esfuerzo de sus hijos, sino que fué un protector decidido del arte y un gran civilizador.





Colocación de la primera piedra del Monumento al Padre Mohedano.  
El Cónsul de España, señor García Manfredi, leyendo su discurso ante el Presidente de la República.

Terminado entre aplausos entusiastas y cumplidas felicitaciones el discurso del señor García Manfredi, el Presidente de la República y su comitiva encamináronse al Parque Sucre, cuya inauguración iba a efectuarse. Está situado dicho parque en una de las avenidas del Ensanche, a la que contribuye con su trazado moderno y sus umbrosas avenidas a dar mayores atractivos. La admiración del General Gómez por el inclito vencedor en Ayacucho, quiso una vez más ponerse de manifiesto, dando el nombre de Sucre a esta plaza con que su Gobierno acrecienta el ornato de la capital.

---

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR GARCÍA MANFREDI, CÓNSUL GENERAL DE ESPAÑA EN CARACAS.

*Excelentísimo Señor Presidente:*

*Señores:*

Acostumbrados estamos, cuando se conmemoran los hechos gloriosos de la colonización española en América, a ver desfilan ante nuestra fantasía, por un lado, una serie de capitanes y conquistadores, que van despertando sonos de epopeya por mudas soledades y regiones nunca exploradas; por otro, un des-



file de misioneros que plantan la Cruz de Jesucristo sobre el lejano bohío del salvaje, hacen vibrar el silencio de la selva con palabras de redención y vierten sus sudores, tal vez su propia sangre, para purificar y hacer fecunda la tierra, donde tarda en germinar y dar frutos la divina simiente de la Fe que ellos predicán. En pos, va el río de la vida española: es una multitud abigarrada compuesta de hidalgos y plebeyos, nobles y pecheros, honrados clérigos y reverendos Prelados, activos comerciantes e industriosos menestrales.

En unos vemos su ambición o su celo, en otros su sed de aventuras o su sed de oro, y ¿qué más? Tal vez no advirtamos otra cosa alguna.

De ordinario se nos pasan por alto las figuras humildes y recatadas de tantos otros, que con su laboriosidad y constancia llevaron a cabo una labor más oscura, pero también más benéfica que la realizada por muchos héroes en infructuosas hazañas.

Ah! ¿Por qué habrán quedado en olvido los nombres de aquellos provincianos españoles que importaron a América los más hermosos ejemplares de la fauna y flora de sus respectivas provincias? ¿Quién nos dijera, para inmortalizarlo este día, el nombre de aquel, (cordobés debió de ser), que nos trajo el caballo y el toro que pastaban en sus dehesas; y el de aquel otro, acaso leonés o extremeño, que importó las primeras ovejas y carneros a las pampas y llanos de Sur-América; y el de aquel castellano que cultivó las primeras espigas; y el de aquel jerezano o ribereño del Ebro que plantó las primeras vides; y el de aquella sevillana, (que mujer fué sin duda, y de Sevilla), que sembró en las macetas y jardines de América, como gotas de sangre española, las primeras rosas y los primeros claveles!

Afortunadamente, la tradición y la historia nos han conservado el nombre de uno de esos héroes de paz, que contribuyó como el que más a la prosperidad y riqueza de Venezuela. Me refiero al Padre Mohedano, el primero que puso en ejecución la feliz idea de cultivar el café en el valle de Caracas, de donde se extendió a las demás regiones de la República.

¿Quién era el Padre Mohedano? Aquella tierra bravía y fecunda, patria de los Balboas, Corteses y Pizarro; Extremadura, prodigiosamente fértil en toda clase de hombres ilustres, vió nacer en la primera mitad del siglo XVIII al Padre Mohedano, cuya memoria tratamos hoy de eternizar con este Monumento.

El año 1759 le vemos llegar a Caracas como familiar del Obispo Diez Madroñero.

Ya para entonces se había extinguido en el Continente americano el rumor épico levantado por el galopar de los corceles y el chocar de las espadas de los conquistadores. Mohedano con su modestia y afabilidad, en él connotables, había de formar en torno de sí una aureola de suave y benéfica claridad tan universal y duradera como la que se formaron sus compatriotas y paisanos con el resplandor fulgurante de sus victorias.

El año 1769 obtiene el curato de la vecina parroquia de Chacao. Treinta y dos años más tarde es consagrado Obispo de Guayana, y dos años después, muere lleno de méritos y estimado de todos por su saber y elocuencia, por su acendrada virtud y por su carácter afable y bondadoso.



Volvamos ahora por un momento a los días apacibles de su curato de Chacao.

Corre el año 1784. En la hacienda que posee al pie del Avila, cultiva el Padre Mohedano algunos arbolillos del célebre arbusto sabeo, más como planta exótica, gala y ornato del jardín, que como planta productiva y fructífera. Pero un día se le ocurre cultivarlo en gran escala, y después de varias tentativas, logra por fin tener una plantación de hasta cincuenta mil pies de café.

A la sombra de los bucares en flor, que extendían en señal de protección, como viejos monarcas sus clámides purpúreas, o como cielos estrellados, sus constelaciones de oro, crecían poco a poco los tiernos arbustos y con ellos las esperanzas del celoso Párroco agricultor, que cada día los visitaba. Pasó un año, pasaron dos años. . . . El Padre continuaba su diaria visita, cuando una mañana descubre alborozado sobre las plantas de café una como lluvia de estrellitas blancas; era la flor, que ya mostraba en esperanza el fruto cierto.

“El europeo que por primera vez contempla una arboleda de café en flor, escribe Aristides Rojas, recibe una impresión que le acompaña para siempre. Le parece que sobre todos los árboles ha caído prolongada nevada, aunque el ambiente que lo rodea es tibio y agradable. Al instante, siente el aroma de las flores, que le invita a penetrar en el bosque, tocar con sus manos los jazmines,



Colocación de la primera piedra del Monumento al Padre Mohedano.

El Presidente de la República, el Vicepresidente, los Ministros del Despacho Ejecutivo, el Arzobispo de Caracas, el Ministro de España y otras personalidades después de la ceremonia.



llevarlos al olfato, para en seguida contemplarlos con emoción. No es nevada, no es escarcha; es la diosa Flora, que tiende sobre los cafetales encajes de armiño, nuncios de la buena cosecha que va a dar vida a los campos y pan a la familia. Pero todavía es más profunda la emoción cuando, al caer las flores, asoman los frutos que al madurarse, aparecen como macetillas de corales rojos, que tachonan el monte sombreado por los bucares revestidos”.

Tal fué la emoción del Padre Mohedano al contemplar la ubérrima cosecha que elevando, según dicen, sus ojos al cielo, ofreció su producto al Señor para terminar la construcción del templo de Chacao.

Es, pues, el Padre Mohedano el que plantó el café por vez primera en el valle de Caracas, y esto no como planta curiosa y rara, sino productiva y en grande escala, el que extendió su cultivo y lo dió a conocer por la región que muy pronto iba a llamarse República de Venezuela. Es el Padre Mohedano merecedor de eterna gratitud por haber traído a esta tierra una planta tan beneficiosa como la del café, que es actualmente el producto de mayor explotación de esta República, y constituye una de sus grandes, incalculables riquezas.

Aquellas primeras matas, que cultivó el Padre Mohedano en su hacienda de Chacao, se han multiplicado de manera que llegan hoy a 250 millones, y son más de 60 millones de kilogramos los que presenta al consumo anualmente Venezuela.



Un aspecto del Parque Sucre, en el Ensanche del Este, inaugurado en la mañana del 8 de diciembre de 1924.



Ved, pues, si es digno de que se grabe en un monumento que immortalice su memoria, el nombre de quien, con sus afanes e industria, supo dotar de nuevos productos y enriquecer más y más un país rico de suyo y proverbialmente fecundo.

Y ved también con cuanto acierto, es en estas fiestas centenarias, en que Venezuela con toda Suramérica se apresta a celebrar la célebre batalla que selló su independencia, el Gobierno de la República decreta inaugurar, precisamente en estos días, sendos monumentos al capitán Diego de Losada, fundador de Santiago de León de Caracas, al inmortal autor del Quijote, padre del habla castellana, y al humilde Párroco de Chacao; como significando que el Centenario de Ayacucho, lejos de ser la conmemoración de un rompimiento, que nunca hubo con España, es la prolongación de la unión íntima que siempre ha existido y debe existir entre pueblos de la misma sangre, de la misma lengua, de la misma religión y de idénticos intereses.

Son los monumentos erigidos a los hombres que han contribuido a la gloria y prosperidad de la nación, altares de patriotismo y ejemplos públicos que arrastran a la imitación de las hazañas o virtudes que en ellos se conmemoran. Ninguno tan conforme y acomodado al patriotismo, lema del Benemérito General Juan Vicente Gómez, como el que se trata de levantar al Padre Mohedano.

“Paz y Trabajo” dice ese lema; y ¿qué ejemplo mejor para fomentar esas dos grandes virtudes cívicas, que el de ese ilustre héroe de la paz y héroe del trabajo, que, desde el retiro de su vida pacífica y laboriosa, tan enorme incremento supo dar a la riqueza y prosperidad material de Venezuela?



## XII

**Solemne Te-Deum en la Santa Iglesia Metropolitana.—Ofrendas, en el Panteón Nacional, ante el Monumento que guarda las cenizas del Libertador y el cenotafio del Gran Mariscal de Ayacucho.**

Amaneció el gran día de la América entre esplendores del cielo tropical y aleluyas triunfales ante la evocación insólita de los Héroes que, partidos de los más remotos confines, hicieron su conjunción victoriosa en las faldas del Condorcunca, bajo las inspiraciones geniales del Libertador y el comando de aquel General de veinte y nueve años, a cuya ancha frente iba a ceñir la Gloria la corona del vencedor.

Cien años después del triunfo espléndido, a cuyo éxito contribuyó Venezuela con copioso aporte de sangre y de bravura, nuestro país, regido por el General Gómez, se presenta en paz y floreciente, como ofrenda digna de los esplendores del pasado y de los sacrificios de una guerra tenaz, ennoblecida por los fulgores de la epopeya. Justo era elevar a Dios los corazones, en acción de gracias por los beneficios recibidos. La fe de nuestros mayores lucía espléndidamente, y el Gobierno dispuso, en acatamiento al unánime sentir, que los festejos del día comenzaran por un *Te-Deum* en la Santa Iglesia Metropolitana.

A las 9 de la mañana el Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, acompañado del General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército, de los Ministros del Despacho Ejecutivo, del Gobernador del Distrito Federal, del Secretario Privado del Presidente de la República, del Secretario de Gobierno del Distrito Federal, del Cuerpo Diplomático acreditado en Caracas, de altos funcionarios públicos y de otras personalidades políticas y sociales, hizo su entrada en la Santa Iglesia Catedral para asistir al *Te-Deum* que celebró el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Caracas, Monseñor Felipe Rincón González, acompañado por el Clero secular y regular.

Los honores militares estuvieron a cargo del Batallón número 1 de la Guarnición de Caracas, y la llegada del Supremo Magistrado fué saludada por las épicas notas del "Gloria al bravo Pueblo".





El Presidente de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez, y la comitiva oficial en la inauguración del Parque Sucre, en el Ensanche del Este.

52104



La festividad religiosa llevóse a cabo y fué presenciada por la numerosa concurrencia que llenaba las amplias naves de nuestra Iglesia metropolitana. Las notas del canto gregoriano, la majestuosa belleza de la ornamentación, todo concurrió al solemne y grave carácter que asumió el acto.

Terminada la función religiosa, los Canónigos despidieron con el ritual de estilo al Presidente de la República, que a las puertas del Templo fué saludado por el Himno Patrio y los honores militares correspondientes.

Una nutrida y entusiasta multitud, desde las primeras horas de la mañana, llenaba las avenidas que circundan la Plaza Bolívar.

El Presidente y la comitiva oficial dirigiéronse de la Metropolitana al Panteón Nacional, donde reposan bajo la custodia del patriotismo venezolano, las cenizas venerandas de los grandes servidores de la patria.

En el Panteón fué recibido el Supremo Magistrado de la República, a los acordes del Himno Patrio, y le rindió honores la Compañía que allí montaba guardia por disposición del Ministerio de Guerra y Marina.

El Cuerpo Diplomático acreditado en Caracas hizo acto de presencia en el acto de las ofrendas.

Ante el Monumento del Padre de la Patria ofrendaron bellisimas coronas el Ejecutivo Nacional, el Ministro de Colombia, el Ministro del Perú, y el Ministro Argentino, quien depositó una artística rama de laurel de plata y oro, a nombre de su Gobierno.

Luego ante el cenotafio del Gran Mariscal de Ayacucho ofrendó igualmente el Ejecutivo Federal una magnifica corona de inmortales; ofrendaron también bellas coronas, el Ministro de Colombia y el del Perú, y el Ministro de la Argentina, a nombre de su Gobierno, otra rama de laurel, idéntica a la que ofrendara ante el Monumento del Libertador.

Los Gobiernos de los Estados debidamente representados, hicieron también ofrendas de coronas ante el cenotafio del Gran Mariscal. El señor Presidente de la República y su brillante séquito fueron despedidos a los acordes del "Bravo Pueblo", en medio de las respetuosas saluciones de la multitud, agrupada en el recinto y en la plaza Miranda.







Avenida de "Los Caobos" en el Parque Sucre.



### XIII

**Colocación de la primera piedra del Monumento al General San Martín, en la Avenida que lleva su nombre.—Un gran acto de confraternidad hispano-americana.—Discursos de Vallenilla Lanz y del Ministro de la Argentina.—Desfile militar ante la estatua del Gran Mariscal.—Inauguración del puente Ayacucho.**

Fué un gran acto de confraternidad americana la ceremonia de la colocación de la primera piedra del Monumento al General San Martín, al que el Gobierno de la Argentina corresponde con gesto de igual y significativa trascendencia, ordenando la erección de una estatua al Libertador en la ciudad de Buenos Aires. Esas dos estatuas de los máximos campeones de la independencia, simbolizan la grandeza y la gloria de los ideales que culminaron espléndidamente en Ayacucho. Tocó al General Gómez, como consecuencia de su sincera y activa política de acercamiento hispanoamericano, la satisfacción de ese doble homenaje, con el que se exalta el vigor de una raza común y comienza a fructificar el sueño boliviano de una América unida, próspera y pujante, armónica en principios y bajo la salvaguarda de los ideales políticos que tuvieron significación concreta en la mañana de Ayacucho.

A las diez de la mañana llegó el General Gómez acompañado de su séquito, y dió comienzo a la ceremonia imponente.

El Presidente de la República dió colocación a la primera piedra del monumento. Secundóle el Excelentísimo señor don Hilarión Moreno, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina.

El sitio escogido para levantar el monumento al glorioso Héroe del Plata, es un paraje pintoresco, rodeado de hermosos paisajes, en la mitad de la Avenida que también por disposición del General Gómez lleva el nombre del Gran Capitán argentino desde hace algunos años. A la vera de un árbol centenario, que se levanta allí como un símbolo de grandeza futura, la figura del General San Martín lucirá su porte marcial y evocará los días proceros en que animado del mismo sentimiento del Héroe caraqueño, soñaba con la libertad de la América.





Monumento a San Martín.—El Presidente y el Vicepresidente de la República, los Ministros del Despacho Ejecutivo, el Ministro de la Argentina y otras personalidades en la ceremonia de la colocación de la primera piedra.



En este acto de innegable repercusión en toda la América, llevó la palabra el eminente historiador y sociólogo señor Laureano Vallenilla Lanz, quien con la claridad de ideas y la precisión de palabra que le caracteriza, exaltó al heroico paladín de Chacabuco y de Maipú.

Nutridos aplausos acogieron el discurso del señor Vallenilla Lanz, quien supo, en su vibrante pieza oratoria, exponer el sentimiento que animaba a Venezuela y su Gobierno en la apoteosis del gran soldado del Plata.

El Excelentísimo señor Don Hilarión Moreno, Ministro de la Argentina, contestó al discurso del señor Vallenilla Lanz con palabras rebosantes de entusiasmo patriótico, animadas por la nobleza de un gran corazón y la cultura de un gran espíritu.

Las palabras del Ministro argentino, para entonces decano del Cuerpo Diplomático acreditado en Caracas, fueron también calurosamente aplaudidas por la numerosa concurrencia.

El Maestro de Ceremonias declaró terminado el acto, y anunció que el Presidente de la República pasaba a presenciar los Honores Militares que iban a rendir ante la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho la Escuela Militar y la Brigada No. 1 acantonada en esta plaza.

Fueron profusamente distribuidos los albums "Venezuela en la Independencia", ofrecido por el Ejército venezolano al Ejército del Perú, y "Venezuela en 1924", hermosa síntesis de la labor patriótica y administrativa realizada por el Benemérito General Juan Vicente Gómez. Ambos trabajos, editados por el Ministerio del Interior en la Litografía del Comercio, honran por su irreprochable presentación a las artes gráficas en Venezuela.

El Ejército a quien el General Gómez hiciera digno de sus antecedentes históricos, colocándolo a un nivel de cultura cónsono con el progreso general del país, presentábase a la hora de la patriótica rememoración centenaria con el orgullo de quien cumple el más sagrado de sus deberes.

Ante la estatua del Vencedor en Ayacucho llegó nuestro Primer Magistrado acompañado de su brillante comitiva y del Cuerpo Diplomático, estando allí reunida una compacta multitud.

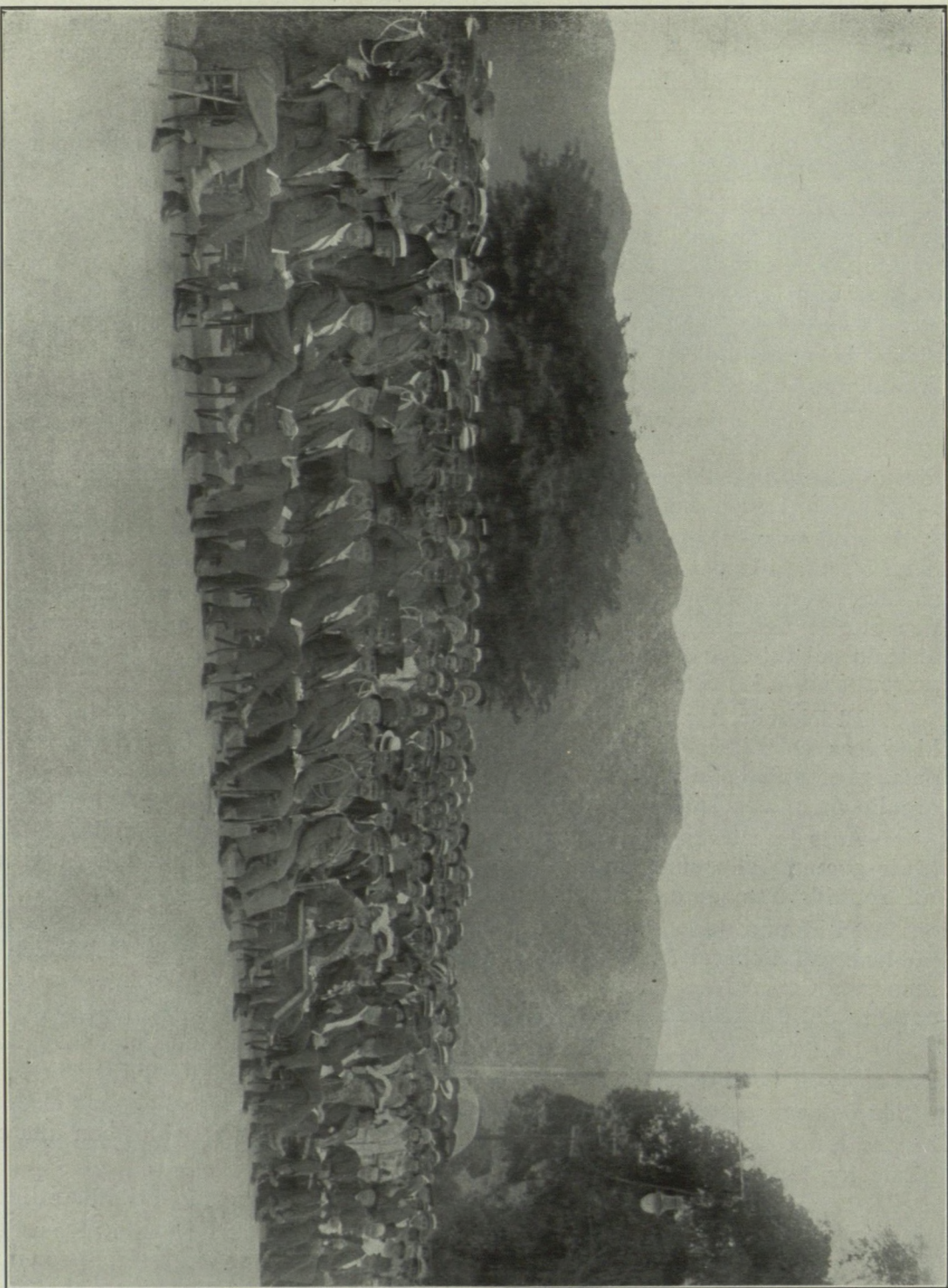
El Himno de la Patria saludó la llegada del Primer Magistrado de la República. El General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército ofrendó una hermosa corona de inmortales, a nombre del Ejército Nacional.

La Cámara Oficial de Comercio Española ofrendó también una magnífica corona, y el Secretario de la Legación de España, señor Ramón de Basterra, se produjo luego en una vibrante improvisación, en la cual hizo el elogio del Gran Mariscal, flor de la raza hispánica, quien supo honrar a los vencidos con una capitulación tan amplia como generosa.

Terminadas las palabras del señor de Basterra, comenzó el desfile militar.

La Escuela Militar y la Brigada Número 1, acantonada en esta plaza, desfilaron gallardamente, tributando honores ante la estatua del Héroe, solemne acto éste, que presencié el concurso lleno de unción patriótica, y en el que se pudo admirar la marcial apostura y organización de nuestro Ejército, moderni-





El Presidente y el Vicepresidente de la República, los Ministros del Despacho Ejecutivo, el Cuerpo Diplomático y la Comitiva Oficial, presenciando el desfile militar ante la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho.



zado para orgullo nuestro por el celo constante del General Gómez, secundado de manera eficaz por el General José Vicente Gómez, al frente de la Inspectoría General del Ejército.

Terminado el desfile militar, el Primer Magistrado de la Nación, su numerosa comitiva y la concurrencia en masa, siguieron por la Avenida "19 de Diciembre" y la del Paraíso, hasta la Avenida del Ejército, donde está situado el magnífico Puente Ayacucho, importante obra con que el Gobierno de la Rehabilitación Nacional ha dotado a la Capital de la República, y cuya inauguración constituyó otro de los números más resaltantes del Programa.

La comitiva desfiló por el Puente Ayacucho, excelente obra de ingeniería por su solidez y elegante construcción, a los acordes de las Bandas que estaban distribuidas en el trayecto.

El puente Ayacucho es uno de los más bellos de la capital; es de tres arcos y está construido en cemento armado. Sus barandas son artísticas y en su construcción, hecha bajo la inmediata dirección del Ministerio de Obras Públicas, se invirtió la suma de B 767.370.

---

DISCURSO DEL SEÑOR LAUREANO VALLENILLA LANZ.

*Excelentísimo Señor Presidente de la República:*

*Excelentísimo Señor Ministro de la República Argentina:*

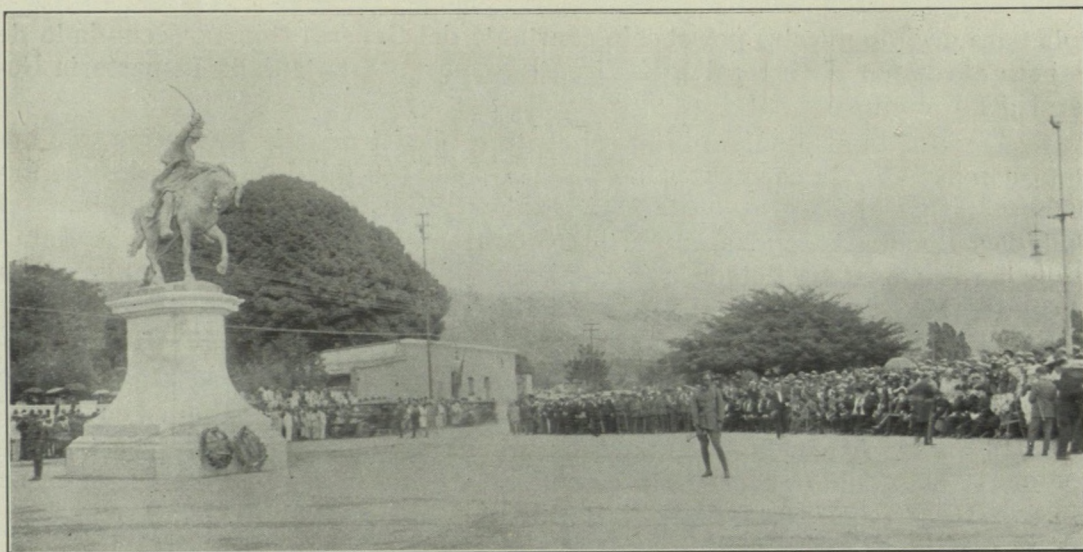
*Excelentísimo Señor Ministro del Perú:*

*Señoras: Señores:*

La elocuencia de este acto, es superior a la de cuantos términos pudieran emplearse para encarecer su significación moral y su trascendencia política ante el mundo hispanoamericano; y para explicar el profundo sentimiento de solidaridad que ha inspirado al Gobierno de Venezuela, al decretar la erección de un monumento al Generalísimo Don José de San Martín, aquí, a las faldas del Ávila, en el propio seno de la ciudad afortunada, cuna de Simón Bolívar, y en la misma fecha en que hace cien años, allá, en las elevadas y remotas cimas de los Andes australes, los ejércitos de casi todos los pueblos que luchaban por su independencia se unían bajo una sola autoridad para alcanzar la victoria definitiva. Y seguramente a esta misma hora, en la gran metrópoli del Plata, se realiza un acto semejante con la colocación de la primera piedra del monumento que el Gobierno argentino eleva a la gloria del Libertador.

Nada más lógico que el sentimiento que impulsa a los dos pueblos hermanos a rendir este homenaje recíproco, ya que a ellos corresponde la gloria de haber engendrado los dos héroes máximos de la emancipación hispanoamericana; de haber coincidido en el primer movimiento revolucionario de 1810 y producido los ejércitos que arrastrados por sus hábitos guerreros escalaron las cordilleras para llevar el estandarte de la Libertad más allá de los límites de sus comarcas nativas.





Desfile militar ante la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho.

La revolución hispanoamericana fué un movimiento colectivo. Un mismo clamor de unidad, de solidaridad surgió de todos los cabildos insurrectos. Desde el Orinoco hasta el Plata los próceres de la revolución no tuvieron sino un solo ideal: el de constituir con todos los pueblos del Continente una sola Patria, ya que estaban unidos por la raza, por la lengua, por la religión, por las costumbres y por los hábitos de independencia individual y colectiva, de dignidad y de altivez que España nos legó con su sangre y con el espíritu de su raza imperiosa y dominadora. En las clases dirigentes que proclamaron la revolución, no existía aún el sentimiento nacionalista que debía surgir en el curso de la lucha. En Caracas como en Buenos Aires, en Lima como en Bogotá, las Juntas revolucionarias no pensaron jamás en encerrarse dentro de los límites de sus jurisdicciones administrativas. Sus miradas se dirigieron a todo el Continente. Las razones en que fundaron el derecho de insurrección y de independencia no fueron locales sino continentales y todos proclamaron la necesidad de una acción común para sustraerse a la dominación política de España. Casi no existían entre estos vastos países relaciones de ningún género. La geografía ayudaba eficazmente a la política de aislamiento. Pero un lazo espiritual, el mismo que nos une y nos unirá por siempre a la Madre Patria, por encima de todas las vicisitudes políticas, hacía de estos pueblos una vasta hermandad, afectada por las mismas necesidades e impelida por los mismos ideales. Y cuando los iniciadores fueron sustituidos por hombres de acción; cuando las poblaciones se dividieron y España encontró en América sus más ardientes defensores,—como para demostrar también que aún contrariando la independencia, existía el mismo sentimiento colectivo y la lucha debía ser necesariamente fraticida,—fué entonces cuando Bolívar en el Norte y San Martín en el Sur, aprovechando aquel espíritu guerrero e invasor, característico de los pueblos pastores y que tan ampliamente poseían los llaneros venezolanos y los gauchos argentinos, empezaron a tramontar la cordillera; y a medida que por etapas afortunadas,



de victoria en victoria escalaban las más elevadas cimas de los Andes, que eran para ellos cimas de gloria, iban realizando, en una línea helicoidal el engranaje de todos los pueblos emancipados en aquella marcha triunfal, hasta finalizar en las cumbres de Ayacucho la obra colectiva de la libertad de la América española.

Nada más lógico, militar y políticamente considerado, que el propósito de rematar la obra emancipadora en el antiguo y opulento imperio de los Incas. Así lo pensó el Libertador desde los primeros días de la lucha; así lo dijo en ocasiones extraordinarias, cuando más impotente estaba para realizarlo, y así tam-



El señor Laureano Vallenilla Lanz leyendo su discurso.

bién lo pensó San Martín cuando después de haber libertado a Chile halló en los heroicos soldados del *Numancia*, que en defensa del Rey habían recorrido triunfantes el mismo inmenso territorio que recorrerían más tarde sus compatriotas de la Gran Colombia en defensa de la Libertad, el más poderoso apoyo para la conquista de la metrópoli colonial. Sin la libertad del Perú la independencia de América habría sido punto menos que imposible; pero era también



necesario realizarla, para que así tuviera toda la trascendencia que reclamaba la causa común de la revolución, con el concurso de todos los pueblos emancipados; que en el ejército que debía hacer la última campaña y librar la batalla definitiva se vieran flamear las banderas de todas las jóvenes naciones, para que aquellos de los Libertadores que no tuvieron la fortuna de recibir personalmente el premio de sus esfuerzos y de sus sacrificios, estuviesen representados en los soldados que ellos habían conducido al triunfo; y que el jefe Supremo consagrado ya por la gloria, no viera ni sintiera más patria que la América, que toda la América hispana, unida en una gran confederación para sostener junto con la América sajona los principios fundamentales de la República, que abatidos en Europa venían a buscar refugio y a fecundar en las tierras vírgenes del Nuevo Continente.

Y así sucedió! En Ayacucho triunfó la América! “Soldados! De vuestros esfuerzos de hoy depende la libertad de la América del Sur”. Inspirado, educado por Bolívar en aquel culto a la gran Patria Americana, Sucre ofrece la más noble capitulación al ejército español en nombre de la América. En nombre de ella honra a los vencidos; y desde las alturas del Condorcunca envía un mensaje de amor y de concordia a la Madre Patria! El título con que el Perú premia al genial estratega se convierte en un título continental. El Mariscal de Ayacucho lo es de toda la América; porque Ayacucho simboliza el triunfo de la gran revolución. En aquella cima flamea el principio de solidaridad Continental que resurge vigoroso al cabo de un siglo, empleado por las jóvenes nacionalidades en consolidar su organismo interno, con dolorosos desgarramientos de crisálidas, pero que ya confiadas en las fuerzas de sus alas, emprenden el vuelo hacia aquellas cumbres sagradas para conmemorar juntas el gran día de la libertad, irradiando al sol de la gloria el iris de sus banderas soberanas.

Por qué no llamar Doctrina de Ayacucho el principio de solidaridad hispanoamericano que culminó en la gran gran batalla y que el Libertador formuló inmediatamente después en las bases del Congreso de Panamá? Nada nos separa; todo concurre a unirnos en una sola comunidad internacional. Poseemos intereses que nos son absolutamente peculiares. El espíritu de los Gobiernos traduce ampliamente el espíritu de los pueblos. Todos comulgamos en el ideal de aquella Patria cuyo nombre surgió cuando todavía no existían nuestras actuales nacionalidades, aquella que invocó San Martín en su elocuente proclama a los Oficiales venezolanos del *Numancia*: “El día en que os decidáis a levantar el batallón en favor de la Patria, será de placer para los hombres sensibles, de felicidad para la América y de gloria para el inmortal Bolívar..... Este golpe es suficiente para destruir el imperio de la tiranía, sin efusión de sangre, sin estragos ni ruinas. LA PATRIA os dirige miradas de ternura y anhela porque llegue el día de contaros entre sus hijos más predilectos”. Y cuando le participa al Libertador el paso del heroico Regimiento al que ha bautizado con el nombre de FIEL A LA PATRIA, sabe que la noticia de esta adquisición hará latir al unisono sus corazones. “Defensores de una misma Patria,—le dice—consagrados a una misma causa, y uniformes en nuestros sentimientos por la libertad del Nuevo Mundo, pertenece a V. E. la congratulación de que los soldados de la República de Colombia se empleen contra el poder de España en cualquier parte del Continente en que se aflija a los hijos de la América”.



Era el mismo concepto que animaba a nuestros Próceres del 19 de abril, el mismo que llevó las huestes libertadoras desde el Orinoco hasta el Pilcomayo, el mismo que ha inspirado siempre al eminente estadista que rige los destinos de Venezuela para iniciar y llevar a cabo hace trece años el Primer Congreso Boliviano y para exhibirse una vez más ante la América “el Gobernante lleno de previsión en su amplia política de acercamiento continental”—según la justa expresión del distinguido diplomático y gran amigo de Venezuela, doctor Hilarión Moreno,—al tomar también la iniciativa de este homenaje al ilustre hijo del Plata, en el día preciso de Ayacucho y en vísperas puede decirse del Centenario del Congreso de Panamá, cuando el mundo entero deberá rendir homenaje al genio inconmensurable de Simón Bolívar.

*Señores:*

Sustentadas por nuestra tierra Americana, saludadas por el mismo sol que iluminó las victorias de Carabobo y Chacabuco, de Junín y Maipú, acariciadas por las mismas brisas que agitaron en las pampas y en las cumbres las banderas emancipadoras, bien están en Caracas y en Buenos Aires, como en el seno de una misma Patria, las efigies de los dos Campeadores de la Libertad, ahora, cuando la América, después de un siglo, que es un instante en la vida de las naciones, vuelve a Ayacucho, a celebrar como una gloria común la etapa final de la revolución, que alcanzaron en aquella batalla la inspiración de Bolívar y la espada de Sucre en el propio escenario que había iluminado con su gloria el General San Martín.

---

CONTESTACIÓN DEL MINISTRO ARGENTINO EN CARACAS, EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON HILARIÓN D. MORENO.

*Excelentísimo Señor Presidente:*

*Señoras y Señores:*

La palabra de Vallenilla Lanz, llena de fuerza y de varonil elocuencia, ha dejado en el ambiente vibraciones tales, que la mía ha de aparecer apagada, en su sobriedad, guiada como está, por la fórmula fría del diplomático, que pone una lápida a sus entusiasmos y un velo a sentimientos que por otra parte, no habría podido nunca expresar en la forma en que el prestigioso tribuno, historiador y pensador profundo, ha cristalizado los suyos.

No hay un párrafo de su discurso, que no revele un concepto; y su conjunto, es una enseñanza de lo que ha de ser el americanismo como fuerza moral en el porvenir, si es que seguimos el surco trazado por el pensamiento genial de nuestros Libertadores: llegar al ideal de una Patria única, cuando se trate de solidaridades de raza, y de intereses comunes que amparar.

Y no hay ya duda de que estamos en el camino. De la conmemoración de Ayacucho, que en estos momentos celebra toda la América, ha de surgir un principio nuevo y amplio para juzgar en forma muy diversa de la empleada has-

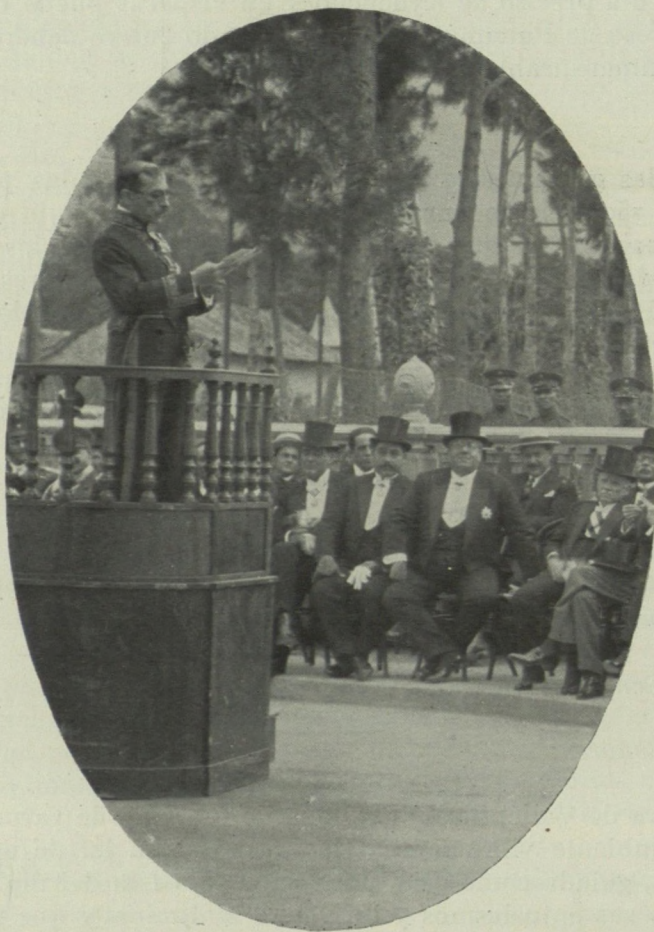


ta ahora, la historia americana, sus consecuencias, y muy especialmente, las figuras de sus grandes hombres.

Y de acuerdo con ese principio, ha hablado Vallenilla Lanz, de San Martín. A mí, su hijo espiritual, tócame agradecer.

*Señores:*

En la serena quietud de este paisaje, y bajo la sombra del laurel añoso que vió las glorias excelsas del Libertador, ha de erigirse,—por un mandato del



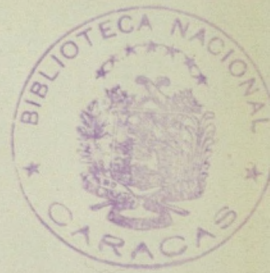
El Excmo. Señor Hilarión D. Moreno leyendo su discurso.

Gobierno que preside el ilustre General Gómez, — la estatua de nuestro Héroe máximo.

Bien estará la noble imagen de nuestro Gran Capitán sombreada en Caracas, por el árbol centenario que le recuerde las frondosidades del ombú de nuestras Pampas Argentinas. Y bien estará en Buenos-Aires, la potente efigie del Libertador, azotada su sien genial por los vendavales del Pampero.

Señalar la trascendencia de actos tan significativos, fuera superfluo. Dos Pueblos que se aman, que se comprenden, y que se confunden en glorias comu-





nes, llegan a la cúspide de su acercamiento espiritual, cuando intercambian con generosa fraternidad las efigies de sus Próceres más preclaros, dando al hecho, la más alta significación política y amistosa que pueden ofrecerse dos Naciones hermanas.

Y como si faltare más prestigio a esta ceremonia llena de emoción, el General Gómez, Gobernante previsor en su política de acercamiento internacional, señala como fecha para la colocación de la primera piedra, la efemérides gloriosa del más alto hecho de armas que registra la historia sud-americana, en la lucha cruenta para obtener su independencia definitiva: Ayacucho.

Ayacucho es palabra evocadora de recuerdos y sacrificios santos. Es crisol sangriento, pero glorioso, donde se funde y donde nace la vida y la democracia de cinco Naciones. Es germinación de Idea regada con sangre; pero cuyo retoño magnífico, es el triunfo de la justicia y del derecho.

Y es también génesis de la paz fecunda y bendita que gozamos. Bendita, porque ella auspicia el trabajo; y en el trabajo se está forjando el porvenir de nuestras grandezas respectivas.

Honrar la memoria del vencedor de Maipú en el centenario de Ayacucho, es delicadeza venezolana que ha llegado a la mente argentina. Por eso, Señor Presidente, sé que traduzco en estas palabras la emoción de mi Patria, y soy un eco argentino, al decirlos que os estoy reconocido.

Señor:

Habéis puesto la primera piedra del monumento a San Martín; y con ello, habéis hablado a través del Continente, a la conciencia de mis conciudadanos, que os devuelven el gesto, entre los vitores con que Buenos-Aires aclama al Libertador en este instante, y cuyos ecos, tienen que ser para Venezuela, el símbolo de una amistad indestructible.



Puente Ayacucho, inaugurado en la mañana del 9 de diciembre de 1924.



#### XIV

### **Inauguración en el salón principal del Ministerio de Hacienda de los retratos de Bolívar, Sucre y Santos Michelena.—Discurso del Ministro doctor Melchor Centeno Graü.**

Inaugurado el Puente Ayacucho pasaron el General Gómez y su brillante séquito al Ministerio de Hacienda donde habían de inaugurarse los retratos de Bolívar y Sucre, y el de Don Santos Michelena, eminente estadista que echó las bases de la Hacienda Pública en Venezuela. Nada más justiciero, al presentar como ofrenda en el Centenario de Ayacucho la reorganización de la Hacienda Nacional y el crédito de que goza la República, que recordar la figura venerable de aquel eximio ciudadano, modelo de honradez, que prestó con noble desinterés sus servicios a la Patria, a raíz de la disolución de la Gran Colombia. Don Santos Michelena fué, no solamente un consumado financista, sino un hábil negociador y un parlamentario descollante. Tocó al Gobierno del General Gómez la honra de rendir tributo a su memoria, paradigma de virtudes ciudadanas.

El señor Ministro de Hacienda, doctor Centeno Graü, recibió al Primer Magistrado de la Nación en compañía de los altos empleados del Despacho a su cargo. Tuvo el acto inaugural de los retratos mencionados la sencillez de las cosas que se imponen a la admiración por el símbolo viviente que representan. El veredicto de la historia encontraba su debido acatamiento, al descorrerse el velo que cubría a los tres retratos, obras del pintor Pablo W. Hernández.

El discurso pronunciado por el doctor Centeno Graü fué una síntesis elocuente de los esfuerzos de Venezuela por organizar sus finanzas bajo bases durables y del papel importantísimo que en la historia de la actual reorganización de la Hacienda tocará al nombre del General Gómez, como uno de los más eminentes benefactores de la patria.

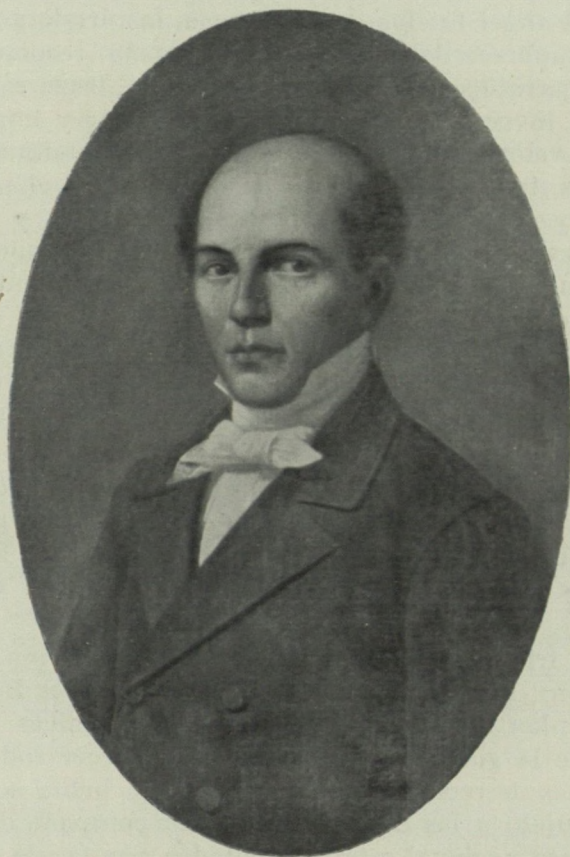
Terminada la notable pieza oratoria del doctor Centeno Graü, se sirvió una copa de champaña y se puso en circulación el libro "Bosquejo Histórico de la Vida Fiscal de Venezuela", importante publicación llamada por su plan científico y el método usado en su exposición, a obtener un gran éxito, no solamente en Venezuela sino en todos los centros del Exterior que se ocupan de materia tan trascendente y de actualidad.



DISCURSO DEL DOCTOR MELCHOR CENTENO GRAÜ, MINISTRO DE HACIENDA.

*Señor Presidente Constitucional de la República, Honorables colegas, Honorable Cuerpo Diplomático, señores:*

Venimos, plenos de respeto y admiración a rendir nuestro homenaje en esta fecha inmortal al Padre y Libertador de cinco naciones soberanas, libres e independientes al brote de su Genio incomparable, las cuales unidas por los mismos lazos de confraternidad americana celebran en este día glorioso con entusiasmo y elación patrióticos el Centenario de la Batalla de Ayacucho.



Santos Michelena.

(Retrato por P. W. Hernández).

La sombra augusta de nuestro Libertador en este día, como en ningún otro, proyecta su nimbo de gloria desde las riberas del Orinoco y las cumbres andinas hasta las más apartadas regiones del Plata, para que dentro de ella, unidos todos los pueblos por él libertados entonen con robusta voz, con épica grandeza los cantos de la América libre en su más grande apoteosis.

La Batalla de Ayacucho tiene una significación tan trascendental en la libertad de los pueblos suramericanos, que sin ella la obra grandiosa de nuestros libertadores, levantada a costa de dolorosos sacrificios, de hazañas heroicas



y de acciones mitológicas hubiera peligrado. Boyacá, Carabobo, Pichincha y Junín son hechos gloriosos que inspiran los cantos sublimes de la epopeya redentora; pero “Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y semejante al Chimborazo levanta su cabeza erguida sobre todos”.

Esta batalla es el final de otras libradas en cien días de marcha hacia el campo inmortal, al frente del enemigo, en líneas paralelas como dos sierpes de fuego, símbolos de muerte y exterminio, que se agitan, se estrechan, se agigantan, se acosan, se acuchillan por entre áridas cimas, entre riscos casi infranqueables, gargantas, torrentes y desfiladeros; rodeados de calamidades; casi envueltos en Corpahuaico, cercados en El Pampa; y resuelto a definir la suerte de la América, Sucre, como el ángel tutelar de la victoria, inspirado por Dios, concibe una idea salvadora: desaparece de su tienda de campaña, recorre febril y acelerado el camino que lo separa de Ayacucho; llega, estudia, traza rápido el campo para el duelo final, y allí, invocando el Genio del Libertador y ungido con el óleo sagrado de los Incas, veloz como el vuelo de las águilas andinas, regresa al lado de sus heroicas huestes, trayendo en su mente de estrategia el plan definitivo de la batalla. Después, ya lo sabéis: el choque desesperado y sangriento de dos ejércitos acostumbrados a medir sus armas en los campos del honor y por el honor de sus banderas; el rápido y arrollador movimiento de nuestros héroes; el holocausto de la vida en aras de la libertad; la voz de mando de Sucre que impele a Córdoba, gallardo e intrépido, a coronar la cumbre, clave de la batalla; y por último, en esta hora suprema, hace precisamente un siglo, las dianas más sonoras y vibrantes de la victoria anunciando al mundo el triunfo final y con él la libertad de América.

Luego, señores, el tratado de paz donde puso Sucre toda la grandeza de su alma generosa, derramando sobre el vencido el bálsamo de piedad y del olvido, porque hermanos fueron también casi todos los que en las filas contrarias combatieron las huestes patrióticas en la gran contienda civil de nuestra emancipación.

Realizado el triunfo quedaba planteado el problema bastante arduo de nuestra organización. Las bases habían sido echadas por Bolívar en Angostura cuando expuso su plan de reformas políticas, económicas y administrativas. Pero la vorágine de la guerra había hecho desaparecer todos los gérmenes de vida, todos los planes de reorganización, porque no había sobre qué fundar un gobierno estable, sujeto a las condiciones de una campaña de catorce años, pues las fuentes de riqueza nacional estaban agotadas por la ola candente de las calamidades públicas.

Y después de Ayacucho, la agrupación de naciones que formaron la Gran Colombia, empujadas por intereses de partidos políticos o por necesidades internas, trajeron como consecuencia la disolución de la gran obra del Libertador; y formando Estados independientes se dieron a la labor de organizar sus gobiernos propios de acuerdo con su posición geográfica, con los caracteres peculiares de su raza, con el prestigio de sus héroes y con las necesidades de cada Nación.

De 1824 a 1830 todo se fué en ensayos y proyectos efímeros, que fracasaron en su mayor parte porque faltaba la cohesión de las masas pobladoras, agitadas por ideas de partidos, honradas unas, perturbadoras otras, que salían del



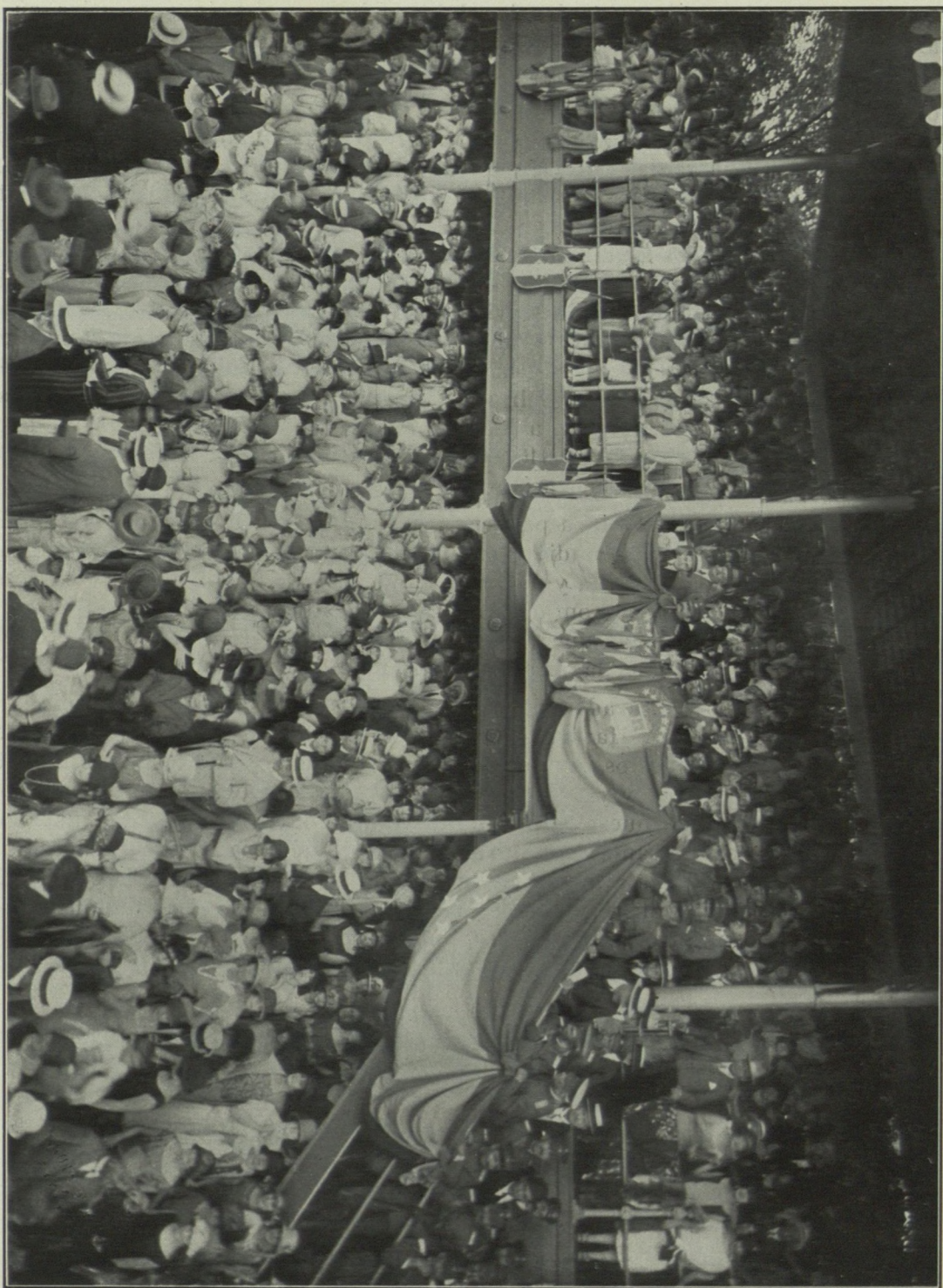
cerebro de hombres que no tenían las dotes y la experiencia necesarias en el arte de gobernar pueblos.

Muchos pusieron su talento y su saber en la obra de reconstrucción nacional. Entre ellos descuella el eminente estadista y diplomático Don Santos Michelena, quien ya se había iniciado en 1826 como financista de nota y que en 1830 echó las bases de la Hacienda Pública como Ministro del ramo; reformando el plan rentístico de la Colonia por medio de una administración metódica, económica y financiera, formó los primeros presupuestos de gastos, centralizó cuanto pudo los ingresos del exhausto tesoro, y sometió a números todo lo que hasta esa época había sido el ensayo de unos pocos y el fracaso de la Hacienda Nacional. En 1833 como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante las Repúblicas de Colombia y Ecuador celebró tratados de conveniencias recíprocas y arregló y dividió la deuda de la Gran Colombia, que repartió entre las tres naciones. Fué Ministro de Hacienda en varias ocasiones; y su saber y su experiencia lo llevaron a la Vicepresidencia de la República; y figuró más tarde en las elecciones de 1846 a 1847 como candidato a la Presidencia, pero el éxito no coronó las aspiraciones de sus admiradores.

La anarquía, como hidra pavorosa, difundió por lustros en contiendas fratricidas, en intereses de caudillos salidos de la gran guerra o formados en los nuevos campamentos, la ruina y devastación de nuestro patrio suelo. Se necesitaba una mano poderosa y honrada que pusiera sello al desorden y enfrenara la anarquía. Y la Providencia que vela sobre los pueblos os acogió a vos, ciudadano General, para realizar la obra de la Rehabilitación Nacional.

Vuestro sano y honrado criterio fundó sobre bases sólidas la administración pública, organizó la Hacienda por medio de métodos científicos y modernos para que los impuestos, sin ser gravosos para nadie, fueran fuente inagotable de nuestro progreso; y ya véis cómo tenemos unas Rentas pingües, un tesoro saneado repleto de oro nuestro, un crédito ilimitado entre todas las naciones, aún entre aquellas que antes nos miraban con desdén; la deuda pública, que otros formaron, reducida a menos de la mitad; en una palabra, habéis hecho obra grande, digna y sólida, y podéis alzar muy en alto vuestra frente honrada ante la efigie de nuestros Libertadores, ante la posteridad y ante la historia.





Aspecto de las tribunas del Hipódromo durante los ejercicios escolares de gimnasia militar.



**Ejercicios de gimnasia militar en el Hipódromo Nacional practicados por los alumnos de las Escuelas y Colegios de Caracas.—Honores al Presidente de la República.**

Aspecto verdaderamente deslumbrador ofrecía el Hipódromo Nacional la tarde del día nueve, con motivo de los ejercicios de gimnasia escolar y juegos atléticos organizados como número especial de los festejos del día. Todas las Escuelas y los Colegios públicos de Caracas ofrecieron su concurso en este acto, revelador del interés del General Gómez por la educación del niño a base de su desarrollo físico y mental, para formar así hombres útiles a la sociedad, de acuerdo con las prácticas pedagógicas más modernas y avanzadas. Nunca quizás se vió más concurrido el Hipódromo, y era un espectáculo del mayor interés el que ofrecía la multitud escolar, correctamente formada en el campo, en espera de dar cumplimiento al programa, elaborado por el coronel Carlos Sánchez, Inspector Técnico de Educación Física, quien organizó el festival.

El Benemérito Presidente de la República, General Juan Vicente Gómez, el Vicepresidente, General José Vicente Gómez, los Ministros del Despacho, el Gobernador del Distrito Federal y otros funcionarios públicos, los miembros del Cuerpo Diplomático, y una extraordinaria representación de la sociedad de Caracas, prestigiaban con su presencia el acto.

Todos los números del programa se llevaron a efecto lucidamente, en medio del júbilo de la multitud desbordante que inundaba todas las dependencias del Hipódromo.

El Batallón Escolar descolló en los ejercicios gimnásticos de conjunto, en la Gimnasia con Armas, en los Saltos y en las Carreras.

La Escuela de Artes y Oficios trabajó lucidamente en las Barras Paralelas y los Institutos "Zamora", "Miranda", "Fermín Toro", "Andrés Bello", "Granado", "San Ignacio", "San Agustín", "La Salle", "San Pablo", "Normal", "Sucre" y Artes y Oficios, en los números del Nudo de Guerra y las Pirámides Humanas.

En los números de salto alto y salto largo, descollaron además de los Institutos nombrados, la Universidad Central, el Liceo Caracas, la Escuela Normal de Hombres y la Escuela de Comercio y Lenguas Vivas.



La Carrera en Sacos, en la cual tomaron también parte varios de los Institutos mencionados, y las Escuelas Normal de Hombres y “Manuel María Echeandía”, tuvo admirable resultado.

La carrera extraordinaria “Premio Presidente de la República”, de 1.200 metros, entre deportistas en general, constituyó sin duda el número más interesante del Programa. Para terminar se efectuó el desfile de honor ante el Presidente de la República. Finalizado éste entre los aplausos de la concurrencia, el General Gómez y su comitiva se despidieron saludados por los acordes del Himno Nacional, dirigiéndose el General Gómez de paseo por las avenidas del Paraíso, animadas de manera excepcional por un desfile tan notable como inusitado.

He aquí el resultado del campeonato inter-escolar:

|                         |   |                              |   |
|-------------------------|---|------------------------------|---|
| Salto alto con impulso  | 1er. premio: Juan Francisco Stolk.<br>2º premio: Alberto Vilachá. | 1.50 m.<br>1,48 m.           | Liceo de Caracas.<br>Instituto San Pablo.     |
| Salto largo con impulso | 1er. premio: Jesús Lavié.<br>2º premio: R. García Arocha.         | 21 pies<br>20 pies.          | Liceo de Caracas.<br>Universidad Central.     |
| Salto de garrocha       | 1er. premio: R. García Arocha.<br>2º premio: José A. López.       | 2,50 m.<br>2,30 m.           | Universidad Central.<br>E. Normal de Hombres. |
| Carrera de 100 metros   | 1er. premio: Fco. Flamerich.<br>2º premio: Alfredo Yanes.         | 13 s.<br>. . . . .           | Universidad Central.<br>Liceo de Caracas.     |
| Carrera de 400 metros   | 1er. premio: Luis Martínez.<br>2º premio: Juan Fco. Stolk.        | 1 m. 2 s. 2/5.<br>. . . . .  | E. Normal de Hombres.<br>Liceo de Caracas.    |
| Carrera de 1.100 metros | 1er. premio: Rafael Vetancourt.<br>2º premio: Víctor Lara.        | 3 m. 44 s. 1/5.<br>. . . . . | Universidad Central.<br>Liceo de Caracas.     |

Carrera extraordinaria de 1.200 metros. — “Premio Presidente de la República”, entre deportistas en General. — Ganador: José Antonio Gil. — 3 m. 59 s. 1/5.



Otro aspecto del Hipódromo durante los ejercicios escolares de gimnasia militar.



## XVI

### Sesión solemne del Ilustre Concejo Municipal de Caracas.—Discursos del Presidente y del Concejal señor Delfín Aurelio Aguilera.

A las cuatro de la tarde del nueve el Ilustre Concejo Municipal de Caracas se asoció a las festividades del día celebrando sesión pública y solemne en homenaje a la gloria excelsa del vencedor en Ayacucho. Las tradiciones del Ayuntamiento capitalino encontraron así expresión adecuada y gesto enaltecedor. En el acto, presenciado por selecta y numerosa concurrencia, habló el Presidente, doctor Víctor M. Rada y el Concejal señor Delfín Aurelio Aguilera, quienes expresaron en frases elocuentes la significación trascendental de Ayacucho en los destinos políticos de la América, y tuvieron justicieros conceptos para la obra de paz, progreso y de concordia realizada en Venezuela por el Benemérito Jefe del país, General Juan Vicente Gómez.

---

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA MUNICIPALIDAD, DOCTOR VÍCTOR M. RADA.

*Ciudadanos Concejales:*

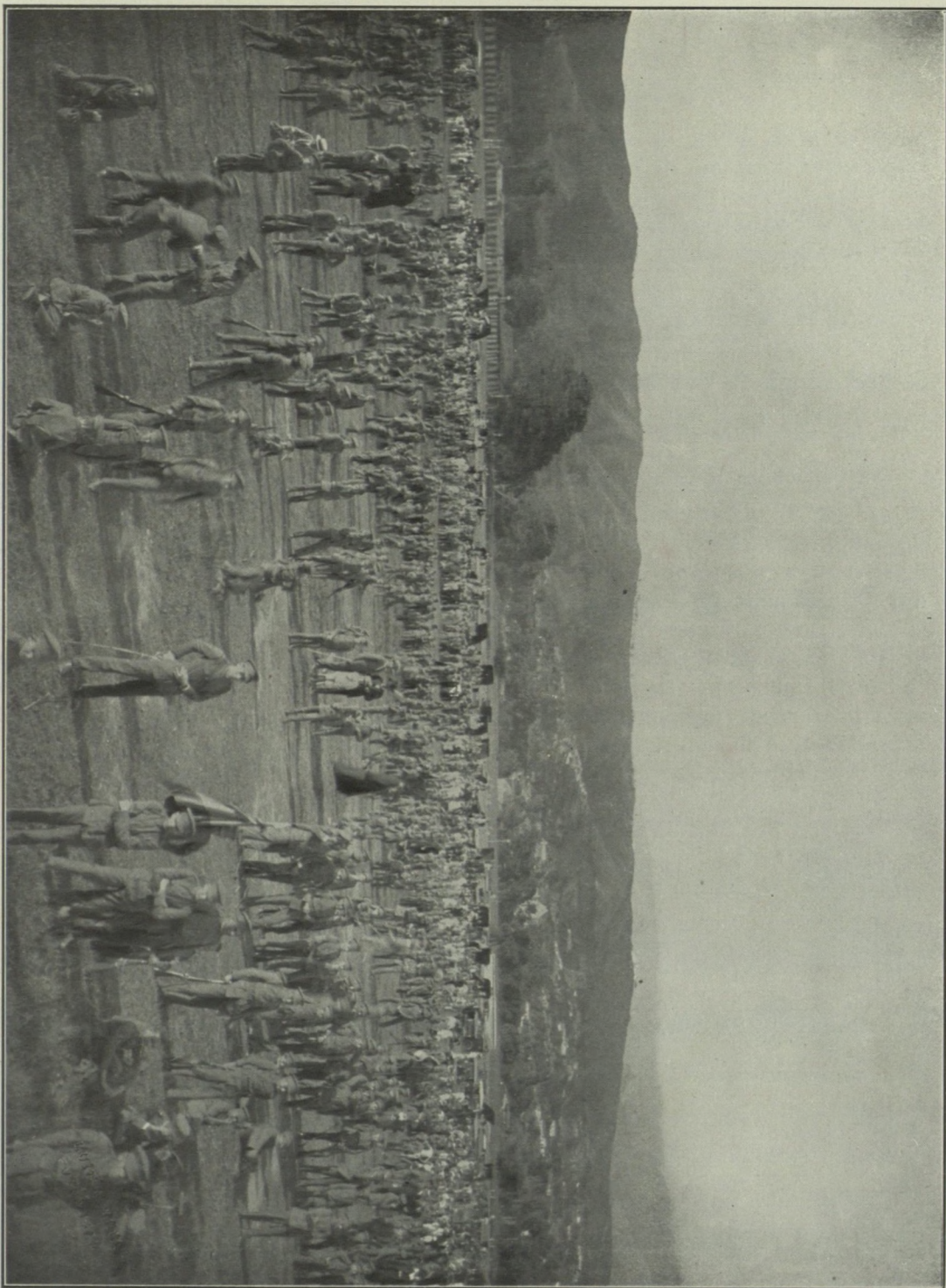
*Señores:*

Desde las heladas aguas del mar de Behring hasta donde hinca su afilado diente el Cabo de Hornos en los mares del Sur, la América está de júbilo; júbilo que hoy trasciende como un vivo clamor de hijos, a través del Atlántico, hasta la madre y gloriosa España. ¿Qué acontecimiento insólito llena de tanto alborozo a los descendientes de los conquistadores y de los aborígenes? Se celebran los epinicios de la América triunfante en las faldas del Condorcunca y en la altiplanicie de Ayacucho!

¿Quiénes son los héroes? ¿Quiénes los vencedores? ¿Quiénes los vencidos?

El jefe de los héroes es un inclito descendiente de la recia hispana casa de los Bolívar, el mismo que jura en el Monte Sacro, que delira en Casacoima, que formula en el Congreso de Angostura la más alta concepción de los principios conque ha de libertar pueblos y fundar naciones y que de Pantano de Var-





Ejercicios escolares de gimnasia militar.



gas a Boyacá, de Boyacá a Carabobo y a Pichincha y a Junín, describe una inmensa parábola de triunfo, de los cuales es corolario obligado la inmortal jornada de Ayacucho, rendida por el más ilustre y joven de sus Capitanes; adivinado éste por el preclaro genio del Libertador, cuando apenas empezaba a dar los primeros brotes en la primavera de su vida, para ser el Gran Mariscal de Ayacucho y Libertador del Perú!

Si Bolívar es un sol que con sus rayos fulgurantes eclipsa la luz de los otros soles que pudieran surgir en el cielo de América, apenas hay uno que recibe la luz de él, que imita sus virtudes, su valor y su constancia, con una mente altísima para interpretar al genio de Colombia y realizar a cabalidad el epílogo de las jornadas de Pichincha y de Junín; éste es el Gran Mariscal Antonio José de Sucre, el único vencedor en Ayacucho.

Los vencidos, ¡ay!, son nuestros hermanos, los españoles criollos y el conglomerado de las razas mestizas, guiadas por heroicos Capitanes peninsulares. Error de la época, que no pudo comprender que los descendientes de los conquistadores habían alcanzado la edad de la emancipación y tenían la misma sangre bravia de los defensores de Zaragoza y San Marcial, y que el ideal propalado y defendido por los americanos era alto y trascendental, como que correspondía a la gran revolución que ardía en el cerebro de nuestro Libertador, para romper las cadenas de la esclavitud, acabar con la clase de los siervos, extinguir las privilegiadas y suprimir los títulos nobiliarios, fundiendo en un mismo crisol todas las castas, todas las clases, todos los órdenes, para sacar de él al hombre redimido de todas sus culpas de origen, al hombre ideal, al hombre que pudiera exclamar a la faz del Universo: ¡Yo soy hijo de Colombia, de Colombia la Grande, la creada por Bolívar, el más alto de los exponentes de la intelectualidad del mundo y el que mejor ha sabido interpretar la doctrina del divino Jesús!....

Las Comunas de toda la América hispana, celebran alborozadas esta efemérides gloriosa, pues que ella representa el verdadero triunfo de la democracia, y es por esto que la Municipalidad de Caracas se apresura a rendir hoy este homenaje, como tributo de justicia, a Bolívar incomparable y a Sucre sin mácula. ¡Gloria al Libertador de la Gran Colombia! ¡Gloria al Gran Mariscal de Ayacucho!

*Ciudadanos Concejales:*

*Señores:*

El orador de orden de esta fiesta, con la facultad didáctica que la Providencia le ha concedido, os hará comprender la importancia y trascendencia de la jornada de Ayacucho y os dirá también cómo jubilosamente se celebra en toda la extensión de la República, bajo el amplio palio de la paz firme y fecunda que ha establecido y sostiene el General Juan Vicente Gómez, quien por sus condiciones de eximio patriota, vive y vivirá como Washington: en el corazón de todos sus conciudadanos!

Declaro abierto el acto solemne.



DISCURSO DEL CONCEJAL SEÑOR DELFÍN A. AGUILERA.

*Señores:*

No podría explicar cómo saco ánimo de flaqueza para el intento de desempeñar un encargo tan superior a mis fuerzas.

Me valdré de la magnitud misma del asunto para ampararme en ella, y pedirlos, señores, que, olvidados del orador; llevados, no por mi palabra, sino por la fulgente luz de una de las fechas gloriosas que con más grato imperio nos recuerdan lo que de amor y veneración debemos a los Libertadores, eleveis el pensamiento hasta el valor moral de la vida histórica de aquel que hizo de Ayacucho un sagrado campo de cita para la confraternidad americana, y una sinonimia inmortal para su nombre.

¿Qué pudiera decirles mi pobre palabra? Os es familiar el conocimiento de la vida del guerrero, del legislador, del diplomata, del ciudadano y del hombre de bien.

Este conocimiento, que determina unánime admiración por el Héroe que el 9 de diciembre de 1824 aseguró para la Libertad, para la Democracia y para la República la mayor extensión territorial cuya suerte se haya jugado en el azar de una batalla, nos lleva por una fácil y natural asociación de ideas hacia el hombre que el 19 de diciembre de 1908 abrió para nuestra Patria la magna época de paz, de trabajo y de progreso que le permite celebrar con toda magnificencia el primer centenario de la batalla inmortal. O en otros términos, señores; el Hombre de Estado que hoy gobierna los destinos nacionales, ocupa digna y brillantemente el primer puesto, en esta apoteosis en que la Patria, enriquecida por el trabajo de sus hijos y por las previsiones de una administración fecunda, se ufana en la gloria de uno de sus esclarecidos de más alto renombre. La independencia económica consolida la independencia política.

Sucre, como el Libertador, también es único. En el desfile de nuestros inmortales, cual si los viésemos revistados por Bolívar, cuando pasa Sucre, se siente acrecer no se sabe qué emoción inefable, por la cual se mezclan en el ánimo, la admiración por una grande gloria, la devoción por una superior virtud, y la ternura de la compasión por una muerte que nos duele en lo más hondo.

Veinte años de servicios le dieron notoriedad excepcional entre los guerreros más ilustres. Conciliador, cortés, activo, audaz, en concepto del Libertador con su presencia lo hace todo en los momentos difíciles. Las dificultades eran estímulo a su genio. Nada que lo impulsase a un procedimiento contrario a sus principios de leal republicano. Nada era bastante alterar su carácter generoso ni su espíritu de justicia. De aquí el alto valor moral de su vida.

En aquel gran soldado, tan prudente y sagaz en el consejo como hombre de política; tan sublime y tan profundo para concebir y ejecutar un plan de campaña, como maestro en la ciencia y en el arte de la guerra, había, señores, un conspicuo repúblico.



De aquí también, señores, que aparte de las múltiples consideraciones que en el Continente Americano determinan la celebración del Centenario de Ayacucho, el Poder Municipal tenga un especial motivo para exultar en el Héroe al ciudadano de conducta ejemplar que en tantas ocasiones dió pruebas inequívocas de su adhesión a los principios, de su respeto a las leyes, de su amor al pueblo y de su acatamiento a los fueros del Municipio.

No hay ciudad de aquellas en que bajo sus órdenes entren las tropas republicanas, donde sus relaciones con las autoridades municipales no revelen la pureza de sus ideales y la elevación de su alma.

De los presentes que le ofrendan, en recuerdo de sus servicios, el que tiene en especial estima lo envía a la Municipalidad de su ciudad nativa, la cual recibe también una de las banderas que fueron trofeos de la victoria de su hijo esclarecido. Para el Libertador, que interpretándole destina el obsequio a la Municipalidad de Caracas, tiene el estandarte de Pizarro. Ved, señores, cómo los homenajes de su cariño, en ocasiones significativas, van a dos predilecciones de su corazón.

La autoridad moral que le daban sus ideas, su conducta pública y privada, su capacidad y su sólida instrucción, su ascendiente en el Ejército, su adhesión rayana en devoción religiosa para el Libertador, su rutilante gloria militar y sus virtudes cívicas, lo destacaban para 1830 como el centro natural de unidad entre los fieles a la Gran Colombia que, desolados, presentían próxima la muerte del Padre de la Patria. Joven, de salud robusta, de notable parecido físico con Bolívar, lo que era en él una seducción más para los veteranos de las legiones prontas a mantener la integridad de la gran patria colombiana, el partido separatista lo temía más que al Libertador muribundo.

El 1º de julio a las nueve de la noche supo Bolívar la horrenda iniquidad consumada en Berruecos. Testigos presenciales han pormenorizado cómo dándose una palmada en la frente, exclamó: Mataron al Abel de Colombia! Guardó silencio largo rato, y después de informarse de lo que del crimen se sabía, suplicó a sus amigos que lo dejaran solo. Paseándose estuvo hasta muy avanzada la noche por el patio del pequeño bohío que habitaba, triste, casi solo, en espera del barco que debía alejarlo de la porción del mundo libertada por su genio. Levantándose de madrugada continuó sus paseos con la mayor agitación. El rocío de la noche y la brisa destemplada de la mañana le produjeron la fuerte tos y la fiebre lenta que no le abandonaron más, y el mismo día y a la misma hora en que 11 años antes había creado a Colombia, murió, como manifestó desearlo, rodeado de sus compañeros y amigos, como fiel cristiano, asistido de sacerdotes católicos y con el Crucifijo entre las manos. La muerte de Sucre aceleró su fin; se llevó la última esperanza de la Gran Colombia en aquellos días aciagos, y le arrebató a Venezuela la invaluable fortuna de que gobernara el primero sus destinos, después de la tripartición de Colombia, el hombre de Ayacucho.

Bolívar!.... Sucre!.... Gran Colombia!.... Hombres inmortales, ideas grandiosas, como propias del genio que las recibió de Dios; morir no es la expresión adecuada cuando se trata de lo que está por encima del tiempo y del olvido.



Ni Bolívar ni Sucre han muerto! No han muerto ni aún los anónimos que regaron con su sangre y abonaron con sus huesos esos campos, que como son tantos y fatigaría el nombrarlos sin omisión, se suman por brevedad en Carabobo, Junín y Ayacucho. No ha muerto la Gran Colombia. Ha dilatado sus fronteras espirituales. Si antes la formaron tres pueblos, hoy es una familia de naciones la que se siente soberana en la heredad deslindada en Ayacucho. Allí, presididos por Sucre, y como por anticipo de confraternidad y de solidaridad para lo futuro, hubo hace un siglo guerreros de muchas de las porciones geográficas de América. Trasladaos con el pensamiento allá, y veréis cuántos pueblos hermanos, cuántas naciones amigas se han dado cita en este momento en aquel campo de gloria.





## XVII

### **Inauguración del busto de Cervantes en la Plaza España.—Discursos del Ministro de España y del Doctor Eloy G. González**

El primero de los actos oficiales del día diez fué de hermosa trascendencia para los sentimientos de solidaridad y los vínculos raciales que unen a España con América. Se glorificó en él a la cumbre más alta del espíritu hispano, al príncipe de los ingenios españoles, quien nos dejó una perenne lección de la vida, una flor de inmortal ironía, en una palabra, la epopeya de Alonso Quijano o sea la de la gran nación española.

El Benemérito señor General J. V. Gómez, Presidente Constitucional de la República, presidió las ceremonias acompañado del señor General José V. Gómez, Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército, los Ministros del Despacho Ejecutivo y el Cuerpo Diplomático. Asistieron también otros funcionarios nacionales y municipales, representaciones universitarias y distinguidas personalidades del mundo social y literario.

El señor doctor Eloy G. González escaló la tribuna. Su palabra dijo cuanto había que expresar en ese momento sobre Cervantes, la Patria, la raza, los Libertadores y sobre el ilustre Magistrado a quien ha tocado el honor de presidir los tres más culminantes centenarios de las victorias de la Independencia.

Luego ocupó la tribuna el Excelentísimo señor Ministro de España, Don Angel de Ranero y Rivas, quien agradeció en palabras elocuentes el homenaje tributado a Miguel de Cervantes, de cuya vida, llena de sinsabores y peripecias trazó un esbozo rápido, haciendo surgir ante la admiración de la concurrencia la figura pensativa del Manco inmortal en el momento en que legó a su patria y al mundo el poema doloroso de su raza; figura de rasgos inconfundibles, tal como aparece en el retrato de Jáuregui que guarda celosamente la Real Academia Española.

La Academia Venezolana de la Lengua Correspondiente de la Real Española colocó ante el monumento una corona de inmortales, en cumplimiento del Acuerdo que aprobara por unanimidad.

El busto del autor del Quijote, elevado en la Plaza España, será perdurable testimonio de admiración y amor de Venezuela a la Madre Patria y vínculo fuerte de inmarcesibles tradiciones.



DISCURSO DEL DOCTOR ELOY G. GONZÁLEZ.

*Ciudadano Presidente Constitucional de la República:*

*Excelentísimo señor Ministro de España:*

*Señores:*

*Señoras:*

Discípulo supliciado de la Vida, maestro en infortunios, Cervantes nos dejó a los hombres una fuerza espiritual invencible. En la miseria de su hogar, en la agonía del hambre, en el desamparo de las calles, de las plazas públicas y de los caminos, en las durezas de la guerra y de las cárceles, en las intrigas de los palacios, en la vida, en fin, aprendió cuán pasajeros y huecos son el dolor y la alegría del día corriente.

Comienza su libro con esa sencilla placidez infantil que recuerda los relatos pastoriles de Idumea: *Había en Hus, de los caldeos, un santo varón...*; pero, más piadoso que el Desilusionado bíblico no enseña que todo es vanidad de vanidades, sino que muestra que basta el Ideal para bendecir todo vacío; y su libro, epopeya del espíritu de nuestra raza, aparece así como un brazo inflexible de justicia, alzado en las playas de un océano de melancolía.

*Señores:*

El Jefe ilustre que gobierna a Venezuela aparecerá, ante la futura mirada de la historia patria, honrando la epopeya de esa raza en la América, bajo las arcadas conmemorativas de tres centenarios, cuyos hechos tienen una trascendencia continental: el Centenario de la Declaración de Independencia, que pronunció la mayoría de las Colonias de España, reclamó el derecho de propio Gobierno, y legalizó la actitud armada: el Centenario de la Batalla de Carabobo, que permitió a las águilas de Venezuela recoger con sus garras irresistibles el trapo victorioso del tricolor republicano para ir prendiéndolo a las crestas del dorso del continente, como un paludamento imperativo de la Libertad, hasta formar con su tela sagrada el velarium del inmenso hogar de las futuras razas rehabilitadoras de la Humanidad; y el Centenario de Ayacucho, que significa la sanción definitiva del derecho de preeminencias de esa raza admirable y magnífica, que por la grandeza de su heroísmo, por la grandeza de sus victorias, por la grandeza de sus desastres, ostenta en la historia del mundo los más orgullosos blasones de la familia humana.

Esa posteridad, ajena a toda solicitud del momento y de los hombres, advertirá que el Benemérito señor General Gómez estuvo siempre atento a vincular su nombre y su acción eficaz a todas las ocasiones de honra y de gloria de nuestras efemérides; a la gloria del Descubrimiento, con la estatua a la Reina de la fe multipotente; a la reciedad de la Conquista con la estatua del bravo Capitán fundador de la futura cuna del Libertador; a la fecundidad útil y previsoras de la rígida Colonia con el monumento al Padre Mohedano; al pacto de holocausto que soldó en una hegemonía terrible y augusta al Virreinato de Santa Fe y a la Capitanía General de Venezuela, con el bronce al gallardo granadino de San





Busto de Cervantes en la Plaza España, inaugurado en la mañana del 10 de diciembre de 1924.

(Escultura de C. Alvarez García).

Mateo; a la alteza del heroísmo con el monumento a la victoria de Carabobo; a la integridad de la América combatiente, con el monumento al general San Martín; a la sanción irrevocable de la Independencia continental, con el monumento conmemorativo de Ayacucho; y, con este Busto de Cervantes cuyo monumento labra cada siglo la Humanidad a la perennidad de la raza portentosa que tuvo en él su Homero, y la que sobre el ultraje de las catástrofes y sobre las injurias de la adversidad, coloca la venganza cruel de un sarcasmo inmortal.

Con este culto constante por nuestras tradiciones de heroísmo, fijáis, señor, en los tiempos—entre otros títulos memorables — vuestra interesantísima figura histórica, mostrando con legítimo orgullo el dictado y las funciones de Caudillo y Magistrado de un pueblo que nació varón, de la fecundación leonina de los descubridores, de los conquistadores y de los libertadores. Y, si supo ayer, cuando fué necesario al destino de América, sacudir en Ayacucho los cimientos eternos de los Andes, sabe hoy enfilear sus energías por los caminos pacíficos del heroísmo, del trabajo, para rehacer su Patria, manteniendo así en vigor la empresa de su estirpe cervantina.



DISCURSO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MINISTRO DE ESPAÑA.

*Señores:*

Tres presencias que prestigian de respeto, de armonía y de gracia, reclaman de mi parte tres homenajes iniciales.

Sea el primero para vos, Excelentísimo señor Presidente de la República, que con la nota seria de austeridad que pide este acto, traéis la sanción tácita al ensueño ideal del alma hispanoamericana.

Sea el segundo para el Ejecutivo Federal que con su asistencia presencia la salutación de la sangre a la sangre a través de un océano que separa dos continentes y de un siglo de historia que separa dos hogares, que un tiempo fueron un solo hogar.

Y otro homenaje para la bella mujer venezolana que siempre se une en presencia o en espíritu a todo acto en que se hace labor intelectual, artística o de alta Patria.

*Señores:*

Como representante de España en Venezuela sólo tendría después de esto con alto honor que recoger, aplaudir y agradecer las galantes y hermosas frases que hace momentos y en Representación del Gobierno y pueblo venezolanos acaba de dirigir a la madre común, el culto Académico de la Historia y escritor brillante don Eloy González, a su vez paladín del acercamiento hispanoamericano como lo son todos sus conciudadanos y cuantos compatriotas míos disfrutaban aquí de la cariñosa hospitalidad que esta tierra hermana nos ofrece; pero permitidme haga aquí una mal expresada, pero breve alusión a la personalidad del ilustre don Miguel de Cervantes y Saavedra en cuyo honor nos reunimos. Cuentan de él que se acostó sin cenar la noche en que terminó su libro inmortal "Vida del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha", compuesto en su mayor parte en aquel lugar triste y frío en que el corazón desfallece y en que según palabras de este insigne soldado de Lepanto toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido tiene su habitación.

Ironía cruel de la Suerte, siempre esquiva al Príncipe de los Ingenios, que convida a meditar en el caprichoso reparto de los bienes de la fortuna. Cervantes, al soportar su mala ventura con ánimo fuerte y resignación filosófica, mostró ser hombre de factura superior y carácter de fino temple, y no sería raro que en sus tristezas y miserias pensara que algún día la justicia habría de llegar para él y que en un porvenir ilimitado reinaría, señor sin segundo, en el vasto campo de las letras.

Un hijo de hispanoamérica, Juan Montalvo, emite estos juicios, sobre Cervantes: dice que Cervantes fué astrólogo judicario: los secretos de los astros le eran conocidos, fue médico, poeta; fue teólogo: florezca en tiempo de los Santos Padres y el Obispo de Hipona no se llevara la palma; fue músico, fue cocinero, pues en la sociedad culinaria de Cleopatra hubiera sido Presidente a votos conformes; nadie mejor que él dice y dispone los raros pajarillos que gustan los



Tolomeos; fue sastre digno de un Imperio. Si Apolo hubiese usado jubón y herreruelo ¿a quién sino a Cervantes se dirigiría? Y pregunta Montalvo: ¿Qué otra cosa fue Cervantes? y yo respondo fue más todavía, fue un caballero, manifestación fiel del alma española en la plenitud de su grandeza y energía y uno de los más altos prestigios de la Raza; en efecto, si hay hombres que dan un sello a una época, o que son representantes caracterizados de una nacionalidad, los hay también que marcan el esplendor literario de un pueblo, de un continente, de una raza entera, y a estos hombres pertenece Cervantes, alrededor de cuyo nombre se ha hecho tanto ruido, se han verificado tantas investigaciones, se han ejercitado la crítica, la lingüística, la filosofía de modo tan intenso que en los anales literarios habrá necesidad de consagrar centenares de volúmenes para compilar siquiera la décima parte de lo que sobre él y su obra se ha escrito.

Hoy que a su recuerdo se inaugura este busto de mármol en esta Plaza que lleva el nombre de España, que le vió nacer y morir, yo os invito a guardar siempre con todo celo el recuerdo de varón tan preclaro, pues en la marcha a la conquista del porvenir, es necesario no echemos jamás en olvido el pasado ni rompamos los eslabones que unen vigorosamente nuestra raza, pues el espíritu nacional se conserva por el idioma, primero, por el culto del pasado, después; mantengámonos todos unidos dando brillo y prestigio a nuestro idioma y opongámonos a todo intento de falsearlo si no queremos que desaparezcan las Entidades Políticas de nuestra raza.

Yo aseguro a todos los aquí presentes, que los españoles nos sentimos altamente satisfechos y reconocidos al Excelentísimo señor Presidente de la República, a su digno Gobierno y a este culto pueblo de Venezuela, que sumándose a este homenaje consagra así una perenne confraternidad entre las naciones del Nuevo Mundo y la Madre Augusta, patria del Cid, de don Quijote y Sancho Panza, confraternidad proclamada con derroche de generosidad en aquellos versos del Poeta español José María Gutiérrez:

La Gloria de Ayacucho es gloria mía,  
como es tuya la Gloria de Lepanto y Pavia.

Manco sublime, caballero noble y altivo, Profesor de energía en sueños y de realidades, que mi humilde homenaje te sea grato.

He dicho.



## XVIII

**En la Escuela Militar.—Inauguración del busto de Artigas.—Homenaje al glorioso libertador uruguayo.—Discurso del Doctor Garbiras.—Revista de instrucción práctica.**

Brillante resultó el acto de la inauguración del busto de Artigas en la Escuela Militar.

A las 9 a. m. el Director del Instituto, señor coronel Elías Sayago, y la oficialidad recibieron al Ministro de Guerra, rindiéndole honores la compañía de cadetes en traje de gala.

El edificio de la Escuela Militar estaba decorado con los colores nacionales, ostentando en los muros el escudo de la República y las iniciales del Libertador.

A las 9,30 el Ministro de Guerra, rodeado de los Directores y otros altos empleados del Despacho y del personal directivo de la Escuela Militar, recibió al señor General Gómez, quien pasó con su comitiva al gran patio de la Escuela, recibiendo los honores correspondientes a su rango. Acompañaban al Supremo Magistrado el señor Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército, los Ministros del Despacho, el Gobernador del Distrito Federal, otros altos funcionarios, Cuerpo Diplomático y numerosa y selecta concurrencia.

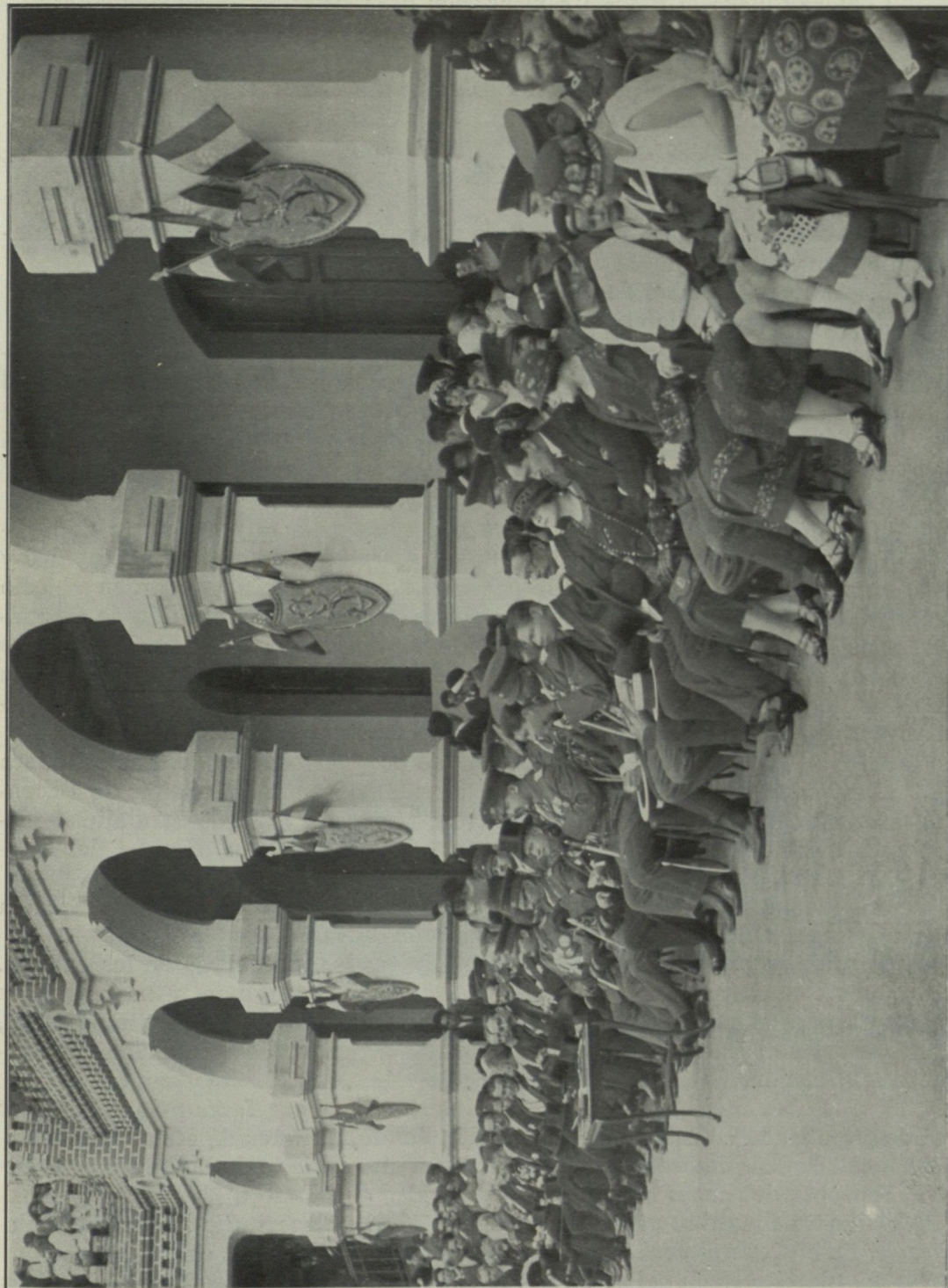
Una vez que el Presidente de la República y su comitiva ocuparon sus puestos, el Director de la Escuela descubrió el busto de Artigas ofrendado por la Escuela Naval de aquel país hermano.

Los Cadetes presentaron las armas. La Banda Marcial tocó el Himno Nacional.

Seguidamente el doctor Isaías Garbiras, Director en el Ministerio de Guerra, fué conducido a la tribuna y allí pronunció un elocuente discurso en el cual exaltó la gloria del libertador uruguayo y la obra del General Gómez, quien rinde siempre culto ferviente a la gloria de los fundadores de la Patria.

El doctor Garbiras fué ruidosamente aplaudido. La Banda Marcial tocó el himno uruguayo.





El Presidente y el Vicepresidente de la República, los Ministros del Despacho Ejecutivo y la Comitiva Oficial en la inauguración del Busto de Artigas en la Escuela Militar.



Comenzó luego la Revista e inspección práctica en el orden siguiente:

- 5 minutos. Parte y cambio de uniforme.
- “ “ Gimnasia sin armas.
- “ “ Giros a pie firme y sobre la marcha.
- “ “ Gimnasia con armas.
- “ “ Fuegos.
- “ “ Cambios de formación.
- “ “ Manejo de armas.
- “ “ Montaje y desmontaje de las piezas de artillería por los alumnos de tercer y cuarto año de artillería.
- 5 minutos. Cambio de uniforme.
- “ “ Desfile en columnas de honor por pelotones.

Terminados los ejercicios el señor General José Vicente Gómez distribuyó los diplomas a los alumnos del Curso Militar e hizo entrega del premio anual al estudiante Rodríguez Landaeta, quien obtuvo la más alta calificación.

Luego el curso formado por el Director de la Escuela prestó el juramento militar.

Los cadetes entonaron el “Gloria al Bravo Pueblo”.

El señor General Gómez y su séquito pasaron a la parte norte del Edificio donde presenciaron el tiro de artillería para batir blanco de 1.000, 2.200 y 3.500 metros. Desde el mismo sitio presenciaron el ejercicio de orden abierto que la compañía ejecutó en las colinas del Oeste. Luego, en el salón de Gimnasia, los cadetes ejecutaron diversos movimientos en los aparatos. En los terrenos adyacentes a la Escuela el Director mostró al señor Presidente y a los demás circunstantes las obras de fortificación ejecutadas por los alumnos del Curso Militar y en seguida comenzaron los ejercicios de tiros al blanco, así:

Tiro de fusil contra blanco circular de 300 metros; tiro de ametralladora contra blanco circular de 400 metros. La concurrencia pasó al Salón de Recepciones donde fué espléndidamente obsequiada. El acto fué de cordialidad hispanoamericana en que el Gobierno de Venezuela y los futuros oficiales del Ejército Nacional rindieron homenaje a la gran patria de Artigas y Rodó.

La concurrencia pudo admirar la disciplina de los alumnos de la Escuela Militar y su gallardía y la precisión en los armamentos.

El público premió con aplausos entusiastas las maniobras de los cadetes. Esos actos constituyeron números sobresalientes del programa, y nada es más halagador para el patriotismo que el progreso de nuestro primer Instituto Militar, donde se forman jóvenes actividades llamadas a prestar decorosamente sus servicios a la nación.

En la obra múltiple del General Gómez, una de sus facetas más valiosas es la labor realizada en las armas nacionales, donde militares de escuela, de conocimientos técnicos indiscutibles, llenos de un alto espíritu disciplinario y de elevado concepto del honor y del deber, responden con éxito a los nobles propósitos del ilustre Caudillo, quien tiene en esa labor un meritorio y eficiente colaborador en el General José Vicente Gómez, Inspector General del Ejército.

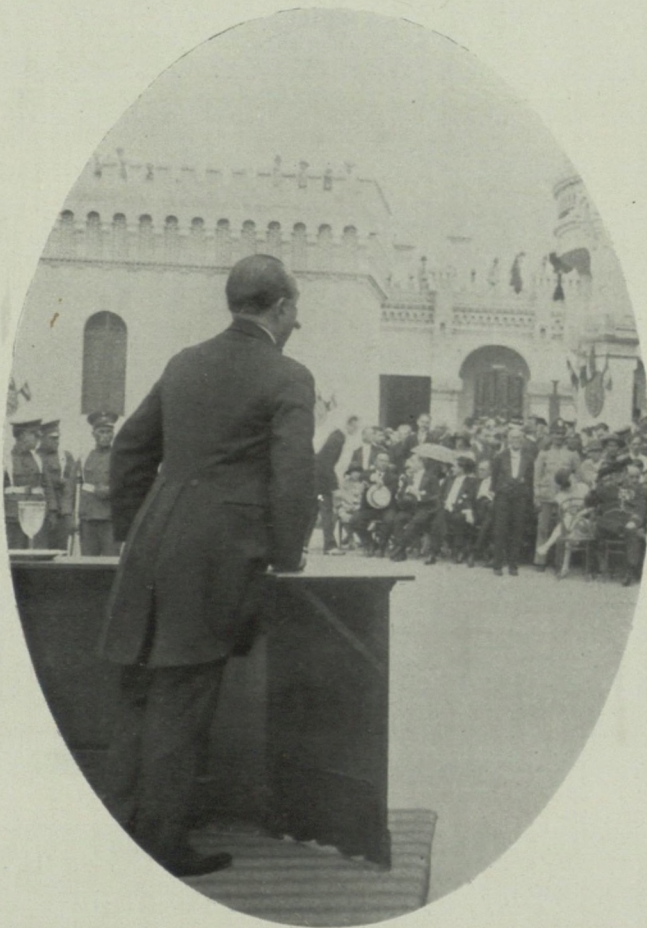
El Ejército Nacional se ha hecho así digno de sus antecedentes históricos, constituyendo un organismo de notoria eficiencia en los avances culturales y progresistas del pueblo venezolano.



DISCURSO DEL DOCTOR ISAÍAS GARBIRAS.

*Ciudadano Presidente Constitucional de la República; ciudadano Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército; ciudadanos Ministros del Despacho; señoras, señores:*

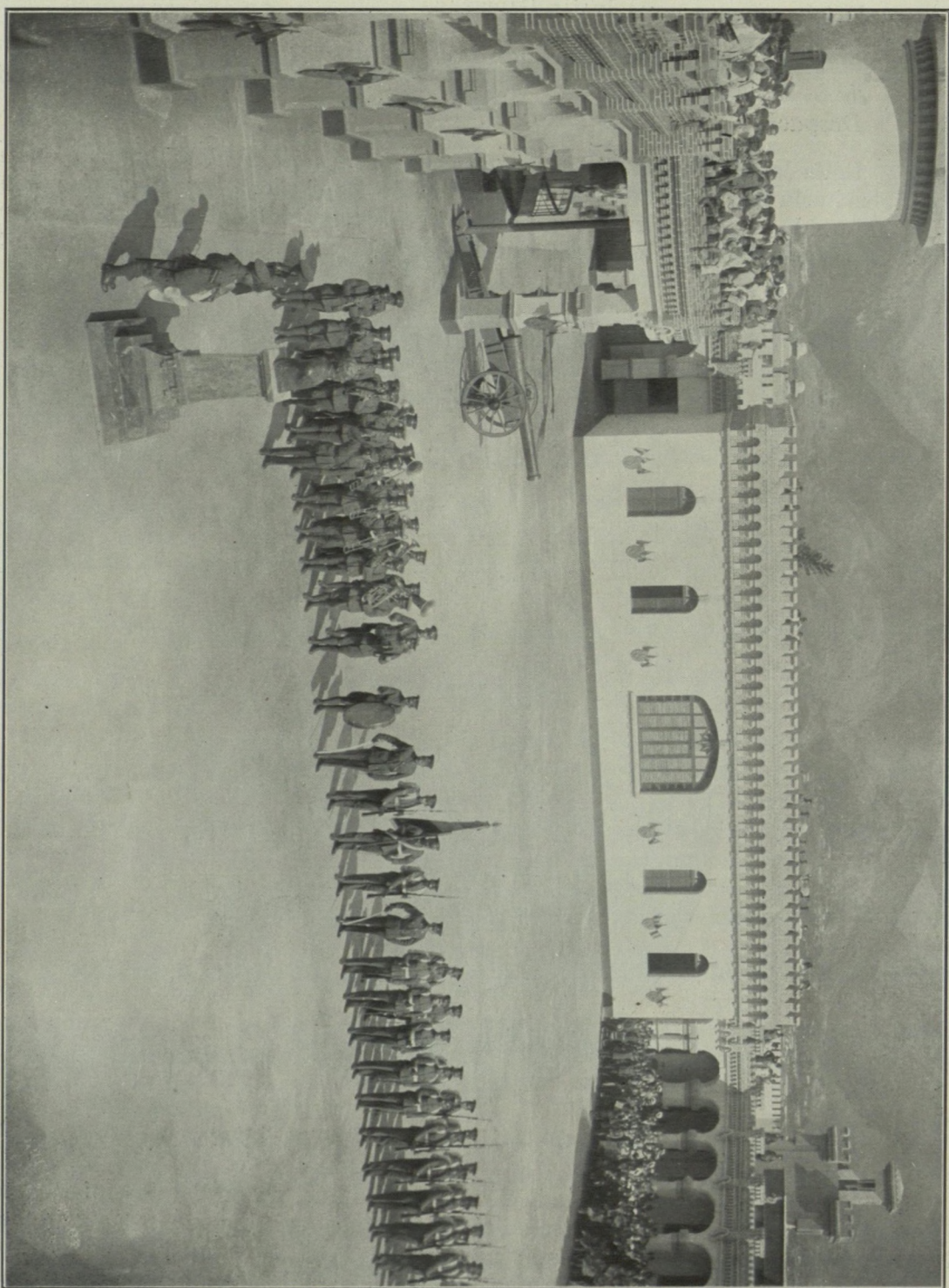
Bella la onda revolucionaria que estremeció avasalladora las colonias españolas hasta transformarlas en esta familia de Repúblicas ingenuas, que honra hoy al mundo con la nobleza de su prosperidad, después de haberlo sembrado ayer con la abnegación y el heroísmo que hicieron de cada cumbre americana un Si-



El Doctor Isaías Garbiras pronunciando su discurso.

naí de la nueva ley social dictada por el pueblo que, no pudiendo emigrar como Elegido, tuvo que reconcentrarse en sí mismo para resistir y luchar agigantado de libertad intuitiva y de justicia adivinada en la doctrina evangélica que le trajo el célebre Almirante, la cruz en la una mano y la espada en la otra, como para recordarle con estos viejos símbolos de redención que si un Dios había muerto por la verdad del hombre cómo éste no debía esforzarse y aún sucumbir por





Honores ante el Busto de Artigas por los Cadetes de la Escuela Militar.



la verdad de Dios, que ha formado todas las criaturas iguales ante su infalible poder. Hermosa la conmoción transfigurante, alentada por la misma patria, al defender su soberanía nacional con los clásicos arrestos de la raza, que venía germinando en las naturales aspiraciones por distintas causas impacientes de esta Atlántida cristiana, donde tres sangres libraban la primera batalla de emancipación en cada organismo del tipo hispanoamericano, para avalorar las fuerzas y elementos que debían convertirlas en luz y acción homogénea tras la finalidad de la Independencia que culminó en Ayacucho como para vivificar toda la América en perenne meridiano redentor, cuyos fulgores hacen vibrar en estos días con nota épica el himno de cien años de gratitud colectiva, eterno porque es el himno geológico de un hemisferio, cantado por la Gloria en las ciudades, en las montañas, en los valles, en los ríos, en los mares, en el hombre.

Impregnado así el Continente de electricidad moral, seres y cosas enardecieron de virilidad insumisa, como posesos de un espíritu angelicalmente terrible en una como auto-purificación que templaba el cerebro, aquilataba las facultades y exaltaba las aptitudes del ciudadano, para sacudir el pensamiento como un sol espiritual que irradiaba altiveces desconocidas en cabildos, sociedades patrióticas, congresos, manifestaciones populares y hasta en los cadalsos, llevando sus resplandores a todos los ámbitos para guiar la ignorancia, iluminar la duda y persuadir o calcinar la enemiga pertinaz; el alma tornábase hada eólica que recogía todos los ayes, todas las angustias, todas las amarguras, todos los dolores para alquitararlos de idealidad y devolverlos en esperanzas, en ensueños, en anhelos prodigiosos, en amor estoico, en fe impávida que embellecía las más fieras incertidumbres y sublimaba el esfuerzo, el sacrificio, la muerte, el desastre mismo; y el cuerpo, como acerado de energías maravillosas y aquilescos de inmunidad contra toda suerte de flaquezas, sentíase ágilmente brioso para secundar la voluntad que lo conducía por todas las latitudes y altitudes de la América, completando de paso la obra geográfica de los Conquistadores y batiéndose a toda hora con inclita bravura, que hacía del soldado héroe y del civil guerrero admirable para ganar la acción, mitad con el asombro del propio adversario y mitad con el milagroso patriotismo que casi siempre suplía la ciencia y los recursos militares.

De estos elementos que valorizó la magna guerra muchos poseían conciencia de lo que se jugaba en ella, que era su obra; pero la mayor parte fueron reclutados por la sugestión colectiva de rebeldía o de entusiasmo general, y vieron obligados a formar criterio y adquirir capacidades sobre el rigor de los acontecimientos. No hablo del simple soldado libertador, músculo y brazo anónimo de la Independencia, a quien la América debe aún su monumento alegórico. Me refiero a los factores de vario relieve, que por aquella u otras razones, sentíanse precisados a abandonarlo todo y de la noche a la mañana convertirse en Jefes de la contienda, adiestrados sólo con su leal saber y entender avivado por el ideal de patria propia, quienes sin duda tuvieron un mérito especial no estudiado bien todavía. Tales Don José Gervasio Artigas, y Páez, por ejemplo, que exhiben algunos puntos de semejanza entre sí, bien que dentro de la modalidad idiosincrásica de cada región americana. Ambos fueron hijos del propio esfuerzo a virtud de una voluntad lúcida y poderosa; ambos mostraron predilección por la pampa, el corcel y la lanza, tanto que fueron modelo e ídolos de lla-

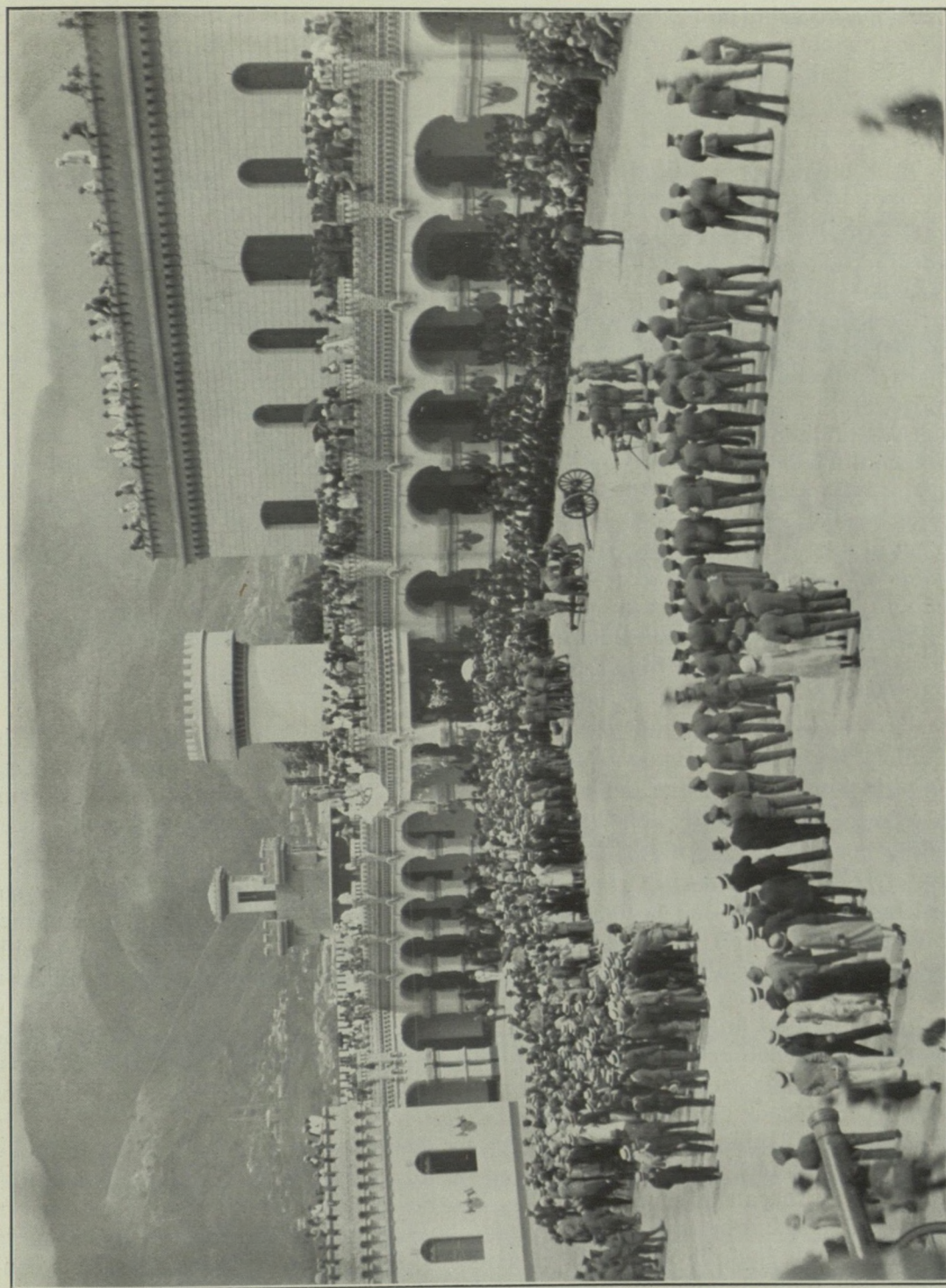


neros y gauchos, con los cuales revivieron la era de los centauros, que en las legiones como aladas disparábanse en bellas disciplinas de gimnasia portentosa, coronadas frecuentemente con funciones como Las Queseras del Medio, aquí, y Las Piedras en Uruguay; ambos fueron incomprendidos de muchos de sus contemporáneos; ambos finalmente, murieron fuera de la patria que fundaron.

Artigas de su parte fué muy discutido en su época, hasta pretender negarle sus enemigos todo mérito elevado, aunque los pueblos litorales lo aclamaron con delirio y hubo alguno que le ofrendó una espada de honor con esta inscripción: "Córdoba a su protector el inmortal general Artigas". Sin embargo numerosos historiadores lo presentan como un obstinado de ambición personal y de crueldad vesánica. Este último cargo logró desvanecerlo gallardamente en vida, entre otros hechos, con el de recordar que cuando un directorio cabildesco, después de calificarlo de "buen servidor de la patria" y querer atraerlo a sus planes, le envió presos siete jefes de los que le eran más hostiles, autorizándolo para disponer de su suerte, él se los devolvió y le contestó: "el General Artigas no es verdugo". Cuanto al concepto de ambición el tiempo se ha encargado de comprenderlo y de aplaudir la bondad de su obra. En efecto, se sabe ya que con valor fascinante lidió como bueno inspirado en un patriotismo natural, ingenuo, y severo de abnegación incontestable, cuyo primer fruto fué esclarecer el nombre de su naciente país. Esta integridad intrépida lo diferenció de sus émulos y lo ha glorificado legítimamente a través del tiempo. Ni ¿hubo en ese entonces algún jefe independiente que, por sabio o poderoso que fuese, creyérase sin pecado o exento de error para poder acusar al guerrero insigne, que después de todo tuvo la suerte de ver con el alma y pensar con el corazón los principios de república federal, que han engrandecido su país y están adoptados por los mismos pueblos que se los combatieron?

Innegablemente Artigas y Páez formaron patrias grandes para siempre, que son la defensa más absoluta de su probidad redentora; patrias que escriben con su existencia y progreso imperturbable la historia viva de la verdad sobre la historia muerta de la mentira o la calumnia. En ellos puede creerse con Emerson que el carácter de un hombre es la conciencia de la sociedad a que pertenece. ¡Qué victoria tan completa y gloriosa la de Artigas y Páez! Lo que la rivalidad y la maledicencia creyeron fruto de ambición bastarda, subsiste y triunfa soberanamente con admiración de propios y extraños. Así, desaparecidos el Jefe Supremo de los pueblos Libres y el Ciudadano Esclarecido, su obra perdura invicta. En vano el egoísmo exaltado se concitó contra la República Oriental; en vano hace cerca de un siglo no quiere ser bien comprendida la actuación de Páez, que fué la obra de todos. Uruguay y Venezuela prosiguen como Artigas y Páez los plasmaron con su entereza superior. Lo que demuestra que estos beneméritos de la humanidad, con sabiduría instintiva y convicción irreductible comprendieron o adivinaron los verdaderos intereses y aspiraciones de sus pueblos y, videntes de previsión, anticipáronse a las imposiciones de la existencia moderna y a los imperativos de la responsabilidad social de que fueron ductores consecuentes. Hasta pensárase que por coincidencia inspiraron su proceder de cierto modo en el resplandor genial del pro-jefe del Continente, que al crear a Bolivia quiso no sólo hacer más posibles y seguros los beneficios de la Independencia.





Revista de instrucción práctica en la Escuela Militar.



dencia, sino asimismo establecer la salvadora doctrina de la libre determinación de los pueblos, que es hoy la doctrina política con que el mundo busca la paz por la justicia, la libertad por el respeto mutuo, el bienestar social por el trabajo y la ciencia generosa, la concordia por el amor sincero.

No fué, pues, ambición personal de dos hombres ni cosas de un tiempo determinado, lo que millones de hombres libres conservan, engrandecen, ilustran y aman en el seno del tiempo infinito.

Qué visión tan feliz la de Artigas! Si le fuese dable contemplar la prosperidad ecuaníme de cultura de su amado Uruguay, sus cenizas acaso irradiarían de alba votiva ante el ara de la Patria que, al justificarlo con su grandeza, le ha erigido en esta misma el mejor monumento moral, que cada día crece inmensurable, cual si buscase un cielo aparte de inmortalidad, como fué singular la constancia enérgica con que él defendió su suelo de tres enemigos a un mismo tiempo. Artigas fué un patriota glorioso por propia acción y por la obra de sus conciudadanos. Porque si el patriotismo es el sentimiento que traduce la mancomunidad de glorias legítimas, de tradiciones fecundas y de hábitos honestos, y la gloria de un país es la flor inmarcesible del honor de cada uno de sus hijos como norma privada y pública, es indudable que la República del Uruguay ha cultivado con noble provecho la savia de virtud que recibió de su egregio benefactor, o este tuvo el talento de presentir las virtudes futuras de su pueblo. En uno y otro caso Artigas supo elevarse sobre el nivel de sus émulos y quedar consagrado como caudillo de primera magnitud en la constelación de redentores americanos. Bien por la República hermana que sabe honrarse honrando a su héroe nacional.

Y hélo aquí también entre nosotros en este busto, recuerdo galante de la Escuela Naval del Uruguay, que veis inaugurado por el actual Gobierno de rehabilitación efectiva, que tiene a honor altísimo inclinarse ante el pasado glorioso con la conciencia de saber comprenderlo y evidenciarlo en su obra del presente.

Hoy el culto de la Patria preside y sanciona la grandeza de ésta por sobre las pequeñeces que la habían retardado. El General Gómez, como si hubiera hecho un voto de patriotismo excelso, consagra su obra de guerrero y pacificador y de Magistrado experto, en diario homenaje a los Libertadores, cual sí con su acendrado reconocimiento quisiera llenar el vacío que el tiempo y el espacio le quitaron a su lado redentor en los días genésicos de la nacionalidad. Así se palpa cómo él con actividad inagotablemente jubilosa, como saturada de fe apostólica y de entusiasmo casi sagrado, no da vagar a sus facultades ni desvelos para que esta paz ejemplar sea fecunda, imperecedera y amada, como digna de su augusta oblación. De esta suerte se ve cuánto labora él porque las innúmeras obras públicas y la orientación regeneradora que ella fructifica constantemente, se ofrezcan al servicio bajo la bendición de los días faustos de la República y de sus fundadores, en anhelo de popularizar las virtudes de éstos en la bondad de su inefable herencia al alcance y provecho de todos. Esto en contraste con tiempos idos, en que generalmente con simples decretos o ceremonias puramente oficiales se conmemoraban las grandes efemérides venezolanas, permaneciendo por un lado las multitudes indiferentes y como extrañas al sig-





Revista de instrucción práctica en la Escuela Militar.

nificado de actos y sucesos nulos para ellas moral y materialmente, y por otro el país desierto del natural adelanto, y obscuro de estos faros de inmortalidad como son los monumentos y estatuas de los varones realmente ilustres, de que está ahora tachonada Venezuela, como una vía láctea de la gloria nacional, que trasciende al orbe, difundiendo nuevas claridades en la ruta de la Humanidad.

Por dicha la época es de equidad edificante y de reivindicaciones verdaderamente nacionales, que se realizan desde Caracas hasta el más apartado confín de la República, sin que las estorbe el opaco inconveniente de los caudillos parroquiales, ni las desvirtúen las ásperas distancias, eclipsados como están los primeros en el seno de la concordia activa y civilizada y salvadas las segundas con las modernas vías de comunicación, que fraternizan las regiones, social y geográficamente, para que se sientan una sola patria con unos mismos héroes en la cívica religión del patriotismo, reverenciados respetuosamente por la gratitud popular y por este gobierno que ya ha rescatado a muchos del sacrilego destierro del olvido, rindiéndoles justicia sin reticencia porque no teme esperarla en esta Venezuela rejuvenecida que ha hecho digna de ellos y que sabe amarlos en el progreso de su engrandecimiento.

Dentro de esta característica del General Gómez, de tributar justicia solemne a nuestros patricios fundamentales, en que resplandece su administra-





ción, él ha querido que, hoy unos y mañana otros, los preclaros conmlitones de ellos, que ilustran los anales de países hermanos o amigos de Venezuela, compartan nuestra veneración doméstica, consecuente también con el ideal de confraternidad que Bolívar predicó el primero en el Continente, y que Gómez intensifica cada nuevo día, con todos los pueblos de América y del mundo.

Y ¿dónde mejor la presencia del perínclito huésped del Sur, maestro de perseverancia enérgica, y de lealtad a la buena causa, que en este Instituto Militar, donde se forman los guerreros cultos de la nación, en cuyos bizarros pechos hallará sin duda siempre la admiración votiva que hoy lo incorpora a los Príncipes de la gloria, presididos por Bolívar, Sucre y demás paladines que un tiempo fueron al Sur a conmutar el Sol de la Monarquía con el iris de la República, que ha humanizado el descubrimiento de América?

Señores!



## XIX

### **Inauguración del Departamento de Radio-Terapia en el Hospital Vargas. Palabras del Inspector General de los Hospitales del Distrito Federal.**

A las 4½ de la tarde efectuóse en el Hospital Vargas la inauguración del Departamento de Radio-Terapia.

Fué éste un acto especial del Programa elaborado por la Gobernación del Distrito Federal para la celebración del Centenario.

A las cuatro y veinte y cinco minutos llegó al Hospital Vargas el Presidente de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez, acompañado del General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República, de los Ministros del Despacho Ejecutivo, Gobernador del Distrito Federal, otros altos funcionarios públicos y un numeroso séquito de amigos y servidores.

A la llegada del Primer Magistrado de la Nación, la Banda ejecutó el Himno Nacional.

Dióse comienzo a la ceremonia, inaugurándose el nuevo Departamento, el cual está dotado de modernos aparatos que aseguran la eficacia de los servicios a que se le destina. Está situado este Departamento en uno de los lugares más adecuados del edificio. Es, en suma, un local en el que se facilitan las labores de los facultativos.

El Inspector General de los Hospitales del Distrito Federal, doctor L. G. Chacín Itriago, pronunció en el acto de la inauguración interesantes palabras, caldeadas por un soplo optimista de patriotismo.

Ninguna ocasión más propicia para la inauguración de ese servicio que los días en que se conmemoraba la magna fecha de Ayacucho. En ese Instituto, en el que se hace noble labor altruista, el Gobierno se une a la Ciencia en gesto plausible, digno de la mayor resonancia.

Después del discurso del Inspector General de los Hospitales este activo funcionario mostró al General Gómez todas las mejoras introducidas, a efecto de poner en un estado de eficiencia completo a aquel benéfico instituto. Todas las salas han sido convenientemente reparadas, dotándose a los diversos servicios de lo necesario al logro de los fines altruistas que se persiguen.



En el Hospital Vargas cuenta hoy Venezuela con un Instituto de primer orden, a la altura de los análogos en cualquiera ciudad de primer orden de Europa o América. Nótase desde la entrada el riguroso celo y eficacia que allí reinan, y es idóneo el personal que allí pone en actividad toda su experiencia, aprovechando las facilidades que para ello le brinda el Gobierno Nacional.

Después de la visita efectuada a los distintos salones del establecimiento, el Maestro de Ceremonias declaró terminado el acto, y el Presidente de la República abandonó el local despedido a los acordes del Himno Nacional.

---

DISCURSO DEL DOCTOR L. G. CHACÍN ITRIAGO.

*Señor Presidente Constitucional de la República:*

*Señor Vicepresidente de la República:*

*Señor Gobernador del Distrito Federal:*

*Señores:*

El Gobierno de la Rehabilitación Nacional acostumbra siempre, como cuadra a su carácter de seriedad y a su espíritu progresista, celebrar los grandes días de la Patria principalmente con obras útiles y perdurables; y aquí venimos hoy a inaugurar una entre las muchas que ha decretado en celebración del Centenario del día más grande de nuestra América, que lo fué ciertamente aquel en que se dió la Batalla de Ayacucho. Para la América esta batalla significa redención, para el mundo occidental el triunfo definitivo de la idea democrática, gravemente amenazada en aquella época por el espíritu reaccionario que surgió de las ruinas del imperio napoleónico como consecuencia lógica de aquel gran sacudimiento del espíritu liberal que se llamó la Revolución Francesa. Para todo el mundo Ayacucho es una cima de gloria en donde se cierne aquel sublime ejército libertador, sangre de nuestra sangre y honra de héroes; Antonio José de Sucre, tan grande en la guerra como en las labores cívicas, en la pureza de su alma inmaculada y hasta en la magnitud de la tragedia de su muerte, y el más ilustre y fiel de los tenientes del Libertador; y Simón Bolívar, excelso entre los grandes, Apóstol y Redentor, blasón y escudo de un continente y de una raza. Ayacucho fué también el ramo de olivo entre España y América. Allí lo puso la magnanimidad y previsión de Sucre, permitiendo al bravo y noble ejército español envainar su espada con honor, que no de otro modo podía envainarla quien empuñó un día el cetro del mundo y realizó la Conquista de la América, la hazaña más portentosa que registran los siglos. Allí cesaron las diferencias y se unificaron los ideales de las dos grandes ramas de esa gran raza que iluminó a Colón y concibió al Quijote, y que robustecida en el suelo virgen de la América marcha sin miedo hacia el porvenir.

Dije que la obra que inauguramos hoy es una entre muchas, pero no la de menor mérito, porque aunque pequeña en su forma material es muy grande en su significación. Porque ella llena un vacío y marca un gran progreso en la



historia de esta casa de Dios y de la Ciencia, en donde se enjugan lágrimas y se alivian dolores y tiene privilegio el desvalido e impera en su plenitud la caridad, la más sublime de las virtudes cristianas, y en donde se da también el pan espiritual de la enseñanza a las generaciones médicas que surgen y se perfeccionan en su afán patriótico y altruista de servir a la Patria, a la ciencia y a la humanidad.

El autor de esta obra, vosotros lo sabeis, es el hombre superior que preside la Patria, a quien veis a cada paso haciendo labor sana y grande en protección del pueblo, en patrocinio del trabajo, en pro del orden y de la justicia, en honra y prez de la República; a quien tocó la gloria de fundar la Paz y hacer a la Patria vigorosa y feliz, completando así la obra de la independencia; y a quien bendicen los buenos, admiran propios y extraños y la posteridad rendirá el tributo que se debe a los benefactores de los pueblos.

Señores: un deber de justicia me obliga a tributar en este momento un recuerdo al que fué el creador de la Consulta Externa de este Instituto y durante varios años su primera autoridad en su carácter de Gobernador del Distrito Federal: el señor general Juan C. Gómez. Este servidor eminente del país fué, como Magistrado, bueno y justo, ajeno a toda idea malsana y siempre dispuesto al bien, y en la vida privada modelo de hijo, de hermano y de amigo. Su muerte, acaecida en hora aciaga es duelo de la Patria, y su nombre estará siempre presente en la memoria de sus gobernados y de todo el que supo apreciar las grandes dotes de su alma.

Señores: en nombre del Gobernador del Distrito Federal, declaro inaugurado el Servicio de Electro-Radiología del Hospital Vargas.

*Señores!*



**Concierto en la Escuela de Música y Declamación.—Exposición pictórica en la Escuela de Artes Plásticas.**

Estos dos institutos, la Escuela de Música y Declamación y la de Artes Plásticas, uniéronse en un mismo y loable pensamiento para secundar las miras del Gobierno en la celebración del Centenario de Ayacucho. El primero de los mencionados institutos organizó, por excitación del Ministerio de Instrucción Pública, un concierto para la mañana del día diez, con el siguiente programa:

1º—Felipe Larrázabal: Andante del 2º Trío para violín, violoncello y piano. José M. de los Ríos, Enrique de los Ríos y Antonio José Ramos.

2º—Doctor Eduardo Calcaño: Canto. “La Cieguecita del Valle”. Letra y música del autor.

3º—Jesús M. Suárez: Piano. a) “Horas Tristes”. b) “Margaritas”. Moisés Moleiro.

4º—a). A. J. Calcaño Herrera: Declamación: “El Abel de Colombia”. b) Andrés Eloy Blanco: “Noche de Lima”. Carmencita Serrano.

5º—Salvador Llamozas: piano “Noches de Cumaná”. I) Plegaria del terremoto de 1853. II) Canción El Manzanares. María Arráiz.

6º—Juan B. Plaza: Canto. “Claro Rayo de Luna”. Letra de Jacinto Fom-bona Pachano. Hilda Jagemberg.

7º—Teresa Carreño: Piano. “Una Revista de Praga”. América Santana Pérez.

8º—Andrés Delgado Pardo: Canto. Romanza “Soledad”. Letra de Francisco G. Delgado. Rosa Segnini.

9º—M. Azpúrua: Piano. “La Tempestad”. Elena Soriano.

10.—Manuel L. Rodríguez: Canto. “Idilio Fatal”. Letra de Henrique Plan-chart. Hilda Jagemberg.

11.—Andrés Eloy Blanco: Declamación. “La vejez del Mariscal.” Domingo A. Narváez.

12.—Pedro A. Silva: Violín. “Melodía”. María Ramírez Alemán.

13.—Felipe Larrázabal: Canto. “¿Por qué?” (Obra inédita). Letra de R. Gamboa. Josefina Palacios.



14.—Teresa Carreño: Piano: "Un sueño en el mar". Elena Soriano.

15.—Pedro Elías Gutiérrez: Canto. Romanza "Ancora Rota". Letra de Andrés Mata. Dora de Omaña.

16.—B. Marcano Centeno: Himno "Ayacucho". Letra de Andrés Eloy Blanco.

Numerozo y selecto fué el público que asistió a esta manifestación de arte. Todos los números fueron cumplidos brillantemente y aplaudidos con entusiasmo por el auditorio.

Presidió el acto el señor Hilario. Machado Guerra, Director de la escuela, acompañado de todos los profesores.

Nota simpática del concierto fue la de que todas las piezas ejecutadas eran de autores venezolanos.

El acto terminó con el Himno Ayacucho, cantado por el coro de alumnos y alumnas del instituto, música del profesor Benigno Marcano Centeno y letra del laureado poeta Andrés Eloy Blanco.

El numeroso concurso tuvo frases de encomio para los alumnos que tomaron parte en el festival y felicitaron a los profesores por la eficacia de su labor docente, puesta de manifiesto de aquel modo y que constituyó una ofrenda valiosa de arte patrio a los manes gloriosos de nuestros Libertadores.

La Escuela de Artes Plásticas, dirigida por el escultor señor Pedro M. Basalo, ofreció sus salones para la exposición de pinturas organizada por un grupo juvenil, heredero de las tradiciones artísticas que sustentan con sus nombres gloriosos Tovar y Tovar, Rojas, Michelena y Herrera Toro. Se exhibió una serie de lienzos, congregados allí con el más desinteresado propósito y como una manifestación vital del arte venezolano.

Podían apreciarse allí los diferentes estilos y tendencias, obras algunas de pintores ya formados, esfuerzos laudables otras, todas reveladoras de una labor silenciosa y de merecimientos auténticos.

En el fondo del salón se ostentaba un retrato del señor General J. V. Gómez, Presidente de la República.

Concurrieron a la exposición los pintores Marcos Castillo, Eduardo Schlager, Rafael Monasterios, Reverón, Prieto, Alcántara, Moleiro, Vidal, Fernández, Vásquez y otros.

Durante quince días la exposición fué visitada por un público numeroso que elogió como se merecían aquellos lienzos, algunos de los cuales fueron adquiridos por coleccionistas concientes o por amantes de la pintura vernácula, sin duda de las artes la más desarrollada entre nosotros.

En este día circularon, de acuerdo con el Programa Oficial, la "Colección de Tratados Públicos de Venezuela", editada por el Ministerio de Relaciones Exteriores, y el folleto "El Estandarte de Pizarro" por J. E. Machado, publicado por la Gobernación del Distrito Federal.



**Colocación de la primera piedra del monumento al fundador de Caracas, Capitán Diego de Losada.—Discursos del doctor Manuel Díaz Rodríguez y del Secretario de la Legación de España señor Ramón de Basterra.**

A las 9 de la mañana del día once el Benemérito General Juan Vicente Gómez, Supremo Magistrado de la Nación, acompañado del General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República, de los Ministros del Despacho, Gobernador del Distrito Federal, Miembros de la Corte Federal y de Casación, Secretario Privado del Presidente de la República, Secretario de Gobierno del Distrito Federal, altos empleados nacionales y municipales y Honorable Cuerpo Diplomático acreditado en Caracas, hizo acto de presencia en el lugar elegido para erigir el monumento al Capitán Diego de Losada, fundador de la villa de Santiago de León de Caracas.

No podía en la capital escogerse un sitio más apropiado para glorificar al esforzado Conquistador, a la entrada de la ciudad por el camino de La Guaira, cerca de algunos lugares que todavía llevan nombres evocadores de la recia brega por la conquista del valle de Caracas y bajo el cielo siempre claro, apostado en su basamento de granito, será él como un austero centinela de la ciudad y como el portador de las glorias de la Conquista.

La llegada del Jefe del País fué saludada con los épicos acordes del Himno Nacional. En seguida el General Gómez efectuó la ceremonia de la colocación de la primera piedra, acogida con una fervorosa manifestación de entusiasmo por la concurrencia, que interpretaba la trascendencia que para todos encerraba este acto.

En seguida el doctor Manuel Díaz Rodríguez, de la Academia de la Historia, pronunció el discurso de orden.

La palabra plena de fervor y de belleza del orador, cuya figura resalta cada día y reafirma su relieve entre las más descollantes personalidades hispanoamericanas, provocó por parte del numeroso y escogido público que se dió cita en el lugar del homenaje, repetidas y entusiastas salvas de aplausos. Díaz Rodríguez evocó aquellos días de pujanza, aquella epopeya sin par en la historia





Diego de Losada—Fundador de Caracas.

(Cuadro de Herrera Toro existente  
en la Municipalidad de Caracas).



del mundo que fue la conquista, y rindió también el debido tributo a los que defendieron con épico coraje el suelo patrio, hasta fundir en un crisol diamantino el alma de la nueva raza.

Al discurso del doctor Díaz Rodríguez siguió el del señor Ramón de Bastera, Secretario de la Legación de España y elemento joven y vigoroso de la nueva intelectualidad de la Madre Patria. El distinguido diplomático se expresó con acierto y seguridad sobre el alto significado de aquel momento y fué largamente aplaudido.

Con la erección del monumento a Don Diego de Losada, quiso el Gobierno del General Gómez no sólo rendir un tributo que perpetúe la admiración de los venezolanos hacia el gallardo fundador de Caracas, sino interpretar los sentimientos de confraternidad que le animan hacia la gloriosa Madre España, dignamente representada por el Excelentísimo señor Angel de Ranero y Rivas.

Saludado por las armonías de nuestro Himno Patrio, se despidió el Presidente de la República.

---

DISCURSO DEL DOCTOR MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.

*Señor Presidente de la República:*

*Señor Ministro de España:*

*Señoras:*

*Señores:*

Contemporáneos de la última guerra, ya sabéis cómo se crea, hasta en sus más mínimos recursos retóricos, toda una literatura de combate. Y así estáis preparados para entrever, con su fragilidad y sus artimañas y maquinaciones infantiles, el proceso de aquella que fué instrumento de lucha en los días de la independencia. Los resabios y errores de tal clase de literatura, como sucedió entre nosotros, en vez de cesar y desvanecerse con el último rumor de la batalla, tienden al contrario a fijarse y perpetuarse en el alma popular bajo forma de prejuicios. Y el prejuicio, entre nosotros, o bien nos convertía en una especie rara de latinos, que lo fuéramos, no por venir de estirpe latina a través de España, sino a pesar y como a un lado de España, o bien nos consagraba y confirmaba ingenuamente hijos directos de los Paramaconi y Guaicaipuro, sin atender a nuestra lengua, nuestros hábitos y nuestros patronímicos españoles.

Pero sin ser tan ilógica y extravagante como en el primer caso, ni tan simplista como en el segundo, la verdad es otra y más compleja. No podemos olvidar al africano que, con sudor de esclavitud y sangre de héroe, contribuyó a amasar y glorificar el barro nativo. Menos podemos olvidar al aborigen que, con el brío de su corazón y el color de su tez, nos legara el bronce heroico de su defensa incomparable. Pero, en lo general, por la raza, el esfuerzo y la cultura, poniendo en esta palabra cuanto de substancia ideal cabe en ella, nuestra filiación es genuinamente española. Rudimentaria en el indio, ausente del africano detenido aún en los primeros peldaños de la humanidad, la cultura viene en el



español que, heredero de Roma por cuanto hace al imperio y la política, y heredero inmediato, por cuanto hace a la ciencia, del árabe, depositario de la ciencia de entonces, representa y nos trae la cultura de su tiempo.

Los mismos prejuicios, obrando por medio de la misma literatura, pretendían hacernos ver el origen de la nacionalidad, el principio de la patria, en el solo esfuerzo de la emancipación, cuando en el hecho, política, social y económicamente, en esencia y potencia, dentro del molde impuesto por la fatalidad geográfica, y animada por la índole de sus pobladores primeros, la patria existía ya con caracteres propios y hasta con fronteras materiales y espirituales definidas. Los libertadores, manejando su espada a manera de eterno buril, dieron a la estatua el toque último, el rasgo definitivo y categórico, pero ya la estatua, con sangre india, sudor de esclavos y virtudes españolas, había sido en buen barro vernáculo trabajada por otros escultores de pueblos. Si padre de la patria venezolana, como se le ha dicho, lo fué siempre física y geográficamente el Orinoco, antes de políticamente ser padres de la patria los caudillos de la independencia, padres de la patria habían sido ya, sin duda, el colono emprendedor, el misionero de paz y el capitán de la conquista.

Españoles del siglo XVI, traen, con su fe religiosa la fe y el orgullo de su casta. Su bandera flamea triunfante en Africa, en Oceanía, en América y en Europa. Bajo sus colores, o al amparo de su influencia, van los tercios de uno a otro extremo de la península itálica. Bajo sus colores o dentro de su influencia, a través de la Saboya, el Delfinado y el Franco Condado, viajan de Génova a Flandes los tercios españoles. El gualda y el rojo, sin rivales posibles, abarcan toda la América, desde la Florida y la California hasta el estrecho de Magallanes. Traen su lengua, que es la lengua de la política y el imperio, la lengua del Arcipreste y de los místicos, la lengua de la diplomacia y de las cortes. Y a la fe de su religión y de su patria, unen su fe de valientes, que es la fe y la confianza en sí mismos. Vienen a miles de leguas de su nación, a través de mares ignotos, en carabelas a cuyas tablas hoy no fiaría su fortuna el más infeliz de nuestros contemporáneos, por más audaz y ambicioso que sea. Son sus armas mejores, artesana y alabarda, sable y espada, las armas para el combate cuerpo a cuerpo, que son las armas de los bravos. Las de fuego nos mueven apenas a la sonrisa amable o irónica en los museos de la milicia. Son el mosquete y el arcabuz de exiguo alcance, o la culebrina y el verso, cuya eficiencia está más bien en el estampido, espanto de la indiada, que en el mismo proyectil también de alcance pobre y muchas veces de piedra. Su verdadero instrumento de guerra, o el más formidable, es el caballo, como no tardan en comprenderlo en este valle y en Los Teques, Chacao y Nequemocane, quienes después de ir de paz al campamento español con zalamerías y regalos, al dejar el campamento se aprovechan para con disimulo asaetear los caballos que descuidadamente pastan por los contornos. Para su defensa, aparte de rodela y adargas, llevan, el infante el escaupil en que se embotan las flechas y el jefe la loriga compuesta de finas láminas de acero toledano. Pero el escaupil es de algodón y la flecha a veces lo traspasa, y la misma loriga suele ser infiel, como a Diego de Paradas en el Valle de la Pascua sucedió, de suerte que su mejor defensa está en la coraza ideal que todos, capitán o soldado, llevan en el metal de su bravura. Y así van, arries-



gándose en corto número a través de un continente desconocido, por entre plantas y animales extraños y adversos, expuestos a la flecha impune y certera del indio que se recata en los arcabucos del monte, cuando no son sorprendidos por la gloria de un día de guazábara. Entonces, aparecen de pronto las alturas coronadas con penachos guerreros de indios; rompe, cerca del cielo, con la alta vocería de la indiada, el estruendo clamoroso de caracoles y fotutos, y, sobre la escasa tropa de los conquistadores, cae, obscureciendo el sol, una nube de flechas.

Junto al fugado de galera, o al vomitado de la hampa de todas las ciudades españolas, marcha el hijodalgo de solar conocido; hombréase el que ya sueña en regresar acompañado de una gran fortuna con el que, más amante y celoso de su honra y libertad, aspira a fijarse para siempre en tierras de América; dáse la mano el aventurero que fué cautivo en Argel, esclavo en Turquía, soldado mujeriego y fanfarrón en los tercios de Italia, y en todas partes, renegado y blasfemo, con el creyente que ya ve a sus pies, arrodillado y avenido a cristianarse, a todo un pueblo de catecúmenos; y, cerca del hombre, cuya codicia se mantiene despierta y alucinada con el señuelo de oro del Perú o del Dorado fabuloso, palpita el hombre de fe, con la mente encendida en la visión de una patria más grande. Y en ninguno la constancia española flaquea, aunque después de ir por días y meses, de cerro en cerro y de valle en valle, vadeando ríos como brazos de mar, esguazando ciénagas, atravesando abrasadoras llanuras, tramontando heladas parameras de serranías, no encuentren más oro ni más piedras preciosas que las que pintan en el cielo de la tarde los celajes del crepúsculo.

Decidida y empezada la conquista, detiénese la tropa. Adelante vino el hato del ganado que, siendo garantía y manutención del ejército, es a la vez el germen de la riqueza futura. Tal empieza Fajardo, el malogrado margariteño, mestizo de prohombre español y de cacica guaiquerí en este mismo valle de San Francisco. Establecido el hato comienza la reducción por la política o la guerra. Y cuando ya la indiada está del todo o a medias reducida, se funda la ciudad. Nómbranse regidores y alguacil mayor que eligen alcaldes luego de constituidos en Cabildo. Procédese al reparto de las tierras entre los que tienen familia, o la intención de formar una y de avecindarse en la comarca. Y se inicia por último la verdadera colonización en las labores de la labranza y de la cría. Semillas de Europa fructifican en tierras de América, y la sonrisa de oro de las mieses pasa por los valles de Quíbor o serpentea y corre por las vertientes de los Andes. Ensénase a hilar a los indios, después de atender a la cría del ganado lanar y al aumento del nativo algodón. Armanse los primeros telares, y muy largo tiempo después de sellada la independencia, la obra de aquellos telares primerizos andará todavía por todos los términos de América pregonando el nombre del Tocuyo. He aquí, pues, cómo los conquistadores crearon en el Ayuntamiento la célula política, en la familia la célula social, en el cultivo de la tierra y en la cría las bases económicas de una nueva nación; he aquí cómo, en una palabra, hicieron patria. Y a uno de esos padres de la patria, de los primeros en el orden cronológico y en el orden moral, empieza hoy a rendir justicia la República.



Muy joven, Diego de Losada, se ausenta de tierras de Zamora. Es el hijo segundo del señor de Rionegro, lugar de la puebla de Sanabria. Caballero de linaje, circunstancias de vecindad y fortuna le llevan a hacer pasantía de cortesano y de hombre de armas en la ilustre casa de los Pimentel, condes de Benaventes. Fray Pedro Simón y todos los viejos cronistas después del franciscano lo describen, en las acciones reportado y prudente, afable y disertó en el hablar y, por tanto, bienquisto de todos. Al estallar la intriga coriana de Villegas y Carvajal, vuelve espaldas a la intriga y se refugia en Cubagua, para no regresar al Continente sino cuando puede hacerlo por los amplios caminos de la ley, con el licenciado Frías y Juan Pérez de Tolosa. Aunque sólo sea para el consejo y no en el primer lugar, se le encuentra siempre dispuesto a las empresas útiles. Va con Villegas por gente a Cubagua y Cumaná, librando a la vez a Coro de la despoblación y a Cubagua y a Cumaná de la turba maleante que dejara en ellas realenga la prohibición del tráfico de esclavos en el oriente del país. Acompaña a Alonso Pérez a buscar, y al fin su teniente Pedro Alonso de los Hoyos lo encuentra, el paso para el Nuevo Reino de Granada, a fin de llevar a éste, donde escasea, el ganado que ya en las praderas venezolanas abunda. Asiste a la fundación de Nueva Segovia de Barquisimeto, y es uno de sus primeros alcaldes. Y a poco salva a Barquisimeto y al Tocuyo de una guerra ominosa, cuando por fuerza de armas disipa la trágica arlequinada, la grotesca farándula real del negro Miguel. En semejantes empresas reconoce casi todas las regiones de Venezuela: de Coro a Borburata la marina; en todos sentidos los Andes, hasta el valle de Cúcuta, rico en orégano; y la mayor parte de los llanos. Puede decirse que entre sus férreos brazos de conquistador cargó a Venezuela en su cuna. Desde su entrada inicial con la infeliz expedición de Sedeño, llega hasta el Apure y el Meta y es de los primeros que ven nacer la aurora sobre el mar de los llanos. Y sin duda es también de los primeros, como lo comprobará más tarde con el género de labor de su encomienda tocuyana, en prever sobrepuesta a la visión de aquel mar de los llanos ondulante de hierba, la visión de otro mar ondulante en los innumerables dorsos trémulos del rebaño, erizado por el inquieto bosque de las astas abiertas en figura de lirás.

Su padre, también Diego de Losada de nombre, había incurrido en la desgracia del soberano, porque en la guerra de las comunidades abrazó el partido de los comuneros. Y el hijo heredó, como es de presumirse, con el amor de la libertad, el instinto de la democracia. Procede de tierras de Zamora donde se cría el ganado lanar, confinantes con tierras de Castilla. A la conquista de los Caracas traerá de compañeros de armas castellanos y extremeños, como extremeños serán todos cuantos vendrán después con Garcigonzález de Silva al remate y afincamiento de su obra. Son los unos de la tierra llana de Extremadura, abundante en rebaños, los otros de la tierra llana de Castilla, parda y gris almáciga de místicos y guerreros. Y el espíritu de unos y otros, con el caballo en que cabalgan y la llanura que encuentran, forjarán, amasados, el pueblo cuyo hálito indómito lo llevará a repetir dos siglos y medio más tarde, hace para estos días un siglo, la magna hazaña de los conquistadores, yendo en un solo esfuerzo desde las orillas del Orinoco hasta más allá del Desaguadero, hasta más allá de la Paz, hasta las propias pampas argentinas, aunque así fuese en el desaforado tropel de centauros de los jinetes de Matute.



La conquista de los Caracas para Diego de Losada es la coronación de su obra y de su vida. En las otras empresas él aparece ya asociado a otro, ya de maestro de campo o segundo, ya de simple consejero. Ahora, por atinada elección del Gobernador Bernárdez, ratificada por el sucesor de éste, don Pedro Ponce de León, Losada es el caudillo y general de la empresa, y la empresa corresponde a su capacidad y a sus bríos.

Mientras ya en Oriente y Occidente florecen las primeras ciudades del país, el centro resiste aún y seguirá por más de treinta años resistiendo a las armas conquistadoras como una isla inexpugnable. Si bien a toda la región se da el nombre de los Caracas, los naturales de ella, bajo diferentes nombres y caciques, viven en tribus diversas y numerosas, y a todos, caciques y tribus, los une el mismo desesperado amor de su independencia. Resisten, donde el Tuy deja los valles aragüños, los arbacos; los teques, tarmas y taramainas al Oeste; al Este los mariches; quiriquires y meregotos al Sur; y chagaragatos y caracas desde el valle de San Francisco hasta el mar, en la serranía y las tierras de la costa. La resistencia, primero desordenada y parcial, acaba por concentrarse y reconocer como jefe, para después dejarlo como su símbolo en la historia, al glorioso Guaicaipuro.

Aquí todos los conquistadores fracasan. Ya por la heroica oposición con que tropiezan, ya por su malhadado descubrimiento de las minas, que no siempre son de buen presagio para los individuos ni los pueblos, fracasa el gran margariteño Fajardo, a pesar de sus vinculaciones de raza, de su versación en los dialectos o lenguas indígenas y de su habilidad política suma. Después de imponerse con su capa de grana y su leyenda a la comarca, recorriéndola de paz o en guerra por entre las tribus belicosas, despedazado su corazón por la pérdida de los hijos, muertos a mano de Guaicaipuro en las minas de los Teques, da en la emboscada con sólo cinco españoles que le siguen y, combatiendo con furia de león, entre un ejército de arbacos en el frente y otro de teques a la espalda, encuentra muerte digna de un Aquiles aquel Juan Rodríguez Suárez, fundador de Mérida de los Caballeros. De los españoles e indios del ejército de Narváez apenas quedan tres para llevar a todas partes la noticia de la derrota. A la asechanza armada por el cacique Guanauguta en la marina de Catia, sucumbe García de Paredes, el fundador de Trujillo. El ejército dirigido por el propio gobernador Bernárdez y el mariscal Gutiérrez de la Peña, a la vista de arbacos y meregotos en preparación de combate, se retira sin más resultado que dejar a la Angostura del Tuy el nombre de Valle del Miedo.

Ya indios y españoles rehuyen tomar parte en la empresa, cuando para llevarla a cima el gobernador ocurre a Diego de Losada. Apenas llega a tierra de los arbacos, los de la tribu le saludan con una guazábara en la cuesta de las Cocuizas, para darle en seguida otra más adelante, en donde Luis de Narváez pereció con toda su gente. Pero la guazábara que decide de su entrada y es como su bautismo de gloria en la región, se la tienen prevenida en el valle de San Pedro los diez mil indios capitaneados por Guaicaipuro.

Triunfante prosigue Losada a la mañana siguiente hacia el Valle de Cortés que se llamó entonces de la Pascua, para de ahí tras breve posa, venir a establecer su campamento en este valle de San Francisco.





Sitio, a la entrada de Caracas, donde será erigida la estatua de su fundador, Diego de Losada.

Juzga llegado el momento de acudir, y en efecto acude, a los medios de paz; pero los indios responden talando las sementeras. Las recorridas que a sus tenientes ordena con propósitos pacíficos vuélvense escaramuzas heroicas. Y lo que en su voluntad se hallaba dispuesto para luégo de pacificado el país, determina realizarlo entonces, fundando de una vez a Santiago de León de Caracas. Y tal como a su predestinación convenía, la ciudad surge de entre un cerco de sangre y de fuego. Desde antes de Losada hasta algún tiempo después de la definitiva partida del conquistador, españoles e indios compiten en ceñir a la ciudad una especie de muralla o corona encendida con sus crueldades, proezas y virtudes. Es el niño de la tribu de Chacao que certeramente flecha a los soldados de Juan de Gámez, porque entre ellos ve pasar a su hermana cautiva; Tiuna de Curucutí, el que arremete y bate a un grupo de los más bravos tenientes de Losada, y no cede sino traspasado por una flecha traidora; Guayauta, el que hecho prisionero y puesto enseguida en libertad, prefiere quedarse con los españoles a presentarse a los suyos, avergonzado de no haber sido de los muertos por la independencia de su tierra en el campo de batalla; la sobrehumana fidelidad con que Guaicurián, por medio de generosa estratagema, se sustituye a su jefe y señor en el suplicio; la fiereza de Tamanaco; la lealtad y patriotismo con que Sorocoima, soporta, nuevo Scévola, sin exhalar un gemido, la amputación de una mano antes que traicionar a los suyos; la nobleza de Paramaconi que se re-



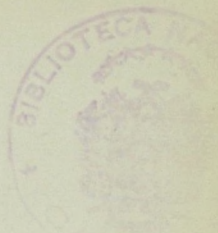
conoce melliza de la nobleza de Garcigonzález durante aquel abrazo mortal que en el fondo de un barranco de Catia se dan por largo espacio los dos héroes; y finalmente Guaicaipuro, predecesor de muchos de ellos en el martirio, y quien, por su vida y su muerte, asume carácter de protagonista de una tragedia heroica.

Asimismo podrían decantarse hazañas de españoles desde Juan Rodríguez de Suárez, pasando por Garcigonzález de Silva hasta Alonso Andrea de Ledezma. Sorprendido con cinco españoles más entre las quiebras del monte por dos verdaderos ejércitos de naturales, combate contra ellos por dos noches y un día, y, cuando ya ve a sus compañeros caídos y los mismos indios aterrados del estrago de sus golpes, le dan por suyo el campo y le invitan a proseguir libre y sin recelos. Juan Rodríguez Suárez, después de una última arremetida en la que pone fuera de combate a cincuenta de sus contrarios, fatigado el brazo de combatir, fatigado todo él por el insomnio, la sed y el hambre, se desmonta del caballo a descansar, y, arrimado a su corcel de batalla, casi todavía en pie como conviene a un caballero español, se queda muerto. Amenazada la ciudad, no ya por asalto de indios sino por el corsario inglés que viene al saqueo fácil, uno de sus fundadores y que, por sus muchos años, quedara en ella solo mientras los demás acudían a la defensa, Alonso Andrea de Ledezma, viendo a los corsarios aparecer por distinto rumbo del que todos imaginaran, monta a caballo, y embrazada la adarga y lanza en ristre, gallarda anticipación del Quijote, avanza cuesta arriba contra el escuadrón de los corsarios, para, naturalmente, sucumbir al golpe de ellos que, maravillados de la hazaña, rinden luego a sus despojos los honores de la milicia.

Florecientes en los orígenes de Santiago de León de Caracas, tan magnos hechos y virtudes vienen a ser como un presagio divino para la ciudad en donde a vuelta de dos siglos y en varona de estirpe castellana hallará cumplida significación la palabra alumbramiento.

Salvada como por milagro la ciudad, en sus comienzos, del asalto de Guaicaipuro; asegurada su fuente de recursos, por la parte del mar, con la fundación de Nuestra Señora de Caraballeda: conseguida al fin la paz de la región por muerte de Guaicaipuro, centro formidable de la resistencia indígena, Losada recorre toda la tierra antes de proceder a su reparto. Y, repartida la tierra, como cada quien exagera el mérito propio y ninguno encuentra de acuerdo con su mérito la encomienda que se le atribuye, en los descontentos empiezan a fermentar contra Losada la emulación y la intriga. Ya en el proceso que termina con el inútil e inhumano sacrificio de los veintitrés caciques y capitanes mariches, le preparan asechanza diabólica los émulos. Y él, quizás creyendo desarmarla, en vez de enfrentársele abiertamente la rehuye, entregando a los alcaldes la suerte de aquellos infelices con el gesto de Pilatos, que en el bronce nobilísimo del conquistador pone un toque de sombra. Pero no por eso deponen las armas la emulación y la intriga. Fomentando el descontento, no paran, hasta ir con las quejas al Gobernador, quien sin oír a la otra parte, como era de justicia, revoca sus poderes a Losada. Y Losada se aleja para siempre de Santiago de León de Caracas y regresa al Tocuyo, pasando por Barquisimeto, residencia del Gobernador, pero sin entrar en la ciudad. No tiene que dar explicaciones porque se considera en paz con su conciencia, ni las pide porque se lo veda el





orgullo. Vuelve a su encomienda de Cubiro, única remuneración dice Oviedo y Baños de una vida llena de merecimientos. Allí, hasta su última hora se consagra a las faenas de la cría. Y a poco muere, ignorando tal vez que ha echado las bases de una nueva nacionalidad, que es uno de los padres primeros de una nueva patria; ignorando sin duda, que en este valle de San Francisco, entre el enhiesto murallón de granito del Avila y la clara sonrisa del Guaire tendido a los pies de los verdes collados del sur, dejó labrada, con el hierro de sus grandes acciones, la cuna de Simón Bolívar, el Libertador de América.

Hoy la república, por iniciativa de su ilustre Presidente, empieza a rendirle justicia, desagraviando su memoria. Hombre de constancia y de fe, la iniciativa de su desagravio debía corresponderle a otro hombre de constancia y de fe.

Mañana, cuando merced a esa misma iniciativa, surja el monumento, y, envuelta en los colores de Venezuela y España, en impecable prestancia marcial bajo la bien ajustada gloria, aparezca la efigie del Conquistador, en signo de homenaje se abatirán sobre ella, con las palmas del Avila, verdes gajos de laureles criollos, gajos de laurel matapalo, único laurel que se cría en estas antiguas tierras de Tamanaco, Paramaconi y Guaicaipuro.

---

#### DISCURSO DEL SEÑOR RAMÓN DE BASTERRA.

A España, representada en mi pobre voz, por bondadosa delegación de mi Jefe, el señor Ministro, le corresponde una parte sobresaliente en este acto. A mí me incumbe la tarea difícil de merecer vuestra atención en pos de la elocuencia de mi querido Maestro el señor Díaz Rodríguez. Trátase aquí de honrar la figura del fundador de esta espiritual, recogida y encantadora ciudad de Caracas, pueblo bello que, en esta hora en que en el Globo no hay unidad de estilo, mantiene la uniformidad heredada y está todo él edificado con casas que ofrecen la regularidad clásica de las estrofas en el verso. Así pudiéramos decir que toda Caracas está dicha en estrofas de cal que son décimas o quintillas del más puro romance castellano, con sus tropos de rejas, de portones y patios, oriundos del Mediodía europeo.

Al constructor don Diego de Losada, que reunió tantas edificaciones con su Carta Puebla, vosotros le festejáis, como constructores también, colocando el primer bloque de un monumento a su memoria. Y en Diego de Losada, festejáis a España. Porque Diego de Losada, fortísimo varón del ancho y robusto pecho, de la barba que corre sobre una mandíbula prognata de guía, gemela de la de su César Carlos V, es figura prócer en la hora matinal de nuestro difunto y común Imperio Católico Hispano.

Nuestra civilización hispano-americana, señores, es la obra de dos grandes Casas cimeras, la de Austria y la de Borbón. Con la Casa de Austria se derrama un dinamismo emanado de una llanura pastora y trashumante, la de Castilla que realizando una colosal empresa de planicie, vertió sobre el mundo un espíritu nómada, hasta llegar aquí sobre pies castellanos. La Casa de Borbón,



que desde el nido de su primer reino de Navarra, con Enrique IV, trasfirió su egregia sangre a los dos grandes Alcázares del Occidente, Versalles y el Escorial, es, según ese origen pirenaico de los Borbones, una empresa de montaña, con su sentido de administración y predilección agrícola y sedentaria que con el P. Feijóo, Jovellanos y Peñaflorida, llena nuestro común siglo XVIII. Amad todo nuestro pasado porque él es vuestro, así como todo vuestro porvenir desde 1810, lo amamos nosotros, ya que nuestras entrañas fraternales se conmueven al veros obrar en libertad, con todas nuestras virtudes y hasta con todas nuestras limitaciones. En suma, Caracas es una edificación de los magnos días de nuestra soberana Casa de Austria.

El acto que aquí nos apiña es uno de los más ricos en significados de la íntegra historia de la civilización. A nadie escapa en estos momentos lo maravilloso que es pensar que en este recinto en que residían razas indígenas, ajenas al Occidente de Europa, con otras habitaciones, con otras lenguas, con otros dioses, se alcen hoy en las torres y suenen las campanas occidentales y se difundan las mismas voces, las mismas leyes de hogar, los mismos fuegos, en una palabra, que estaban encendidos en la España de los Reyes Católicos y del César Carlos V. Porque eso es lo que trajo aquí, a estos valles en que presidía destinos misteriosos el valiente Cacique Guaicaipuro, eso es lo que trajo aquí Diego de Losada, aquel gran hombre de a caballo, aquel varón reposado y muy agradable que se granjeaba las voluntades con su sola presencia porque era de los que convencen con mostrarse nada más, eso es lo que trajo aquí al substituir a las chozas autóctonas, hijas vegetales de este suelo, con las edificaciones de la vieja y venerable civilización del Mediodía de Europa.

Condición humana es la ley trágica de la guerra: no hemos venido a este mundo a ser felices sino a ser grandes. Un imperativo eterno condena a todos los vivos a la emulación. Raza que no se supera cae bajo la influencia de otra más esforzada. No obstante es de pechos hidalgos, al elevar este homenaje a la gloria del fundador de Santiago de León de Caracas, aludir en tributo de melancolía, a la memoria del heroico jefe anterior al imperio colombino, que Losada cimentó con su hazaña. La ley de superación de las razas es universal y eterna y si nosotros los españoles, significamos para vosotros lo que los romanos significaron para nosotros, y fuimos los romanos de América, también a nuestra vez, nosotros los españoles fuimos los indios de Roma y de su gran Imperio. Porque si nosotros festejamos a Trajano y a Séneca, dos españoles romanizados, es decir, dos glorias del Imperio Romano, festejamos a la par a nuestro gran indígena el portugués Viriato, y los franceses, de su parte, celebran a Vercingetoris. Guaicaipuro fué, pues, el Viriato o Vercingetoris de estas vegas del pie del Avila.

La civilización no es sino una sucesiva transmisión de las antorchas intelectuales. Egipto se las dió a Grecia, Grecia se las dió a Roma, Roma se las dió a España, España se las dió a América. Las antorchas están en vuestras manos. Y al festejar aquí el fuego encendido por el brazo de Losada que aún arde en los muros de Caracas, nos damos cuenta de que aquel gran hidalgo dejó una herencia de pura claridad española, que a su vez se enlaza y deriva de las luces primeras del Imperio de los Romanos. Así resulta conmovedor, señores, el po-



ner el pie en vuestras casas, porque en sus rejas, en sus patios, vivo está el sentimiento de España. Vuestros muros, vuestras columnas, vuestros patios, saben al Mediodía de España; los preside el espíritu meridional hispano, pero a su vez, quien conozca la arquitectura del Imperio Romano, apercibe que en vuestros patios está viva la herencia de Roma y se siente la hermandad profunda de un patio de Caracas con la de los patios de las casas de Pompeya, excavadas de las escorias del Vesubio. Comprendo que gustéis el placer, al aquietaros en vuestras moradas, de respirar su aroma conmovedor, el perfume de siglos que exhalan vuestras casas, que son hijas directas de España y son por ello nietas de nuestra madre romana que, para vosotros asume la conmovedora actitud de la abuelita.

Hay momentos inevitables a pesar de los pacifistas, en que al hombre le toca derramar noblemente la sangre de su hermano. Son forcejeos fatales con la marcha de los astros. Pero a poco llegan horas de paz y en el corazón humano se reparten por partes iguales la crueldad y la dulzura. Las espadas que sudaron sangre son a poco ruecas que hilan tejidos de mutua comprensión y telas de sosegado afecto. Ved si nó, señoras y señores, que en esta hora de celebrar el brazo de Losada, que es una cima en el sueño maravilloso de la Historia, un puro sentimiento de amor nos funde, uniéndonos a sangres tan diversas, a carnes procedentes de tantas razas fídicas que, como la mía que comerá la tierra, es hija de una familia, la vasca, sin conexión apenas material con las demás de la tierra, y sin embargo, vednos aquí, debajo del recuerdo de Losada, conmovidos al pensar que las campanas y los cantos de los vendedores ambulantes todo suena en Caracas el eco del nombre de Don Diego. Acontece que en el fondo la verdadera raza es la cultura, la verdadera sangre es la que circula en las ideas de una civilización superior, y, en fin, cada uno de nosotros no es sino el hijo de su lengua. ¡Honor, pues, a Losada, que es quien ganó estos suelos al idioma de Cervantes!

Y tú, recogida y espiritual Ciudad de Caracas, a quien en el fondo se celebra al honrar a su fundador, mantén por siempre, como en estos días en que te embelleces, bajo la benemérita autoridad del General Juan Vicente Gómez, quien en su Gobierno significa también una empresa sedentaria y hacendosa de montaña, mantén por siempre, contra las asechanzas de los monstruos del industrialismo, los rascacielos y las fábricas, mantén por siempre esta clásica y heredada regularidad que da a tus casas la noble alineación de las líneas de un romance.



## XXII

### **Inauguración de la Plaza Juan C. Gómez y del busto en bronce de aquel eminente servidor de la Patria.—Discurso del Secretario de Gobierno del Distrito Federal doctor Ramón E. Vargas.**

Después de la colocación de la primera piedra del monumento a Diego de Losada pasó el General Gómez y su comitiva a inaugurar la plaza y el busto en bronce del General Juan C. Gómez, el eminente hombre público que consagró sus esfuerzos, como Gobernador del Distrito Federal, al servicio del progreso y embellecimiento de la ciudad de Caracas. Este homenaje de la ciudadanía al íntegro Magistrado de Caracas, tuvo en el centenario de Ayacucho un significado simbólico, pues sirvió a la Patria con lealtad y desinterés y en la mitad de su camino lo acecharon el crimen y la alevosía.

Desbordante multitud esperaba en la plazoleta la llegada del Primer Magistrado de la Nación, recibido a los acordes del “Bravo Pueblo”, y a quien acompañaban el General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República, los Ministros del Despacho Ejecutivo, el Gobernador del Distrito Federal, el Secretario Privado del Presidente de la República, el Secretario de Gobierno del Distrito Federal, la Municipalidad de Caracas y altos funcionarios públicos.

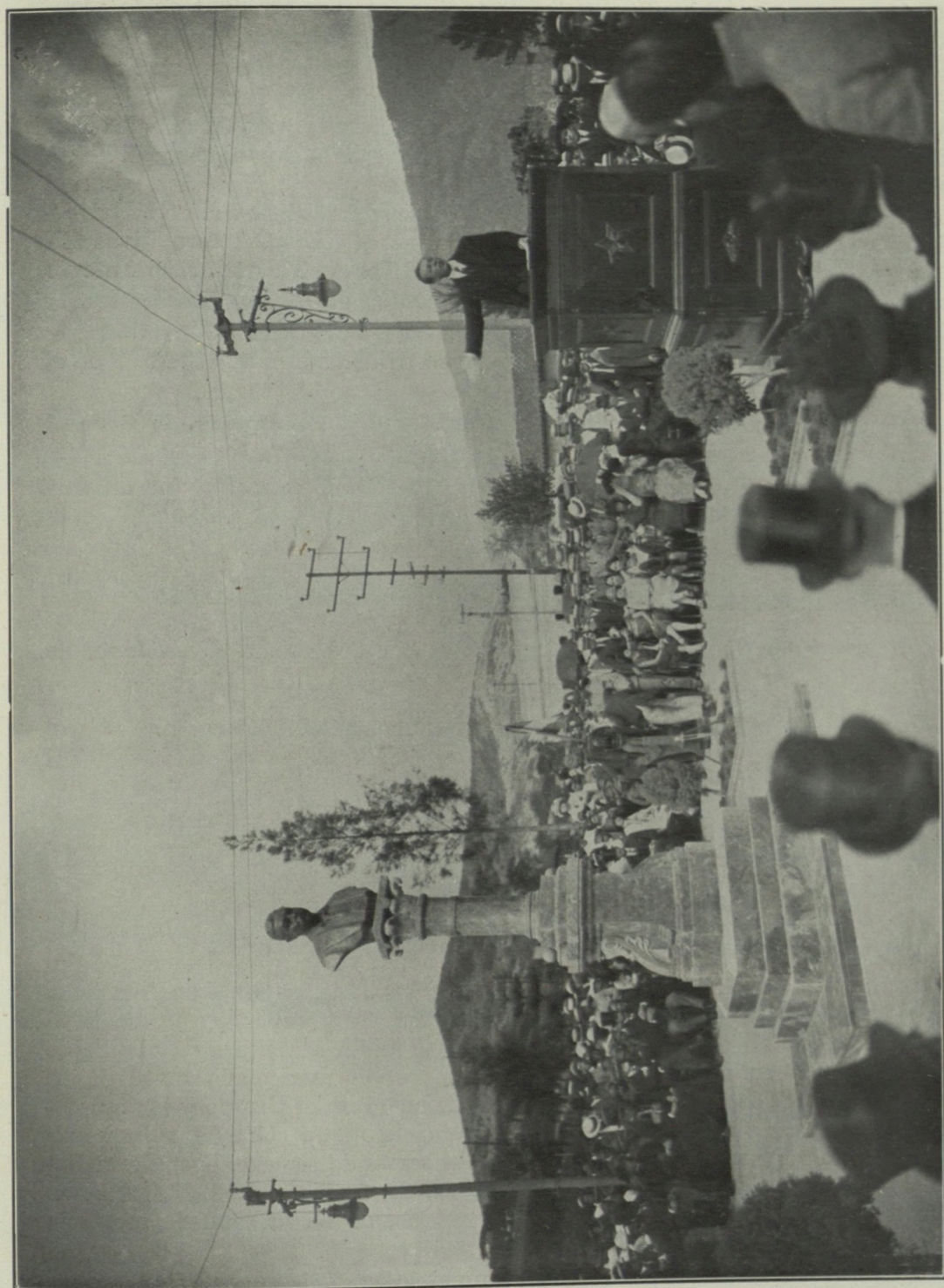
El Honorable Cuerpo Diplomático acreditado ante nuestro Gobierno y el Illmo. señor Arzobispo de Caracas estuvieron también presentes en este acto con que la Gobernación del Distrito Federal y pueblo caraqueño glorificaban la memoria del inolvidable General Juan C. Gómez.

El Presidente Constitucional de la República recorrió el velo que cubría el busto a los acordes del Himno Patrio, entre los aplausos de la concurrencia. Luego subió a la tribuna el doctor Ramón E. Vargas, Secretario de Gobierno del Distrito Federal, quien pronunció un sentido y vibrante discurso, en el cual hizo con brillo y nobles y exaltados acentos de sinceridad y de cariño el panegírico del eximio ciudadano, arrancando nutridos aplausos a la concurrencia.

El Excelentísimo señor Don Hilarión D. Moreno, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la Argentina, ofrendó una bellísima corona a nombre del Honorable Cuerpo Diplomático acreditado en Caracas.

También ofrendaron coronas ante el busto, los Profesores y alumnos de la Escuela Federal “Juan C. Gómez”, y la Escuela Federal “Agustín Avelledo”, que





El Doctor Ramón E. Vargas, Secretario de Gobierno del Distrito Federal, pronunciando su discurso en la inauguración de la Plaza Juan C. Gómez y de su busto en bronce.



concurrieron en cuerpo al acto, y entre otras significativas ofrendas de la gratitud de un pueblo, resaltaban las bellísimas coronas siguientes:

Doctor Ramón E. Vargas y señora, doctor Carlos Febres Cordero, Ingeniería Municipal del Distrito Federal, coronel E. Velasco Jaime y familia, Delegados del Estado Anzoátegui, Efraín Rodríguez y señora, Amalia Rosa Arvelo, los Empleados de Tranvías de Caracas, los vecinos de la Avenida Sucre, general Ulpiano Olivares, Eusebio Crespo Vivas, coronel A. Santiago de Silvestry, general Eduardo G. Mancera y familia, Rentas Municipales del Distrito Federal, Universidad Central de Venezuela, Juan de Dios Fránquiz y señora, Arturo Vivas Miranda y señora, los hijos del Municipio Libertad del Estado Táchira, José Antonio Chacón y señora, y los hijos del Municipio Independencia del Estado Táchira.

En el artístico pedestal del busto, se destaca el Escudo de Santiago de León de Caracas con la inscripción siguiente: "9 de diciembre de 1924". Y en el frente:

"Homenaje de la ciudadanía de Caracas a su eximio Magistrado General Juan C. Gómez, Gobernador del Distrito Federal, 1913 a 1923".

El Primer Magistrado de la Nación, y su brillante comitiva, fueron despedidos a los acordes del Himno Patrio.

---

DISCURSO DEL DOCTOR RAMÓN E. VARGAS.

*Excelentísimo señor General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República:*

*Muy digno señor General, Vicepresidente Constitucional de Venezuela:*

*Honorable Cuerpo Diplomático:*

*Ilustrísimo Señor Arzobispo:*

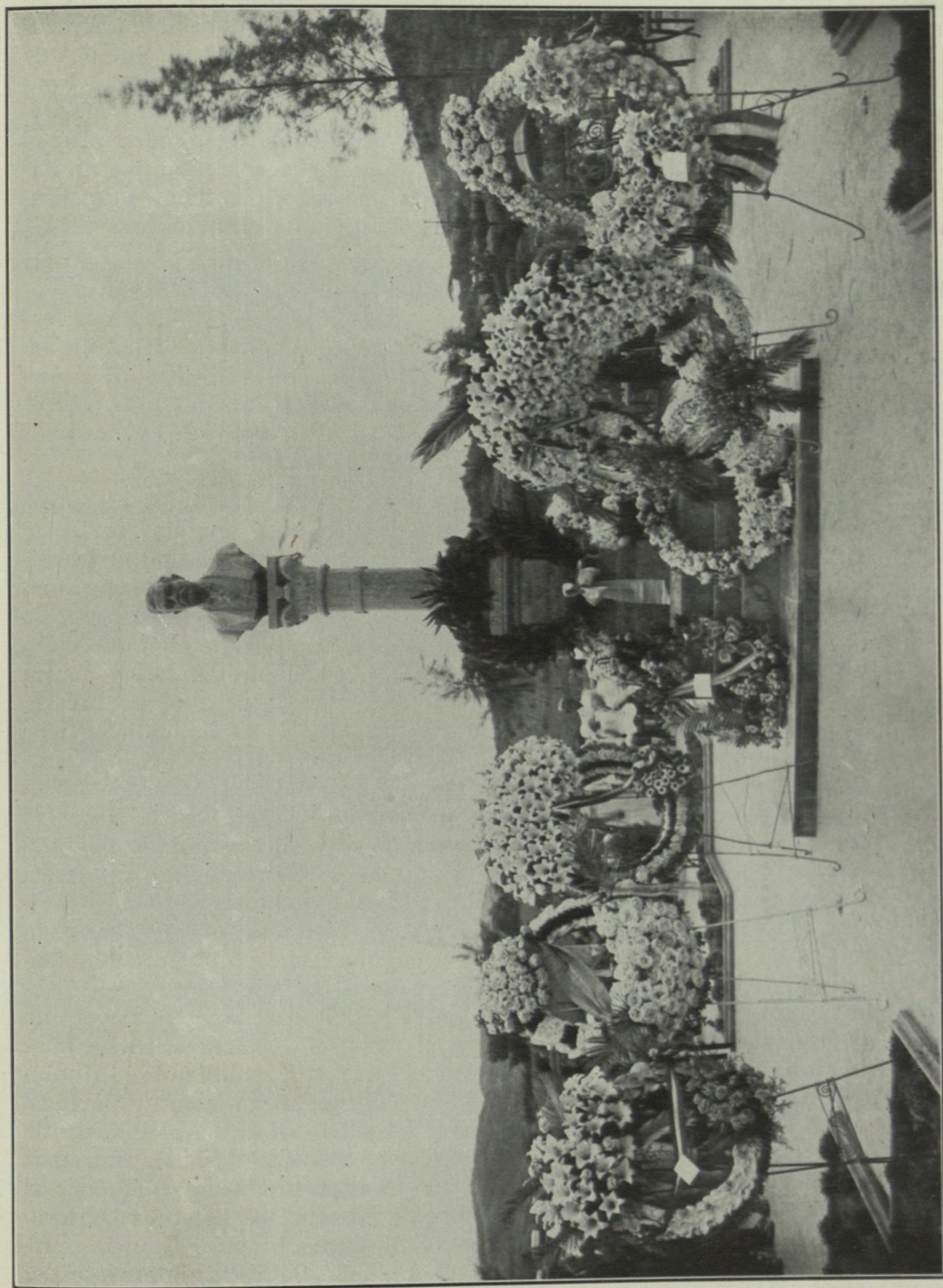
*Respetables señoras:*

*Señores:*

Una generosa y consecuente designación hecha en mí por el general Julio Hidalgo, Gobernador del Distrito Federal, para llevar la palabra en este acto, me da la honrosa ocasión de recordar ante vosotros a ese noble varón que llevó por nombre Juan Crisóstomo Gómez, y cuya efigie moldeada ahora en bloque de bronce, se destaca ante propios y ante extraños, con la arrogancia gentil de un alma bondadosa, resistiendo impasible las inclemencias del tiempo y las opiniones de los hombres; a esa ilustre víctima, a quien la mano cobarde, ruin y salvaje de un infame asesino, instrumento ciego y servil de los enemigos de la Patria, le arrebató la vida en la luctuosa noche del 29 de junio de 1923, tal como sucediera con Sucre, el Abel de la Libertad americana, en la sombría montaña de Berruecos, el 4 de junio de 1830!

Sucre, alma templada en el más alto patriotismo, idea y acción en los campos de batalla, triunfador en donde quiera que la Patria lo necesitara, colaborador esforzado e infatigable, con su obra de virtuoso y de magnánimo, en las





Ofrendas florales ante el busto del General Juan C. Gómez.



proezas guerreras de Bolívar; Sucre, a quien cupo la gloria de sellar con su espada la independencia de la Gran Colombia en el campo inmortal de Ayacucho, y de ser el primero, que posponiendo los ardores de la guerra, los odios de la lucha y las crueldades del vencedor, supo tender desde las alturas del Condorcunca hasta las almenas de Quinua el manto colosal de la clemencia y magnanimidad para el vencido, dando así el más heroico ejemplo de grandeza, fué el escogido por los enemigos de la libertad, por la demagogia irredenta, que no habiendo podido sacrificar la idea libertaria en la persona de Bolívar, quiso destruir en Sucre el ideal de la República y los fueros de la independencia.

Ese día de junio, nefasto y tenebroso, cayó sin vida el más joven, el más gallardo, el más afortunado de nuestros Jefes libertadores; y la Patria Hispano-americana, en presencia de ese crimen horrible, consolidó sus fundamentos, estrechó en un inmenso y fraternal abrazo a los grandes Caudillos y dirigió su derrotero derechamente hacia la prosperidad y grandeza con que cien años después, se muestra hoy a la admiración universal como si el asesinato del vencedor de Pichincha y Ayacucho hubiese sido la voz de alerta para que las naciones libertadas se aperciesen contra ulteriores criminales tentativas.

También aquí, señores, otro día de junio, lúgubre y aciago, los enemigos de la paz y el bienestar de Venezuela, alentados por la bastarda aspiración de entorpecer el progreso y prosperidad de la Nación, sin otro propósito que la ruina y desgracia de la Patria, descargaron el golpe alevoso sobre el cuerpo indefenso del general Juan C. Gómez, eminente servidor público, Magistrado querido y respetado de sus gobernados por los atributos de justicia y de bondad que tanto le distinguieron y preparado como el que más por el ejemplo del Jefe y por su propia vocación para el bien de la comunidad, creyendo quizá, que su muerte redundaría en graves trastornos para la marcha regular de la República y que echaría sombras sobre conciencias bien nacidas, templadas al calor de la honradez más depurada y solamente esclavas del cumplimiento del deber; y quien momentos antes sonriera a una vida feliz y tranquila, satisfecho de hacer el bien, contento de cumplir con sus deberes, desapareció de este mundo dejando en horfandad a los que fuimos sus amigos y sumido en hondo duelo y amargura a su noble hermano Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República, a quien los enemigos creyeron anonadar con ese rudo e inesperado golpe. Creyeron la infamia y el bandolerismo en abominable contubernio, que la Causa de Diciembre se desplomaría con ese crimen, que a la vez era un certero golpe en el corazón del ilustre hermano de la víctima; pero no pudieron pensar que siempre, con el postrer aliento de los mártires, revive y se agiganta la causa del victimado, desde Jesús en el Calvario redimiendo la Humanidad, hasta Napoleón, el genio militar, en Santa Elena, Miranda en La Carraca, Bolívar en Santa Marta, Sucre en Berruecos y Juan C. Gómez en el Palacio de Miraflores. Y no se dieron a pensar tampoco, que las grandes, las supremas impresiones del alma, por sorprendentes e inesperadas, producen fenómenos al parecer contradictorios y que los espíritus excepcionales, los hombres sobresalientes, reaccionando súbitamente, imponen su voluntad a las circunstancias cualesquiera que ellas sean y, restablecen rápidamente el equilibrio interrumpido; por eso el Benemérito Jefe del País, al borde mismo de la tumba de su querido hermano aún abierta, recobró nuevas y más vigorosas energías, templó su fé-



rra voluntad al calor de la desgracia, multiplicó sus actividades político-administrativas y pleno de salud, rebotante de vida le vimos continuar imperturbable y sereno la magna obra de regeneración que el Ser Supremo le confiara.

Antonio José de Sucre y Juan Crisóstomo Gómez, ambos victimados infamemente, indefensamente, a merced de la oscuridad de la selva el uno y de la noche el otro, son las figuras representativas más sobresalientes en la inmola-ción y el holocausto de las grandes Causas.

Y sea por una gran casualidad o porque se cumplen previsiones del Destino impenetrable, álzase este busto a los comienzos de la amplia Avenida que lleva el nombre del Gran Mariscal Antonio José de Sucre, como para significar al mundo, que el mártir de Miraflores, víctima de los hijos espurios de la Patria, vela por el nombre inmaculado del mártir de Berruecos, víctima de los demagogos políticos de su época.

Es que las figuras sobresalientes de la humanidad, por la grandeza de sus almas, por la alteza de sus concepciones, y por el rico tesoro de sus virtudes, tienen muchos puntos de contacto en las múltiples manifestaciones de su actividad personal, y van, aún por desiguales sendas, camino de un Tabor; donde al finalizar la existencia, irradian con la intensa luz de Sol de la inmortalidad... y no importa que sucumban en la brega o caigan al golpe criminal del asesino porque nunca podrán los perversos ni los tráfugas someter al martirio ni al puñal los rumbos señalados a los pueblos por la mano providente del Eterno!

El crimen que asecha en las encrucijadas del camino o en la tranquila mansión de la ciudad ajena a todo temor, no cuenta con que el puñal que trunca una existencia, esperanza de la Patria y promesa de grandes beneficios para el porvenir, torna las consecuencias del crimen contra el que arma la mano del asesino. Como el crimen de Berruecos, este de Miraflores dió a los enemigos adversos resultados y Venezuela, próspera y feliz, marcha serenamente hacia la cumbre de su engrandecimiento hábil y patrióticamente dirigida por la indómita voluntad del Eximio Caudillo de Diciembre.

*Señores:*

La ciudadanía de Caracas, franca y decididamente apoyada por el Gobierno del Distrito Federal, presto a complacerla, ha construido esta plaza y levantado ese Busto en bronce del general Juan C. Gómez, como para testimoniar en forma imperecedera, cómo saben los pueblos corresponder a los altos merecimientos que fueron motivo de las más puras y gratas satisfacciones para aquél que, como ciudadano, como Magistrado y como amigo, ajustó siempre los actos de su vida a las reglas invariables del Deber, de la Justicia y de la Equidad.

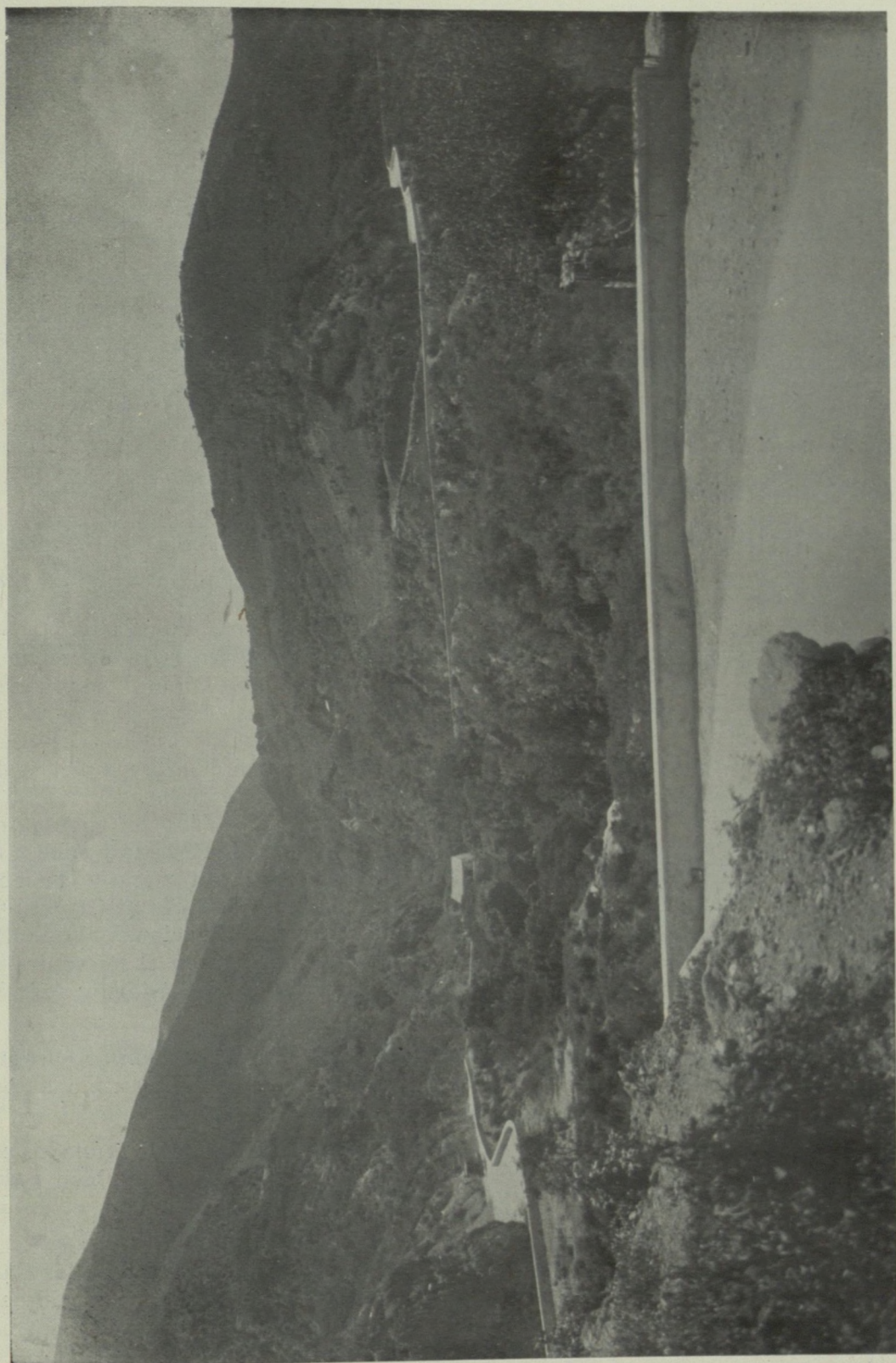
Esta obra, símbolo de amor y de respeto, que guardará para siempre la memoria querida del eximio Magistrado de Caracas, se inaugura en los momentos en que el mundo todo canta con patriótico entusiasmo las glorias de nuestros libertadores y saluda, con las dianas de la victoria, los triunfos alcanzados en la memorable jornada de Ayacucho, en la cual quedaron rotas para siempre las ligaduras con que se nos atara al antiguo dominio colonial y en que el Sol de la Libertad alzóse altivo en los amplios horizontes de la América, para iluminar



con sus rayos esplendentes los dilatados campos de lo que antes fuera soberbio y poderoso Imperio de los Incas, en donde hoy se levanta la nueva y floreciente República del Perú, a cuyos hijos saludamos los venezolanos, en estas horas conmemorativas de sus glorias, con demostraciones de la más cordial y franca simpatía.

El Pueblo de Caracas, en cuyo pecho generoso se guardan los más puros y nobles sentimientos de justicia y de virtud, ha querido que el busto de la Ilustre Víctima se alce a la entrada de la Capital de la República, donde al evocar su recuerdo, le contemple como un impasible y constante centinela, que a las puertas de la Ciudad del Avila, custodia su grandeza y vela por su brillante porvenir.





Carretera de La Guaira a Caracas.—Sección inaugurada el 11 de diciembre de 1924.



### XXIII

#### **En la carretera de La Guaira.—Inauguración de la variante de la “Pica de Acevedo”.—Una obra de incalculable trascendencia.**

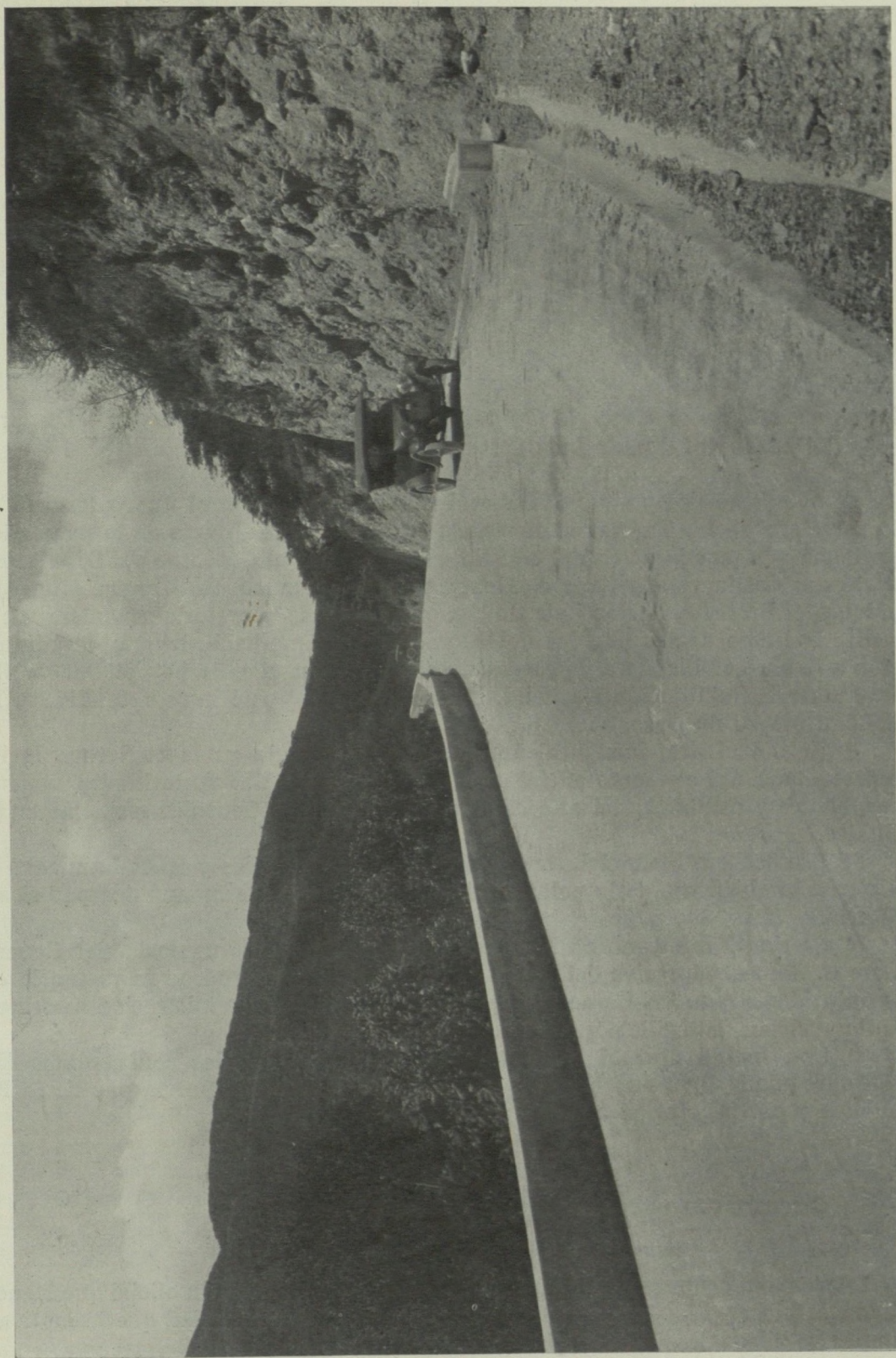
Después de la inauguración del busto y la Plaza “Juan C. Gómez” pasó el General Gómez a inaugurar, en la carretera de La Guaira, la variante conocida con el nombre de la “Pica de Acevedo”. Acompañaba al Supremo Magistrado de la Nación el mismo brillante séquito que en los actos anteriores. La pavimentación por el sistema de concreto y rectificación de la carretera entre La Guaira y Caracas es una de las obras fundamentales emprendidas por el Gobierno que preside el General Gómez. Caracas se convierte en puerto de mar acortada y facilitada su comunicación con los pueblos ribereños. Es de incalculable trascendencia para el comercio la construcción de esta vía, hecha después de meditados estudios y en cuyos trabajos la ingeniería venezolana ha alcanzado verdaderos triunfos científicos, venciendo dificultades del terreno, que parecían insuperables. El viajero que desembarque en La Guaira y suba a Caracas en automóvil tendrá necesariamente que elogiar este trazado y las condiciones de solidez en que ha sido construido el camino. Bastaría al General Gómez, si no fueran muchos los títulos que tiene a la gratitud nacional, el que haya dotado al país de esta carretera que perpetuará su nombre en el porvenir. En este mismo sentir estaban acordes cuantos acompañaron al Presidente de la República en su paseo inaugural hasta la “Pica de Acevedo”.

Desde la salida de la ciudad hasta el sitio de la desviación se encontraban ya ultimados los trabajos de pavimentación y arreglo atendiendo a todas las exigencias de la ingeniería moderna.

El estado en que quedará la nueva carretera no solamente reúne las condiciones exigibles para la seguridad de los viajeros, sino que también reduce con la construcción de puentes y desviaciones, en varios kilómetros, el antiguo recorrido.

El poeta Juan Bautista Arechederra dió lectura a su “Poema de los Caminos”, versos que fueron calurosamente aplaudidos y que pueden considerarse como una síntesis del cambio efectuado en nuestras vías de comunicación bajo el Gobierno de la Rehabilitación Nacional.





Carretera de La Guaira a Caracas.—Otro aspecto de la sección inaugurada.





## XXIV

### **Inauguración de la Casa de Gobierno del Departamento Vargas.—Discurso del Prefecto, doctor Luis Godoy.**

Al mismo tiempo que el General Gómez inauguraba el nuevo trazado de la carretera de La Guaira, se efectuaba en este puerto un acto de la mayor importancia: la inauguración del edificio adquirido por el Gobierno del Distrito Federal con destinación a Casa de Gobierno del Departamento Vargas. Llevó la palabra el Prefecto, doctor Luis Godoy, quien supo interpretar elocuentemente el sentir unánime de los pueblos del litoral y rindió merecido tributo de admiración a la obra civilizadora y progresista realizada en el país por el Benemérito Jefe de la Rehabilitación Nacional. El doctor Godoy fué muy aplaudido y felicitado por su discurso.

Asistió al acto inaugural numerosa concurrencia en la cual tuvo lucida representación el elemento oficial con la asistencia de las Autoridades aduaneras, civiles y militares, del alto comercio y del Cuerpo Consular residente en La Guaira.

Los señores Manuel Lovera Castro, Antonio Rugeles y Elías Landaeta V., hicieron también uso de la palabra, siendo calurosamente aplaudidos por el auditorio.

Se rindió asimismo un homenaje de gratitud a la memoria del General Juan C. Gómez, expresivo del afecto y la veneración que rodean la memoria del extinto Magistrado de Caracas, bajo cuya progresista Administración se decretó la adquisición del edificio que se inauguraba.

Una banda ejecutó brillante selección musical, y los concurrentes fueron obsequiados con una copa de champaña, brindándose por la paz de la República y por las glorias del General Gómez.

---

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR LUIS GODOY.

*Señores:*

Vengo a ocupar esta tribuna en virtud de una disposición oficial que he acatado con placer y hasta con entusiasmo por la elevada finalidad que la motiva y no por vanidoso deseo de imaginarme orador.



La tribuna, baluarte de la polémica, no es propicia sino para el elogio o el anatema. Queden la cátedra y la conferencia para el desarrollo de tesis más o menos abstrusas o la divulgación de conocimientos científicos y artísticos; para estos empeños necesitan talento e ilustración, en tanto que para lo primero sólo se requiere sinceridad; y no creo pecar de exagerado al afirmar que la derrocho. Cicerón, abominando de la conducta de Catalina en el recinto del Senado romano hizo mayores bienes a su República que el Legislador de Atenas o cualquiera de los otros sabios de la antigua Grecia a sus diminutas patrias, filosofando en escuelas y academias. Pero hoy, o por mejor decir en estos días de exultaciones del patriotismo, nada reclama el apóstrofe sino la loa; y yo me siento feliz al llevar la palabra en este acto que encarna y traduce una demostración de justicia.

La gratitud, sentimiento el más puro que puso Dios en el alma de su más perfecta criatura es la fuerza de cohesión que nos liga como una familia en esta asamblea. Es ese mismo sentimiento de justicia que inflama hoy el corazón de millones de seres, hechos libres y dueños de su propia suerte y que hace un siglo formaron tres grandes pueblos y en el presente seis naciones con vida republicana, nacidas al conjuro de Visionario de Casacoima! Gratitud, a cuyo influjo bienhechor han creado los mortales panteones para venerar las cenizas de sus Dioses Penates; y los pueblos erigen estatuas y monumentos que perpetúan la memoria de sus héroes. Gratitud es la gallarda y suprema razón por la cual un Estado americano lleva con orgullo el nombre de Bolivia; provincias y departamentos los de Sucre, Miranda, Anzoátegui, Santander; plazas, hospitales, ateneos y calles ostentan los de Páez, Baralt, Urdaneta, Bermúdez, Piar, Mariño; sociedades científicas, universidades y escuelas se exornan con los de Torres, Bello, Roscio, Zea. Es ese reconocimiento que ennoblece y sublima el alma de quien lo exterioriza, el que nos congrega en este recinto, murado con las efigies de aquellos varones ilustres y donde por misteriosa sugestión nos sentimos envueltos en un perfume sutil y capitoso de gloria. Y ello, con el propósito plausible de corresponder con nuestra hora de alegría al mismo tiempo que de recogimiento a las múltiples demostraciones que el Gobierno de Venezuela ha acordado para la celebración de la fecha centenaria de la emancipación del Continente Sur Americano.

Evoquemos el pasado, reconcentremos por un momento el pensamiento y miremos a través de un siglo el inmenso escenario del sangriento drama desarrollado del 19 de Abril al 9 de Diciembre! Júpiter con los rayos de la guerra en las manos, lanza semidioses y héroes, como genios de una tempestad que propagándose va a azotar los ventisqueros de los Andes! Carabobo! Ayacucho! Dos inmensas hogueras iluminan los horizontes de medio continente; y al mismo tiempo que calcinan un poder tricentenario que se extingue, anuncian con los tintes de una aurora tropical el amanecer de un nuevo día cálido y sereno para el mundo de Colón. Bolívar! Sucre! Páez! He allí los principales actores. Drama en verdad lleno de emocionantes peripecias que subyugan el espíritu y lo trasportan a sucesos indescritibles que quisiéramos haber atestiguado con nues-



tras propias vidas. Ya son los sublimes momentos de las primeras cargas de Niquitao y Los Horcones. Ya presenciamos la entrada a Caracas, donde por primera vez oye Bolívar, ebrio de gloria, el título de Libertador. O ya desfilan ante nuestros ojos humedecidos escenas conmovedoras como las del año 14. Ora triunfos homéricos: San Félix, Boyacá. Ora reveses dignos de los grandes Capitanes, de Jerges a Napoleón. Ora empresas como las que sólo sabía realizar el Centauro de los llanos, Páez derrotando al Pacificador con su estrategia única y conservando con su acerada voluntad, templada en la misma fragua que su lanza, el fuego sagrado conque alentó durante cinco años la causa de la República, con su República de Casanare. Y mil y mil combates inverosímiles por desiguales en los dilatados dominios de los Virreyes y Capitanes Generales, de San Antonio del Táchira al Potosí. Tras de una derrota, una victoria que liberta una región, es un Estado que nace. En el interregno de dos batallas se reúne a veces un Congreso! y qué Congresos! Y Bolívar, oyendo piafar su corcel de guerra aún no desencillado, dicta la Constitución que el pueblo ha menester, como si fuese él la Providencia misma. Sus pasos gigantescos sobre la Cordillera asombrarían a Aníbal por lo atrevidos y a Alejandro por lo vertiginosos: la Campaña Admirable; el tramonto de los Andes, de Casanare a Bogotá; la campaña que podría llamarse científica, con su Congreso también Admirable y con su Dictadura del Perú; y por último, la creación de la República del Alto Perú, que ojalá por todos los siglos sea llamada Bolivia, son etapas que sólo él mismo pudo medir escalando las nieves del Chimborazo en un transporte de delirio!

Pero ay! No podemos cerrar los ojos atónitos ante los horrores de la noche de Setiembre en Bogotá, ni ante la ignominiosa escena de la montaña de Berruecos. El joven Mariscal amó las mismas grandes cosas que subyugaron al Libertador; mas aquél con la pasión doliente de los mártires: éste con el fuego de los semidioses, que devora la misma esencia que lo alienta. Poco tiempo se sobrevivieron. Quizás en el postrer instante de la vida, columbrando la agonía del Redentor, comprendieron que la raza de los escribas y fariseos no se extinguirá jamás, ambos marcharon serenos con la presciencia de su próximo fin!

Pero es tiempo ya de que volvamos al mundo de lo presente. Cien años han transcurrido, y hétenos aquí para decir que la heredad no se ha perdido: el legado se ha conservado incólume a través de las vicisitudes inevitables en la primera edad de los pueblos, lo mismo que en la adolescencia de los hombres.

No son vanas promesas, ni propósitos de enmienda, el acervo que podemos exhibir para esplendor y lucimiento de la celebración centenaria. Y bien podríamos decir que desde el año décimo de esta era, hemos vivido en un ininterrumpido festival patriótico! Oh suerte envidiable de Venezuela gloriosa y heroica!

Y dónde lo realizado para conmemorar dignamente los sacrificios de nuestros abuelos durante los catorce años de lucha magna? ¿Acaso fueron suficientes la epopeya o el epinicio? No señores! En esta época, en que verdaderas reparaciones históricas hacen converger las miradas de cien pueblos del viejo y del





Casa de Gobierno del Departamento Vargas, inaugurada el día 11 de diciembre de 1924.

nuevo mundo, sobre la figura singular del Libertador, no podíamos, no debíamos limitarnos al canto ni a la narración épica, aún cuando no deja de ser necesario, y es por otro concepto altamente meritorio que escritores y académicos se emulen en la fijación de los acontecimientos y de los hombres que en ellos consumieron sus energías, en el trance en que la libertad de América de un poder absoluto hizo cambiar los rumbos de los destinos humanos. Y muy particularmente tocaba a Venezuela un papel preponderante en el desarrollo de la gesta consagratoria, porque fué en su prodigioso vientre como en el vientre de Cornelia donde fructificó la simiente de todo bien para la causa de la República.

Empero, justo es reconocer que la patria ha correspondido con amor y con decoro. Ello es que paralelamente a aquellos catorce años de la justa libertaria, hemos vivido del 10 al año que corre, presenciando el período de más productiva actividad que haya gozado la República, aún comparándolo con los más florecientes interregnos de paz de épocas anteriores. Y es justo convenir también que esa venturosa e incruenta victoria ha sido tarea de la Causa que por muchos títulos figurará en la historia con el significativo nombre de Rehabilitación Nacional, felizmente conducida por la probada voluntad del General Juan Vicente Gómez, porque en él se ha realizado lo que con todo verdadero caudillo sucede, que ama ardientemente la paz, siendo guerrero, y su empeño más vehemente ha sido asegurarla para poder edificar la obra grandiosa que palpamos y que constituye la mejor ofrenda a los fundadores de la nacionalidad. Obras son amores



y no buenas razones: ningún proverbio más cierto entre los antiguos. Cada día, cada hora de estos catorce últimos años, puede ser marcada con la aparición de una obra nueva o el perfeccionamiento de alguna que no ya cónsona con los adelantamientos de la época moderna, así lo haya requerido. Y paso a paso hemos llegado a colocarnos al lado de los pueblos más avanzados; esto en lo que a progreso material se refiere, que en lo moral, afirmo que al presentarse propiamente la ocasión sabríamos demostrar que estamos a la altura de la herencia que nos legaron Simón Bolívar y los patricios que él ungiera con el título de Libertadores de Colombia.

¿A qué enumerar las obras si ellas están revelando con la elocuencia de los hechos cumplidos su existencia?

*Señores:*

Hemos vuelto al punto de partir.

Os he convocado para la inauguración de esta hermosa casa que nos alberga, una de las tantas obras que han sido incorporadas al patrimonio nacional en estos días de íntimos regocijos. Esta mansión gubernativa del Departamento era una necesidad para una capital, para un puerto de tanta importancia como lo es La Guaira, cuna del integérrimo doctor Vargas, fundador de los estudios médicos en Venezuela. Pues bien, ya tiene el Departamento que lleva su ilustre nombre un edificio capaz para todos los menesteres de la Prefectura y de su administración de justicia. Un conspicuo colaborador del Jefe del País, a quien es muy justiciero recordar en este instante, fué quien puso mayor empeño en adquirirlo. Fué él, su hermano extinto, el caballeroso cuanto modesto General Juan C. Gómez, en hora aciaga arrebatado a las actividades que consagraba al servicio de su patria y de su Causa. A su memoria debemos hacerle una demostración de gratitud, y se la rendiremos.

Mucho se ha hecho, esta es una verdad admitida hoy sin discusión por nacionales y extranjeros; pero aún falta por hacer. Y de propósito deliberado he querido resaltar este concepto, porque he querido que entre en el plan de mi discurso la significación y alabanza de otra empresa que el esforzado Jefe se ha empeñado en realizar, y sobre la cual poco o nada, que yo sepa, ha parado mientes la opinión pública. Ella es una obra de enorme importancia para el concepto de la nacionalidad; obra moral, obra de reparación, al mismo tiempo que obra de corazón, la cual quizás por sí sola bastaría en el futuro para hacer el nombre del General Juan Vicente Gómez acreedor a la gratitud de todos los venezolanos, cuando llegárase a negarle los otros muchos motivos que para serlo tiene en su considerable haber. Los que vivimos en este puerto, y singularmente yo, por la posición que ocupo, podemos dar fé de lo que con alborozo infinito de venezolanos voy a revelar a la publicidad. La misericordiosa Ley de Misiones ha empezado a cumplirse. ¿Sabéis lo que esto significa para la familia venezolana? No: los que habéis vivido siempre disfrutando del confort de los centros civilizados no sabéis de la existencia de hermanos nuestros que son esclavos, no víctimas de la esclavitud del hierro y el látigo impuesta por amo cruel, nó; pero sí de la esclavitud de la ignorancia, y peor aún, del salvajismo. Sabed que tenemos



hermanos venezolanos como nosotros, más americanos aún que nosotros mismos, los cuales nacen y mueren sin que siquiera conozcamos la tribu a que han pertenecido. Son millares, centenares de millares los indios que viven en las insalubres selvas vírgenes de Guayana, tribus numerosas que arrastran una existencia miserable por los caños de Maturín y el bajo Orinoco. Pues bien, una ley humanitaria va a redimir de la miseria y de la ignorancia a esos pobres salvajes que siendo nuestros hermanos nos temen más aún que a las fieras que conviven con ellos. Y todo ese triunfo de verdadera civilización se deberá a la iniciativa generosa del General Gómez. Ese pensamiento lo conservaba él fijo en su mente de tiempo atrás; me consta personalmente; data de cuando él hizo la primera campaña de Coro y en el encuentro con una facción cayeron en su poder tres miserables indios que de seguro habían sido arrancados por la fuerza de sus guaridas; eran bravíos, y seguramente habrían muerto de inanición si él no los dejara en libertad, pues ni hablaron, ni pudo hacérceles tomar alimento delante de persona alguna. Pero ya van los misioneros, no importa de qué secta religiosa, camino del bohío, a cumplir abnegadamente su santa misión. ¿No es ésta otra ofrenda digna de la memoria de nuestros mayores? Loor al Benemérito Presidente Constitucional de la República, quien la inspiró.

*Señores:*

Para terminar, valiéndome de lo que asenté en principio y al comienzo de este discurso, ya que llevando la palabra oficial, puedo también repercutir la voz del pueblo, réstame hacer una demanda; como un acto tribunicio, pido desde aquí al ciudadano Gobernador del Distrito Federal, apelando a su espíritu justiciero, autorización para colocar en lugar visible de este edificio una lápida con una inscripción que diga: "Adquirido bajo la Administración del Gobernador General Juan C. Gómez". Costearemos el valor de la lápida los habitantes del Departamento.



**Inauguración de la Carretera de Cumaná-Cumanacoa.—Importancia de la nueva vía de comunicación.—El General Gómez y la gratitud de los pueblos del Estado Sucre.**

En el Programa Oficial elaborado por el Ejecutivo figuraba, como uno de los números más resaltantes del día once la inauguración de la carretera Cumaná-Cumanacoa, vía de importancia singular para los pueblos del Estado Sucre. La inauguración fue cónsona con su trascendencia. La representación del Ejecutivo, el Gobierno del Estado Sucre y la ciudad de Cumaná, palpitante de entusiasmo por las glorias de su héroe epónimo, prestaron su concurso al lucimiento de este acto.

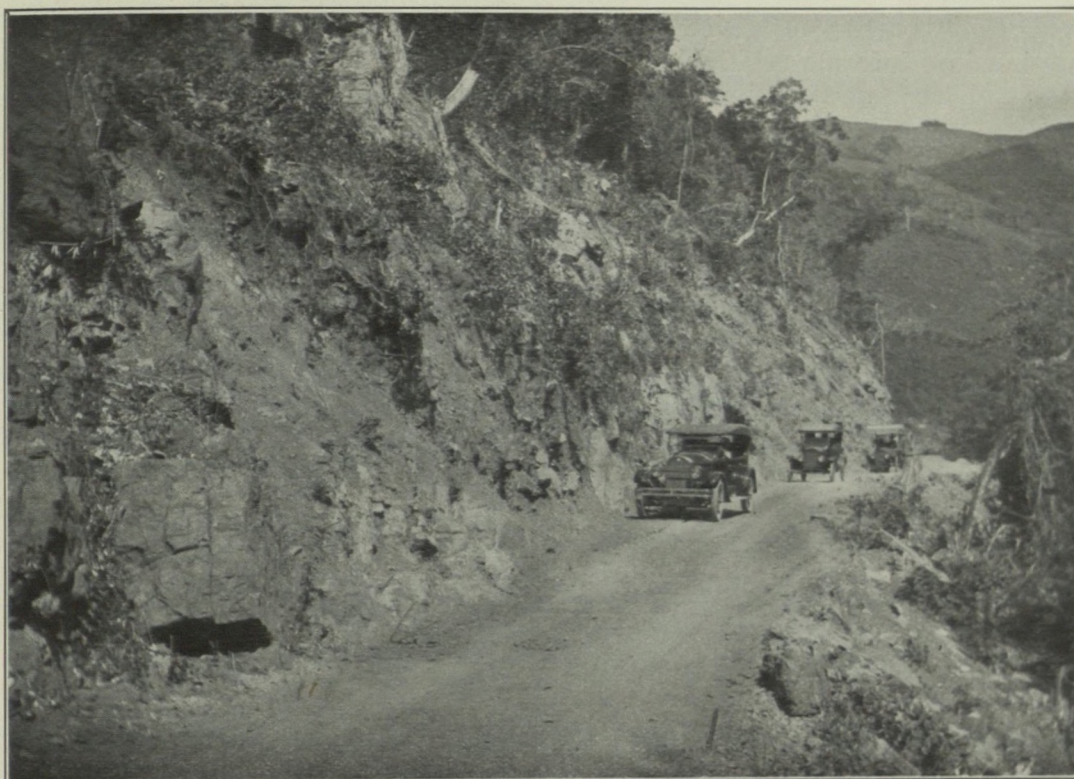
A nombre del Ejecutivo Federal, el doctor Luis Teófilo Núñez, miembro de la Delegación, declaróla solemnemente inaugurada. De su brillante discurso son los siguientes párrafos:

“Por la feliz circunstancia de nuestra honrosa representación en este acto del Ejecutivo Federal, venimos a llenar el grato encargo de acuerdo con el Ejecutivo de este Estado, de declarar inaugurada la carretera “Cumaná-Cumanacoa”, cumpliendo así uno de los más significativos números de las fiestas con que se celebra el Centenario de la famosa Batalla de Ayacucho.

“Y al hacer solemnemente esta declaratoria oficial, nos hacemos intérpretes de un afectuoso y paternal mensaje del Jefe del País, Benemérito General Juan Vicente Gómez, para decir al pueblo cumanés como es de infinita su satisfacción de patriota y de Magistrado, pudiendo hacer a la memoria de Sucre, en la misma tierra de su nacimiento, la ofrenda de esta hermosa vía de progreso que abre para las comarcas que ella acerca, puerta ancha y segura hacia un envidiable porvenir, y esta satisfacción se acrecienta más en el espíritu del General Gómez, porque él sabe que la obra de los Libertadores, o sea nuestra Independencia política, tiene su verdadero complemento en la obra de los trabajadores o sea nuestra Independencia económica”.

Todo el trayecto de la carretera y los caseríos fueron embanderados, y las poblaciones celebraron con entusiasmo la extraordinaria obra, victoriando el paso de la comitiva.





Carretera Cumaná-Cumanacoa.

Los pueblos de Sucre, íntimamente regocijados, bendicen al General Gómez, por su incansable obra de engrandecimiento patrio.

Léanse los términos en que el Presidente del Estado, General Juan Alberto Ramírez, participó al Presidente de la República la inauguración de la carretera:

De Cumanacoa, el 4 de diciembre de 1924.—La 1 h. p. m.

*Señor General J. V. Gómez.*

Experimento una de las más grandes satisfacciones de mi vida al comunicar a usted que con la jornada de hoy, rendida aquí por 1.074 obreros tras los mayores esfuerzos del brazo y de la voluntad bien inspirada en los nobles y altruistas propósitos de usted encaminados al progreso de los pueblos y al positivo bienestar de todos los venezolanos, ha quedado la carretera Cumaná-Cumanacoa expedita en toda su extensión para el tráfico público, el cual se inicia en este momento con la entrada de los automóviles a esta población en medio del unánime e insólito alborozo de todos sus habitantes que bendicen el nombre de usted, por el inconmensurable beneficio de que ha hecho objeto a los de Sucre.

Próximamente será presentado al Ministerio de Obras Públicas por el Ingeniero del Estado y Director Técnico de esta obra, doctor A. Minguet Letteron,



un minucioso informe relativo a los trabajos realizados, y entre tanto, me permito significarle que el expresado ingeniero continúa al frente de los trabajos de los puentes y pontones en construcción y por concluir, sobre las quebradas y riachuelos en donde se han practicado ramplas transitoriamente para el paso de automóviles y demás vehículos modernos.

Han sido construidas 13 alcantarillas y 5 puentes, estos últimos sobre las quebradas y riachuelos de El Tigre, El Clavelillo, El Castaño, Zanjón del Puente y las Maicabares; en construcción los puentes de El Imposible y San Agustín, y por construir los puentes de Guaripa, Agua Clara, Colorado, Munegro, La Ranchería, El Chaco, Bichoroco, Barrancas, La Laja, El Lindero, Botalón, Pie de la Cuesta, Paradero de la Rosa, El Toro, El Obispo y El Guayabo, y los pontones de Plan de Colorado, San Fernando Viejo, El Torito, Los Mangos, La Ceiba, Pie de la Cuesta y El Viejo Patricio.

Por la fausta como trascendental noticia que me honro en comunicarle, dignese recibir el homenaje de mis patrióticas felicitaciones.

Su leal amigo y subalterno.

JUAN ALBERTO RAMÍREZ.

---

La Carretera Cumaná-Cumanacoa constituyó desde hace largos años la constante aspiración de los numerosos moradores de una extensa y rica región, y ella significó siempre para las laboriosas poblaciones de Cumanacoa, San Fernando, Arenas, San Lorenzo y Acarigua, la salida rápida y amplia de sus productos hacia la costa, hacia la ciudad capital del Estado, la cual duplica hoy con la apertura de esta importante vía su movimiento comercial, e intensifica con las regiones del interior del Distrito Montes el tráfico, que, rendido hasta ayer no más fatigosamente por un camino de recuas de la época colonial, a paso de arreos, se efectúa ahora cómodamente por medio del automóvil, salvando de manera rápida cerca de cincuenta kilómetros en menos de tres horas.

La Carretera en referencia se desarrolla casi paralela al río Manzanares, a través de vegas y montañas fertilísimas, por regiones pródigas, en medio de un espléndido paisaje donde la perspectiva cambia a cada trecho, y donde la honrada fatiga del trabajo se convierte en bienestar y en prosperidad.

El pueblo, que sabe expresar sencillamente sus sentimientos, ha confirmado la fecunda actuación administrativa del General Gómez con la sintética denominación de "La era de las Carreteras". Nada más expresivo que esa frase para designar el progreso alcanzado por Venezuela en el ramo de vías de comunicación bajo el Gobierno de la Rehabilitación Nacional.

De Caracas, corazón de la República, arrancan hoy caminos magníficos que salvan largas distancias hasta los Estados vecinos, de éstos parten las que enlazan, unos con otros, campos y poblaciones, corren por el llano, salvan ríos o cabalgan en la sierra, compactando intereses, acercando regiones y complementando la gran obra de la unificación nacional.





Carretera Cumaná-Cumanacoa.

El General Gómez, cuya experta visión de gobernante responde eficazmente a la demanda de urgentes necesidades públicas, ha sabido impulsar nuestro progreso y fundarlo sobre bases indestructibles, abriendo esas vías de comunicación que hacen hoy de la República una colectividad compacta y disciplinada.

La realización de la Carretera Cumaná-Cumanacoa, obra exclusiva del General Gómez, de incalculable trascendencia para Cumaná y los pueblos de su interior, acrecienta la gratitud de ellos hacia el Magistrado que de manera tan eficaz ha sabido satisfacer una antigua aspiración pública, llevando los beneficios del progreso a localidades cuyo desarrollo detenía la carencia de medios para una amplia y eficiente comunicación.

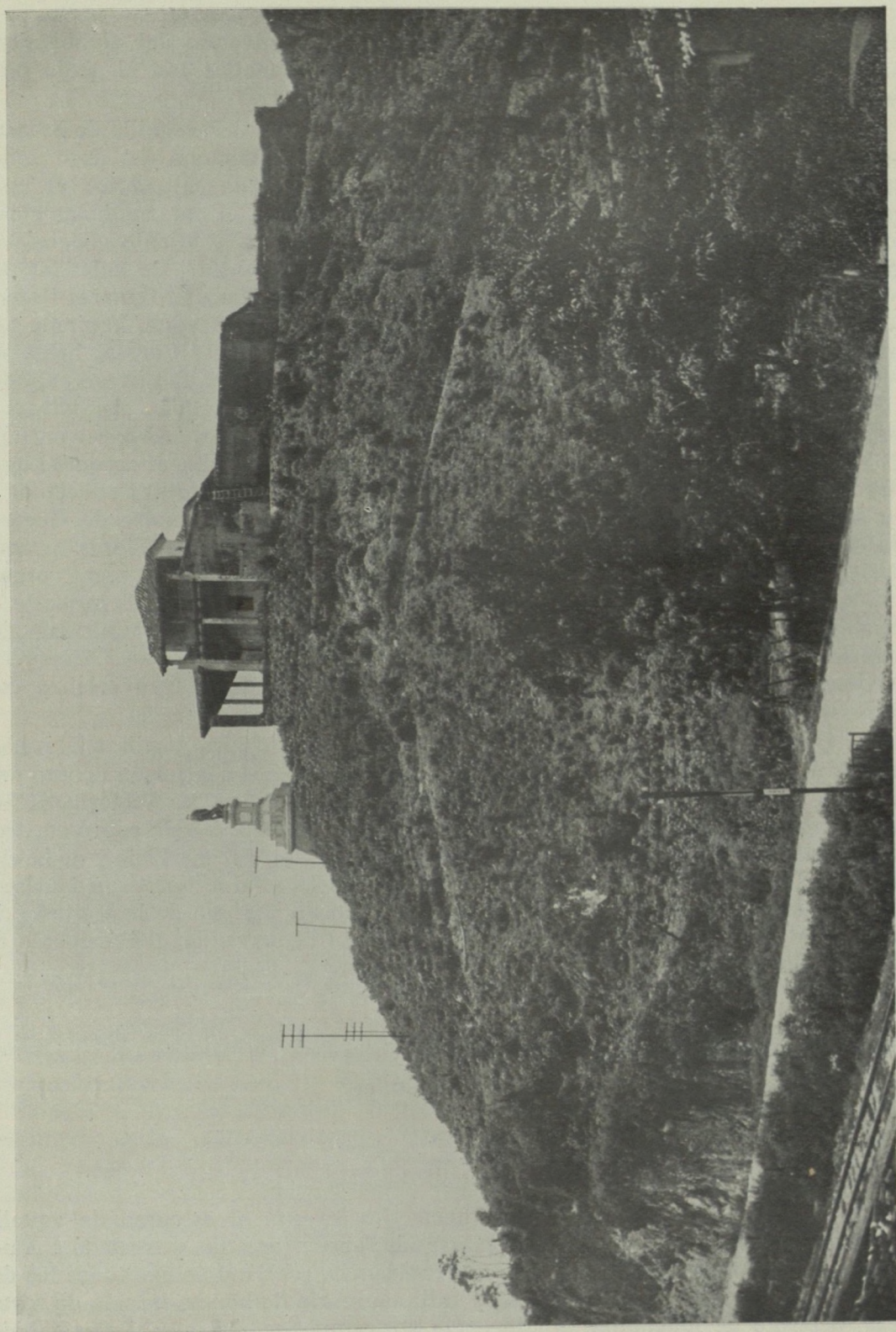


**Inauguración de un Museo de Armas y Reliquias Históricas en el Ingenio Bolívar.—Reconstrucción de la Casa de San Mateo.—Homenaje de admiración al Libertador y a sus tenientes de las cruentas jornadas de 1814.—Discursos del doctor Conde Flores y del Agregado Militar del Perú.**

El Gobierno del General Gómez, al adquirir para la Nación el Ingenio Bolívar y la casa histórica sublimada por el sacrificio de Ricaurte cumplía un voto partido del corazón de todos los venezolanos. Nada más emocionante en efecto, para el patriotismo de Venezuela y de la América toda, que la contemplación de aquellos lugares en donde discurrió serena y sin nubes la niñez del Libertador, y en donde, al correr de los años, templado su acero por el ideal de la independencia, dió a "Venezuela Heroica" una de sus páginas más resplandecientes. San Mateo es nombre sagrado para Venezuela. La Guerra a Muerte desplegó allí sus alas siniestras, y la resistencia del Libertador en aquellos aciagos días de febrero y marzo de 1814, coronada por la columna de fuego que arroja como una clámide triunfal, el holocausto de Ricaurte, representó ante la conciencia universal la justicia de la revolución emancipadora. Inspirado el General Gómez en estos sentimientos, decretó e inauguró en 1911, centenario de la Independencia, la estatua de Ricaurte, erguida en el propio sitio de su inmolación, adquirió después el Ingenio Bolívar y dispuso la organización de un museo para ser inaugurado en los días conmemorativos del centenario de Ayacucho. La historia conservará ese gesto patriótico del ilustre Jefe del País.

La Casa del Ingenio fue debidamente restaurada y en ella, una Junta designada al efecto ha reunido patrióticas reliquias, armas antiguas y una galería de retratos de los principales jefes que actuaron bajo las órdenes del Libertador en el cerco de San Mateo. Fue colocada a la entrada del edificio una lápida de mármol en la que se esculpieron las palabras del Libertador acerca del sacrificio de Ricaurte, y se publicó un folleto con los partes de las jornadas y el capítulo de Don Eduardo Blanco sobre aquella acción memorable. Este tesoro ha sido puesto, por un sentimiento de reparación justiciera del General Gómez, bajo la custodia de Lino Bolívar, descendiente de Matea, la esclava que amaman-





San Mateo.—La casa histórica del Ingenio Bolívar y la estatua de Ricaurte.



tó al Libertador y vivió hasta su centenario, en 1883, salvando del olvido algunos relatos animados y pintorescos de su vida relacionados con el genio portentoso que llevara en sus brazos.

De acuerdo con el Programa Oficial el General Gómez, seguido de brillante séquito en más de cien automóviles, inauguró en la mañana del doce aquel santuario venerable. Todo convidaba a la elación de los corazones: el aparato militar de que se rodeó la llegada del Jefe del País, el día, luminoso como todos los que incendian aquellas fértiles campiñas, y el sentimiento general, de gratitud y devoción patriótica, que animaba a la concurrencia. De todas las poblaciones vecinas concurrieron personas para asistir al acto. El General Gómez fue recibido por la Junta organizadora y el Presidente de Aragua, Teniente-Coronel Ignacio Andrade, y el Secretario de aquélla, señor Luis Correa, luego de recoger las firmas del acta inaugural, hizo al General Gómez una breve explicación de lo actuado en la organización del Museo, mostrándole sus diversos compartimientos y las más valiosas reliquias allí depositadas. Al hacer entrega al Museo de un proyectil encontrado en el campo de Ayacucho, el coronel Luna, Agregado Militar de la Legación del Perú se expresó en vibrantes conceptos y en importantes consideraciones históricas. Le contestó el Ministro de Guerra, doctor Jiménez Rebolledo. En seguida el doctor Emilio Conde Flores, orador designado al efecto, pronunció el discurso de orden, notable pieza oratoria, admirable por su concisión y digna de los mayores elogios. Terminado el discurso fué profusamente distribuido el folleto, editado por el Ministerio del Interior, en el que se recogieron los partes oficiales del sitio de San Mateo y las páginas de "Venezuela Heroica" en las que Don Eduardo Blanco celebró con estro encendido aquellas épicas jornadas.

Descendió el General Gómez de la colina sagrada para seguir a Maracay por la carretera, pasando por aquellos sitios memorables que forman como una avenida refulgente de la historia de Venezuela: San Mateo, La Victoria, el Samán de Güere, Turmero, Maracay; la guerra por la independencia cobró en ellos caracteres inconfundibles y tuvo la doble glorificación del sacrificio y de la victoria. A la entrada de Maracay, donde se levanta la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho erigida por el General Gómez como un símbolo de la lealtad y la disciplina frente al moderno y suntuoso cuartel allí construido, el Presidente de la República depositó una corona de inmortales.

---

DISCURSO DEL DOCTOR EMILIO CONDE FLORES.

*Señor Presidente Constitucional de la República:*

*Señor Vicepresidente de la República:*

*Señores:*

Esta casa es un templo de la Patria. Lo levantó el esfuerzo de aquella familia poderosa e ilustre, que aprendió en la fuerte Vasconia, y trasladó a América, el culto del trabajo. Lo bendijo la Providencia, colmándolo con todos los dones reservados a la virtud laboriosa y útil; santuario de honor, escuela de fortaleza, depósito de inagotable munificencia, sus campos se vieron cubiertos de mie-





Estatua de Ricaurte erigida bajo la Administración  
del General Juan Vicente Gómez.

les y de mieses, sus praderas pobladas de ganados, sus graneros abrumados de frutos. Lo santificó el más alto sacrificio que haya podido consumir la fé de la Patria en los altares del heroísmo; cuando todo fué ofrecido, agotado, devastado, la familia de héroes y de matronas, los campos que esplendieron en frutos y en rebaños, el oro que henchía las arcas, cuando ya no quedaba sino la esperanza dentro de las sagradas paredes desnudas de esta casa, el alma de la Patria voló dentro del fuego y se alzó en el humo de un holocausto como no lo vió sino la antigüedad heroica, a hacer propicia a la victoria la terrible voluntad del Dios de las batallas.

San Mateo adquirió entonces el prestigio venerable de los lugares santos del patriotismo y del heroísmo: sus ruinas escribieron sobre los campos silenciosos y proyectaron contra los lejanos horizontes, una de las páginas inmortales de la historia de la creación de una Patria.



En su frecuente tránsito por estos lugares de inmortalidad y de esperanza, en medio de su afán infatigable por hacer esta Patria de hoy digna de su grandeza histórica, alzándola a las más altas cumbres de la prosperidad, del bienestar y del propio y del ajeno respeto, el Benemérito General Juan Vicente Gómez, contemplaba y amaba estos sitios, dilectos a su gran corazón de patriota y elocuentísimos a su alta inteligencia de Estadista; y en su providencia bienhechora y vigilante, decretó la reparación del antiguo tabernáculo de la raza heroica y de la Patria triunfante; ciñó los términos de sus dominios con la cinta de la espléndida y sólida carretera que como una arteria vital atraviesa el corazón de la República; alzó sobre la cumbre de este Tabor de la Independencia, la efigie en bronce del joven mártir que, bajo la inspiración milagrosa del Libertador, transfiguró en triunfo irrescatable la desesperada agonía de la Patria crucificada; y, por último, adquirió en nombre de la República y para la honra de la República, esta antigua mansión de patriarcas y de conquistadores, de apóstoles y de fundadores, a fin de que generaciones interminables vengan a aprender en esta escuela demostrativa lecciones inmortales de patriotismo y de virtudes públicas.

Como en los viejos tiempos épicos, alcemos en nuestros corazones altares a los manes del Ejército Libertador y loores al Benemérito General Gómez, que inaugura con esta visita de trascendencia fundamental, una serie de peregrinaciones patrióticas, como las que hace la fé de las grandes religiones a sus santos lugares, Jerusalem, La Meca, Benarés, y en la que San Mateo, restablecido por Gómez, saluda desde su cumbre a la cumbre de Ayacucho!

---

DISCURSO DEL AGREGADO MILITAR DEL PERÚ, CORONEL JOSÉ R. LUNA.

*Excelentísimo señor General Presidente:*

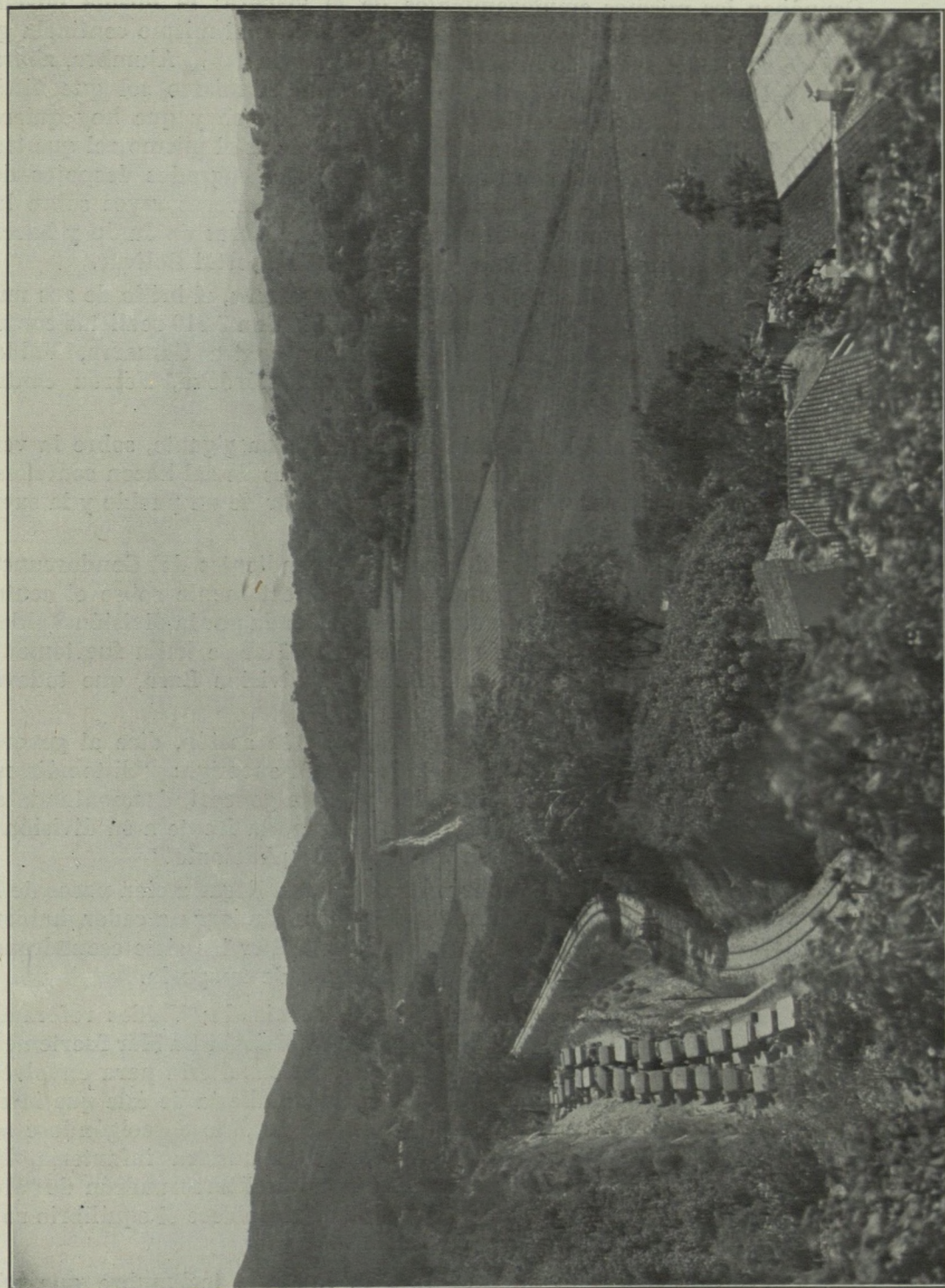
*Señores Ministros:*

*Señoras y señores:*

Era el 9 de diciembre de 1824. Hace ya un siglo, en un rincón de la agreste sierra peruana y al pie de un imponente picacho de los Andes, se detuvieron en la última etapa de sus catorce años de lucha los dos ejércitos rivales resueltos a jugar la batalla decisiva. En ese rincón es donde se alza el humilde y florido pueblecillo de la Quinúa (317 m.) situado, a su vez, a las faldas del altivo Condorcunca (4.150 m.) Nido de cóndores.

Allí sobre la pequeña planicie, entre las estribaciones del nevado y el pueblo, divididos por ásperos barrancos, formados por las quebraduras geológicas de nuestros Andes, se contemplaban, se medían y se admiraban ambos enemigos con la majestad de dos luchadores romanos que sólo esperan llegue el momento de iniciar su singular pelea. La víspera muchos de ellos en quienes corría la misma sangre, que habían nacido en el mismo suelo o que pertenecieron a la misma familia, previo el armisticio solicitado por Monet y aceptado por Córdoba, se han dado el abrazo fraterno y postrero!... Es que ambos ejércitos calzaban iguales puntos de valor y de nobleza; es que ellos iban a luchar por un ideal grande y bendito exento de traición y de perfidia!...





Vista general del Ingenio Bolívar, tomada el día de la inauguración del Museo de Armas.



Ocupaban los mismos emplazamientos de la víspera; la misma bóveda azul, tachonada de estrellas, los cobijó durante la noche; el mismo centinela gigante veló de su sueño, sueño de inmortalidad y de gloria!... Alumbra, ahora, el conjunto del paisaje un sol radiante, de primavera, el mismo sol que virtió sus tibios rayos sobre la regia cuna del poderoso Inca Manco y que hoy quiere, en este día, alumbrar la victoria de sus hijos... Este es el mismo sol que tres siglos antes, al ocultarse, cubrió con purpúreo ropaje los sagrados despojos del generoso Atahualpa... y es el mismo que envió sus postreros rayos sobre las frías cunas de Reyes para iluminar el camino de los Húsares de Junín y hacerlos dignos de figurar entre los gloriosos soldados del inmortal Bolívar.

Allí están, frente a frente, con el fulgor de sus armas, el brillo de sus uniformes y el aliento grandioso de sus ansias de lucha! Son 9.310 realistas contra 5.780 patriotas. Son La Serna contra Sucre, Canterac contra Gamarra, Valdez contra La Mar, Monet contra Lara, Villalobos contra Córdova, Ferraz contra Miller, etc.

La batalla se inicia con los caracteres de una lucha gigante, sobre la verde planicie, bajo la luz de un cielo sin nubes cuyos rayos de sol hacen centellear las lanzas, bayonetas y corazas: va a rifarse el porvenir de un pueblo y la suerte de un continente....

Mientras la división Villalobos desciende las pendientes del Condorcunca, para atacar a Córdova, la división Monet marcha directamente sobre el centro de los patriotas, cuya ala izquierda comienza a ser atacada por la división Valdez.

La división peruana que manda el general La Mar se halla fuertemente comprometida y es reforzada con un batallón de la división Lara, que todavía no estaba empeñada.

Sucre, que seguía atentamente el desarrollo de la acción, dice al general Córdova, mostrándole un punto situado a la izquierda enemiga: "Si tomáis esa altura, está ganada la batalla". Y el intrépido y joven general, desmontando su caballo, con voz sonora y con el sombrero en la mano, da frente a su división y manda: "Armas a discreción! ¡Paso de vencedores! ¡Adelante!"

Y emprende el avance sin disparar un tiro, hasta llegar a cien pasos de la división Villalobos, que cargada de frente y de flanco, comienza a ceder, habiendo sido previamente rechazados por la caballería de Miller los siete escuadrones españoles que, al mando del general Ferraz, trataron de apoyarla.

Por la izquierda patriota la lucha es más encarnizada; Valdez reforzado con dos batallones empieza a empujar de frente a la división La Mar fuertemente trabajada, mientras maniobra con un batallón y su caballería para envolverla. Sucre, refuerza con otro batallón a La Mar y la caballería de éste que interviene, logra no sólo rechazar a los escuadrones enemigos sino descolgándose sobre el flanco de los batallones que hacían retroceder a nuestra infantería, los carga dispersándolos. A la cabeza de esta caballería va el 2º escuadrón de "Húsares de Junín", al mando del coronel Olavarria, que restablece el equilibrio roto y contribuye en primer término, a la victoria.

Sobre el mismo campo de batalla, bajo la humilde techumbre que aún existe en la pampa de Ayacucho, Sucre escala una vez más, con su imponderable grandeza el cielo de la inmortalidad, acepta y suscribe una capitulación que



no existía sino como testimonio de homenaje al noble y valeroso vencido. “Y dos horas después, la libertad de medio Continente americano quedaba asegurada con la honrosa y discreta rendición del ejército español, obtenida por el mismo ilustre guerrero venezolano que venció en Pichincha dos años antes”.

La batalla decisiva de la Libertad había sido ganada por el esfuerzo común de las valerosas tropas de Venezuela, Nueva Granada, Perú y Argentina, que con la generosa sangre de sus mejores soldados regaron el suelo de los Incas, para hacer flamear sus gloriosos estandartes, como el iris de la libertad, sobre las altas cumbres del Condorcunca!



El Benemérito General Juan Vicente Gómez en la inauguración del Museo de Armas.



Este es el obligado preámbulo que he tenido que hacer para remorar el origen de las reliquias históricas que en breve ingresarán a formar parte de este glorioso museo donde las generaciones, presentes y futuras, vendrán a renovar sus alientos de amor a la Patria y de veneración a sus progenitores.

Fueron recogidas por mí de la escabrosa quebrada de Patampampa a través de la cual el ejército del rey hizo su ataque principal contra la división peruana reforzada por Lara; estas balas que os ofrezco simbolizan singularmente el común esfuerzo de los hijos de Venezuela y del Perú; fueron, tal vez, disparadas por el adversario de entonces para verter la generosa sangre venezolana y peruana y fecundar con ella la ríscosa quebrada, donde se hacinaron más de 2.000 cadáveres, que rememorando la época incaica confirmó de ese campo el histórico nombre de Ayacucho (rincón de los muertos). Tal vez si ellas fueron disparadas, por soldados de nuestros dos países, en esa batalla decisiva. Pero sea de ello lo que fuere, indiscutiblemente son éstos los últimos proyectiles quemados en aras de la libertad de un continente.

Y al reflexionar que el genio inmortal de Bolívar, al frente de aguerridas legiones, paseó sus estandartes victoriosos del Atlántico al Pacífico, del Orinoco al Apurímac y del Avila y el Pichincha al Condorcunca y obtuvo allí, en Ayacucho, con la invencible espada de su más preclaro hijo, el Mariscal Sucre, la libertad de seis de nuestras actuales repúblicas, creo que estos benditos despojos deben ser guardados en el suelo de donde partieron el padre de la libertad y el hijo máspreciado de la victoria.

Aquí, en este sagrado recinto, donde el sacrificio glorioso de Ricaurte produjo el triunfo de las armas patriotas en una de las más reñidas y sangrientas batallas, y donde la alta visión patriótica del Gobierno de Venezuela acaba de inaugurar un museo nacional, estoy seguro que hallarán su lugar más adecuado; pues si han variado de sitio y de custodio, en suma no han cambiado de frontera: están en la misma patria; de las cumbres del Condorcunca vienen a posarse en las de San Mateo para seguir guardadas por los herederos de la misma familia.

Esta apreciación no precisa mayores explicaciones. Por fortuna el juego de los acontecimientos de nuestra común historia ha venido enlazando, más y más, nuestros vínculos de origen, de raza y de idioma; y si ello no fuera bastante, la propia naturaleza que favoreció a Venezuela y al Perú con sus mayores dones físicos, haciendo de ambos territorios los más ricos del continente, ha esculpido en el alma de estos dos pueblos análogas virtudes morales, idéntica pujanza para la lucha, igual nobleza y generosidad de sentimientos; y como si todo esto no fuera suficiente regó la semilla de la belleza para que germinaran en los pensiles de Caracas y de Lima, las flores más delicadas de la hermosura y de la exquisitez femenina.

Largo sería analizar más el tema de nuestras analogías; pero para materializarlas en un hecho, sólo basta recordar que en Caracas y en Lima la efigie del gran Libertador está representada por la misma figura; en los moldes de la hermosa estatua ecuestre de Lima fué vaciado el monumento que embellece la Plaza Bolívar de Caracas. Y el hecho es muy sencillo y elocuente: es el mismo retrato del padre conservado cariñosamente por dos hermanos que, hasta en la





Inauguración del Museo de Armas en la casa histórica del Ingenio Bolívar.

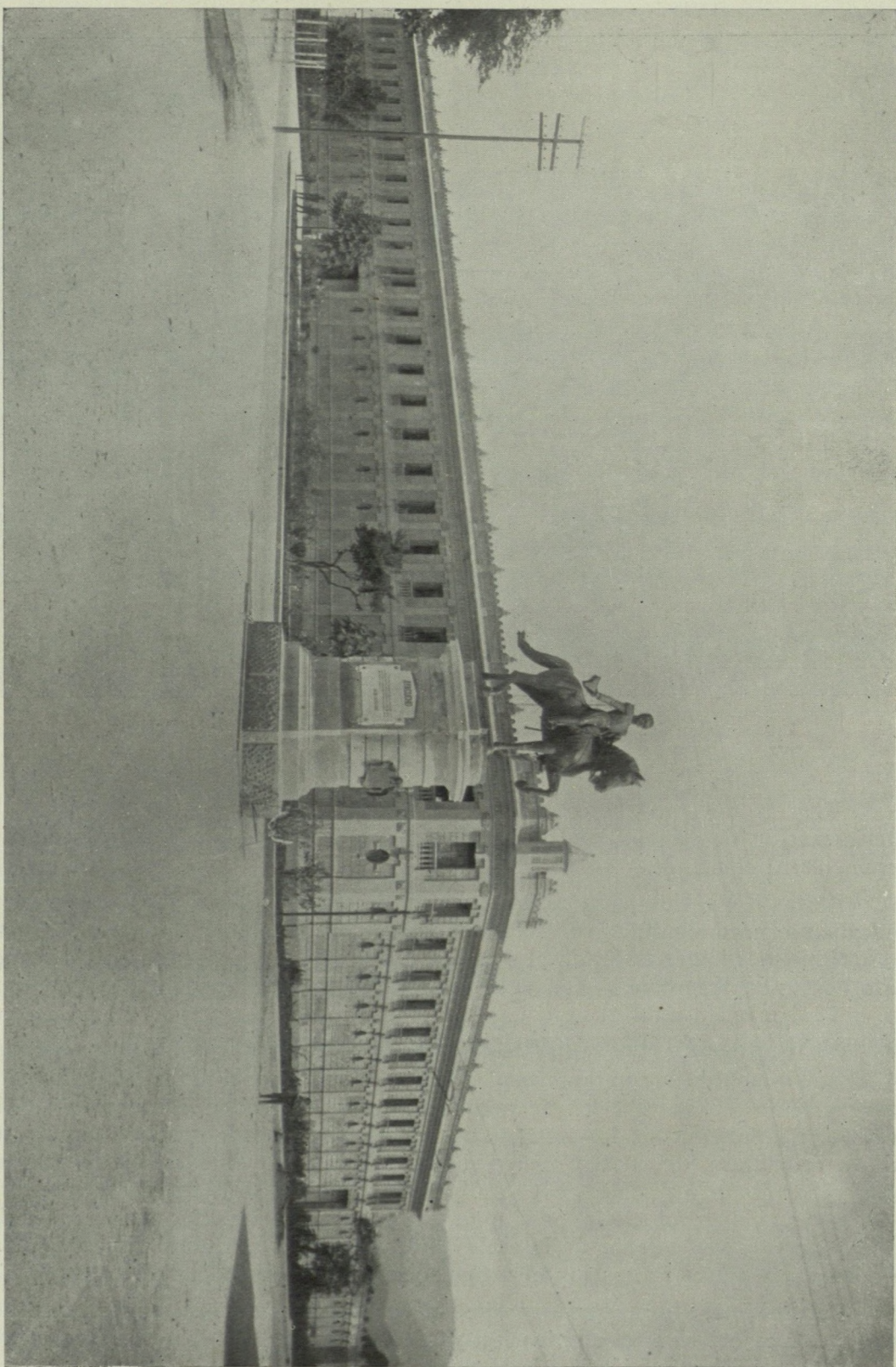
exteriorización de ese sublime afecto, tienen los mismos gustos y no poseen discrepancias ni egoísmos.

Réstame, Excelentísimo señor General Presidente, antes de ofreceros este modestísimo pero significativo recuerdo, expresaros mi emoción y agradecimiento sin límites al haber honrado al ejército del Perú, en la persona del más modesto de sus representantes, con vuestra augusta benevolencia, permitiéndome que os traiga hasta aquí el homenaje de toda mi devoción a la memoria del genio inmortal del Libertador y a la del ínclito Mariscal de Ayacucho.

Habéis tenido la sublime inspiración de hacer coincidir este homenaje a nuestros libertadores, al celebrar pomposamente el primer centenario de la gran batalla, con uno de los muchos actos de civismo y de grandeza que sembráis a cada paso, de vuestro progresista Gobierno, en el corazón de vuestro noble y hospitalario pueblo. Y es porque habéis sabido interpretar y secundar la obra de los libertadores, pues si ellos supieron conquistar la autonomía política, rompiendo las cadenas de la esclavitud, vos habéis afianzado la paz y el trabajo, cuyos maduros frutos son el progreso y la grandeza nacional.

Permitidme, ahora, que deposite en vuestras manos este modestísimo homenaje que exterioriza mi admiración y afecto reverente a los gloriosos estandartes del muy ilustre ejército de Venezuela.





Maracay.—Estatua del Gran Mariscal de Ayacucho, erigida por el General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, y ante la que ofreció una corona de inmortales el día 12 de diciembre de 1924.





## XXVII

### **Inauguración del Instituto de Beneficencia para Varones en la ciudad de Maracay.—Discurso del presbítero doctor Carlos Borges.**

Conforme a lo estatuido en el Programa Oficial, en la tarde del doce se efectuó la inauguración del Instituto de Beneficencia para Varones en la ciudad de Maracay, nueva y elocuente muestra de los desvelos del General Gómez por la educación de hombres útiles para la Venezuela del porvenir. El nuevo plantel benéfico está instalado con todas las comodidades necesarias, a fin de que llene su objeto, en la antigua y señorial residencia del Marqués de Casa-León en la hacienda de "La Trinidad", y ha sido puesto bajo la dirección de los Padres Benedictinos.

Uniformados en correcta formación, los pequeños refugiados saludaron con visibles muestras de regocijo a su protector; ellos se sienten hoy no sólo amparados en su orfandad, sino ennoblecidos por el amor al bien y las prácticas edificantes con que los beneficia la solícita educación de los venerables sacerdotes a cuyo cargo ha puesto el Caudillo Rehabilitador su infancia desvalida. Numerosas familias de Maracay y de Caracas engalanaban el espacioso patio del edificio, donde el General Gómez, acompañado del Vicepresidente, General José Vicente Gómez, los Ministros del Despacho Ejecutivo, el Presidente de Aragua y los demás concurrentes oficiales y particulares, escuchó fluir el verbo grandilocuente del presbítero doctor Carlos Borges, quien fué abrazado y felicitado efusivamente por el General Gómez tan pronto descendiera de la tribuna. La oración del doctor Borges expresa de modo admirable el significado de aquel acto, en el que la piedad se unió a la justicia, en un vibrante sentimiento de patria.

Fueron inspeccionados por el ilustre Jefe del País los apartamentos dedicados a dormitorios, comedores, escuela y recreos, en los que se advertía una estricta disciplina. Esos futuros ciudadanos de la patria bendecirán agradecidos la pródiga mano que los detuvo en el camino del mal y los redimió por medio de las artes del trabajo, que es la suprema dignificación del hombre.



DISCURSO DEL PRESBITERO DOCTOR CARLOS BORGES.

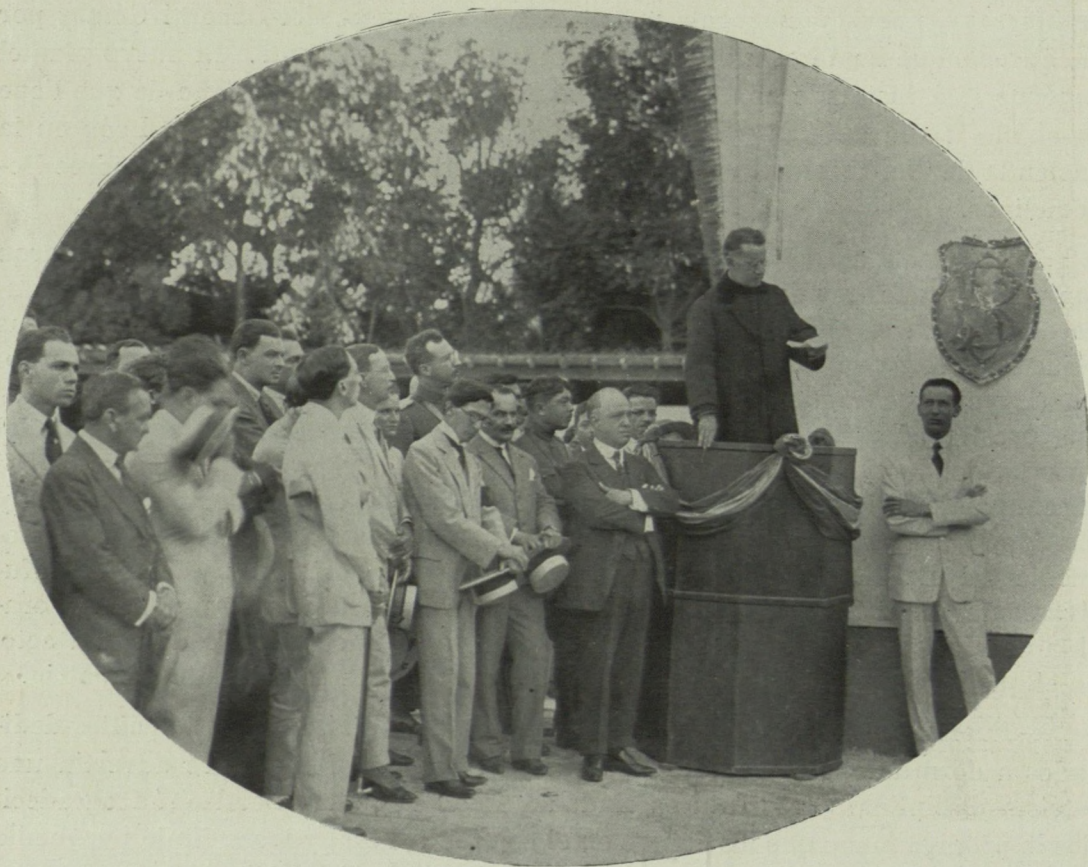
*Señor Presidente Constitucional de la República:*

*Señor Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército:*

*Señoras:*

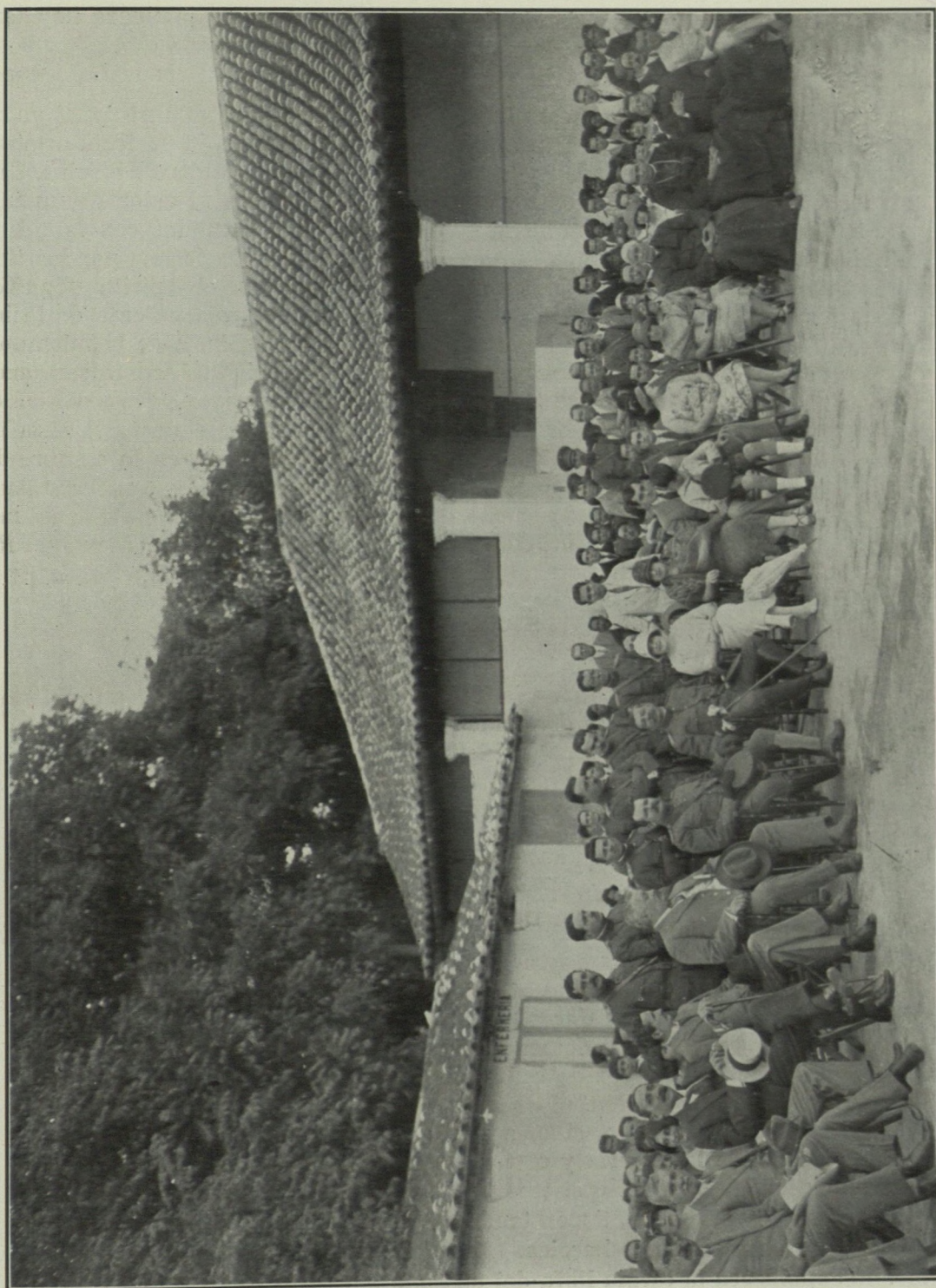
*Señores:*

El día 12 de abril del presente año el ciudadano General Juan Vicente Gómez, Rehabilitador y Pacificador de Venezuela, ejerciendo por modo nobilísimo la suprema autoridad de que se halla investido como Presidente Constitucional de la República, dictó dos Decretos dignos de perpetua memoria: el primero, consagrando ocho días de fiesta nacional a la glorificación del Centenario de Ayacucho, y el segundo, creando dos Institutos de Beneficencia a favor de la infancia desamparada. Ya sabéis la eficacia con que se cumple siempre la palabra del General Gómez; estremecidos de entusiasmo hemos venido presenciando los suntuosos festejos del octavario olímpico, glorificador de Ayacucho, y en este momento inauguramos, bajo la bendición del Cielo y la sonrisa de la Patria, el Re-



El Pbro. Dr. Carlos Borges leyendo su discurso.





El General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República; el Vicepresidente; miembros de la honorable familia Gómez; Ministros del Despacho Ejecutivo; Arzobispo de Caracas y la Comitiva Oficial en la inauguración del Refugio Infantil para Varones, en la casa histórica de La Trinidad.



*fugio Infantil para Varones*, siendo de advertir que si no se inaugura hoy también el *Refugio Infantil para Hembras* es por no haber llegado aún el personal de Religiosas, a cuya experiencia y caridad ha querido confiarlo el Gobierno.

Pues bien, señores: en esta hora solemne de nuestra vida nacional yo me complazco en haceros notar el profundo sentido patriótico, la perfecta armonía moral con que se corresponden y se enlazan esos dos magníficos Decretos. Concebidos a un tiempo por la mente y el corazón, madurados al calor de un mismo ideal, dados en una misma fecha y, por decirlo así, firmados con la misma gota de tinta, esos dos Decretos, aunque desemejantes en la forma, por los fines particulares de uno y otro, no lo son en manera alguna por el espíritu, por el fin último y supremo hacia el cual ambos se dirigen: el engrandecimiento de la Patria. Bajo la corteza de la letra bulle en ellos la misma sabiduría, arde la misma alma: entrambos participan de una misma naturaleza espiritual, como son, en el árbol, de una misma naturaleza física la semilla y el fruto, la firmeza del tronco y la suavidad de la flor. Esa hermosa armonía moral, quiero decir, la simultánea aparición radiante de esos dos Decretos, al sol de Abril, en la cumbre del Capitolio, la creación de refugios para la infancia desvalida como corolario evangélico de la apoteosis de Ayacucho, nos revela, señores, cómo están de unidas, o por mejor decir, consubstanciadas en el alma de nuestro incomparable Presidente la fortaleza y la bondad, el culto a nuestras glorias nacionales, personificadas esta vez en la figura excelsa de Sucre el intachable, y el celo paternal por el bien del pueblo, representado en esta ocasión por la parte más débil, el niño, y el niño desamparado.

A veces nos sorprenden, en la íntima trama de la historia, por entre la mudanza de los tiempos y la diversidad de los sucesos, correlaciones misteriosas, hilos maestros con que la Providencia va trazando, sobre un fondo de justicia inmanente, los destinos de los hombres y de los pueblos. Fué preciso Ayacucho para lo que hoy estamos recogiendo, como es preciso el esfuerzo y el sacrificio de la siembra para que el campo triunfe coronado de espigas en la gloria de la cosecha: fué preciso el enorme empeño de tres lustros de brega heroica para que hoy colguemos este nido en el árbol de la Apoteosis.

La creación de este Instituto es, ante todo, obra de justicia patriótica. En el inmenso tributo de sangre que Venezuela dió a la Causa de la Independencia de América, el mayor contingente fué, sin duda, el de la masa anónima de los hijos del pueblo. Después, durante un siglo, en la confusa formación de nuestro medio étnico y social, la descendencia de aquellos soldados oscuros, de los héroes desconocidos, ha venido cruzando su sangre, en combinaciones infinitas, de generación en generación, al azar de la vida, no solamente en el hogar fecundo del trabajador honrado, sino, a veces, también, triste es decirlo, en el rincón infecto donde la miseria y el vicio multiplican su desgraciada prole, por lo cual no es ilógico suponer que esos pobres niños para quienes la piedad del Gobierno abre hoy este asilo, tienen también, como nosotros, en las remotas fuentes de su sangre, un abolengo heroico. Acaso no haya uno entre ellos en cuyas venas no ennoblezca la turbia linfa del torrente ancestral una gota de púrpura de la raza libertadora: acaso ni uno solo que, en viendo flamear nuestra bandera a los homéricos acordes del Himno Nacional, no sienta cómo le quema el pecho,





El General Gómez y los niños del Refugio Infantil para Varones de Maracay inaugurado el día 12 de diciembre de 1924.



encendiéndole el corazón, una chispa de aquel fuego sagrado que fué el corazón del Bravo Pueblo!!

Pero no es solamente obra de justicia patriótica la fundación de este Instituto, sino también, y muy principalmente, insigne obra de caridad cristiana. En cada uno de esos niños hay algo más digno de nuestro respeto, hay algo más sagrado que su probable estirpe heroica, y es su inmensa dignidad de hijo de Dios y hermano de Cristo. Entre todas las promesas y garantías de salvación que Jesús da a los que practican el bien sobre la tierra, figura en primer término la ofrecida a los protectores de la infancia. Oíd lo que nos dice, categóricamente, el Divino Maestro, hablando de los niños: "El que acogiere a uno de esos pequeñuelos en mi nombre, a Mí me acoge". Cada una de esas criaturas representa, pues, para nosotros los cristianos, la Persona misma de Cristo: cualesquiera que hubieren sido las miserias que rodearon su cuna cada uno de ellos es viva imagen de aquel Niño, de aquel Hombre divino que nació en un pesebre, que creció en un taller, que no tuvo una piedra donde reclinar la cabeza y que, muriendo y triunfando en la cruz, fué el Libertador del universo. En una de las más célebres capitales de Europa, en el frontispicio de un suntuoso hospital, abierto a todas las enfermedades y dolencias humanas, esculpió la piedad antigua esta breve y sublime frase: "Christo in pauperibus": A Jesucristo en la persona de los pobres. Bien pudiera también grabarse en el humilde frente de esta casa, de este hogar de beneficencia y escuela de trabajo y virtud, bien pudiera grabarse esta otra frase, todavía más breve y sublime: "Christo in pueris": A Cristo en la persona de los niños.

No podía escaparse, señores, al ojo siempre vigilante del Rehabilitador de Venezuela, ni mucho menos al generoso instinto de su corazón paternal, la ingente necesidad de este puerto de salvación para las tiernas víctimas del naufragio doméstico. Era honda lástima ver vagar por calles y plazas un alarmante número de niños de ambos sexos, pobres hijos del pueblo, abandonados a sí mismos, expuestos a todos los peligros y vergüenzas de la ignorancia, la irreli-gión y la ociosidad, con sus vestidos harapientos, sus groseras costumbres, sus inteligencias embrutecidas, y en sus labios todavía inocentes el torpe argot del vicio y la miseria. ¿Qué hubiera sido de esas desventuradas criaturas si hubieran continuado respirando el corrompido ambiente de sus primeros años? Ovejas sin pastor, víctimas indefensas, cuán pronto habrían caído, fáciles presas, entre los dientes de los rapaces lobos explotadores de la Infancia! Ciertamente el niño es el cimiento del porvenir y, por lo tanto, es necesario consolidar ese cimiento: es preciso formar el corazón de la niñez en el ejercicio de la virtud, el culto al deber y el amor al trabajo: es preciso disciplinar ese pueblecillo revoltoso de ciudadanos incipientes que, aun antes del completo desenvolvimiento de la razón y el carácter, poseen ya en confuso germen todas las pasiones del hombre. Y tal es la necesidad que viene a llenar este Instituto. Aquí, libres ya de los lazos y las seducciones de un medio hostil a la inocencia, dirigidos por sabios y caritativos maestros, estimulados por nobles ejemplos, nutridos con estudios prácticos, esos niños se prepararán dignamente a la profesión que Dios les destine y a la que su estado y sus gustos les permitan aspirar: y así podrán mañana dedicarse con brillo y lucro a las labores de la agricultura, de la cría, del comercio y de nuestras nacientes industrias, y también ¿por qué nó? adqui-





Niños del Refugio Infantil para Varones de Maracay, y los Padres Benedictinos, directores del Instituto.

rir riquezas con honor y probidad, obtener un rango distinguido en las profesiones liberales, en la Magistratura, en el Ejército, en la Iglesia, y ser, en fin, ciudadanos dignos de su grande y gloriosa patria.

Resumiendo ahora mentalmente, sintetizando la patriótica significación de los dos Decretos de abril que hemos venido comentando, digo que la apoteosis de Ayacucho con la inauguración de este Asilo es una pirámide de gloria coronada por la piedad de un nido: es la cuna del expósito de Israel flotando hacia la Tierra Prometida sobre el Nilo de sangre, sobre el Amazonas de gloria que es la historia de la América de Bolívar.

Un símil, para terminar. Sansón mató un león que le salió al encuentro en el camino, y, a la vuelta de pocos días en la abierta boca de la fiera difunta, halló un panal de miel. Así también, señores, el Sansón de los Andes, el hombre fuerte y bueno, a quien Dios ha confiado los destinos de la República, después de haber estrangulado entre sus puños el monstruo de la guerra civil encuentra hoy en nuestros campos las mieles de la paz y la unión. Por él veréis las armas fraticidas de nuestras antiguas contiendas, rendidas a los pies del patriarca de nuestros bosques, el Abraham de Güere; por él corren perennes raudales de dulzura entre las poderosas fauces de ese gigantesco león de acero que se llama el Central Tacarigua; y por él, que abrió el corazón y humilló la cabeza de la montaña, podemos ir en breve rato a la ardiente costa y aplacar nuestra



sed con el claro y fresco vino franciscano que nos ofrecen, generosos, en su natural vaso rústico los cocoteros de Ocumare.

Señores! Yo he visto el brazo del Dios de los Ejércitos extendido sobre nuestra Patria para protegerla y bendecirla: he visto su mano omnipotente, envuelta en el guante de acero de nuestras armas, cubriendo el pecho de Juan Vicente Gómez como un escudo de diamante sobre el corazón de Venezuela: y he visto sobre el modesto "panamá", sobre el blanco sombrero rústico del Grande Obrero de la Unión, flotar al viento de los trópicos, más gallardo y simbólico que el penacho del Rey Caballero, como la inmensa cauda de un cometa de paz, el humo de nuestros hogares tranquilos, de nuestros talleres en actividad, de nuestras fábricas en hervor, de nuestros vapores y locomotoras en viaje, y de nuestros alegres cañones en las solemnes salvas glorificadoras de nuestras magnas fiestas centenarias! Y, en medio al candor olímpico, revolando sobre la cabeza de nuestro Presidente, como palomas blancas, como las místicas palomas de la Iglesia de Maracay, las bendiciones de las madres!

He terminado. Que el angélico apóstol de la infancia, Teresita del Niño Jesús, deje caer sus celestiales rosas en este hogar bendito!



Señorita Galindez, quien leyó en el campo de Carabobo  
un canto a la batalla.



## XXVIII

**Ofrenda del Benemérito Jefe del País en el campo de Carabobo.—Alocución a los Venezolanos.—Entusiasmo de las poblaciones del tránsito. Regreso a Maracay.—Circular del Ministro de Relaciones Interiores.**

En cumplimiento de lo previsto para el día trece, final de los festejos, por el Programa Oficial conmemorativo del Centenario, salió de Maracay en la mañana el General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República, seguido del General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército, los Ministros del Despacho, el Cuerpo de Edecanes y la gran comitiva que le acompañaba desde Caracas, a ofrendar una corona ante el monumento erigido en la llanura de Carabobo. Haciendo compañía al General Gómez partieron igualmente, el Teniente-coronel Ignacio Andrade, hijo, y su Secretario General de Gobierno, doctor Carlos Siso, a depositar una corona en tan solemne acto, en nombre del Gobierno de Aragua.

Atravesando la espléndida carretera Occidental, bajo un día radiante, el carruaje presidencial desfiló por los pueblos del tránsito que, embanderados y plenos de entusiasmo aclamaron el paso del Caudillo que ha derramado con su política de paz y de trabajo la abundancia en sus hogares y en sus corazones el amor a la Patria y a sus Libertadores. En Valencia, cuyas plazas y calles, desbordantes de regocijo, estaban ataviadas de banderas tricolores, se incorporó al cortejo el doctor José Felipe Arcay, Presidente de Carabobo, mientras el General Gómez pasaba bajo los arcos triunfales erigidos por el Gobierno y la ciudadanía. Con el doctor Arcay estaban el Secretario General de Gobierno, doctor Horacio Castro, el Obispo de Carabobo, empleados del Estado y cuanto tiene significación en las actividades de la vida social de Valencia.

La entrada del Caudillo de la Rehabilitación Nacional y su brillante comitiva en la llanura gloriosa que dilata su horizonte y su renombre en un vasto y común episodio de heroísmo tuvo la imponente majestad que reclamaban las circunstancias.

Al pie del Arco monumental construido, en conmemoración de la gloriosa jornada por la Administración del General Gómez y que se alza frente a la histórica "Pica de la Mona", mientras la concurrencia traza un respetuoso semicírculo, y el sol, el mismo sol de Carabobo, dardea la augusta paz de la sabana, rinde su patriótica ofrenda el Primer Magistrado, y dirige a los venezolanos una





Arco conmemorativo de la Batalla de Carabobo,  
donde terminaron los festejos oficiales del Centenario de Ayacucho, con la Alocución a  
los Venezolanos del Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República.



patriótica alocución, con la cual su austera palabra selló el brillante ciclo de estas festividades centenarias.

Acto seguido habló elocuentemente el doctor Arcay a nombre del Estado Carabobo, siguiéndole en el uso de la palabra el notable orador y poeta presbítero doctor Carlos Borges. A su turno discurrieron, en laude a la Magna Efemérides el señor Rodolfo Betancuort y las señoritas Galíndez, quienes recitaron sendas poesías alusivas a las épicas rememoraciones del día.

A su regreso a la capital aragüeña, fue obsequiado en Valencia el Jefe del País y su comitiva en la morada del Presidente de Carabobo.



Ofrenda del General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, en el Monumento de Carabobo y lectura de su Alocución.





## *A LOS VENEZOLANOS:*

Cumplidos el 9 de diciembre los cien años de la Batalla de Ayacucho, y siendo hoy el último día dedicado por el Gobierno Nacional a la celebración solemne de tan gloriosa efemérides, muy justo es que, rindiendo homenaje de fervoroso patriotismo a la memoria del Libertador y a los ínclitos varones que lo acompañaron heroicamente en la lucha de la Independencia, vengamos hoy al propio campo de Carabobo a ofrendar agradecidos esta corona de inmortales para unir así, en fraternal recuerdo, los dos sucesos más notables de aquella contienda de titanes de la cual surgieron plenas de vida y de promesas las cinco repúblicas que sólo podrían haber nacido del cerebro portentoso del Grande Hombre.

La Providencia, inescrutable en sus designios, había de concederme el altísimo honor de presidir en nuestra Patria los Centenarios de la Independencia, de Carabobo y de Ayacucho; y por ello, interpretando lealmente el sentimiento nacional, he venido con todos vosotros que me acompañáis de corazón, a depositar la ofrenda ante este monumento conmemorativo, lleno mi espíritu de la más sana alegría puesto que estamos amparados por la paz y redimidos de cierto por la ley del trabajo cuya práctica trae abundancia a todos los hogares e independencia a las nacionalidades.

Mis votos de patriota son porque siempre conservemos intacto el culto hacia los héroes, y porque la memoria de Sucre, el leal teniente de Bolívar, sirva de ejemplo a las generaciones del porvenir.

*J. V. GOMEZ.*

Campo de Carabobo: 13 de Diciembre de 1924.



Con la visita del Benemérito General Gómez al campo de Carabobo, concluyeron brillantemente las fiestas dispuestas en honor de los vencedores de Ayacucho.

Desde aquel sitio memorable, donde quedó sellada en definitiva nuestra independencia con una espléndida victoria que permitió al Libertador conducir su Ejército al Sur, hasta el Perú y Bolivia, el ilustre Jefe del País habló a los venezolanos inspirado en los más nobles sentimientos de admiración a los héroes y de amor a la República.

Al inclinarse ante el altar de la Patria, y depositar allí una corona de inmortales, el señor General Gómez, consciente de su misión y del gran destino que le ha señalado la Providencia, pudo recordar lleno de fe y de satisfacción la enorme obra realizada, a cuyo servicio ha puesto todo el caudal de su experiencia política y sus previsiones de estadista. Los gajes de esa obra de la cual surge engrandecida y redimida la Venezuela moderna, constituyeron la mejor ofrenda que pudiera hacerse en medio del esplendor que revistieron las fiestas a los manes de los Libertadores.

La palabra del General Gómez, eco de un alma fuerte y grande, tocó en ese Mensaje todas las fibras del patriotismo. Y como en toda ocasión solemne, sobre ese mismo campo de Carabobo, el Rehabilitador de Venezuela se sintió rodeado de la adhesión de los venezolanos de buena voluntad y confiando con sobra de merecimientos en la sanción justiciera de la posteridad y de la Historia.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.—Dirección Política.—Telegrama Circular.—Número 1.062.—Maracay: 13 de diciembre de 1924.

*Ciudadano.....*

Cumple a mi deber participarle que en el día de hoy y con la colocación de la ofrenda por el Benemérito General J. V. Gómez, Presidente Constitucional de la República, ante el Monumento conmemorativo erigido en el propio campo de Carabobo, terminaron brillantemente los festejos del Centenario de Ayacucho decretados por el Ejecutivo Federal.

Al patriótico sentimiento de los Venezolanos se ha adherido el Honorable Cuerpo Diplomático acreditado en nuestro País, quien ha tributado al Benemérito General Gómez su alentadora voz de aplauso por su civilizadora obra de progreso; y el pueblo, posesionado de su bienestar ha contribuido a dar realce con su presencia a este homenaje rendido a la memoria del Gran Mariscal de Ayacucho y a la Madre Patria, cuya raza vigorosa y guerrera engendró en el Continente la simiente pura de nuestra libertad con el portentoso genio de Bolívar y de los héroes que, sin quebrantar los nexos de la sangre, nos legaron el muy preciado tesoro de la Independencia.

Por tan faustos acontecimientos me congratulo con usted, leal servidor del Benemérito General Gómez y muy digno Gobernante de esa Entidad Federal.

Dios y Federación,

F. BAPTISTA GALINDO.

A los Presidentes de Estado y Gobernadores de Territorio.—Sus Capitales.



XXIX

**El Centenario en la ciudad nativa del Gran Mariscal de Ayacucho.—Decreto del Ejecutivo Nacional.—Ofrendas del Ejército y de la Marina. Homenaje a la gloria de Sucre.—Importantes actos públicos.—Entusiasmo sin precedentes.**

El Gobierno Nacional se asoció a la celebración del centenario en Cumaná, ciudad nativa del Gran Mariscal de Ayacucho, dictando en su oportunidad el siguiente Decreto y la Resolución correspondiente:

GENERAL J. V. GOMEZ,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

*Considerando:*

Que la ciudad de Cumaná, capital del Estado Sucre, es la cuna del Gran Mariscal de Ayacucho;

*Considerando:*

Que la celebración del Centenario de la Batalla decisiva de la emancipación continental, tiene especial significación para aquella ciudad;

*Considerando:*

Que el Gobierno de dicha Entidad ha invitado especialmente al Ejecutivo Federal a concurrir a las festividades que tendrán lugar en la capital del Estado,

DECRETA:

Artículo 1º Se crea una Delegación compuesta de tres miembros para que representen al Gobierno Nacional en todos los actos que se lleven a cabo en la celebración del Centenario de Ayacucho en la ciudad de Cumaná.



Artículo 2º Por Resolución especial se designarán las personas que llevarán la representación del Ejecutivo Federal en aquellos actos.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Federal y refrendado por los Ministros del Despacho, en el Palacio Federal, en Caracas, a los cuatro días del mes de diciembre de mil novecientos veinticuatro.—Año 115º de la Independencia y 66º de la Federación.

Refrendado.  
El Ministro de Relaciones Interiores,

J. V. GOMEZ.

F. BAPTISTA GALINDO.

Refrendado.  
El Ministro de Relaciones Exteriores,

P. ITRIAGO CHACÍN.

Refrendado.  
El Ministro de Hacienda,

M. CENTENO GRAÜ.

Refrendado.  
El Ministro de Guerra y Marina,

C. JIMÉNEZ REBOLLEDO.

Refrendado.  
El Ministro de Fomento,

ANTONIO ALAMO.

Refrendado.  
El Ministro de Obras Públicas,

TOMÁS BUENO.

Refrendado.  
El Ministro de Instrucción Pública,

RUBÉN GONZÁLEZ.

---

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Interiores.—Dirección Política.—Caracas: 4 de diciembre de 1924.—115º y 66º

*Resuelto:*

Por disposición del ciudadano Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela, y de conformidad con el Decreto Ejecutivo de esta misma fecha, se nombra a los ciudadanos doctor Carlos Aristimuño Coll, doctor Luis Teófilo Núñez y teniente-coronel Luis Bruzual Bermúdez, representantes del Ejecutivo Federal en la celebración del Centenario de Ayacucho en la ciudad de Cumaná.

Comuníquese y publíquese.

Por el Ejecutivo Federal,

F. BAPTISTA GALINDO.

---

Los festejos se realizaron conforme al Programa elaborado al efecto por la Junta que designara el Ejecutivo del Estado y en medio de un entusiasmo a cuyo esplendor contribuyeron todas las clases sociales, acordes en un sentimiento de veneración por la egregia figura del Mariscal, cuya cuna mecieron las brisas del Manzanares. El Programa se cumplió en todas sus partes desde la mañana del seis. Figuró entre los actos culminantes el de las ofrendas ante la estatua del



Gran Mariscal. En nombre del Ejecutivo Federal, el doctor C. Aristimuño Coll depositó una corona de inmortales y se produjo en un elocuente discurso, del cual son los siguientes párrafos:

“Considérase muy afortunado el General Gómez porque el destino lo eligió para que presidiera la celebración de los centenarios de los sucesos cumbres de nuestra vida nacional: declaratoria de la Independencia, Carabobo, Ayacucho! Es como si estuviera escrito que su nombre pase a la posteridad vinculado a esas glorias.

“Al colocar la presente corona al pié del monumento erigido por mandato de la justicia patria a este Bayardo americano, el Gobierno de Venezuela por nuestro órgano le rinde el homenaje de su admiración, y el ciudadano Presidente de la República da testimonio por nuestros labios de su veneración a la virtud, a la heroicidad y al honor de Sucre.

“Magistrado de la Paz, hace votos fervientes por el progreso y la ventura del Estado Sucre. Caudillo de nuestras huestes populares, saluda con su espada la gloria de Ayacucho!”

El teniente-coronel Luis Bruzual Bermúdez, miembro de la Delegación y delegado especial del Inspector General del Ejército, General José Vicente Gómez, ofrendó a nombre de éste y del Ejército Nacional una hermosa palma de laureles; de su breve discurso son estos conceptos:

“El señor General José Vicente Gómez, Inspector General del Ejército, me confirió el encargo, por demás honroso, de depositar esta ofrenda a su nombre y a nombre del Ejército, al pié del monumento que glorifica en el suelo natal al Teniente predilecto de Bolívar, y este cordial y respetuoso homenaje lo dictan los sentimientos de patriota del brillante militar que es un auténtico prestigio de nuestro Ejército, que en ninguna época como la presente, había alcanzado un adelanto semejante”.

A nombre del Ejecutivo del Estado habló, al depositar una corona de inmortales, el doctor Queremel, Secretario General de Gobierno; seguidamente los representantes de las demás Entidades federativas de la República rindieron igual tributo, lo mismo que varias sociedades y escuelas de Cumaná.

Ante el monumento que por suscripción pública construye la “Sociedad Patriótica Ayacucho”, destinado a guardar las reliquias del Héroe con celosa devoción patriótica, se efectuó imponente ceremonia, que realzó con su palabra el doctor Domingo Badaracco Bermúdez.

Los segundos Juegos florales de Cumaná alcanzaron relieve extraordinario. La elocuencia tribunicia del poeta y jurisconsulto doctor Rafael Marcano Rodríguez selló, con palabras de devoción, henchidas de un lirismo fervoroso, este torneo literario, digno de las tradiciones culturales de Cumaná.

El Comandante del crucero de guerra nacional *Mariscal Sucre* dió a bordo un te danzante en honor de las autoridades y de la sociedad cumanesa.

El coronel Lollet Márquez ofreció el obsequio a nombre del comandante Andrade, en los términos siguientes:

“La Armada Nacional representada por su digno jefe el capitán de corbeta Agustín Andrade, me ha dispensado el honor de que os ofrezca este sencillo ob-



seguio a nombre de nuestro único jefe, el Benemérito General Juan Vicente Gómez". Y concluyó con estos conceptos: "Nos ha tocado la honra de que nuestro buque almirante, que lleva el glorioso nombre de aquel incomparable Capitán que sacrificó todo en aras de la Patria, haya venido a rendirle homenaje de admiración y de venerable respeto ante la tierra ilustre de Cumaná".

El comandante del Crucero *Mariscal Sucre* ofrendó también ante la estatua del Gran Mariscal, en su nombre y en el de la armada venezolana, una hermosa corona de inmortales.

Fué inaugurado el puente "Avendaño" y la sección de la carretera entre los Municipios Altagracia y San Juan. La sociedad y numerosa concurrencia popular se congregaron en el hermoso campo propiedad del general Ramírez, donde este distinguido Magistrado ofreció un banquete campestre a los representantes de los Estados, Distritos, Municipios y asociaciones; igualmente obsequió al pueblo con una ternera.

Las fuerzas acantonadas en la plaza, comandadas por el general Rafael Volcán, rindieron honores militares en los solemnes actos efectuados.

En la mañana del trece se efectuó otro patriótico acto: el de las ofrendas ante el monumento del general José Francisco Bermúdez; la Delegación del Ejecutivo Federal, a nombre de éste, depositó una artística corona de inmortales, discurrendo el doctor C. Aristimuño Coll. El séquito trasladóse al Parque Ayacucho, donde a nombre del Benemérito General Juan Vicente Gómez, la Delegación del Ejecutivo obsequió al pueblo una ternera.

El día catorce ofreció el general Rafael Volcán, jefe de las fuerzas acantonadas en Cumaná, un almuerzo en honor de la Delegación del Ejecutivo, el Presidente del Estado y otras autoridades civiles, del comandante Agustín Andrade, jefe de la armada nacional, y de un grupo de amigos.

El general Volcán brindó una copa de champaña en nombre del Benemérito General Gómez.

El recital del poeta Andrés Eloy Blanco tuvo éxito extraordinario. Andrés Eloy Blanco recoge hoy los laureles que consagraron a Cumaná como cuna de altos ingenios líricos.

La Delegación del Ejecutivo Federal ofreció un almuerzo en honor de distinguidos elementos oficiales, y por la noche verificóse un baile en honor del General Juan Vicente Gómez, ofrecido por la "Sociedad Patriótica Ayacucho" en las personas de la Delegación.

En capítulo aparte se dió noticia de la inauguración de la carretera Cumaná-Cumanacoa. La Delegación dió un baile de despedida en nombre del Benemérito Jefe del País, General Juan Vicente Gómez, clausurándose así los festejos, que tuvieron un sello de animación inolvidable y hablaron de la cultura de la ciudad primogénita del Continente y Cuna del Gran Mariscal de Ayacucho.



**El Centenario en la República.—Unánime regocijo ante la conmemoración de la fausta efemérides.—Inauguración de importantes obras públicas.—Homenajes a los Libertadores.—Solemnes actos de cultura y de progreso.**

La conmemoración centenaria tuvo una gran repercusión en toda la República. Las autoridades de los Estados y la ciudadanía en general esforzaronse en corresponder a los deseos del Ilustre Jefe del País, quien fue en todo tiempo constante y decidido admirador de las glorias de Bolívar y de sus tenientes, a cuyos manes ha ofrendado una patria próspera, encaminada definitivamente por las vías del progreso y la civilización. En la imposibilidad de recoger todas las manifestaciones del patriotismo venezolano en el centenario de la gran batalla, ofrecemos un extracto de las principales obras públicas y de los actos más salientes efectuados en los Estados.

**ANZOÁTEGUI.**—En la ciudad de Barcelona, capital del Estado que lleva el nombre del Héroe de Boyacá: Inauguración del nuevo pavimento de la plaza Boyacá; inauguración de un busto en bronce del Gran Mariscal de Ayacucho y del Pasaje Sucre; reconstrucción de los puentes Anzoátegui y Cayaurima; romería, presidida por el Ejecutivo del Estado a las ruinas de la Casa Fuerte; ofrenda de una lápida en bronce a la gloria de Sucre por la empresa del Ferrocarril, Minas de Carbón y Muelle de Guanta; constitución de una Junta para erigir una estatua a Eulalia Ramos, heroína de la Casa Fuerte, y adquisición y obsequio a la Municipalidad de Barcelona por el Presidente del Estado, General Lino Díaz, del terreno donde estuvo la casa nativa del General Anzoátegui. En los demás distritos las celebraciones correspondieron al entusiasmo de la capital.

**APURE.**—En San Fernando, capital del Estado Apure, fuera de los actos solemnes en la casa de Gobierno, Municipalidad e Iglesia Matriz; paseos cívicos, regatas y velada literaria y artística, se inauguró un busto del Gran Mariscal en la plaza que llevará su nombre; un bazar benéfico a favor del Hospital de Caridad; la calle Sucre y la Biblioteca Ayacucho. En los demás distritos se cumplieron los programas respectivos.



ARAGUA.—La ciudad de Maracay, que comparte con Caracas el honor de ser la residencia del Benemérito General Gómez, a cuyos afanes y constante protección debe sus grandes progresos, se esforzó en dar el mayor brillo a las festividades centenarias. Entre las obras más importantes inauguradas figuró el Dispensario Venereológico; colocación de una lápida conmemorativa en el Samán de la Peñita, en el camino de La Cabrera, en el sitio donde fué inmolado el joven patriota José Miguel López Méndez; Biblioteca del Estado en el edificio construido al efecto frente a la plaza principal; el Archivo del Estado y el Salón presidencial modernamente decorado y amueblado.

El General Gómez inauguró la carretera que por disposición suya y bajo la inmediata dirección e inspección del Teniente-coronel Ignacio Andrade, hijo, Presidente del Estado, fue construida en el empalme de la vía que conduce de Maracay a Tocarón, entre Punta Larga y Cagua, pasando por los prósperos y populosos caseríos de Palo Negro y Santa Cruz.

La vía tiene una extensión de veinte y dos kilómetros. Fueron construidos dos puentes sobre el río Aragua, dándoseles los nombres de Sucre y de Alí Gómez, en recuerdo este último de la briosa y alegre juventud del malogrado servidor de la Patria.

Entre las publicaciones hechas por el Gobierno del Estado, como ofrenda a la magna efemérides, sobresalieron la titulada "Aragua", en la que se recogieron importantes resúmenes geográficos, políticos, estadísticos e históricos; el Índice de los expedientes judiciales, extrajudiciales y administrativos del Distrito Girardot desde el año de 1735, y la obra del doctor Manuel Núñez Tovar titulada "Mosquitos y Flebotomos de Venezuela". La iluminación de la ciudad de Maracay fué verdaderamente suntuosa. Los restantes distritos del Estado se distinguieron por la variedad de sus programas y por el entusiasmo de la ciudadanía.

BOLÍVAR.—El Estado que lleva con su capital el nombre del Libertador y en cuyo territorio se desarrollaron magnos sucesos relacionados con la Independencia, celebró el Centenario en medio de un ambiente próspero y de cordialidad. Hubo recepciones oficiales, *Te-deum*, veladas artísticas y literarias, certámenes científicos y una conferencia sobre la batalla de Ayacucho dada por el bachiller P. P. Serrano Ortiz. Fué número sobresaliente del Programa el desfile, en carrozas alegóricas, de bellas damas de la sociedad guayanesa representando a las cinco Repúblicas bolivarianas.

CARABOBO.—En la ciudad de Valencia se inauguraron entre otras importantes obras públicas los pavimentos de varias calles y avenidas. La romería del Presidente de la República al campo de Carabobo, pasando por la capital del Estado contribuyó a dar realce extraordinario a los festejos. Hubo recepción en el Capitolio, *Te-Deum*, velada artística y literaria, y se colocó en el salón de sesiones de la Municipalidad el retrato del Ilustre Prócer de la Independencia General José Trinidad Portocarrero, quien se halló en la batalla de Ayacucho. Todos los distritos aunáronse en un sentimiento patriótico a los festivales de Valencia.



COJEDES.—En la ciudad de San Carlos, capital del Estado Cojedes, se celebraron importantes actos cívicos, y se inauguraron los retratos de Sucre y de José Laurencio Silva, el glorioso lidiador de Ayacucho, nativo de Cojedes, en el salón del Ejecutivo del Estado. Entre otras obras de utilidad pública se inauguró el decorado de la Iglesia Matriz.

FALCÓN.—En Coro dieron realce al Programa formulado por el Ejecutivo del Estado varios actos de importancia: hubo ofrendas florales, recepciones, baile, velada artística y literaria y se efectuó una visita a la tumba del coronel Juan Garcés, quien fue uno de los combatientes de Ayacucho. El Presidente del Estado en su visita al Hospital hizo un importante donativo al instituto, y la guarnición de la ciudad ejecutó maniobras militares. En Cumarebo se inauguró la Plaza 19 de Diciembre, el Puente Sucre en el Municipio Pueblo Cumarebo y un nuevo matadero público.

GUÁRICO.—En todo el Guárico fueron notables los festejos. En Calabozo, la capital del Estado, el Presidente regional inauguró el edificio destinado a la Municipalidad del Distrito y a los tribunales del mismo. Fueron colocados un retrato de Sucre en el Palacio de Gobierno y los de Miranda y el General Gómez en el salón municipal. Se inauguró asimismo el Salón Lazo Martí, en recuerdo del gran poeta guariqueño que honró este nombre con sus versos.

LARA.—Fue la ciudad de Barquisimeto, capital del Estado Lara y una de las más importantes de la República, de las más entusiastas en la celebración de la gran fecha continental de Ayacucho. El Ejecutivo del Estado y la ciudadanía rindieron fervorosos homenajes a la memoria de los Libertadores, en cuyas filas se destacan Lara, Morán y Pedro León Torres. Se inauguró en los alrededores de la ciudad el Campo de Ayacucho, destinado a juegos olímpicos y maniobras militares; se dictó un Decreto ordenando la creación del Parque Lara y de la Avenida Sucre, y se dispuso erigir una estatua al Gran Mariscal. En todos los restantes distritos se conmemoró la gran fecha con obras de pública utilidad, y se efectuó en Quibor una Exposición Agrícola, Industrial y Artística, que fue muy visitada.

MÉRIDA.—La celebración centenaria en Mérida correspondió a las tradiciones patrióticas y culturales de la ciudad. Fueron inaugurados: en el Palacio de Gobierno un retrato al óleo de Sucre; un retrato del General Gómez en el salón de actos de la Universidad, y en el Jardín Botánico, una verja de hierro donada al instituto por el Ilustre Presidente de la República. La Universidad de Los Andes celebró una gran velada literaria y científica y el Concejo Municipal colocó una lápida de mármol a la memoria del capitán Santos Marquina, merideño que combatió en Ayacucho. En el pueblo de Zea se inauguró una estación telegráfica.

MIRANDA.—En Ocumare del Tuy, capital del Estado, se efectuaron varios actos en conmemoración de la gran batalla. Entre las obras públicas inauguradas merecen mención especial: los nuevos pavimentos de la Plaza Ribas, la Avenida Gómez, Plaza Miranda y Parque Junín. El Presidente del Estado creó un premio especial para los alumnos de las escuelas públicas. En Petare se



inauguraron la Avenida Ayacucho y un busto en bronce de Sucre, la calle Junín y un retrato del Gran Mariscal en el salón de sesiones del Concejo Municipal. En Chacao fueron inauguradas las calles Bolívar y Mohedano, pavimentadas de concreto por generoso auxilio del General Gómez; en Santa Teresa, la calle Ayacucho y se colocó la primera piedra del monumento a Bolívar, donado por el Presidente del Estado General Luque; en Los Teques un retrato de Sucre en la Casa de Gobierno, el nuevo mercado y las aceras de la calle Ribas; en Higuerote el Puente Ayacucho sobre el Caño Leal, y en Caucagua la Avenida Ayacucho.

MONAGAS.—La procera ciudad de Maturín se engalanó durante los días del Centenario, contribuyendo con diversos actos de indole patriótica al esplendor de los festejos en la República. Fueron inauguradas varias obras de positiva utilidad para el progreso del Estado.

NUEVA ESPARTA.—La isla heroica, baluarte inexpugnable de la Independencia, celebró el Centenario con actos de gran importancia. Se inauguraron en Porlamar el monumento al General Mariño, el más ilustre de los margariteños, en la plaza de su nombre; sendos retratos de Sucre, obsequios del Ministro de Hacienda, en el Salón Municipal y la Biblioteca de Porlamar; en la Asunción fue colocado en el Salón del Ejecutivo el retrato de Sucre que obsequiara a aquella Corporación el General Gómez; se colocó una lápida conmemorativa en la casa donde murió el General Francisco Esteban Gómez, héroe de Matasiete; puente Mariscal Sucre, sobre el río Espíritu Santo; refacciones en la casa gubernamental y la primera sección de la carretera Salamanca. Las bandas Luisa Cáceres y Gómez fueron dotadas de nuevos instrumentos, y en los demás distritos se inauguraron casas municipales y otras obras de importancia.

PORTUGUESA.—La capital del Estado, Guanare, celebró dignamente los festivales e inauguró con el concurso de las autoridades y del pueblo, las refacciones hechas a la Casa de Gobierno, Matadero Público, Casa Municipal, Imprenta del Estado, Caja de Agua y Plaza Bolívar.

SUCRE.—Hemos dedicado capítulo aparte a las fiestas celebradas por Cumaná, capital del Estado y cuna afortunada del Gran Mariscal de Ayacucho. En Carúpano se inauguró el Parque Sucre, donde fue colocada la primera piedra para la erección de un busto a Sucre; se inauguró la primera sección de la Carretera Carúpano-Río Caribe, obra de alta importancia para el porvenir de aquellas ricas regiones, y la pavimentación de varias calles por el sistema de concreto. En acto solemne fué colocada la primera piedra de la estatua a Bermúdez, el Murat de la Independencia, la que fue ya encargada a Italia.

También se inauguraron, en medio del entusiasmo de los pueblos que reciben directamente sus beneficios, las secciones construidas de las carreteras Carúpano-Macarapana y San Antonio del Golfo a Cariaco.

TÁCHIRA.—Todo el Estado Táchira celebró la magna efemérides. En San Cristóbal se cumplió a cabalidad el extenso programa formulado por la Junta que designara al efecto el Ejecutivo del Estado. En los Distritos se distinguieron Rubio y San Antonio por la belleza y esplendor de las hermosas fiestas cívicas, presididas por sus respectivos Cuerpos Municipales.



TRUJILLO.—El Programa de la ciudad de Trujillo fué tan variado como extenso. Las autoridades de aquella rica entidad de la República tomaron a empeño el que las fiestas alcanzaran el mayor esplendor. La inauguración de la Plaza de la Paz y del busto de su egregio fundador el General Gómez, fue uno de los actos más resaltantes. También fueron inaugurados la Avenida Ayacucho y el Puente Cruz Carrillo, uno de los más notables de los servidores de la Independencia que diera aquel Estado. En Boconó se inauguraron las obras de embellecimiento de la Plaza Bolívar; los demás distritos, consagrados a las faenas fecundas de la paz y del trabajo, se señalaron por obras de incuestionable utilidad.

YARACUY.—San Felipe, la capital del Estado dió la pauta del entusiasmo, cumpliendo a cabalidad el Programa oficial. Se colocó un retrato del Gran Mariscal en el salón del Palacio de Gobierno; se pusieron las primeras piedras de un busto a Bolívar en la plaza de su nombre, y otro de Sucre en el Parque Junín. Otro acto de gran trascendencia y que tuvo éxito extraordinario fue la Primera Exposición Agrícola, Industrial y Artística del Yaracuy, la que se instaló muy bien y fue exponente de los adelantos alcanzados por aquella rica región de la República.

ZAMORA.—En Barinas que renace de entre sus pasados quebrantos, gracias a la paz de que disfruta la República, el Centenario se celebró con entusiasmo. El Presidente del Estado dictó un Decreto ordenando la pavimentación por el sistema de asfalto, de la Calle Bolívar, la reparación del camino a Barinitas y la creación de una escuela mixta. Fué muy lucido el paseo cívico que se efectuara el nueve en homenaje a la gloria de Sucre.

ZULIA.—La ciudad de Maracaibo, enorgullecida a justo título por sus rápidos progresos materiales y la cultura de sus hijos, conmemoró la gran fecha con actos dignos de sus antecedentes. Se inauguró un busto de Sucre en el Parque de su nombre; se distribuyó profusamente un folleto en el que se editó el último Mensaje del Gran Mariscal, Presidente de Bolivia, al Congreso de esta Nación; se inauguró un retrato de Sucre en la Logia Carabobo; estrenaron uniformes de gala la Banda del Estado y el Cuerpo de Policía; se efectuó una exposición de pinturas y dibujos del Círculo Artístico del Zulia, y verificáronse con éxito concursos escolares sobre historia y geografía.

La poesía ciñó un nuevo y verde laurel a la frente del poeta Rafael Yépez Trujillo. Durante los días de los festejos hubo juegos olímpicos, presenciados con interés por compacta multitud.

TERRITORIO DELTA-AMACURO.—En el Territorio Federal Delta-Amacuro se celebraron también de manera espléndida los festejos centenarios, y en la capital, Tucupita, se inauguraron la Banda Gómez y un busto de Sucre en la plaza de su nombre.





### XXXI

**Notas finales.—Progresos del Telégrafo.—Estampilla Conmemorativa.—Carreras de Caballos.—Las Colonias extranjeras en el Centenario.—Ofrendas de Asociaciones y particulares.—El General Gómez y las clases laboriosas.—Bibliografía.**

Las notas que se leerán en seguida complementan este trabajo en lo que se refiere al modo como Asociaciones obreras y religiosas, Corporaciones científicas, Colonias extranjeras residenciadas en Caracas y círculos sociales en general contribuyeron por su parte al realce de los festejos, uniéndose con el Gobierno en un solo sentimiento de patriotismo o de gratitud y admiración hacia los forjadores, en la brega de catorce años que culminó en Ayacucho, de la gran patria americana. También se señalan los progresos de algunas instituciones nacionales, puestos de resalto durante los días del Centenario.

Sea la primera de estas notas de elogio para la Dirección General de Telégrafos y Teléfonos Federales, que atenta al desarrollo de la línea de comunicaciones, ofreció el día nueve la inauguración de las oficinas telegráficas de San Rafael de Orituco, La Quebrada, Zea y Seboruco. También circuló en edición de gala, digna de los mayores elogios por el interés del texto y la pulcritud de la impresión, la "Revista Telegráfica de Venezuela", y la Escuela de Radiotelegrafía depositó una corona ante el cenotafio del Libertador.

Por Decreto del 19 de noviembre se creó una estampilla postal conmemorativa del Centenario para el franqueo de la correspondencia interior y exterior de Venezuela. Esta estampilla, editada en la Litografía del Comercio de Caracas, en edición de doscientos cincuenta mil timbres y que circuló en el mes de diciembre, era de forma rectangular y de color azul oscuro. En la parte superior llevaba el lema "Correos de Venezuela" y las fechas 1824-1924; en la parte media las efigies del Libertador y del Gran Mariscal de Ayacucho, y la indicación del valor de la estampilla; y en la parte inferior, entrelazados por una cinta con la leyenda "Centenario de la Batalla de Ayacucho", un emblema del escudo de Venezuela y una corona que llevaba en el centro el Gorro Frigio, símbolo de la Libertad.



El día siete se inauguró oficialmente en el Hipódromo del Paraíso la temporada de carreras de caballos, deporte que tiene en Caracas gran número de adeptos y que tuvo éxito por el número y la selección de ejemplares presentados a la pista.

La Banda Marcial, bajo la acertada dirección del maestro Pedro Elías Gutiérrez, tocó durante todas las noches de los festejos en la Plaza Bolívar, aplaudidas selecciones de autores venezolanos y el día nueve se efectuó una retreta extraordinaria de todas las bandas militares reunidas, en medio de los aplausos de la extraordinaria concurrencia.

El batallón infantil del Instituto Bolívar, dirigido por el bachiller Hurtado de Mendoza, en correcta formación verificó hasta el Palacio de Miraflores una marcha militar de antorchas y evolucionó ante la estatua y la casa natal del Libertador.

La Fratellanza Italiana, compuesta por los miembros de la Colonia italiana residente en Caracas, presidida por el señor Ministro de Italia se dirigió en procesión cívica al Panteón Nacional y ofrendó una corona de inmortales ante el cenotafio de Sucre. El Centro Benéfico Español, partiendo en cuerpo de su local, ofrendó sendas coronas ante la estatua del Libertador, acto en el que llevó la palabra el doctor B. Tavera Acosta; ante el busto de Cervantes, en el que habló el académico doctor José Ramón Ayala, y ante el monumento de Sucre, en el que dijo la oración de orden el bachiller F. Amores Herrera. La respetable institución "Cámara Oficial de Comercio Española" hizo iguales ofrendas, que coronó ante la estatua de Sucre la elocuencia del Secretario de la Legación de España, señor Ramón de Basterra.

Los ciudadanos norteamericanos residentes en Caracas ofrendaron sendas coronas ante el monumento del Libertador y el cenotafio del Gran Mariscal en el Panteón Nacional. En el "Country Club" se efectuó una brillante fiesta social para hacer la entrega de la "Copa Ayacucho" otorgada por el Presidente de la República al vencedor del campeonato de Gulf.

La Academia Nacional de Medicina ofrendó en el Panteón Nacional una corona de laureles, llevando en el acto la palabra oficial de la Corporación, su Presidente, doctor Juan de Dios Villegas Ruiz. El Centro de Estudiantes de Derecho colocó también una corona ante el monumento del Padre de la Patria y celebró sesión solemne, en la que dictó una interesante conferencia el doctor José Gil Fortoul. El Banco de Venezuela repartió una suma entre los institutos benéficos de la capital.

La Sociedad Dental de Caracas celebró sesión solemne, inauguró en su sala de sesiones los retratos de Bolívar y Sucre, ordenó una edición extraordinaria de su órgano de publicidad "La Gaceta Dental" y creó un premio anual con el nombre de "Premio Horacio Wells", consistente en una medalla de oro y un diploma. Los Estudiantes del Liceo Caracas colocaron una corona ante la estatua de Bolívar en la plaza de su nombre.

La Gran Logia de Venezuela celebró sesión solemne conmemorativa del Centenario, en la que se leyó el Acuerdo que dispone la colocación de una placa alegórica en el Museo Sucre de Cumaná. El bachiller J. P. Reyes Zumeta leyó



una conferencia acerca de la influencia de la Masonería en el movimiento emancipador hispano-americano.

Durante la inauguración de la nueva calle entre el Capitolio Federal y la Universidad Central, desfilaron ante el Primer Magistrado de la República, las Corporaciones Benéficas y Religiosas de Caracas; en el desfile estuvieron debidamente representadas las de los Estados, siguiendo hasta la estatua del Gran Mariscal en la Avenida San Martín.

Formaban en el desfile las siguientes Corporaciones del Distrito Federal: Confederación de Artesanos, Obreros e Industriales del Distrito Federal, Centro Benéfico Religioso Divino Redentor, Protección Mutua, Industriales del Mercado, Mixta Amantes de la Caridad, Benéfica de la Caridad y su Coadyuvadora, Mutuo Auxilio de Chauffeurs del Distrito Federal, Flor de la Caridad, Artesanos Devotos del Nazareno de San Pablo, Compañerismo Mutuo de Empleados del Tranvía, El Carmen de la Parroquia de San José, El Carmen de la Esquina del Doctor González y su Coadyuvadora, Alianza Mutua, Santificadora y Benéfica de la Santísima Trinidad, Los Azahares, Sociedad Benéfica de Tipógrafos, Gremio de Tipógrafos, Gremio de Panaderos, Benéfica Mixta Labor del Porvenir, Alianza Infantil de Jesús; estando representadas las siguientes: Departamento Vargas: Mutuo Auxilio, La Guaira; Vínculo de la Caridad, La Guaira; Benéfica Española, La Guaira; Benéfica Auxiliadora, Maiquetía; Centro Mutuo Benéfico, Maiquetía.—Estado Miranda: Hijos de la Unión, Los Teques.—Estado Carabobo: Mutuo Auxilio, Valencia; Unión Protectora, Valencia; Asociación de Beneficencia Mutua, Puerto Cabello; Benéfica Mutua, Puerto Cabello. — Estado Aragua: Consolación de Valencianos, Villa de Cura.—Estado Lara: Jesús en el Huerto, Duaca; Divina Pastora, Barquisimeto.—Estado Guárico: Mutuo Auxilio, Altagracia de Orituco.—Estado Zulia: Auxiliar de Artesanos, Maracaibo. Estado Cojedes: Mutuo Auxilio, Tinaquillo.—Estado Bolívar: Cooperativa de Artesanos, Ciudad Bolívar.

El desfile terminó ante la estatua del Gran Mariscal en la Avenida 19 de Diciembre, en cuyo pedestal fué colocada una corona en bronce y una placa con la siguiente inscripción: "Homenaje de las Sociedades Benéficas y Religiosas a la memoria del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, en el Primer Centenario de la Gran Batalla que selló la emancipación del Continente Americano.—Caracas, 9 de diciembre de 1924".

La Sociedad de damas "Alianza Mutua" celebró una vespertina patriótica, en la que inauguró el retrato del Mariscal Sucre, regalo del coronel Eugenio Castillo. El Director, señor Manuel A. Escobar, propuso una venta de flores a beneficio del Asilo de la Providencia.

Por último, las grandes Asociaciones del país quisieron rendir una solemne manifestación de gratitud al General Gómez por la paz de la República y su constante protección al trabajo, escogiendo la fecha de Ayacucho, por su repercusión continental, como la más propicia para la expresión de sus votos. Decía así la Manifestación:



Caracas: 7 de diciembre de 1924.

*Señor General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República.*

Presente.

Señor General:

La Confederación de Artesanos, Obreros e Industriales y las Sociedades Benéficas y Religiosas del Distrito Federal, en representación de las de toda la República, han dado cima al noble pensamiento de ofrendar una corona de inmortales ante el monumento que perpetúa la venerada memoria del Héroe de Ayacucho, Mariscal Antonio José de Sucre.

Al elevar a vuestro conocimiento que ya nuestra humilde ofrenda ha sido realizada con singular regocijo patriótico, cumplimos con el gran deber de protestaros que como venezolanos, hemos sabido agradecer los espléndidos homenajes que habéis dispuesto rendir a nuestros libertadores en los tres Centenarios que sintetizan toda la gloria de nuestra grandeza nacional, correspondiendo así a los altos designios de haber sido el llamado a presidir los destinos de la Patria en los días en que se conmemoran sus más grandes efemérides.

Dios guarde a usted muchos años.

Por la Confederación de Artesanos, Obreros e Industriales, Jesús María Hernández; por la Sociedad "Divino Redentor", Carlos M. Guevara; Sociedad "Mutuo Auxilio de Valencia"; por la Sociedad "Mutuo Auxilio de La Guaira", Pablo Ramírez N.; por la Sociedad "Benéfica de la Caridad", Pedro M. Morales; por la Sociedad "Protección Mutua", Pedro A. González; Sociedad "Flor de la Caridad"; por la Sociedad "El Carmen del Dr. González y su Coayuvadora", Francisco E. Vargas A.; por la Sociedad "El Carmen de la Parroquia de San José", Pablo López; por la Sociedad "Compañerismo Mutuo de Empleados del Tranvía", J. M. Velázquez S.; por la Sociedad "Artesanos Devotos del Nazareno de San Pablo", Víctor M. Prado C.; por la Sociedad "Industriales del Mercado", W. Rodríguez A.; por la Sociedad "Mutuo Auxilio de Chauffeurs del Distrito Federal", Luis R. Mendoza; por el "Gremio de Tipógrafos", Vte. R. Millán; por el "Gremio de Panaderos", por la Sociedad "Santa Ana de Coro", Gabriel L. Hermoso; por la Sociedad "Los Azahares", José Gabriel Díaz; por la Sociedad "Mixta Amantes de la Caridad", Heriberto Sandoval; por la Sociedad "Hijas del Divino Redentor", Fco. Merchán O.; por la Sociedad "Benéfica Mixta Labor del Porvenir", Balbino Blanco; Sociedad "Alianza Mutua"; Sociedad "Santificadora y Benéfica de la Santísima Trinidad"; Sociedad "Corte de Santa Ana"; "Sociedad "El Carmen de El Rincón del Valle"; Sociedad "Vínculo de Caridad, La Guaira; Sociedad "Benéfica Española", La Guaira; "Asociación de Beneficencia Mutua", Puerto Cabello; Sociedad "Auxiliar de Artesanos", Maracaibo; Sociedad "Cooperativa de Artesanos", Ciudad Bolívar; "Hijos de la Unión", Los Teques; "Consolación de Valencianos", Villa de Cura; "Divina Pastora", Barquisimeto; "Jesús del Huerto", Duaca; "Mutuo Auxilio", Altagracia de Orituco; Sociedad



“Unión Protectora”, Valencia; “Virtud Benéfica”, Puerto Cabello; “Beneficencia Mutua”, Puerto Cabello; “Mutuo Auxilio”, Tinaquillo; “Benéfica Auxiliadora”, Maiquetía; “Centro Mutuo Benéfico”, Maiquetía; “Centro Benéfico Español”, Caracas; Sociedad “Alianza Infantil de Jesús”; Sociedad “Flores de Lourdes”.

---

Para finalizar, damos a continuación la lista de las principales obras, tanto oficiales como particulares, editadas por el Gobierno Nacional o con la generosa ayuda del General Gómez, como homenaje a la gloria excelsa de los Libertadores y manifestación evidente de la cultura patria.

Venezuela en la Independencia. 1824-1924. Ofrenda del Ejército de Venezuela al Ejército del Perú en el Centenario de la Batalla de Ayacucho. Se imprimió en Caracas, por disposición del Gobierno Nacional presidido por el General Juan Vicente Gómez, en la Litografía del Comercio, en el año de MCMXXIV.

Venezuela en 1924. Labor política y administrativa del Gobierno Nacional presidido por el General Juan Vicente Gómez. Editado en Caracas, en la Litografía del Comercio, MCMXXIV.

Album Musical. Ofrenda de Venezuela en el primer Centenario de la Batalla de Ayacucho. 1824-1924. Editado por disposición del Gobierno Nacional presidido por el General Juan Vicente Gómez, en la Litografía del Comercio, de Caracas, con la colaboración de Pedro Elías Gutiérrez, Director de la Banda Marcial de Caracas, MCMXXIV.

Estados Unidos de Venezuela. Ministerio de Relaciones Exteriores. Tratados Públicos y Acuerdos Internacionales de Venezuela. (Incluyéndose los de la Antigua Colombia). Volumen I. 1820-1900. Edición conmemorativa del primer Centenario de la Batalla de Ayacucho. Caracas, Tipografía Americana, 1924.

Sucre diplomático, estadista y guerrero. (Fragmento de los rasgos biográficos del héroe, escritos por el Libertador). Publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Dr. Vicente Dávila. Diccionario Biográfico de Ilustres Próceres de la Independencia Suramericana. Tomo I. Ofrenda que el Archivo Nacional presenta, durante el Gobierno del General Juan Vicente Gómez, en la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, dada por Antonio José de Sucre, de 29 años de edad y General de División venezolano. Caracas, Imprenta Bolívar, 1924.

Bosquejo Histórico de la Vida Fiscal de Venezuela. Ofrenda del Ministerio de Hacienda en el Primer Centenario de la Batalla de Ayacucho. Caracas, Tipografía Vargas, MCMXXIV.

Vicente Lecuna. Documentos referentes a la creación de Bolivia, con un Resumen de las Guerras de Bolívar. Mandados a publicar por el Gobierno del General Juan Vicente Gómez, con motivo del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Dos volúmenes. Caracas, Litografía del Comercio, MCMXXIV.



Estados Unidos de Venezuela. Ministerio de Fomento. Resúmenes Estadísticos de los Estados y del Distrito Federal. Contribución del Ministerio de Fomento a la celebración del Centenario de Ayacucho. Caracas, Editorial Sur-América, 1924.

Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, Héroe y Mártir de la Independencia Americana. Bosquejo de su vida por Guillermo A. Sherwell. Versión del inglés por Samuel Darío Maldonado. Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1924.

Rafael Martínez Mendoza. Manual del Agricultor Venezolano o Compendio de Métodos de todos los Cultivos Tropicales. Agricultura en general, cultivos principales, horticultura, fruticultura, pastos y ensilaje, selvicultura. Dedicada al Presidente de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez. Caracas, Imprenta Bolívar, 1924.

José E. Machado. El Estandarte de Pizarro y la Espada de Bolívar. Caracas, Tipografía Americana, 1924.

L. A. Sucre. Bolívar y Sucre unidos por el Linaje y por la Gloria. Caracas, Tipografía Americana, 1924.

San Mateo. Febrero y Marzo de 1814. Publicación hecha de orden del General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República, al inaugurarse, con ocasión del Centenario de Ayacucho, un Museo de Armas en la histórica casa del Ingenio de San Mateo. 12 de diciembre de 1924. Caracas, Litografía y Tipografía del Comercio, 1924.

C. Parra Pérez. Miranda et la Révolution Française. Dedicada al señor General Juan Vicente Gómez, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, con ocasión del Centenario de Ayacucho. París, Librairie Pierre Roger, 1925.

El Crimen de Berruecos. Asesinato de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho. Análisis histórico-jurídico por Juan B. Pérez y Soto. 4 Tomos. Roma. Escuela Tip. Salesiana, 1924.

Marius André. Bolívar et la Démocratie. Editions Excelsior. Boulevard Raspail, 42. París, 1924.

Pedro Elías Gutiérrez (Director de la Banda Marcial de Caracas). Cantos y Danzas. Caracas, Litografía Francesa, MCMXXIV.

Simón Camejo. Canto a Sucre. Caracas, Tip. Vargas, 1924.

B. Tavera Acosta. Páginas de Historia Nacional. Caracas, Tip. Casa de Especialidades, 1924.

Venezuela en el Centenario de Ayacucho. Colocación de la primera piedra del Monumento al Generalísimo José de San Martín, decretado por el General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República. Discurso de orden del señor Laureano Vallenilla Lanz. Contestación del Ministro Argentino en Caracas, Excelentísimo señor Don Hilarión D. Moreno. Caracas, Tipografía Americana, 1924.



Discurso de recepción del Dr. Manuel Díaz Rodríguez, como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, el 6 de diciembre de 1924. Tema: Ayacucho en la Revolución de Hispanoamérica. Caracas, Tipografía Americana, 1924.

Artigas en Venezuela. Discurso pronunciado por el Dr. Isaías Garberras en el acto de inaugurar el busto del General Artigas en la Academia Militar de Caracas, el 10 de diciembre de 1924. Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1924.

José Santos Chocano. Ayacucho y los Andes. Canto IV de "El Hombre Sol". Trazo de una Epopeya Panteista. Lima, Perú, Lit. Tip. Nacional, Pedro Berrio, 1924.

Venezuela en las fiestas del Centenario de Ayacucho en el Perú. Caracas, Litografía del Comercio, 1925.









## Índice de materias

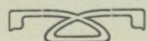
|   | PÁGINAS |
|---|---------|
| I.—Decreto del Ejecutivo Federal. — Programa oficial de los festejos.—Importantes obras de utilidad pública.—Homenajes a esclarecidos servidores de la Patria. .  | 1       |
| II.—Inauguración en el Salón Elíptico del Palacio Federal, de los retratos de los Ilustres Próceres Pedro León Torres y José Trinidad Morán.—Ofrenda al General Córdova.—Inauguración de la Exposición de labores en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres. . . . .                          | 6       |
| III.—Cuarto Congreso Venezolano de Medicina.—Su solemne instalación en el Teatro Municipal.—Los discursos.—Programa de labores.—Acuerdos.—Sesión de despedida.—Sede de la próxima asamblea científica. . . . .  | 11      |
| IV.—Sesión solemne de la Academia Nacional de la Historia.—Recepción del Académico, doctor Manuel Díaz Rodríguez.—Su trabajo de incorporación: "Ayacucho en la Revolución de Hispanoamérica".—Palabras del Presidente del Cuerpo, señor Vallenilla Lanz.—Discurso del doctor Gil Fortoul. . . . . | 25      |
| V.—La Gran Feria de Caracas.—Su inauguración.—Un exponente del progreso industrial y comercial de Venezuela.—El público admira entusiasmado las diversas exposiciones.—Homenaje a la obra del General Gómez.—Un centro de diversiones cultas.—Magnífica iluminación. . . . .                      | 44      |
| VI.—Colocación de la primera piedra del Monumento a la Batalla de Ayacucho. Inauguración de la nueva calle entre el Palacio Legislativo y la Universidad y de los pavimentos del Capitolio Federal. . . . .   | 51      |
| VII.—Inauguración del Museo Comercial.—Palabras del doctor Lisandro Alvarado. Colocación de la primera piedra del nuevo edificio de Correos. . . . .  | 56      |
| VIII.—Inauguración de la primera sección de la carretera Miranda-Anzoátegui.—Los pueblos del tránsito saludan con entusiasmo el paso del Ilustre Jefe del País. Una vía de alta importancia para el desarrollo de feraces regiones de la República. . . . .                                       | 61      |
| IX.—La agricultura en el Centenario.—Exposición de cafés y cacao venezolanos. Discurso del Secretario General del Comité Ejecutivo de los Concursos de "La Hacienda." . . . .   | 63      |



|   |     |
|---|-----|
| X.—Inauguración, en la Galería de Diplomáticos Venezolanos del Ministerio de Relaciones Exteriores, de los retratos de Sucre, de López Méndez y de Revenga. Distribución del Esbozo de la vida del Gran Mariscal de Ayacucho, por el Libertador. . . . .  | 67  |
| XI.—Colocación de la primera piedra del Monumento al Padre Mohedano, introductor del cultivo del café en el valle de Caracas.—Discurso del Cónsul de España, Señor García Manfredi.—Inauguración del Parque Sucre. . . . .  | 69  |
| XII.—Solemne Te-Deum en la Santa Iglesia Metropolitana.—Ofrenda, en el Panteón Nacional, ante el Monumento que guarda las cenizas del Libertador y el cenotafio del Gran Mariscal de Ayacucho. . . . .  | 75  |
| XIII.—Colocación de la primera piedra del Monumento al General San Martín, en la Avenida que lleva su nombre.—Un gran acto de confraternidad hispano-americana.—Discursos de Vallenilla Lanz y del Ministro de la Argentina. — Desfile militar ante la estatua del Gran Mariscal.—Inauguración del puente Ayacucho. . . . . | 79  |
| XIV.—Inauguración en el salón principal del Ministerio de Hacienda de los retratos de Bolívar, Sucre y Santos Michelena.—Discurso del Ministro doctor Melchor Centeno Graü. . . . .   | 90  |
| XV.—Ejercicios de gimnasia militar en el Hipódromo Nacional practicados por los alumnos de las Escuelas y Colegios de Caracas.—Honores al Presidente de la República. . . . .   | 95  |
| XVI.—Sesión solemne del Ilustre Concejo Municipal de Caracas.—Discursos del Presidente y del Concejel señor Delfín Aurelio Aguilera. . . . .  | 97  |
| XVII.—Inauguración del busto de Cervantes en la Plaza España.—Discursos del Ministro de España y del Doctor Eloy G. González. . . . .   | 103 |
| XVIII.—En la Escuela Militar.—Inauguración del busto de Artigas.—Homenaje al glorioso libertador uruguayo.—Discurso del Doctor Garbiras.—Revista de instrucción práctica. . . . .   | 108 |
| XIX.—Inauguración del Departamento de Radio-Terapia en el Hospital Vargas.—Palabras del Inspector General de los Hospitales del Distrito Federal. . . . .   | 119 |
| XX.—Concierto en la Escuela de Música y Declamación.—Exposición pictórica en la Escuela de Artes Plásticas. . . . .   | 122 |
| XXI.—Colocación de la primera piedra del monumento al fundador de Caracas, Capitán Diego de Losada.—Discurso del doctor Manuel Díaz Rodríguez y del Secretario de la Legación de España señor Ramón de Bastera. . . . .   | 124 |
| XXII.—Inauguración de la Plaza Juan C. Gómez y del busto en bronce de aquel eminente servidor de la Patria.—Discurso del Secretario de Gobierno del Distrito Federal doctor Ramón E. Vargas. . . . .  | 136 |
| XXIII.—En la carretera de La Guaira.—Inauguración de la variante de la "Pica de Acevedo".—Una obra de incalculable trascendencia. . . . .   | 144 |
| XXIV.—Inauguración de la Casa de Gobierno del Departamento Vargas. — Discurso del Prefecto, doctor Luis Godoy. . . . .  | 146 |



|   |     |
|---|-----|
| XXV.—Inauguración de la Carretera de Cumaná-Cumanacoa.—Importancia de la nueva vía de comunicación.—El General Gómez y la gratitud de los pueblos del Estado Sucre. . . . .   | 152 |
| XXVI.—Inauguración de un Museo de Armas y Reliquias Históricas en el Ingenio Bolívar.—Reconstrucción de la Casa de San Mateo.—Homenaje de admiración al Libertador y a sus tenientes de las cruentas jornadas de 1814.—Discursos del doctor Conde Flores y del Agregado Militar del Perú. . . . . | 156 |
| XXVII.—Inauguración del Instituto de Beneficencia para Varones en la ciudad de Maracay.—Discurso del presbítero doctor Carlos Borges. . . . .   | 167 |
| XXVIII.—Ofrenda del Benemérito Jefe del País en el campo de Carabobo.—Alocución a los Venezolanos.—Entusiasmo de las poblaciones del tránsito.—Regreso a Maracay.—Circular del Ministro de Relaciones Interiores. . . . .   | 175 |
| XXIX.—El Centenario en la ciudad nativa del Gran Mariscal de Ayacucho.—Decreto del Ejecutivo Nacional.—Ofrendas del Ejército y de la Marina.—Homenaje a la gloria de Sucre.—Importantes actos públicos.—Entusiasmo sin precedentes. . .   | 180 |
| XXX.—El Centenario en la República.—Unánime regocijo ante la conmemoración de la fausta efemérides.—Inauguración de importantes obras públicas.—Homenajes a los Libertadores.—Solemnes actos de cultura y de progreso. . . . .  | 184 |
| XXXI.—Notas finales.—Progresos del Telégrafo.—Estampilla Conmemorativa. — Carreras de Caballos.—Las Colonias extranjeras en el Centenario. — Ofrenda de Asociaciones y particulares.—El General Gómez y las clases laboriosas.—Bibliografía. . . . .  | 189 |

















1603





